

**STEVE
EARLE**

**NO SALDRÉ
VIVO DE ESTE
MUNDO**

23 Traducción de Javier Calvo

**CANES
VENATICI**

G. BLUTHARDT & CO.

**URSA
MINOR**

**THE
RIVER**

Lectulandia

Doc Ebersole vive con el fantasma de Hank Williams. Literalmente. Y no solo porque fue uno de los últimos en verlo vivo, ni tampoco porque se rumorea que fue él quien dio a Hank Williams la dosis final de morfina que lo mató. En 1963, diez años después de la muerte de Hank, el propio Doc está destrozado por su adicción a la morfina. Ha perdido su licencia para practicar la medicina y su adicción no es tan fácil de financiar como antes. Por este motivo, vive en un apartamento de alquiler en un barrio marginal de San Antonio, en Tejas, practicando abortos y remendando heridas de cuchillo o de bala. Pero cuando Graciela, una joven inmigrante mexicana, aparece por el barrio buscando los servicios de Doc, empiezan a suceder cosas milagrosas. Graciela tiene una herida en la muñeca que no se cura jamás, pero en cambio puede curar a otros tan solo tocándolos con la mano. Toda la gente a quien conoce se transforma para mejor, excepto, quizás, el fantasma de Hank Williams; a él no le gusta nada que las cosas le vayan bien a Doc.

No saldré vivo de este mundo es una espléndida novela, una balada sobre el arrepentimiento y la redención, y sobre las maneras en que podemos reinventarnos a nosotros mismos y a nuestro mundo mediante algún pequeño milagro.

«Steve Earle dota a su prosa de la misma autenticidad, espíritu poético y energía cinematográfica que proyecta en su música», Patti Smith

Lectulandia

Steve Earle

No saldré vivo de este mundo

ePub r1.0

dacordase 22.09.13

Título original: *I'll Never Get Out of This World Alive*

Steve Earle, 2011

Traducción: Javier Calvo Perales

Editor digital: dacordase

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A la memoria de mi padre, Jack Dublin Earle

Doc se despertó enfermo, con todas las células del cuerpo pidiéndole a gritos morfina, con un dolor terrible de cabeza y ardor en los ojos, la nariz y la garganta. La espalda y las piernas le dolían hasta el hueso mismo, y cada vez que intentaba incorporarse para sentarse se veía obligado a encogerse de inmediato, asaltado por los retortijones. A duras penas consiguió recorrer el pasillo hasta el retrete antes de que se le soltaran las tripas.

Igual que todos los días. Día sí y día también. Sin perdón y sin libertad condicional. Hasta que se pudiera meter un chute, la cosa no mejoraba. Doc sabía muy bien que los síntomas físicos de la abstinencia no eran nada comparados con los demonios interiores, con el miedo abrumador y la desesperación desoladora que le esperaban como no moviera el culo y saliera a la calle. Lo peor era aquel kilómetro de humillación y asfalto a medio derretir que lo separaba de su primer chute, donde hasta el último palmo del camino sería un recordatorio implacable de lo bajo que había llegado a caer durante los últimos diez años.

En los viejos tiempos, cuando todavía estaba en Bossier City, lo único que Doc tenía que hacer al levantarse era sentarse en la cama y sacar de ella las piernas masacradas a pinchazos para encontrarse su chute de buenos días allí mismo, en la mesilla de noche, cargado y listo.

Bueno, casi siempre. A veces se despertaba en mitad de la noche jurando que había alguien que lo llamaba por su nombre. Cuando llegaba la mañana, no estaba seguro de si lo había soñado hasta que buscaba a tientas la jeringa y se la encontraba vacía. Aun así, no tenía más que bajar las escaleras hasta el botiquín de su despacho para conseguir lo que necesitaba: sulfato de morfina puro y estéril, repartido en dosis exactas y desplegado en una hilera tras otra de ampollitas de cristal. Y él era médico, al fin y al cabo, con lo cual siempre podía conseguir más.

«Pero eso era antes», pensó Doc con un suspiro. La triste realidad era que, últimamente, se veía obligado a trapichear como cualquier otro colgado de la calle, ofreciendo sus servicios a cambio de una heroína contaminada con quinina y con leche azucarada que era muy posible que hubiera cruzado la frontera dentro del culo de alguien.

San Antonio, Texas, estaba a menos de un día en coche de Nueva Orleans, pero Doc había llegado allí por la ruta larga y dura, sin dejar de resbalar y rodar cuesta abajo ni un palmo del camino. Las consecuencias de su falta de discreción y de sus excesos ya lo habían expulsado del lugar que le correspondía en la sociedad de Crescent City antes de cumplir los treinta años. A lo largo de una serie de

desesperados intentos de escapar de un pasado no tan remoto, había completado en poco más de una década una gira por toda la costa del Golfo, incluyendo las partes más sórdidas de Mobile, Gulfport y Baton Rouge. Para cuando aterrizó en Bossier City, la hermana descarriada que tenía Shreveport al otro lado del río Rojo, le pareció que por fin había tocado fondo.

Pero se equivocaba.

La avenida de South Presa, al sur de San Antonio, era un mundo de sombras, incluso a plena luz del día. La gente limpia se pasaba el día yendo de un lado a otro en coche, sin fijarse para nada en la transacción que estaba teniendo lugar en un portal y sin preguntarse qué estarían haciendo aquellas chicas en la esquina. Para los ciudadanos honrados de San Antonio, los chulos y los camellos eran igual de invisibles que los polis de paisano que aparcaban en las calles laterales y los callejones y se dedicaban a contemplar todo lo que iba sucediendo más o menos sin variaciones, día tras día.

Doc salió a la calle. La manzana y media que había entre la pensión Yellow Rose y el chute más cercano era una carrera de obstáculos, donde cada paso era atroz; entre la acera rota y los nervios a flor de piel no había más que la suela de cuero de zapato, fina como el papel. El sol parecía concentrarse en la única parte de su pescuezo que no estaba protegida por el ala estrecha de su sombrero panamá y avanzar a fuego por el cerebro hasta llegar al mismo paladar. Cada pocos pasos escupía, pero no conseguía expulsar el sabor a podredumbre mientras recorría el pasillo de yonquis y de chicas de la calle que o bien se habían levantado temprano o bien no se habían ido a dormir, y que estaban exactamente igual de enfermos que él.

En las calles circulaba el rumor de que Doc tenía un alijo de fármacos de calidad escondido en algún lugar de la ruinosa pensión. Los demás residentes habían puesto el sitio patas arriba varias veces, hasta el punto de levantar los tablones del suelo, pero no habían encontrado nada. Por supuesto, aquello no impedía que algunas de las chicas más crédulas intentaran camelárselo de vez en cuando para sonsacarle su paradero.

Doc no negaba aquellas historias con demasiado énfasis, sobre todo cuando se sentía solo.

Giró hacia la izquierda en dirección a la licorería y se metió por el aparcamiento de detrás, donde Big Manny el Camello estaba apoyado, igual que todas las mañanas, en el guardabarros de su coche, sirviendo a la clientela matinal.

—Manny, amigo mío, ¿me puedes adelantar algo hasta la hora del almuerzo? Solamente una punta para espabilarme.

Big Manny era su apodo, pero, de hecho, «big» era una palabra que no alcanzaba a hacerle justicia a aquel mexicano de metro noventa y cinco y ciento cincuenta kilos. «Gargantuesco» habría sido un término más preciso, de haber existido alguien en

South Presa además de Doc que supiera qué significaba, pero todo el mundo llamaba Big Manny a Manny Castro. Doc se estremeció bajo la sombra inmensa del camello, pero Manny ya estaba negando con la cabeza antes de que Doc abriera la boca.

—No lo sé, Doc. Todavía no me has pagado lo de ayer ¡Me lleva la chingada! — exclamó en castellano—. ¡El puto Hugo! —Cogió una bolsa de papel que había debajo del parachoques y se la pasó de lado a un chaval larguirucho que estaba rondando por allí—. ¡Vámonos! —le dijo Manny por lo bajo, y el chaval salió pitando como un cohete por el aparcamiento, saltó la verja y se esfumó.

El fondón agente de paisano ni siquiera aminoró el paso, ni prestó apenas atención al prófugo, ni tampoco sacó ninguna orden o identificación mientras cruzaba el aparcamiento en línea más o menos recta hasta donde Manny, Doc y un puñado de ociosos ya estaban dándose la vuelta y poniendo las manos sobre el capó del coche del camello.

El detective Hugo Ackerman casi nunca se daba prisa, ni siquiera cuando estaba intentando atrapar a un delincuente en plena fuga. Llevaba más de una década trabajando en narcóticos, y la experiencia le decía que ni los yonquis ni los camellos iban nunca muy lejos. Al final siempre acababa pillándolos a todos.

—Eso mismo, señores, ya conocen ustedes el baile. Las manos abiertas, las piernas bien separadas. ¡Si alguien tiene una aguja o un cuchillo, más le vale decírmelo ahora!

Empezó por Manny, cacheándolo de cualquier manera, solamente hasta debajo de la rodilla, que era lo máximo que Hugo podía inclinarse hacia delante con comodidad. Su masa de ciento cincuenta kilos era la única autoridad necesaria para mantener quieto a un hombre tan corpulento como Manny, y eso le dejaba las gordezuelas manos libres de campar a sus anchas.

—¿Cómo va el trabajo, Manny? ¿Sabes que vengo del puesto de Junior Trevino? Me ha parecido que la cosa le iba muy bien.

—¡Junior! —dijo Manny con un resoplido de burla—. ¡Pendejo! ¡Esa mierda que vende no coloca ni a las moscas, de tanto que la corta! ¡El que le compra la merca a Junior es porque es un baboso o porque me debe dinero a mí! ¡Eh! ¿Has visto por ahí a Bobby Menchaca? Con ese maricón sí que quiero hablar yo. —Cuando Hugo metió su mano por dentro de los pantalones, Manny, se apartó de golpe.

—¡Chingada madre, Hugo! Cuidado con lo que tocas. La pistola la tengo en la guantera, si es lo que buscas, y tu sobre lo tienes donde siempre.

—¡Dirígete a mí como detective Ackerman, gilipollas! —Hugo continuó palpando, vació los bolsillos de Manny sobre la capota del Ford, dejó deliberadamente para el final el de dentro de la cazadora, y, por fin, se guardó el sobre que encontró allí.

—¿Es que no te has enterado? Bobby está en la cárcel del condado. Lleva ahí

desde el sábado pasado. Se derrumbó el tejado de una tienda de recambios de coche que estaba a punto de robar en el East Side y se cayó dentro. Me imagino que las puertas debían de estar mejor que el tejado, porque todavía estaba mangoneando con el pestillo cuando llegó el coche patrulla. —Le dio una palmadita al sobre que se había metido en el bolsillo de la pechera de su cazadora.

—¿Está todo?

—Hasta el último puto centavo.

A continuación le tocó a Doc.

—¿Y tú qué, Doc? ¿Tienes algo para mí?

Doc sonrió a medias.

—De hecho, detective Ackerman, lamento que me coja usted en una situación financiera tan embarazosa. Normalmente no viene usted a verme hasta el domingo, así que supuse que todavía tenía un par de días. La verdad es que estoy en la ruina. Joder, ni siquiera me he metido el chute de buenos días.

—No le miente, detective —intervino Manny—. Yo estaba a punto de mandar a este indigente a ver a Bobby.

—Tranquilo, tranquilo, Doc. Solamente te preguntaba para aprovechar que te tengo aquí, por decirlo así. Te veo el domingo, pero... ¡Joder, Manny! ¡Mira que eres cruel! ¡Yo pensaba que Doc tenía algo de crédito aquí! —Le dio una palmada a Doc en el trasero, luego giró sobre sus talones y se volvió paseando hacia la calle—. Muy bien, pues. —A medio camino se dio la vuelta—. ¿Ese era el chaval de los Reyes? —preguntó—. ¿El que se ha largado con el paquete?

Manny se encogió de hombros.

—Puede ser.

—Pues si yo fuera tú contaría dos veces la mercancía cuando vuelva. La última vez que lo trinqué se le veían pinchazos.

—Claro, claro —murmuró Manny, pero tomó nota mentalmente de mirarle los brazos al chico cuando volviera.

Él y los demás se volvieron a guardar sus cosas en los bolsillos, y en cuanto Hugo desapareció de su vista Manny se metió dos dedos en la boca y soltó un silbido lo bastante fuerte como para asegurarse de que el chico lo oyera.

—¡Pinche Hugo! ¡Cabrón! —gruñó Manny—. Me deja en paz porque puedo pagarle, pero luego se sienta en la acera de enfrente en un coche camuflado y pilla a la mitad de mis clientes cuando se están marchando. ¡Esa mierda te jode el negocio! —Escupió en el suelo y volvió a soltar «¡cabrón!» por si acaso.

—Sí —convino Doc—. Ese gordo hijo de puta también se me lleva un pellizco considerable todas las semanas, por no mencionar la penicilina que coge de fiado de vez en cuando. Aunque supongo que necesita guardar las apariencias... Eh, hablando de fiar, Manny, sé que te debo pasta, pero...

En aquel momento el chaval apareció doblando la esquina, resoplando por la carrera, y le devolvió el paquete. Manny ni siquiera lo miró; agarró al chaval por la muñeca y le subió la manga, por encima del codo, para descubrir que Hugo no le había mentado.

—¡Maricón! —gruñó, golpeando al chaval de revés en toda la cara, con tanta ferocidad que le hizo brotar un chorro de sangre al instante, tanto de la nariz como de la boca, y salir disparado hacia atrás con una especie de extraña voltereta. El golpe lo mandó patinando sobre el trasero, pero todavía no había perdido el impulso de la caída cuando ya se había esfumado—. ¡No vuelvas, Ramón! —le gritó Manny—. ¡Voy a decírselo a tu madre! —Se volvió hacia Doc, negando con la cabeza—. Ya te lo he dicho, Doc, no puedo fiarles a todos los yonquis del South Side que están sin blanca...

—Oh, por el amor de Dios, Manny. Dime, ¿alguna vez te he dejado en la estacada? ¿Cuándo no te he pagado una deuda, a ti o a alguien que conozcas? No puedo trabajar en estas condiciones. Además, amigo, cuando el año pasado te saqué aquella bala del veintidós del culo no me preocupó el dinero, ¿verdad que no?

—Ah, con que esas tenemos, ¿eh, Doc? Pues muy bien. A ver qué tal te las apañas...

La bronca continuó hasta que el ritual se completó con un gruñido ininteligible y un apretón secreto de manos, y con Manny poniéndole el globito rojo en la palma de la mano a Doc. El camello había sabido desde el principio que se lo iba a dar. Tanto marear la perdiz no había sido más que teatro, una representación repetida hasta la saciedad para el solaz de todos los vagos que estuvieran lo bastante cerca como para oírla. Al fin y al cabo, los hombres de negocios tenían que pensar en su reputación.

Lo más duro de todo era el largo regreso por la manzana, desandando los mismos pasos pero con las piernas todavía más pesadas y temblorosas. Ya no se llevaba nunca el chute de buenos días de vuelta a la pensión metido en el bolsillo ni en la cinta del sombrero. Lo que hacía era guardárselo en su puño cerrado como si fuera una especie de criatura mágica con alas que se esfumaría si él la dejaba escaparse. Sentía el globo dentro de la palma sudorosa y a veces le parecía ya notar el sabor del jaco que llevaba dentro. Para cuando estaba de vuelta en su cuarto y lo preparaba, tenía que refrenar una oleada de náuseas, una respuesta pavloviana al olor del azufre y de la morfina calentada. Atar el torniquete, encontrar la vena, darle al émbolo...

Azúcar quemado al fondo de la lengua, cosquillas en el cuero cabelludo, los dolores se evaporan y no dejan más que un susurro:

—Eh, oye, Doc, la espalda me está dando una guerra que no veas...

—Ahora no, Hank —dijo Doc en voz alta, y solo le hizo falta oírse a sí mismo para regresar a la realidad y al asunto que tenía entre manos.

En fin. Solamente le hacía falta una punta que lo espabilara lo bastante para trabajar. El interior de la taberna estaba oscuro, aunque no fresco, y a aquella hora del día estaba tranquila porque los únicos que llegaban tan temprano eran los alcohólicos más empedernidos, que nunca malgastaban su dinero en la máquina de discos ni en la mesa de billar del fondo. Doc pidió una cerveza de barril y Teresa, la camarera, se la sirvió diligentemente y se la cobró, aunque los dos sabían perfectamente que era incapaz de bebérsela ni aunque fuera para ganar una apuesta, por lo menos hasta que tuviera un poco más de jaco en el cuerpo. Las monedas eran más bien en concepto de alquiler de la mesita del fondo de la taberna, donde todo el mundo de South Presa sabía que se podía encontrar a Doc entre las once y las cinco.

Últimamente el trabajo escaseaba, hasta el punto de que algunos días Doc se había visto obligado a recurrir a los hurtos y a estafar con el cambio para mantener su hábito, dos actividades que él consideraba indignas de sí mismo y que nunca se le habían dado muy bien. A mediodía ya empezó a desanimarse bastante. En toda la mañana nadie le había echado ni un vistazo siquiera, y solamente era martes; la semana que le esperaba era como un túnel largo y oscuro. Por fin la puerta mosquitera se abrió con un chirrido, anunciando a un recién llegado, un desconocido, y las cosas empezaron a pintar mejor.

Un pachuco de aspecto pendenciero cruzó la sala repicando ruidosamente con las suelas, anunciando con las tapetas metálicas impecablemente lustradas de sus zapatos de color mandarina que en su barrio era un tipo importante y que en este no le tenía miedo a nadie. A unos cuantos pasos vacilantes de distancia lo seguía una chica de ojos tristes. El recién llegado pidió una botella de Falstaff, y cuando Teresa intentó coger el billete de un dólar que le acababa de dejar en la barra, él lo cubrió con una mano tatuada con una cruz y se inclinó hacia delante para decirle algo en voz baja al oído. Ella señaló con la cabeza en dirección a Doc y el joven volvió a cruzar ruidosamente la sala para plantarse amenazadoramente ante Doc, como una nubecilla negra rodeada de luz fluorescente. La chica se quedó esperando en la barra.

—La chica —dijo el muchacho, señalando hacia atrás con un movimiento de la cabeza— tiene problemas.

De cerca el chaval ya no parecía tan duro. Por mucha gomina que llevase en el pelo y por mucha actitud que mostrara, no conseguía disimular el hecho de que no era más que un niño: como mucho tendría diecinueve o veinte años.

—¿Tú eres el padre?

El chico se limitó a devolverle una mirada fría.

—Bueno, guaperas, en mi pueblo a las señoras que son de la familia no las dejamos tiradas en medio de la sala. —Doc le hizo un gesto a la chica—. Cariño, ¿por qué no te acercas hasta aquí y descansas un poco los pies?

Los fieros rasgos del chico se ensombrecieron al instante, pero no dijo nada, y la

chica tampoco se movió.

—Muy bien, guaperas, es asunto tuyo. Pero si quieres que te ayude, tendré que hacerle algunas preguntas a tu chica, o a lo mejor tú me podrás decir lo que necesito saber. ¿Cuándo ha tenido la última menstruación?

Con aquello bastó. El chaval le hizo un gesto a la chica para que se acercara a la mesa. Doc le ofreció una silla y se puso a hablarle directamente en tono grave y tranquilizador, aunque sabía que ella no entendía ni una palabra. A continuación clavó la mirada en el chico, que escuchó a regañadientes las palabras obviamente aterradas de la chica y las tradujo a un inglés impaciente y condescendiente. Cuando a ella se le escapó de repente un lagrimón que le resbaló por la mejilla, Doc vio confirmadas sus sospechas de que su delicadeza de médico se estaba perdiendo en la traducción.

Doc se puso de pie, y el chico se encogió de golpe mientras él lo rodeaba con un brazo sorprendentemente fuerte y lo acompañaba hasta la puerta.

—Mira, guaperas. Lo primero es lo primero. Si cruzas la calle en esa dirección llegarás a una licorería. Da la vuelta hasta el aparcamiento de atrás y te verás inmediatamente rodeado de chacales, y te hablo de yonquis de la peor clase, hijo, que insistirán en intentar venderte narcóticos de pésima calidad a precios exorbitantes.

—¿Chiva? Yo esa mierda ni la toco, colega.

—Claro que no, hijo, claro que no. Salta a la vista que tú eres un pilar de la comunidad; el jaco es para mí. Escucha, tú pasa de largo de esos charlatanes hasta que llegues al fondo del aparcamiento, donde te encontrarás un Ford negro modelo 1950 ocupado por un caballero corpulento que responde al nombre de Manny. Tú le das veinte dólares y le dices que te manda Doc. Y lo que te dé él me lo traes directamente de vuelta aquí.

—¿Veinte pavos? Debes de estar loco, cabrón. Mi amigo me dijo que eras médico, no un pinche yonqui.

—Fui médico, hace tiempo, pero si todavía tuviera licencia para practicar la medicina no estaría sentado en este, ejem, establecimiento, manteniendo esta tediosa conversación. El servicio que tú y tu amiga requerís es completamente ilegal y muy caro. Estoy seguro de que tu amigo te habrá informado de cuál es mi tarifa.

—Me dijo ciento cincuenta. Y ya le pagué cincuenta a él por adelantado.

—Tu amigo es un joven muy emprendedor. El precio son cien dólares. Veinte en metálico al caballero de la acera de enfrente y el resto a mí antes de llevar a cabo la intervención. El asunto de la comisión de tu amigo vas a tener que resolverlo personalmente con él. Y ahora ve, hijo. Yo cuido a tu chica hasta que vuelvas.

Le hizo un gesto a la camarera para que se acercara.

—Teresa, ¿quieres echarme una mano, cariño? Mi castellano deja mucho que desear.

El chaval se quedó allí parado un momento, enfurecido, con la mano yéndosele a la pistola de calibre pequeño que tenía metida en la cintura de los pantalones, pero enseguida se lo pensó mejor. Estaba solo, lejos del West Side y sin nadie que lo respaldara, de manera que se resignó a su situación, dio la vuelta sobre sus talones y salió a hurtadillas por la puerta. Cuando el chaval regresó de su recado, Doc ya había averiguado gracias a la chica todo lo que necesitaba saber, pero otra vez empezaba a encontrarse mal, de manera que extendió la mano para coger el jaco y se excusó.

—Id a la pensión que hay ahí, en esta misma calle dentro de una hora, y traed el resto del dinero.

«¡Por fin marcha la cosa!» Doc se frotó las manos y ninguno de los clientes habituales levantó siquiera la vista de sus cervezas mientras él repasaba en voz baja la lista de lo que necesitaba para la intervención de camino a la puerta.

Hizo una parada en la licorería de la acera de enfrente para comprar un litro de aguardiente puro. La mayoría de clientes de la licorería se lo bebían, pero él solamente lo compraba por sus propiedades antisépticas; el dueño era un paciente ocasional suyo, de manera que Doc tenía crédito allí. Estaba razonablemente seguro de que todo lo demás que necesitaba lo tenía a mano en su habitación.

Doc no podía evitar sentir lástima por la chica. La gente que solía tratar era como él, parias de distintos tipos, marginados principalmente por sus propios actos y decisiones. Cierto, casi ninguno de ellos venía de un entorno tan privilegiado como Doc; pero él sabía que la pobreza no bastaba por sí sola para explicar la ausencia completa de compasión por el prójimo que se evidenciaba cualquier sábado por la noche en South Presa. Aquellos individuos mentían y hacían trampas y luego se delataban entre sí a la policía. Se dedicaban a repartir cuchilladas y tiros, a machacar a golpes las caras de sus vecinos hasta hacérselas papilla y a estrangular con las manos desnudas a sus compañeros de juergas, aunque Doc intentaba no juzgarlos. Al estar en la posición única de haber vivido a ambos lados de la barrera, sabía de primera mano que en realidad no había ni más ni menos honor entre patricios que entre ladrones.

Las clientas más habituales de Doc eran las putas. En la mayoría de los casos las trataba por infecciones de sus «partes lucrativas», que invariablemente remediaba con grandes dosis intramusculares de penicilina procedente del mercado negro. Desoyendo las objeciones desgastadas de Doc, la mayoría de las chicas volvía al trabajo en menos de una semana, pese a lo cual él siempre les recitaba sus listas de recomendaciones y prohibiciones para la chica trabajadora, aunque solamente fuera para sentirse mejor.

El más perjudicial con diferencia de todos los riesgos que entrañaba la profesión más antigua del mundo era el embarazo. Todas las chicas eran yonquis. La mayoría de ellas no solamente sufragaban sus adicciones sino también las de sus novios, y no

podían permitirse un periodo sabático forzoso de nueve meses. Unas cuantas eran simplemente descuidadas y acudían a Doc en busca de ayuda una y otra vez, y él se preguntaba cómo era posible que todavía pudieran concebir después de tantos años de maltratarse a sí mismas. Pese a todo, aceptaba su dinero y llevaba a cabo la intervención.

Y también iba a aceptar ahora el dinero del pachuco, aunque solamente después de un intenso diálogo consigo mismo mientras bajaba la calle y subía la escalera que llevaba a su habitación.

Normalmente Doc no tenía reparo alguno en llevar a cabo aquella intervención, que ya hacía mucho tiempo que era su especialidad y su medio principal para pagarse la adicción, así que no estaba seguro de por qué le estaba causando problemas aceptar el caso actual. Tal vez fuera la chica en sí. A Doc no le hacía falta más que echarle un vistazo para darse cuenta de que aquel no era lugar para ella. Era mexicana, estaba claro que acababa de cruzar la frontera y, por tanto, no cabía duda de que era católica. Además, era poco más que una niña. Doc sabía que, para alguien como ella, la idea misma de interrumpir un embarazo tenía que ser al mismo tiempo profundamente vergonzosa y completamente aterradora. Doc había practicado más de un centenar de abortos durante el tiempo que llevaba en la avenida de South Presa, pero hasta ahora ni una sola chica mexicana había solicitado sus servicios. Lo que hacían las mexicanas era esperar a que el embarazo llegara a término y luego, en contra del consejo de Doc, volvían de inmediato al trabajo mientras unas cuantas de ellas se turnaban para cuidar a las criaturas de las demás. Eran las chicas gringas, las hijas perdidas de los baptistas, los metodistas y los pentecostales, quienes acudían a Doc cada vez que tenían problemas. Doc tuvo que recordarse a sí mismo la total falta de carácter desplegada por el padre del bebé de la mexicana para convencerse a sí mismo de que lo que estaba a punto de hacer era por el bien de todos.

Marge era una pelirroja cincuentona robusta que mascaba tabaco y dirigía la pensión Yellow Rose con puño de hierro. Doc sabía que si la puerta de Marge estaba cerrada antes de que oscureciera era porque Dallas, la rubia que supuestamente tenía alquilada la habitación contigua a la suya, estaba allí dentro con ella, de manera que no llamó a la puerta.

Marge llevaba desde siempre viviendo en el apartamento de la planta baja, tras heredar la propiedad y poco más al morir su padre, cuando ella apenas acababa de salir de la adolescencia. Entendía el idioma secreto de cada tablón chirriante del edificio y conocía a todos sus inquilinos por el ruido de sus pasos, de manera que cuando oyó que Doc subía las escaleras de dos en dos, gritó desde el interior de la habitación cerrada como si fuera una jornalera del campo, lo cual era su forma habitual de comunicarse.

—Doc, ¿todo bien por ahí arriba? ¿Puedo ayudarte?

Doc ya estaba preparando la media papela.

—Bueno, si no estás muy ocupada, ¿podrás hervirme agua? Y... ¿no tendrás más toallas que vayas a tirar, verdad, cariño?

Se abrió la puerta de la habitación de la planta baja y Marge salió sujetándose con una mano el raído albornoz de toalla.

—Joder, ¿quién se ha quedado preñada?

—Nadie que conozcas. Una niña. Una civil.

—¿Una civil? Espera un momento, Doc. ¡No me apetece encontrarme por aquí a ningún ciudadano de a pie buscando a la zorrana de su hija animadora preñada!

—No es una civil de esas, Marge. Es una chica mexicana, una espalda mojada, recién llegada del interior. Joder, si es una criatura. Llegarán en cualquier momento, ella y un gilipollas de niño achaparrado del West Side. Avísame de un grito antes de hacerlos subir. Y si no te importa, intenta no hacer que se cague en los pantalones.

A Marge aquello le arrancó una sonrisa, pero se aprovechó de que Doc no podía verla.

—¿Que se cague? Caramba, Doc, no tengo ni idea de qué intentas decirme.

Dallas salió de la puerta detrás de Marge cepillándose la melena de color rubio platino entreverada de canas; le caía sobre el hombro formando una cortina resplandeciente.

—Ya sabes, Marge. Como hiciste con aquella chica de color que trajo Jimmy Leporino. ¡Le metiste tanto miedo que lo más seguro es que siguiera corriendo río abajo hasta el golfo de México!

—Bueno, eso fue distinto. Era una negra y Jimmy no la tendría que haber traído a mi casa sin pedirme permiso primero. Además, los negros se asustan fácilmente cuando no van en manada, lo sabe todo el mundo. Dallas, cariño, si puedes poner el agua al fuego yo iré al lavadero a ver si encuentro esas toallas. ¡Asustarla! ¡Vaya ideas, carajo!

Manny le había cobrado al pachuco veinte dólares por media papela, es decir, diez dólares de jaco dentro de un globo rojo. El margen de ganancia del cien por cien era el recargo habitual que cobraba por venderle a alguien que no conocía basándose solamente en la palabra de Doc. Una media papela de South Presa era una dosis considerable de jaco. Los novatos solían repartirla en dos chutes y aun así se las veían para no vomitar. A Doc se le había visto chutarse hasta tres de golpe, pero ahora mismo necesitaba no perder la cabeza. En realidad, llevaba todo el día funcionando deficitariamente y ahora la media papela le sentó bastante bien; saboreó el regusto, el cosquilleo, y durante un breve instante la barbilla se le cayó sobre su pecho.

La voz empieza por lo bajo igual que siempre, pero sin suavidad alguna. Resulta subliminalmente irritante, como un papel de lija de grano fino.

—Venga, Doc. ¿No me puedes ayudar? ¡Me está matando la espalda!

—*¡Pero si ya estás muerto! —ladra Doc—. ¡Déjame en paz!*

—¿Qué dices, Doc? —vociferó Marge.

Pero el hechizo ya estaba roto y la voz se fue apagando hasta convertirse en un vago pitido en los oídos de Doc, junto con todo residuo de hormigueo.

—Nada. Nada de nada. Estaba pensando en voz alta.

Alguien llamó bruscamente con los nudillos a la puerta mosquitera de la planta baja.

—¡Eh, Doc! ¡Tienes compañía aquí abajo!

—¡Vale, vale, carajo! ¡No soy sordo! ¡Deja de chillar y hazlos subir!

Normalmente Doc habría terminado su asunto con la joven pareja en poco más de una hora y los habría mandado de vuelta a casa con un puñado de cápsulas de penicilina, pero esta vez se presentaron problemas. La chica sangraba mucho y no había manera de atajar la hemorragia. Durante un rato la situación fue crítica, pero Doc tenía el pulso firme como una roca siempre y cuando le quedara suficiente jaco en el cuerpo y sus dedos recordaran la tarea a pesar de que ya hiciese tiempo que la morfina le hubiera envuelto el cerebro en una neblina perpetua. Sin ninguna deliberación consciente, su mente se recolocó y le permitió concentrarse en la crisis que tenía entre manos y olvidarse de todo lo demás que lo atormentaba, ya fueran las voces que le susurraban o los restos del feto tirados en el lavamanos.

Sin instalaciones hospitalarias a su alcance, Doc se vio obligado a improvisar. Estaba claro que no podía plantearse una transfusión, de manera que era necesario detener la hemorragia de inmediato. Sabía perfectamente que no podía esperar ninguna ayuda de las chicas. A Marge aquello le traía sin cuidado, y Dallas perdía el conocimiento en cuanto veía sangre. Corrió a arrancar tiras estrechas de tela de las sábanas y las metió en el agua hirviendo, con la esperanza de matar cualquier organismo que las hubiera convertido en su residencia; en cuanto se enfriaron un poco, embutió todas aquellas vendas improvisadas en el canal del parto y aplicó presión constante con la base de la mano hasta que la hemorragia se detuvo por fin.

La chica había perdido un montón de sangre y no se la podía mover de allí, y de momento el chaval solamente había sido un estorbo, de manera que Doc lo mandó a su casa, asegurándole que ella tendría fuerzas para marcharse por la mañana. Se fijó en que aquella pequeña sabandija no perdió ni un segundo en desaparecer y en que ni siquiera le echó un último vistazo a la chica. La hemorragia regresaba de forma intermitente, lo cual le obligaba a cambiar las vendas cada dos horas, de manera que para Doc fue una tarde larga y llena de nerviosismo.

Pero hacia las cuatro de la tarde la hemorragia por fin se había detenido del todo y la chica estaba descansando con la suficiente comodidad para que Doc sintiera que no

había peligro en pedirle a Dallas que la vigilara mientras él se escabullía para ir a pillarle a Manny.

Las ganancias de la tarde permitieron a Doc adquirir una cuarta —dos gramos y medio de jaco por cincuenta dólares— y todavía le quedaron unos cuantos pavos para pagarse el alquiler de la semana, algo de comida y un cartón de cigarrillos. Le echó un vistazo a la chica, se metió otro chute y a las cuatro y media ya estaba de vuelta en su mesa de la taberna manoseando una cerveza y fumando sin parar cigarrillos Camel con la esperanza de que la flauta sonara dos veces en un mismo día.

Empezaron a llegar los clientes de la *happy hour*. A diferencia de los clientes de día, estos eran básicamente tipos limpios que se rompían la espalda durante todo el día construyendo casas que jamás podrían tener el dinero suficiente para comprar o bien cambiando el pavimento de calles en perfecto estado situadas en vecindarios de la otra punta de la ciudad. Llegaban en grupos de tres o cuatro, se bebían una jarra de cerveza entre todos y tal vez jugaban una partida de billar antes de irse corriendo a sus casas para llegar a la hora de la cena. Siempre era uno de ellos el que echaba la primera moneda en la máquina de discos.

Los mexicanos solían poner música de los conjuntos locales, como Santiago Jiménez o el Trío de San Antonio, o bien de alguna de las orquestas de mariachis de México, con sus atronadoras trompetas y sus vocalistas que no se quedaban atrás en cuanto a potencia. Canciones sobre la chica de ojos negros a la que dejaron atrás y las montañas hermosas que ya no volverían a ver.

Ningún problema. A Doc no le costaba nada desconectar de aquellas canciones tristes cantadas en un idioma que apenas entendía. Se sabía de memoria algunas de las melodías, y cuando estaba de humor incluso las tarareaba.

Pero cuando uno de los palurdos blancos se acercó dando tumbos a la máquina, hurgándose en los Wranglers en busca de una moneda, a Doc se le erizó el pelo de la nuca. Sabía que solamente era cuestión de tiempo que uno de aquellos paletos se arrimara a la Wurlitzer y eligiera la N26.

*Now you're lookin' at a man that's gettin' kinda mad
I've had a lot of luck but it's all been bad.*

—Hay que joderse —gruñó Doc por lo bajo. Se había pasado gran parte de su vida en bares de todo el sur, y no fallaba nunca, joder. Si te pasabas el bastante tiempo sentado, siempre había algún capullo que ponía un disco de Hank Williams. Aunque llevaba ya casi una década muerto y enterrado bajo dos metros de tierra herrumbrosa de Alabama, el viejo Hank todavía se quedaba con sus monedas y los hacía llorar. Doc examinó la sala. Había trabajadores de la construcción, operarios de almacén, soldados de Fort Sam y haraganes con pensiones de invalidez. Sus edades iban desde los veintipocos hasta los setenta y tantos, pero a todos les encantaba Hank.

Ya les había encantado mientras estaba vivo y ahora que estaba muerto les encantaba todavía más. Hasta a los mexicanos les encantaba aquel hijo de puta, por mucho que la mayoría no entendieran ni jota de lo que estaba cantando. Las canciones de Hank trataban de sus apuros y desventuras con un ritmo machacón al que podían bailar. Hasta el último de aquellos tipos estaba convencido de que el viejo Hank le cantaba a él de forma individual, o por lo menos de forma exclusiva a la gente como él, a las personas normales con hijos que criar y facturas que pagar, la mayoría de ellas vencidas. No tenían forma de saber que en aquel mismo momento, en la otra punta de la ciudad, en las casonas victorianas de la vieja aristocracia local de Olmos Park y Alamo Heights, había médicos, abogados y políticos sirviéndose whiskys con soda y poniendo a Hank a todo volumen en sus equipos de alta fidelidad. Ciertamente, tenían montones de Frank Sinatra y Nat King Cole en sus tocadiscos de recarga automática, pero cuando estaban bebiendo, el único que les servía era Hank, y no había ni uno de ellos dispuesto a pagar ni un centavo por oír a otro cantante country que no fuera Hank.

Doc no se preguntaba por qué todos insistían en hacerse aquello a sí mismos. Era consciente de lo que estaba a punto para suceder. Cuando uno de los discos de Hank se asentaba en el plato de un tocadiscos automático, hasta el retumbar inicial de la aguja en los surcos desgastados transmitía una sensación de soledad. La *steel guitar* llorosa era el anzuelo, pero era el ritmo el que enganchaba, y para cuando la voz de Hank aparecía crepitando en los altavoces ya era demasiado tarde. Ya no había escapatoria.

*No matter how I struggle and strive
I'll never get out of this world alive*

¡Dios bendito! Qué voz. Era un lamento desgarrador y desconsolado que te calaba hasta los huesos como si fuera un día frío y lluvioso. Los lamentos de un alma en pena country, vaticinando la condenación inminente.

—¡Ya basta, maldita sea! —gritó Doc en voz alta, aunque solamente un puñado de clientes le prestó atención, y ni uno solo de los habituales levantó siquiera la vista de su cerveza. Todos habían presenciado estallidos de «aquel viejo loco que se sentaba al fondo del garito», pero jamás entendían ni una palabra de lo que estaba diciendo. «Lo hace siempre», susurraban. «A veces habla solo».

Doc soltó el borde de la mesa que había estado agarrando y salió disparado por la puerta de vuelta a la calle.

Hacía calor y la calle estaba oscura y en silencio. Las farolas proyectaban unas sombras alargadas sobre la calle vacía, fantasmas trapezoidales descoyuntados de estructuras sencillas de una planta y de dos que antaño habían albergado negocios respetables. La casa de empeños había sido una barbería, un sitio donde la gente se

reunía para intercambiar cotilleos del vecindario y contarse patrañas. El edificio abandonado de la acera de enfrente había sido una ferretería familiar, con las cubetas llenas de cierres y accesorios de todas las clases imaginables: tuercas de mariposa y pernos y clavos de diez centavos.

Pero igual que Doc, los edificios estaban en ruinas. Reliquias del pasado. Sombras de lo que habían sido esperando a que el tiempo se cobrara su lenta pero implacable factura.

Le pisa los talones el eco familiar de unos pasos débiles. El eco cansino cesa de forma abrupta cada vez que Doc se detiene, pero él sabe por experiencia que si se da la vuelta no verá más que su propia sombra, extendiéndose de una acera a otra como un foso negro que se abre en medio de la calle. De manera que se limita a seguir caminando y el fantasma lo sigue hasta su casa.

La chica mexicana seguía durmiendo tranquilamente, de manera que Doc le dijo a Dallas que podía irse; echó un buen pellizco de jaco en un envoltorio de Juicy Fruit y ella se lo aceptó agradecida antes de salir a toda prisa. Él tenía intención de que la cuarta le durara. Por lo menos un par de días. Habría sido como tomarse unas pequeñas vacaciones, un infrecuente respiro del yugo diario. Sentarse en la cama, coger la jeringa y colocarse sin tener que salir de la habitación, como en los viejos tiempos. Tal vez poner una cafetera en el fogón y leer el periódico de la mañana, como un ciudadano normal.

Otra vez sería, quizá. Ahora le hacía falta colocarse. Con cuidado de no despertar a la chica, localizó sus enseres a tientas, hurgando con cuidado entre el colchón y el somier en busca del neceser azul de terciopelo. Antaño había albergado una botella de whisky canadiense de formas elegantes. Ahora contenía la parafernalia de Doc: una cuchara con el mango doblado, un torniquete de goma y una jeringa reluciente de cristal y acero inoxidable.

La mayoría de los yonquis se tenían que apañar con artilugios caseros hechos a base de colirios oculares y gomas elásticas, pero no era el caso de Doc. Su instrumental era una herencia familiar, parte de un equipo elegante y antiguo que su abuelo le había regalado a su padre al licenciarse este en la facultad de medicina. A su vez, el segundo doctor Ebersole lo había tenido guardado en una vitrina de su oficina hasta el día de legárselo con orgullo a Doc. Solamente la jeringa había sobrevivido, y en alguna ocasión Doc se había sentido tentado de tirarla al cubo de basura más cercano, pero la verdad era que no la había conservado durante tantos años por razones sentimentales.

Disueltas en medio centímetro cúbico de agua (que era lo que cabía en la típica jeringa de la calle), tres bolsas de polvo marrón mexicano adquirirían la consistencia de un buen batido. Aquel coloso alemán del abuelo tenía el triple de aquella

capacidad, de manera que Doc lo podía cargar sin miedo a que se le obturara la aguja y se echara a perder un chute de treinta dólares.

Sí, a Doc le gustaban los chutes grandes, de esos que matarían a la mayoría de los yonquis, de esos que le hacían rechinar los dientes y lo ponían a sudar y a babear mientras se mecía de adelante hacia atrás en el borde de su silla. A él nunca lo mataban. Siempre regresaba en el último instante posible, parpadeando y soltando suspiros de resignación al volver a encontrarse en aquel cuchitril de habitación. Y allí estaba siempre el fantasma, contemplándolo.

—Me tienes que ayudar, Doc, estoy bastante hecho polvo.

Doc siempre intenta decirse a sí mismo que lo que está oyendo en realidad es la droga, pero eso nunca le impide responder.

—Yo no te puedo ayudar, Hank, ya te lo he dicho. Ya no soy médico.

—A ver, Doc —lo reprende el fantasma, bajando la voz pero no lo bastante para disimular su desprecio—, los dos sabemos que cuando me fijé por primera vez en ti ya no eras médico. Por lo que yo vi, no eras más que otro vendedor de unguento de serpiente de esos que se quedaban rondando después de los conciertos. Pero me tomé todas las pociones y los polvos que vendías. Y tú aceptaste mi dinero en metálico, no te equivoques. Pero olvidémonos de aquello. No eran más que negocios. ¡Joder, tú y yo somos viejos amigos de farra!

Doc abre los ojos y se encuentra a la aparición apoyada en el borde de la silla de invitados del rincón, con la estrecha espalda encorvada como si lo estuviera atormentando el dolor o el frío. Hank está imposiblemente flaco, y el traje de color de paja con corte del Oeste que lleva puesto le cuelga flácido y vacío de los huesos, como si dentro no hubiera nada sustancial que lo llenara, y es que no lo hay. Su sombrero Stetson Silverbelly le proyecta una sombra diagonal sobre la cara, y el único ojo que se le ve se muestra hambriento, expectante, la mitad de una mirada de animal aterrado paralizada en un grito silencioso y perpetuo, y Doc sabe que no se puede permitir mirar su interior. De manera que baja un poco la vista y se estremece al darse cuenta de que puede leer con facilidad a través del torso transparente del visitante las normas de la casa que hay pegadas en la puerta. Vivir con un fantasma tiene ciertas cosas a las que Doc no se acostumbrará nunca.

—Por lo que yo recuerdo, Hank, tú me llamabas cada vez que te dolía la espalda, tú o tu madre, que Dios la tenga en su seno, y yo venía corriendo. ¡Tal vez yo pescaba algo en algún momento del proceso, pero al final eso tampoco me consolaba mucho!

—Siempre te pagué los chutes, Doc. Por adelantado. Joder, os he aflojado una pequeña fortuna a los curanderos como tú a cambio de remedios de todas las clases y colores. Algunos me funcionaron. Y otros no. Tú mismo lo dijiste, Doc: me dijiste que

en la vida habías visto a nadie caminar con un caso tan grave de la espina esa, no me acuerdo de cómo llamaste al bulto ese que yo tenía en la espalda.

—Espina bífida, Hank. Viene del latín. Quiere decir «espina dividida en dos». Y no me cabe la menor duda de que cuando estabas vivo debía de dolerte como una mala cosa.

—¡Esa es otra! —dice el fantasma entre dientes—. He estado pensando. ¡Tal vez no estoy muerto!

—Oh, ya lo creo que estás muerto.

—Bueno, ¿y si te equivocas? O sea, estoy aquí sentado hablando contigo, ¿verdad que sí? A lo mejor esto no es más que una pesadilla y me voy a despertar en cualquier momento.

A Doc se le termina la paciencia.

—¡Pues despierta ya, joder, Hank! Ya va siendo puta hora, teniendo en cuenta que estamos en verano de 1963, ¡hostia! ¡Ya hace diez años! Ya hace diez putos años y solo Dios sabe cuántas millas has recorrido, y da la impresión de que ciertamente has expirado en algún momento desde entonces, colega, teniendo en cuenta que atraviesas las paredes y exhibes toda clase de conducta paranormal. En realidad, yo tengo la convicción personal, además de la opinión profesional, de que no eres más que un producto de mi imaginación, y sin embargo eso no te ha impedido venir pisándome los putos talones desde Lousiana hasta el puto culo del mundo, ¿verdad que no? ¡Pero sí que estás muerto, Hank! Es decir, si es que eres quien dices ser, aunque tengo que admitir que si no eres Hank Williams entonces eres su vivo retrato, y si de algo estoy seguro es de que él está muerto. Completamente fiambre, como se suele decir, fíjate, y si tú eres él, entonces está más claro que el agua que dolor, lo que se dice dolor, no tienes, eso se acabó, y aunque lo tuvieras, no estoy seguro de que yo pudiera sentir lástima por ti. ¡Joder, para serte sincero, hay días en que me encantaría tener una enfermedad crónica e incurable que justificara mis ansias de meterme un chute!

El fantasma se pone de pie o tal vez simplemente crece igual que la sombra vespertina de una iglesia destartalada se despliega sobre un cementerio hasta estar justo al lado de Doc, meneándole un dedo esquelético ante su cara.

—¡Eh, Doc, para el carro! Es posible que yo esté muerto y es posible que no, pero si hay algo que está claro aquí es que yo no soy un drogata. Yo nunca me metí nada que no me mandara el médico. ¡Tampoco me pegué nunca un chute, y las cosas me las metía en el bolsillo de los pantalones, y no directamente en la vena como un negro de mierda!

Repentinamente consciente del torniquete que le sigue rodeando el brazo, Doc lo desata y lo guarda. Mientras se baja la manga, apoya la palma de la mano en una rodilla temblorosa, ocultando de la vista del fantasma los diminutos copos delatores

de sangre seca... o tal vez no. Porque si Doc puede ver a través de Hank, tal vez este también pueda ver a través de él. Por fin se incorpora y se pone el abrigo.

—¿Cuántos de esos médicos te dijeron que dejaras la bebida, Hank?

—Oh, ya estamos con eso...

—¿Cuántas veces te repetí yo lo mismo, coño? Entonces no los escuchabas a ellos. Y ahora no me haces caso a mí.

—Muy bien, bebo.

—Pues mira, Hank, no. No bebes —le replica Doc.

—Puede ser, a veces bebo mucho. Tampoco es que me falten cosas en la vida de esas que lo empujan a uno a la bebida, Doc.

—No puedes beber, Hank. ¡Y no tienes vida porque estás muerto, carajo!

Hank continúa gimoteando.

—¡Toda esa gente rondándome sin parar, como mosquitos alrededor de un puerco!

Doc camina con discreción hasta el vestidor, destapa la botella de aguardiente puro, agarra un vaso largo con dos dedos y lo deja con malos modos en la mesa, frente a Hank.

—Aquí tienes, Hank.

El espíritu empieza a temblar, o tal vez sería más preciso decir que empieza a reverberar. Doc insiste.

—¿A qué estás esperando?

El fantasma se retira hasta el rincón, aplanándose hasta volverse bidimensional, retorciéndose y sacudiéndose como una cinta al viento.

—¡Venga, Hank, tómate una copa, joder! —ladra Doc, y le vacía el contenido del vaso en la cara al fantasma, pero tanto este como el alcohol se evaporan al instante, dejando un vaho dulzón flotando en el aire.

—Gilipollas —murmuró Doc.

Cuando abrió los ojos, la chica mexicana estaba sentada en la cama con la espalda muy recta, mirándolo, con los ojos muy abiertos pero sorprendentemente tranquila. Él recogió a toda prisa sus enseres, se los escondió en el bolsillo del abrigo y arrastró la silla destartalada hasta al lado de la cama.

—¡Chist! Tranquila —susurró—. Debo de haberte dado un susto de muerte.

De cerca, los ojos de ella eran más oscuros y todavía más tristes.

—Joder, hija. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

Tenía dieciocho, pero su último cumpleaños había pasado casi desapercibido mientras su familia cruzaba la frontera en la carga de un camión con remolque de cuatro

metros. Su padre se había pasado la vida yendo y viniendo desde México, en busca de una mejor vida de la que podía conseguir haciendo cajas de hojalata para los turistas en la diminuta Dolores Hidalgo. Ella solamente tenía un recuerdo muy vago de él, que además se iba disipando un poco más cada día, como una fotografía que pierde los colores. Durante la mayor parte de su vida, el único contacto que había existido entre ellos era la garantía que le daba su madre de que él regresaría pronto y una caja de cartulina que contenía todos los regalos que él le había ido trayendo de sus vagabundeos por el norte: muñecas de plástico baratas con los labios rojos y ligeramente torcidos y juegos que ella no entendía. Ahora ya hacía tiempo que la caja y sus contenidos se habían desvanecido, desechados por superfluos y arrojados por la borda cuando la familia siguió al padre a San Antonio.

Por fin su padre había encontrado un trabajo más o menos permanente con una cuadrilla contratada para construir viviendas en las bases militares que rodeaban la ciudad. Ahorró el bastante dinero para pagar a un coyote que se trajera a su familia al norte, y luego, menos de un año más tarde, sufrió un ataque masivo al corazón, se desplomó en medio de la obra y se murió.

Ahora su madre y sus hermanas mayores se veían obligadas a ir en autobús hasta el North Side para limpiar casas de gringos ricos: ella se quedaba cuidando a los niños más pequeños en casa, donde sus días eran largos, calurosos, húmedos y salpicados de lapsos de añoranza por las noches frescas del altiplano de México donde ella había nacido.

Ella nunca había conocido a nadie como Armando. Era un texano de segunda generación, oscuro, peligroso y seguro de sí mismo en aquella tierra extraña, y ella se sentía sola, añoraba su casa y era una presa fácil. Apenas recordaba haberse entregado a él en el asiento trasero de su coche; él le había dado de beber licor de endrina con 7-Up y el encuentro había sido breve. Ella recordaba con más nitidez que él le había arreado una bofetada tan fuerte que las orejas le habían seguido pitando durante una hora, por vomitarle encima de la tapicería blanca y negra acanalada.

Seis semanas más tarde había vuelto a sentir el estómago revuelto, y a la mañana siguiente no se le había pasado, y luego, por segundo mes consecutivo, no le había venido la regla.

No había tenido valor para enfrentarse cara a cara con su madre, quien era una mujer religiosa y endurecida por los infortunios, que solía amenazar a sus hijos con que si no se portaban bien, vendría la Llorona y se los llevaría. De acuerdo con la leyenda, la Llorona era el espíritu de una joven viuda que había ahogado a sus tres criaturas con la esperanza de aumentar sus posibilidades de casarse con un noble rico. Cuando su pretendiente la rechazó, horrorizado, ella se tiró al río detrás de ellos. Ahora deambulaba por las orillas en busca de las almas de sus hijos. Ella les había contado la historia con tanta convicción que Graciela no tenía absolutamente ninguna

duda de que su madre se la creía al pie de la letra.

De manera que Graciela había acudido a Armando y había roto a llorar mientras le daba la noticia. Él se había limitado a encogerse de hombros y había admitido que tal vez conociera a un tipo que conocía a otro tipo que podía hacerse cargo de su «pequeño problema», y que él se haría cargo del coste a condición de que ella mantuviera la boca cerrada.

Ella se había quedado destrozada. No es que amara a Armando, pero sí que había dado por sentado que él haría lo correcto, tal como lo había hecho el marido de su prima Rosa. Diego y Rosa nunca habían estado enamorados, pero los dos trabajaban duro y ahora tenían tres hijos y parecían bastante felices.

Armando se había limitado a reírse y la había informado en términos inequívocos de que cuando a él le llegara el momento de sentar la cabeza encontraría a una buena chica de su barrio, una texana que le preparara tortillas de harina de las gruesas en lugar de las finas y duras de maíz.

Y ahora la había abandonado allí, en aquel lugar espantoso y con aquel gringo viejo, y ella sabía que él no iba a volver jamás.

Durante la noche se despertó varias veces para encontrarse al gringo allí a su lado, refrescándola con un trapo húmedo o bien levantándole la cabeza con suavidad para que ella pudiera dar sorbos de agua de una gruesa taza de café de color hueso. En un momento dado creyó que su madre la había encontrado y le había perdonado su enorme pecado, pero entonces el gringo le habló con aquella voz suave y grave que retumbaba y ella se sintió decepcionada, pero no tuvo miedo. Aquel completo desconocido tenía algo que le resultaba extrañamente familiar: una apariencia de tranquilidad que ella ya había presenciado antes.

Su abuelo había decidido quedarse en Dolores, donde estaban enterrados su mujer y dos de sus hijos. Era un hombre infinitamente más paciente que su padre y que los demás hombres en la flor de la vida que ella había conocido. No malgastaba energías en nada, pero no era débil en ningún sentido y seguía recogiendo leña para venderla todos los días. Cargaba con sus mercancías hasta el mercado a lomos de un burro anciano que se llamaba Pedro, a quien gobernaba dándole constantes azotes con una vara de creosota. Tanto a la ida como a la vuelta pasaba de largo de las cantinas y del salón de dominó, y siempre llegaba a casa antes de que oscureciera trayendo los frutos de su trabajo, un fardo que contenía un surtido de raíces irreconocibles y hierbas de extraños aromas y un tallo de caña de azúcar para cada uno de sus siete nietos.

Pero la chica tenía una conexión especial con el anciano, y desde que alcanzaba su recuerdo lo había seguido siempre que había podido. Al crecer, sus hermanos y hermanas habían averiguado que su abuelo paterno gozaba de un respeto considerable en su barrio. En Dolores todo el mundo lo llamaba Don Tomás, y se murmuraba que

era curandero, y hasta la madre de ella, que se pasaba media vida en la iglesia y se santiguaba cada vez que aparecía alguien en la puerta preguntando por el viejo, había vencido sus temores al enfermar uno de sus hijos.

Pero Graciela era la única que había presenciado realmente el trabajo de su abuelo, había inhalado el aroma de las hojas de manzanilla y agave macerando en el caldero y había visto cómo el vapor ascendía en oleadas y formaba figuras en el aire que se movían y cambiaban. Tal vez aquel gringo no estaba hablando solo, a fin de cuentas. Tal vez estaba invocando algo más viejo y oscuro para que la ayudara. Algo afín a los espíritus que a veces su abuelo enrolaba en sus batallas contra la enfermedad y la aflicción. ¿Acaso no había algo con forma de gato en el rincón? ¿Acaso su nuevo benefactor lo había invocado para que la vigilara mientras ella dormía? Lo único que ella sabía era que, por alguna razón que no entendía, se sentía más a salvo ahora que estaba a cargo de un desconocido, en una parte desconocida de una ciudad desconocida, que en todo el tiempo que llevaba fuera de México.

Siempre había admirado la constancia de su abuelo, que ella percibía como la insignia de la sabiduría y la fuerza obtenidas a base de años de experiencia. A sus ojos, aquel gringo estaba hecho de la misma madera sólida. Se movía despacio y de forma deliberada, como si pudiera detener el tiempo y no tuviera asuntos más urgentes entre manos que vigilarla a ella hasta que empezara a recuperar las fuerzas.

Ella no tenía forma de saber que, de jóvenes, tanto su abuelo como el gringo habían sido exactamente igual de inquietos que su padre, y que lo que ella tomaba por estabilidad no era más que resignación.

Hank tiene frío. Un frío intenso y seco, allí donde antes solía tener la médula del hueso, pero ni tiembla ni tiene escalofríos. De hecho, apenas lo nota. Hank ya no recuerda un tiempo en que no tuviera frío, y solamente cuando algún eco errático de calidez humana se cuela accidentalmente en su dominio sin colores él se molesta en ponerle nombre.

Es la chica.

Hank odia a la chica. No sabe por qué. Por alguna razón que no entiende, le saca completamente de quicio que Doc se desviva tanto por ella. Que la cuide. Que esté a su servicio. Poniéndole la comida en la boca como si fuera un puñetero bebé.

A fin de cuentas, ¿qué tiene esa chica que la haga tan especial? Vale, es joven y no deja de ser mona si las prefieres flacas (que no es el caso de Hank), pero si lo que te gusta es la carne morena, Hank opina que las hay mucho más morenas que ella. ¡Y encima no entiende ni una palabra de americano! ¿Qué quiere un hombre culto como Doc de una mujer así?

Si le preguntas a Doc te dirá que no es nada de eso. Que la chica es igual que las demás. Está en apuros. No tiene a quien acudir. Y Doc se dedica justamente a eso. A ayudarlas si ellas le pueden pagar.

Bueno, y a veces también cuando no pueden.

Pero esta vez hay algo distinto. Hank ya lleva tiempo apareciéndose a Doc, y este nunca ha mirado, ha hablado o ha tocado a nadie de la forma en que mira, habla y toca a esta chica mexicana. Ciertamente, siempre es bastante delicado, a su manera, aunque de vez en cuando sea un poco brusco al hablar, pero a esta chica la trata directamente... con cariño... sí, esa es la palabra, cariño. La trata como si ella fuera un bebé o una amante nueva.

Si Hank no supiera que es una tontería, juraría que a Doc le gusta la chica mexicana.

Y si cualquiera que no fuera Doc pudiera oír o ver a Hank, se llevaría la impresión de que este estaba celoso.

¡Pero eso es una locura! Solamente porque Hank tenga ganas de sacar a esa pequeña zorra de la cama tirándole del pelo y darle una zorra de aquí te espero, no quiere decir que esté celoso, porque eso querría decir que él es marica, ¿verdad? Además, tampoco importa, porque él no la puede tocar; ni a ella ni a nadie. Si pudiera, mandarían a esa guarrilla de piel morena cagando hostias de vuelta al infierno del que haya salido, después de decirle un par de cosas, claro, pero ahí vuelve a aparecer el molesto inconveniente: a Hank solamente lo puede oír Doc, que

no lo escucha casi nunca y no contesta más que cuando tiene el brazo lleno de jaco.

Pero ¿por qué? ¿Por qué Doc? ¿Por qué no otra persona? Hay gente a la que él se sentía más próximo en vida, personas a las que él quería, y que lo querían también, por mucho que a veces esto último no resultara fácil. Está claro que él tiene más asuntos sin resolver en otros lugares, ¿acaso no es por eso que se aparece un fantasma? Pero desde hace tanto tiempo que parece una eternidad... Dios no lo quiera... Hank ha estado acompañando a Doc en todos sus viajes. Bossier, Mobile, Houston, un sitio de mierda detrás de otro. A veces pasaban días o hasta semanas en una ciudad antes de que Hank se diera cuenta de que él y Doc se habían mudado a ella.

Así pues, ¿cómo es que todavía no se han movido de este rincón concreto del infierno? Hank intenta dirigir a Doc a golpe de pura voluntad para que vuelva al Este, a Montgomery. Es ahí donde están enterrados los huesos de Hank; tal vez ahí pueda descansar. ¿O por qué no Nashville, o hasta Shreveport? En esos sitios Hank conoce a gente, viejos amigos y hasta examantes que o bien lo aman o bien lo odian, da igual, lo que importa es que no lo atraviesen y se estremezcan como si él no fuera nada más que una ráfaga de viento que se cuela por debajo de la puerta.

Pero por la razón que sea, ahora es Doc quien va al volante. Y no cabe duda de que es un tipo extraño, que se ha pasado todos estos años deambulando sin rumbo alguno, y de todos los sitios donde terminar estableciéndose, ¿por qué este? ¿Qué tiene de maravilloso esta habitación de mierda en esta ciudad de mierda? Joder, ¿qué tiene de maravilloso este mundo de mierda?

A Hank le parece que Doc tendría que estar cansado de tanto trapichear para meterse un chute detrás de otro. Que ya debería tener ganas de tomarse un buen y largo descanso. ¿Cómo es que no está harto ya de estar cansado, enfermo y desamparado?

Solo no. Desamparado.

La soledad es un estado transitorio, una nube que esconde el sol durante un rato y luego hace que la luz de este parezca todavía más radiante cuando se ha marchado. Es como cuando estás lejos de casa y echas de menos a la gente a la que quieres, y te parece que no los vas a volver a ver nunca más. Pero no es así, sí que lo haces, y entonces dejas de estar solo.

El desamparo no tiene nada que ver con ello. Es algo incurable. Terminal. Un agujero en tu corazón tan grande que podría cruzarlo un camión con remolque. Tan grande y profundo que ni todo el dinero ni el whisky ni las tías ni la droga de todo el puñetero mundo pueden llenarlo porque lo has abierto tú mismo y además lo sigues ensanchando, a base de mentiras individuales, decepciones y promesas rotas.

Tanto Doc como Hank cruzaron ya hace mucho tiempo esa frontera entre la soledad y el desamparo. Un paso fatídico, ya hace bastante tiempo. Hank no sabe

dónde fue, pero tiene claro que el desamparo le resulta perfectamente familiar. De hecho, Hank es una puñetera autoridad mundial en el tema. Solo hay que preguntarle a cualquier cliente de cualquier tugurio del mundo. Y Hank supone que Doc debe de ser el peor caso de desamparo que ha visto jamás, y únicamente es una cuestión de tiempo que llegue a una tesitura que ya no sea capaz de resolver, y entonces, solo en medio de la nada, se deje vencer por la desesperación absoluta. Y Hank estará esperando ese momento.

Y entonces todo volverá a ser como en los viejos tiempos. Los buenos de Hank y de Doc, en la carretera, sin rumbo ninguno pero con mucho estilo. Y entonces, supone Hank, le tocará a Doc seguir a Hank hasta las mismas puertas del infierno. O de Alabama.

—¿Cómo te llamas, hija? Esto... ¿Cómo se llama usted?

Durante un instante espantoso, Doc temió que la chica se riera en voz alta de lo mal que él hablaba el castellano, pero lo único que hizo ella fue sonreír y pronunciar despacio y con cuidado su nombre de pila.

—Graciela.

—Graasieela —se aventuró a decir Doc, y esta vez la chica no pudo contener la risa; sin embargo, en su voz no había ni un solo matiz de reproche, y a Doc le resultó imposible ofenderse.

—Eh, escucha una cosa. ¿Y si te llamo Grace para acortar? ¿Qué te parece? —La señaló y repitió—: Grace.

Sin previo aviso a ella le ardieron los ojos oscuros y sus labios se fruncieron formando una línea fina y resuelta.

—Oh, oh —dijo Doc—. Te ha sentado como un tiro, ¿verdad? Escucha, hija, no era mi intención herir tus sentimientos. Es solo porque siempre me han costado mucho los nombres extranjeros. O sea, hasta en la facultad de medicina tuve que repetir latín tres veces. Grace me resulta mucho más fácil...

La chica se incorporó de repente hasta sentarse en la cama, sujetándose la sábana con una mano por debajo de la barbilla para mantenerse tapada.

—¡No! —protestó—. ¡No *Gress!* —Estiró la mano que tenía libre para tocar los labios de Doc con dos dedos, con suavidad, casi sin que se notara presión alguna, interrumpiéndole a media excusa.

Era la primera vez que él se daba cuenta de lo preciosa que era ella, con aquellos rasgos delicadamente cincelados que se veían más indios que mestizos y con aquel pelo negro y reluciente que contrastaba con los hombros desnudos, de color caramelo bajo la luz, la cual le favorecería al colarse por la ventana sucia que ella tenía detrás.

—Gra-cie-la —entonó ella.

Hasta su nombre era hermoso, extrañamente musical, igual que una lluvia leve sobre un tejado de hojalata, y como ella era muy consciente de lo hermoso que era, lo hizo exquisito al pronunciarlo. Era su nombre, le pertenecía a ella y solamente a ella. El único de los muchos nombres que su madre le había puesto que ella no compartía con nadie más de la familia, y que ella no iba a tolerar que nadie le profanara.

Doc lo volvió a intentar varias veces, cada vez con mejores resultados. Por fin consiguió una pronunciación aceptable para Graciela y ella se volvió a recostar sobre su almohada. Y allí se quedó quieta, con los ojos muy abiertos y expectante, hasta que Doc se dio cuenta de que había descuidado su deber.

—¡Oh! ¿Yo? Me llamo Doc. Llámame Doc, hija. Así me llama todo el mundo.

Graciela pareció confundida, de manera que Doc volvió a recurrir a la rutina de Tarzán y Jane, señalando a Graciela y repitiendo su nombre de forma lo bastante precisa como para hacer que su propio apodo monosilábico sonara perdidamente gutural en comparación cuando a continuación se señaló a sí mismo y graznó «Doc».

En sus primeros intentos a Graciela le salió algo más parecido a «Duck», pero a fuerza de repetirlo acabó saliéndole bien. Aun así le quedó cierto aspecto desconcertado, cierta pregunta sin formular que empezó a manifestarse en forma de arruguitas en su frente, a continuación se le propagó rápidamente a los ojos y por fin a las comisuras de la boca.

—¿Es todo? —preguntó ella, y por una vez, Doc la entendió a la perfección. La expresión era una de las pocas que aparecían con frecuencia en diversos contextos en el curso de las transacciones tensas y los procedimientos desesperados que tenían lugar en medio de la noche.

—Sí, es todo.

Era Doc. Doc a secas. Con la excepción de unos cuantos incidentes aislados en los que había estado implicada la policía local, era el único nombre al que él había respondido en años. En South Presa no había nadie que lo conociera por un nombre distinto.

En alguna parte de los juzgados del distrito de Orleans había una hoja descolorida de papel legal con un sello de aspecto oficial adjunto que decía que su nombre era Joseph Alexander Ebersole III y que había nacido vivo a las 10:37 de la mañana del 17 de enero de 1910. El mismo nombre aparecía en otras partes de los archivos estatales como doctor Joseph A. Ebersole, pero en la portada del documento había un sello rojo muy feo que declaraba que su licencia para practicar la medicina en el estado de Louisiana había sido revocada de forma permanente. Por lo menos sí que poseía un permiso de conducir en vigor, pero por lo que Doc sabía, su viejo Buick seguía averiado al este de la ciudad en un arcén de la carretera. Se le había estropeado hacía más de dos años, y él se había limitado a largarse caminando y dejarlo allí tirado. Carecía de ingresos legales y de cuenta bancaria, de manera que no necesitaba documentación de ninguna clase, y encima eso le gustaba. Lo cierto era que llevaba tanto tiempo siendo «Doc a secas» que ya no se identificaba con aquel nombre que habían llevado su padre y su abuelo; ambos habían practicado la medicina y a Doc no le cabía duda alguna de que en aquellos momentos debían de estar retorciéndose en sus criptas de mármol contiguas. Y Doc no los culpaba por ello.

De manera que ahora se llamaba Doc. Nada de Doctor. Ni doctor Ebersole. Doc a secas.

Obviamente insatisfecha con la conversación pero incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos, Graciela acabó quedándose dormida. Doc no la culpaba por sentirse

estafada, pero no podía hacer nada al respecto. Simplemente no veía necesidad alguna de malgastar más de una sílaba en una vida tan miserable como la suya.

Doc se pasó la noche recostado contra el rincón y durmiendo solo a intervalos breves. Por la mañana Dallas le trajo un viejo plegatín que llevaba tiempo cogiendo polvo debajo de su cama; Doc lo aceptó con gratitud y lo puso contra la pared de enfrente de la cama. En toda la semana no se separó de Graciela más que una hora cada mañana para ir a colocarse. Durante aquellas ausencias Dallas montaba guardia en su puesto, lo que provocaba las considerables protestas de Marge, que no paraba de preguntarse en voz alta cuándo iba a volver «aquel chicano de mierda» a buscar a su novia. El viernes por la mañana incluso Doc se vio obligado a admitir que era poco probable que volvieran a ver alguna vez a Armando, y a medida que se acercaba el fin de semana la convalecencia ininterrumpida de Graciela se fue volviendo cada vez más problemática.

Aquella noche iba a haber luna llena, y siempre que los nativos estaban nerviosos, los aposentos de Doc registraban un tráfico abundante. Aun en el caso de que Marge hubiera estado dispuesta a ayudar, seguían teniendo el problema de que todas las habitaciones del Yellow Rose se encontraban ocupadas. Todas las habitaciones grandes de las esquinas estaban alquiladas a inquilinos más o menos permanentes como Doc. En el otro extremo del espectro estaban los «corrales»: ocho cubículos sin ventanas formados a base de subdividir la buhardilla y a los que se accedía por medio de las retumbantes escaleras de metal de la parte de atrás. Eran oscuros y diminutos, no mucho más grandes que la cama individual que constituía su único mobiliario, y sin embargo tenían una demanda muy alta por horas los fines de semana. A medio camino estaban las habitaciones pequeñas, como la que tenía la amiga especial de Marge, Dallas, para mantener las apariencias y para recibir a clientes especiales que estaban más interesados en la satisfacción de fantasías extrañas que en el acto sexual en sí. Marge, considerablemente celosa de aquellos «tíos raros», como los llamaba ella, acabó aceptando a regañadientes que Graciela se pudiera quedar gracias a que Dallas se ofreció voluntaria para dedicarle una parte de su tiempo, lo cual significaba que no iba a estar usando su habitación. Y así quedó decidido: Doc visitaría a sus pacientes en la habitación de Dallas mientras Graciela se recuperaba en la de Doc.

Para el amanecer del domingo, Doc ya había practicado otro aborto, había tratado media docena de casos de gonorrea y había extraído un punzón para el hielo que un camionero tenía clavado en el latissimus dorsi izquierdo, peligrosamente cerca de su espina dorsal.

—Dos dedos más a la derecha, primo, y estarías jodido de verdad —dijo Doc para tranquilizar al paciente mientras le envolvía el torso con cinta aislante para aliviar el dolor colateral de las por lo menos dos costillas rotas. El trajín había alcanzado su punto álgido en la madrugada del sábado: dos víctimas de arma de fuego, las dos por

disparos de cerca y con mala puntería de pistolas baratas de calibre pequeño.

Al parecer los dos gallitos se habían enzarzado en medio de la pista de baile de la cervecería y se habían vaciado los cargadores el uno sobre el otro a menos de diez pasos de distancia. Solamente una de las dieciséis balas disparadas había penetrado en una zona vital, y había colapsado el pulmón izquierdo del desafortunado combatiente. Doc dejó la bala donde estaba, puesto que la cirugía torácica le venía un poco grande, pero se las apañó para detener la hemorragia.

—Por eso tienes dos pulmones, hijo —le comentó—, por si a uno le pasa algo.

Pero en la habitación de al lado, les aconsejó a los compadres del muchacho que si querían que este sobreviviera a la infección que claramente iba a contraer lo tenían que llevar a un hospital de verdad.

Todos los pacientes de Doc que no eran embarazadas tenían buenas razones para evitar una visita a las urgencias del hospital Robert B. Green Memorial y cumplimentar el consiguiente informe policial obligatorio. Algunos estaban en el país de forma ilegal y simplemente no querían tener ningún contacto con las autoridades. Otros habían sido heridos por la policía o por propietarios de inmuebles mientras estaban cometiendo un crimen o bien tenían órdenes pendientes de búsqueda y captura. Algunos buscaban el anonimato de la práctica de Doc por razones más personales.

El viejo Santo, de la casa de empeños, apareció a media tarde del domingo con un corte bastante grave encima del ojo izquierdo, hecho con un cúter para moquetas. La atacante había sido María, con quien llevaba cuarenta y cinco años casado, que se sentó en la cama y se pasó toda la intervención llorando y aguantándose una bolsa de hielo para bajarse la hinchazón de un verdugón de un color rojo feísimo que tenía en la mejilla izquierda, mientras Doc le ponía puntos al viejo, no por primera vez. Luego se quedó mirando a la pareja desde su ventana, perplejo, mientras se alejaban por la calle cogidos del brazo de vuelta a su casa.

—Tardará en volver a pegarle —predijo.

De vuelta en su habitación antes del amanecer, Doc se desplomó en su silla y encendió un Camel, el segundo que se fumaba en todo el día. Graciela dormía plácidamente. Dallas metió el punto de lectura en la novela romántica que había estado leyendo y se excusó, pero Doc le cogió con suavidad la muñeca mientras ella estiraba el brazo para abrir la puerta y le ofreció dos billetes de veinte doblados con pulcritud. El tabaco no era el único hábito de Doc que se había visto descuidado en medio de todo el ajetreo.

—Dallas, cariño, ¿te importa encontrar a Manny y traernos un buen pellizco de jaco?

Una papela para Dallas, que se guardó en el sujetador para después. Y tres para Doc, que echó de golpe en la cuchara.

Doc tuvo el tiempo justo para dejar la jeringa en la mesa antes de que la droga le alcanzara las extremidades y los brazos le quedaran colgando inertes a los costados.

Allí estaba: el precipicio. Doc se balanceó precariamente en el filo de un mundo plano y diminuto, con un pie en el suelo y el otro a punto de precipitarse en el abismo. No había ningún misterio. Los drogatas profesionales como Doc buscaban un destino en las puertas mismas de la muerte cada vez que despegaban. Pero la maldición de Doc estribaba en que era justo allí donde la voz de Hank se oía más fuerte y clara.

—*Es guapa de narices, Doc.*

Doc se levanta de golpe de la silla pero tarda un segundo o dos en ver con nitidez al fantasma. Hank está al pie de la cama, con una pierna huesuda cruzada sobre la otra y una mano arácnida acercándose al muslo de Graciela. Doc sale disparado con las piernas temblorosas.

—*¡Aléjate de ella, me cago en tus muertos! ¡No es más que una niña, por el amor de Dios!*

¡Fuum! ¿Acaso Hank ha saltado al otro lado de la cama o simplemente se le ha esfumado en las manos como si fuera humo y se ha vuelto a materializar allí? Doc no está seguro. Rodea el pie de la cama para intentar proteger a Graciela, pero el fantasma se estira como si fuera de goma, alargando su cuerpo ya casi imposiblemente anguloso y echando un vistazo lascivo por encima del hombro de Doc.

—*Claro, como que tú no te la follarías.*

Todavía un poco bamboleante por culpa del jaco, Doc se vuelve a dejar caer al pie de la cama, y Graciela se agita; aunque, gracias a Dios, no se despierta. El fantasma se encoge hasta volver a ser de tamaño natural, o tal vez un poco más pequeño, y se acomoda en una silla junto a la puerta.

—*No tienes nada de que preocuparte, Doc. Yo no la puedo tocar para nada. Ya lo sabes.* —*El fantasma se quita el Stetson, baja la cabeza medio calva y transparente y suspira—. Solo quería charlar. Parece que últimamente has estado demasiado ocupado por aquí para molestarte en hacerle caso al viejo Hank.*

Doc suspira, se asegura de que Graciela sigue dormida y por fin coge su silla, carga con ella y la lleva tan silenciosamente como puede a la otra punta de la habitación para dejarla delante de la de Hank.

—*Muy bien, Hank, ¿quieres hablar? Hablemos. Pero en voz baja y con el mínimo de, ejem, aspavientos, si te es posible. Vas a despertar a toda la puñetera casa.*

El fantasma se inclina hacia delante, estira el cuello hasta que su cara queda a pocos centímetros de la de Doc y susurra, con un aliento frío y vagamente maloliente, como el aire que sale de un congelador industrial lleno de carne pasada.

—Esas bolleras tampoco pueden oírme, Doc. Ya lo sabes. Lo único que escuchan es a ti cuando me contestas a gritos y entonces se piensan que estás perdiendo la chaveta.

—¿Quién dice que no la estoy perdiendo? —Doc se encoge de hombros—. ¿Quién dice que estoy hablando contigo? O sea, ahora mismo estoy lo bastante colocado como para cazar patos con un rastrillo.

—No te lo crees ni tú, Doc. —Hank hace un mohín, meciéndose en silencio en su silla, a punto de desvanecerse por completo cada vez que presenta ese perfil suyo casi unidimensional, con la cabeza echada hacia atrás y la nariz apuntando hacia arriba igual que una colegiala ofendida.

—Lo que no me creo —matiza Doc, sintiéndose un poco culpable por herir los sentimientos de Hank— es que existan los fantasmas. Joder, Hank, soy un hombre culto. Un doctor en medicina.

—¡Exdoctor! —lo desafía Hank—. Tú mismo lo dijiste.

—Muy bien, exdoctor, pero dejando de lado mis problemas legales con el estado de Louisiana, simplemente no me creo que existas, y además, ¡es que no me lo he creído nunca! Si fuera lo bastante ignorante para creer que los espíritus de los muertos caminan por la Tierra en busca de venganza o lo que sea, ahora mismo me estaría cagando en los pantalones, y no es el caso, y la prueba está ahí mismo, Hank. No te tengo miedo y no te lo he tenido nunca, aun desde la primera vez que me pareció oír que me llamabas por mi nombre allí en Louisiana. De manera que o bien estoy loco o bien eres igual de lamentable como fantasma de lo que fuiste como ser humano.

Doc sabe de inmediato que se ha pasado de la raya y se prepara para alguna clase de pataleta paranormal, pero lo que hace el fantasma es ponerse de pie, sacando el labio inferior como si fuera un niño compungido, y desaparecer atravesando la pared.

A cada día que pasaba, Graciela cobraba un poco más de fuerzas, y pronto sus insólitos cuidadores se las vieron y se las desearon para impedirle que se levantara de la cama. Doc intentó convencerla de que todavía le hacía falta descansar, pero la verdad era que solamente estaba retrasando el momento de darle el alta porque sabía que ella no tenía adonde ir. A Marge nunca la había entusiasmado la presencia de Graciela bajo su techo. Aunque en los últimos años se había encontrado con que le resultaba económicamente conveniente abandonar la política de su padre de «nada de chicanos», aun así le costaba confiar en cualquiera que tuviera una tez más oscura que la de ella, y a los negros no les permitía pasar del porche. Doc sabía que solo era cuestión de tiempo que la habitación y la manutención de Graciela se convirtieran en una manzana de la discordia entre la casera y él.

Y de pronto una mañana Doc fue a ver a Graciela y se encontró con que no solamente estaba fuera de la cama, sino también vestida y cocinando huevos revueltos con chorizo en el hornillo del rincón.

Llevaba un vestido suelto y sencillo de algodón que Dallas le había conseguido en algún lado, la habitación estaba barrida y sin polvo, la cama estaba hecha y las hojas de las ventanas abiertas y apoyadas en pedazos de palos de escoba para que entrara un poco de aire fresco. Doc protestó en inglés en vano, mientras intentaba acordarse de cómo se decía «cama» en castellano.

—¡La cama! —consiguió balbucear—. ¡Postrado en cama!

Pero de nada le sirvió. Graciela siguió preparando los huevos y señaló con la cabeza en dirección a la mesilla de al lado de la ventana, que había montado para dos lo mejor que había podido con lo que tenía a su disposición. Al final, derrotado, Doc se desplomó en la silla y dejó que Graciela le sirviera los huevos revueltos con chorizo —una ración grande para Doc y solamente un par de cucharadas para ella—, que estaban deliciosos. Cuando terminaron de comer, Graciela se llevó las cosas de la mesa y el periódico de la mañana apareció casi por arte de magia junto con la segunda taza de café de Doc. Era como si él se hubiera caído dentro de un sueño. Una especie de visión de lo que podría haber sido su vida si él nunca se hubiera metido el primer chute de jaco. Una parte de él quería salir corriendo, pero no tenía prisa. Se había metido una punta de jaco para ir tirando y tenía que admitir que aquello no estaba mal, aquel pequeño episodio de normalidad o lo que fuera.

Doc se terminó el café y le dio las gracias a Graciela, y a pesar del dolor irritante de sus piernas y del ronroneo de sus tripas, hizo el camino al puesto de Manny con una elasticidad poco habitual en los andares. Después de colocarse en el lavabo de la taberna, Doc ocupó su asiento en el fondo del local y terminó de leer el periódico.

A Manny el suministro matinal se le solía acabar alrededor de mediodía, y a veces se pasaba por la taberna para beber una cerveza y jugar una partida de dominó antes de ir en su coche al West Side para reabastecerse. Aquel día en concreto, Doc levantó la vista más de una vez de lo que tenía entre manos y sorprendió a su amigo mirándolo socarronamente, pero lo dejó pasar. Para la *happy hour*, Doc ya había suministrado un par de tratamientos de antibióticos y había concertado otra interrupción de embarazo para esa misma noche, de manera que estaba forrado, y se pasó por el puesto de Manny para gastarse el adelanto. El hombretón le echó otra mirada de reojo cuando él admitió que hoy no podía quedarse un rato como solía hacer.

—¿Qué prisa tienes, Doc? —le preguntó Manny—. No me dirás que tienes algo que hacer en casa. —Aquel chiste produjo una gran risotada entre sus muchachos. Doc siguió su camino.

Aquella noche Graciela insistió en repatriar a Doc a su cama y en dormir ella en el plegatín de la otra punta de la habitación. Al acostarse, Doc se encontró con que tenía sábanas limpias en la cama, y al ser consciente de sus propios ronquidos se preguntó si acaso no iba a estropearle el sueño a Graciela. Ella los oía, pero aquel ruido le recordaba a su casa, a su familia, a todos juntos en una sola habitación. Pronto se quedaron los dos dormidos.

A la mañana siguiente Graciela volvió a preparar el desayuno, y también a la siguiente, y la siguiente.

Durante una de aquellas mañanas, semanas más tarde, Doc desplegó su periódico y murmuró: «Ay, la virgen», mientras leía por encima el artículo que seguía a un titular desacostumbradamente grande. «El presidente viene a San Antonio», decía. Dándose cuenta de que Graciela no lo entendía, Doc volvió a plegar la portada y la sostuvo en alto para que ella pudiera ver la fotografía del joven presidente.

—¡El presidente! —le tradujo—. ¡Aquí, en San Antonio!

Graciela echó un vistazo por encima del hombro de Doc en dirección a la maraña confusa de caracteres. A duras penas podía leer un periódico en castellano, pero no tuvo problemas para reconocer la imagen.

En Dolores Hidalgo todo el mundo conocía la cara del primer presidente católico de Estados Unidos, además de la de su hermosa esposa y sus dos niñitos. Los periódicos sensacionalistas mexicanos seguían su vida cotidiana con un grado de interés que normalmente reservaban a las estrellas de cine e inaudito para tratarse de la Primera Familia de un país extranjero. Graciela y su madre incluso habían encendido una vela por ellos en la iglesia de su parroquia al enterarse de que la Primera Dama había sufrido un aborto espontáneo. No se podían imaginar qué tragedia mayor le podía acaecer a una familia que perder una criatura, especialmente un niño. Graciela señaló la foto que había al pie de la página: Jacqueline Bouvier Kennedy, radiante y con un hermoso vestido en una reciente cena de Estado. Ella pronunció su nombre tal como lo decía todo el mundo en Dolores:

—¡Yaqui! —Y sonrió.

Doc soltó una risita.

—No, hija. Se dice Jackie. —Señaló el periódico y pronunció el nombre tan clara y lentamente como pudo—. La mujer del presidente se llama Jackie. Es como Jack... Bueno, no, Jack es él, pero... ¡Oh, joder! —Era obvio que la pequeña pantomima no lo estaba llevando a ninguna parte, de manera que se rindió—. No importa, hija. Qué más da. ¿Queda algo en esa cafetera?

A veces Hank no sabe qué pensar de Doc. Es justamente la clase de patán que uno se encuentra cuando las cosas le van mal. Y así está Frank, despedido del Grand Ole Opry, de vuelta en Shreveport y tocando en el Louisiana Hayride todos los sábados por la noche, igual que en los peores tiempos. Una noche después del concierto está tumbado de espaldas y un cantante country con ínfulas se presenta en el camerino trayendo a rastras a un tipo alto. Lo presenta como Doc. Y tiene toda la pinta de serlo, eso sí: cuarenta o cuarenta y cinco años y gafas de montura metálica. Lleva un traje bueno, aunque un poco gastado ya. Le da a Hank un chute de morfina, le recoloca la espalda y, por fin, le pide un autógrafo. Es un fan, está claro, pero no como todos esos chavales que se pasan la noche pidiéndole a gritos «Lovesick blues». Conoce hasta el último disco que ha grabado pero sus canciones favoritas son las del propio Hank, las que ha escrito él: «I can't help it», «Cold, cold heart», «I'm so lonesome I could cry». A Doc incluso se le da bastante bien la pesca con caña al lanzado y en verano los dos se juntan para pescar su peso en lubinas y mojarras durante las largas tardes que se pasan en el lago. Y luego, sin que Hank entienda por qué, Doc tiene que ir y estropearlo todo.

Cura para el alcoholismo, y un cuerno. ¿Qué es eso que Hank llama sus píldoras de caballo? No sé qué cloral, o alguna mierda por el estilo... Mierda de caballo en forma concentrada, es lo que le parecen a Hank. Sí, van bien para los tembleques y los escalofríos y todo eso, pero no hacen una mierda para aliviar lo que de verdad le pasa a Hank, y además, ¿quién coño le ha pedido a Doc que cure nada de nada, para empezar? ¡A Hank no le hace falta ningún diploma de una universidad de señoritingos para saber qué es lo que le hace falta y cuándo le hace falta! Lo único que hay que darle es un bistec con patatas cuando tiene hambre, whisky cuando está seco, tías cuando se siente solo y tal vez un poco de religión de la de toda la vida cuando se vaya a morir.

Y es que Hank piensa que cuando le llegue la hora, él la verá venir. Verá alguna clase de señal y así sabrá que es hora de hacer las paces con Dios.

Pero la muerte no juega limpio esa noche, en Año Nuevo de hace nueve años. Se acerca con sigilo al viejo Hank como si fuera un indio mientras él duerme en el asiento de atrás de su Cadillac, en algún sitio de West Virginia. ¿O es en Tennessee?

Ya ni el mismo Hank lo sabe.

Ese fin de semana tiene contratados dos conciertos, uno en Nochevieja en Charleston, West Virginia, y otro al día siguiente en Canton, Ohio. Contrata a un chaval para que lo lleve en coche desde Montgomery, pero para cuando llegan a

Chattanooga ya está nevando como un demonio. Tardan más de cuatro horas en recorrer los ciento ochenta kilómetros que los separan de Knoxville y, luego, la única posibilidad que tiene de llegar a tiempo para el concierto de Charleston es coger el avión de las tres de la tarde. El clima empeora todavía más, y el piloto tiene que dar media vuelta con su pequeña cafetera con alas y aterrizar otra vez en Knoxville, de donde despegó.

Cogen habitación en el hotel Andrew Johnson, donde se encuentran al bueno de Doc esperándolos, y Hank no se ha alegrado tanto de ver a alguien jamás en la vida. Doc le cuenta que ha sido la madre de Hank quien lo ha enviado. Que lo ha llamado a Shreveport y le ha dicho que su hijo no se encontraba bien y que saliera pitando para Knoxville. Doc le pone un buen chute de morfina e insiste en que se trague una de esas píldoras suyas. Alguien llama a la puerta y el chaval le comunica que acaba de hablar por teléfono con el promotor y que el concierto de Charleston se ha cancelado, pero que el tipo los quiere ver en Canton sin falta, de manera que Hank se sumerge en un sitio más cercano a la muerte que al sueño.

Luego alguien está tirando de Hank, zarandeándolo, dándole bofetones y gritando: «¡Despierta, Hank, es hora de largarse!». Y unos brazos negros y poderosos, tal vez los de un portero del hotel, cargan con él y lo bajan auestas por las escaleras como si fuera un bebé, suavemente pero con firmeza, sosteniéndolo contra el pecho y dejándolo por fin en el asiento de atrás de un coche.

Luego el chaval va al volante y Doc en el asiento del copiloto y están en marcha y el enorme Caddy pega un brinco con cada bache de la carretera. A Hank no le importa ir en coche cuando no le duele la espalda: los enormes neumáticos tragando millas y los latigazos de los limpiaparabrisas. De ahí vinieron precisamente sus mejores canciones, de ese ritmo de la carretera.

—¿Cree usted que se va a poner bien? —oye preguntar a alguien. ¡Están hablando de él como si no estuviera presente, y eso que lo tienen a menos de un metro! Él balbucea—: Aquí no se va a poner nada bien, ni de coña.

O tal vez solamente sueña que lo ha dicho.

O tal vez nadie dice nada en absoluto.

A veces la morfina habla con Hank, igual que hablan los fantasmas, con unos susurros bajos y rasposos que lo desafían a que escuche y trate de entender todas las palabras:

—Llevabas toda tu asquerosa vida buscándote esto, Hank.

Hank cae presa del terror absoluto; unos dedos helados se cierran en torno a su célebre garganta, apretándosela, asfixiándolo, pero él se las apaña para emitir un jadeo apenas audible que crepita y se vuelve nítido y por fin estalla al entrar en contacto con el aire de la noche para convertirse en un gemido, no una queja, sino una frecuencia insistente y resonante que deja atrás a todos los intermediarios

sensoriales y viaja directamente al corazón...

Un sonido que no puede emitir ninguna criatura de este mundo más que Hank.

—¡Eeeeh! ¡Noooo! ¡Joder, no! ¿Quién coño eres tú? ¿Y adónde me estáis llevando?

—A Canton, Hank. —Pero esta vez lo que oye es la voz de Doc, profunda, reconfortante y familiar—. Tienes que dar un concierto en Canton, Ohio. —Una linternita deslumbra los ojos de Hank, cegándolo, pero a él no le hace falta verle la cara a Doc para saber que todo estará bien en un par de minutos.

—Haz el favor de parar el coche en cuanto tengas oportunidad —le dice Doc al chaval. Cuando se detienen le inyecta a Hank otra dosis y le da otra píldora.

Y luego los neumáticos vuelven a entonar su canción y a devorar más millas, y por la radio suenan Ernest Tubb y Webb Pierce y hasta el viejo Hank, atravesando la muralla de estática como si fueran un cuchillo Barlow nuevecito. En los asientos de delante Doc y el chaval están hablando de béisbol y deben de pensar que Hank está dormido, pero se equivocan y lo que está claro es que no saben que tiene una pinta de whisky escondida en la rendija del asiento de atrás. Entre el chute, la píldora y un par de tragos a la pinta secreta, a Hank ya no le duele la espalda ni le tiemblan las manos, y está flotando, deslizándose como una barcaza por un río perezoso de Alabama, y... Espera un momento...

De pronto es Navidad y Hank vuelve a estar en su casa de Nashville, y también está Audrey, y ya no está enfadada, y también está el pequeño Bocephus saltándole sobre el regazo, y Audrey le dice:

—Hank, cariño, no te pases con ese whisky, que esta noche tienes que tocar en el Opry.

Y Hank le dice:

—Sí, señorita Audrey, no se preocupe usted. ¡Voy a estar bien!

Y también está presente la panda y todos se ríen y cantan «Silent night» y el árbol tiene todas las luces encendidas y brilla tanto que se nota que se debe de ver a través de la vidriera a media milla de distancia por Franklin Road... Pero luego las luces se vuelven borrosas y parpadean hasta empezar a apagarse... una... a... una...

Hank se encuentra solo en medio de la carretera más desierta del universo. Permanece allí plantado un minuto, o tal vez sea una hora, una semana o incluso un mes.

Podría estar en cualquier lado. El paisaje no tiene ni un solo elemento distintivo; no hay terreno reconocible que pueda usar para determinar su posición. Lo único que sabe es que tiene que encontrar a Doc de alguna manera, pero no tiene ni la más remota idea de por dónde empezar. No hay letreros. No hay líneas blancas que seguir, solamente una tira de asfalto negro que se enhebra entre las sombras de unas montañas sin nombre y desaparece en un cielo sin estrellas.

Y la única luz visible es el tenue resplandor rojo de las luces traseras de su maldito Cadillac, fundiéndose con la oscuridad.

Graciela se mostró inflexible.

—Yaqui —se dedicó a entonar una y otra vez mientras perseguía a Doc por la diminuta habitación.

Doc hizo lo que pudo para simular que no entendía ni una palabra de lo que ella estaba diciendo y siguió fingiendo de forma mecánica que revolvía la habitación, murmurando todo el tiempo por lo bajo.

—¿Dónde coño he metido mi bolsa? Manny ha cogido una gonorrea de aquí te espero. Debo de haberle dicho un millón de veces que se ponga condón cuando se vaya con esas chatis del East Side.

El juego continuó hasta que Graciela recurrió por fin a agacharse por debajo del brazo de Doc mientras él lo estiraba para coger su sombrero. Tuvo que ponerse de puntillas encima de los zapatos de Doc para alcanzar a ponerle la edición de aquella mañana de *La noticia* en la cara a él, de manera que él ya no pudiera pasar por alto la foto de la portada ni tampoco la determinación de Graciela.

—¡Yaqui! —repitió ella—. ¡Yaqui en el aeropuerto!

—Se dice Jackie; Ja-ckie, hija. En el aeropuerto, ya lo sé, lo sabe todo el mundo. Pero tú no lo entiendes. El aeropuerto está bastante al norte de la ciudad y yo no tengo coche. ¿Cómo coño vamos a llegar hasta allí? Y además va a ser una casa de locos, y... habrá polis por todas partes, y no solamente la policía local. ¡Te hablo de los federales! ¡La migra! Y tú eres ilegal y todo eso.

La lista de excusas se prolongó durante media hora más, pero Graciela continuó presentando sus alegatos, alternando las súplicas y los mohínes con las patadas de su diminuto pie en el suelo de linóleo. Gracias a Dios, Doc consiguió encontrar por fin su bolsa y, señalándose un reloj de pulsera imaginario, se las apañó para salir por la puerta.

Pero no había escapatoria. Manny estaba sentado a la mesa de Doc en el fondo de la taberna leyendo el *Express-News*, en cuya portada salía la misma foto de la Primera Dama enviada por el servicio de teletipos, que en su equivalente en castellano. Mientras Doc se acercaba a la mesa, Manny dio un golpecito en el periódico con su índice corto y grueso.

—¡Yaqui! —dijo con una sonrisa burlona.

—Sí, sí, ya lo he visto. Tú bájate los pantalones, inclínate sobre la mesa y calla la boca, joder.

Manny obedeció y todo se solucionó en un instante. El ritual se había repetido incontables veces, y Doc, como de costumbre, ya traía la jeringuilla cargada de

antemano con una dosis para adultos de penicilina. Manny se volvió a pasar los tirantes por encima de los hombros y caminó hasta que se le pasó el dolor del pinchazo, soltando palabrotas por lo bajo. Doc se guardó la jeringa vacía en la bolsa y la cerró bruscamente para darse énfasis.

—Ah, ¿te ha dolido? ¡Pues me alegro! A lo mejor la próxima vez usarás la cabeza antes de meter la polla por donde ha pasado la mitad del Cuarto Ejército. Esas chicas negras del East Side tienen todas gonorrea y parece que lo sabe todo el mundo menos tú. Joder, pero si trabajan justo delante de la puerta de atrás de Fort Sam Houston. Te lo juro, no entiendo por qué te parece que necesitas ir hasta allí cuando aquí en el South Side hay chicas a punta pala que estarían encantadas de comerte la polla por un dólar de jaco.

Manny se sentó con cuidado y se ocultó detrás de una mampara de papel de periódico.

—Ya te lo he dicho, Doc. Yo no cago donde como. Es malo para los negocios. No te das cuenta y hasta la última puta de South Presa está haciendo cola delante de mi puesto con las manos extendidas y la falda levantada.

—Lo entiendo. Pero por lo menos ponte condón, hijo. Hay enfermedades de esas que se cogen con los pantalones bajados que yo no tengo capacidad para curar.

Manny se encogió de hombros y siguió leyendo.

—Pone que el presidente viene aquí a hablar de medicina espacial. ¿Qué es la medicina espacial, Doc?

—Medicina aeroespacial. Viene a inaugurar unos edificios nuevos del Centro Médico Aeroespacial de Brooks. Es un sitio donde estudian los efectos de los vuelos espaciales en el cuerpo humano, imagino. Un centro de investigación. Está en la base aérea de Brooks.

Manny dejó finalmente su periódico.

—¿La base de Brooks? Pero si eso está bajando la carretera, Doc. A diez o doce kilómetros como mucho.

—¿Y qué?

—Piénsalo, Doc. ¡Yaqui! ¡Aquí mismo en el South Side!

Doc perdió los nervios.

—¡Yaqui, Yaqui, Yaqui! Te juro por Dios que como algún otro idiota me mencione el nombre de Yaqui, voy a irme corriendo por la carretera hasta el hospital estatal y me voy a entregar... ¿Y te importa escucharme? ¡Porque te lo voy a decir de una vez por todas! Se llama Jackie, joder. ¡Jacqueline! ¡Hostia! Graciela no sabe hablar de otra cosa, ¿y qué demonios tiene la Primera Dama que os fascina tanto? Es el presidente el que viene. El presidente de los putos Estados Unidos de América. Es un héroe de guerra, un gran hombre, pero vosotros no queréis hablar de nada que no sea su mujer. O sea, es una mujer encantadora y tal, pero coño, ¿a qué viene tanto

rollo? ¿Qué pasa, que es algo mexicano?

—Es algo católico —sugirió Teresa, la camarera, mientras cruzaba la sala, barriendo y bajando las sillas por el camino.

—¿Algo q-qué? —tartamudeó Doc, cogido por sorpresa.

—Este presidente es católico. Un hombre católico. Puede que piense que gobierna el mundo, pero los hombres sin mujeres no son nada. Animales. Bestias.

—¡Para el carro, joder! —empezó a decir Doc—. No hace falta ponerse...

—Oh, no te ofendas, Doc. Yo sé que no tenéis maldad. No podéis evitarlo. Dios os hizo así. Tenéis que ensuciaros, que hurgar en la porquería como los cerdos. Sí, vais a misa y os confesáis cuando sois niños, pero en cuanto crecéis empezáis a trabajar y ya no volvéis a poner vuestro inmundo pie en la iglesia a menos que sea para una boda, un bautizo o un funeral, y aun así... no es seguro. Pero no pasa nada. Rezar es trabajo de mujeres. Los hombres la cagarían. Es trabajo de la mujer cuidar las capillas, encender las velas y rezar por el alma de su hombre para que pueda hacer lo que los hombres tienen que hacer en este mundo de mierda. Tal vez la cosa sea distinta en el próximo, tal vez allí arriba todo empiece y termine con los hombres, pero aquí abajo son las mujeres quienes les dan la vida y son las mujeres las que limpian toda la mierda y la sangre. Hombres ricos, hombres pobres, presidentes, sacerdotes, da igual. Cuanto más grande es el hombre, mayor es el desastre que arma. Es una santa, nuestra Yaqui.

Doc se había quedado sin habla. En los ocho años que llevaba viendo a Teresa todos los días, nunca habían intercambiado más que un puñado de palabras con ella. De pronto, liberada de su posición fija detrás de la barra, aquella matrona habitualmente plácida no solo se mostraba ahora formidable, sino que intimidaba. Doc miró a Manny en busca de apoyo moral, pero no encontró ninguno. El hombretón se limitó a cambiar de posición en su silla, y su mirada gacha le sugirió a Doc que no estaba en desacuerdo con lo dicho.

A modo de tímida defensa de su sexo, Doc le preguntó a Teresa:

—Solo por saberlo, cariño, ¿cuánto hace que no vas a la iglesia?

Teresa debía de medir metro sesenta como mucho, pero Doc estaba sentado, y a un par de palmos de distancia se la veía imponente.

—Yo no tengo hombre por el que rezar.

Únicamente después de que Teresa se retirara a su sitio de costumbre, detrás de la barra, los hombres sintieron que era seguro retomar su conversación, en voz más baja.

—Yo voy —dijo Manny en tono resuelto.

—¿Adónde?

—A la base de Brooks. A ver a Yaqui.

—Oh, por el amor de Dios, Manny, Brooks es una base de la fuerza aérea. No se

puede entrar así como así, especialmente mientras está de visita el presidente de Estados Unidos. Estará abierta solo para el personal militar y la gente invitada, la prensa y demás. Joder, no van a dejar que un par de desgraciados sin blanca como nosotros se acerquen a varias millas de allí, con o sin presidente.

Manny frunció el ceño un momento, pero se recuperó enseguida y se puso a hojear otra vez el periódico.

—Aquí dice que «se espera que haya centenares de personas para recibirlo cuando el avión del presidente aterrice en el aeropuerto internacional de San Antonio». ¿Qué me dices del aeropuerto? De allí no nos pueden echar, ¿no, Doc? Es un lugar público, ¿verdad?

Teresa se volvió a acercar a la mesa despacio y de forma deliberada, secándose las manos en el delantal, y Doc habría jurado que tanto ella como Manny tenían la misma expresión resuelta en la cara.

Doc vio lo que se avecinaba pero ya era demasiado tarde para hacer nada. Fue como presenciar un choque de trenes. Se quedó sentado, paralizado, mientras dos fuerzas tremendas y absolutamente fuera de su control convergían en una trayectoria destinada a la catástrofe delante de sus mismas narices; él no podía hacer nada en absoluto al respecto, pero siendo como era amigo de las causas perdidas, por lo menos tenía que intentarlo.

—A ver, Manny, ¿tú sabes dónde está el aeropuerto? Está a tomar por saco, hombre...

—Tengo coche —replicó este.

Teresa sugirió que si salían temprano, «digamos a las siete y media o las ocho, podemos coger un buen sitio en las primeras filas para verlos bien».

—Pero está en el North Side, Manny —dijo Doc en tono suplicante—. ¿Alguno de vosotros dos ha estado alguna vez en el North Side? No se ven muchos mexicanos por allí, a menos que estén cavando una zanja o limpiando la casa de alguien. Los polis del North Side paran coches de mexicanos a patadas solamente porque están llenos de mexicanos. Bah, qué coño, id pues. Id hasta allí y haced el ridículo, a mí qué más me da. Yo no pienso ir. Ni hablar. Ni de coña. Yo me pienso quedar aquí en la parte más chungueta de South Presa, que es mi sitio.

Doc cogió su bolsa, decidido a protagonizar una salida dramática, pero antes de que pudiera llegar a la puerta, esta se abrió de golpe y Graciela apareció delante de él, bañada en una intensa luz del sol amarilla, como si fuera un diminuto ángel vengador, todavía blandiendo su periódico como si fuera una tabla de las Escrituras. Antes de que Graciela pudiera reanudar su asalto a Doc, Teresa le dijo en tono entusiasta:

—¡Graciela! ¡Nos vamos a ver a Yaqui!

—Oh, por el amor de Dios —gruñó Doc.

A la mañana siguiente la delegación que South Presa mandaba a los Estados Unidos ya había aumentado hasta las seis personas gracias al añadido de Marge y Dallas. Esta había oído de casualidad el último intento desesperado de Doc de disuadir a Graciela y se había limitado a invitarse ella sola. A Marge le importaban un cuerno los Kennedy y le resultaba bastante irritante que Graciela tuviera a la casa entera comiéndole de la mano, pero no tenía intención alguna de perder de vista a Dallas.

El rumor llegó a la casa de empeños sobre las nueve menos cuarto, justo cuando el viejo Santo estaba llegando para abrir el negocio, provocando que este llamara a María y le ordenara que dejara todo lo que estaba haciendo y se fuera meneando su gordo culo a casa de Marge. Normalmente, un tono tan dictatorial le habría costado a Santo otro viaje al quirófano improvisado de Doc para recibir una docena o más de puntos nuevos. Ahora, sin embargo, solamente le hizo falta invocar el nombre de Yaqui y María ya se había puesto su mejor traje de los domingos y estaba fuera de la casa.

Con lo cual ya eran ocho.

Manny iba al volante, Teresa en el medio y Doc en el asiento del copiloto. En el asiento de atrás, Marge y Dallas a duras penas cabían en el tercio del asiento que no ocupaban Santo y María. Para cuando Graciela bajó corriendo por la escalera de atrás, el viejo Ford de Manny ya estaba crujiendo considerablemente bajo el peso de tanta carga, y el único asiento disponible era el regazo de Doc. Ella se subió a él sin vacilar, moviendo el retrovisor de Manny para secarse el pintalabios con un trozo de papel higiénico.

Doc se asombró de lo diminuta que era Graciela. Parecía no pesar casi nada, pero cuando el enorme V-8 se puso en marcha con una sacudida, la presión de su cuerpo sobre el de él fue intensa. El pelo de la chica emanaba un vago aroma a manzanilla y jabón Ivory, y Doc se estremeció cuando se inclinó por encima de él para subir la ventanilla del pasajero.

En contra de su voluntad, a Doc le vino a la cabeza otra chica a la que había conocido hacía mucho tiempo, en Nueva Orleans. Una hermosa joven de buena familia cuyo perfume caro y comprado en una tienda hacía promesas que ella no tenía ninguna intención de cumplir. Se llamaba Cynthia. No Cindy; él había cometido aquel error una vez y ella le había corregido con un educado acento sureño y tan gélido como la primera semana de febrero. De pronto se le infiltraron otras voces de su cuidadosamente reprimido pasado, como la de su madre, espesa y dulce como el sirope de caña, susurrándole en tono reconfortante la superioridad de su familia y su educación, recordándole siempre quién era y lo que se esperaba de él... Nada que ver con la insistencia de su padre en que nunca iba a hacer nada bueno en la vida.

Tal vez fuera el cambio de escenario lo que despertó aquellos fantasmas mientras Doc y los delegados se alejaban por Broadway y dejaban atrás Brackenridge Park;

una luz amarilla y cálida se filtraba a través del exuberante dosel de robles de Virginia y pacanas que resguardaba del sol las pulcras hileras de majestuosas casas victorianas junto a las que pasaron de camino a los barrios altos. Calles silenciosas y ordenadas, parecidas a aquella donde había crecido Doc. Nada parecido al paisaje monótono y descolorido de South Presa. Los años vividos en los callejones traseros de Louisiana y Texas, por no mencionar la montaña de jaco que se había metido, habían inmunizado a Doc contra la mayoría de recuerdos: las decepciones, las traiciones y las humillaciones de su juventud. Se había dedicado a cultivar sus desengaños en la sombra y a cuidarlos alimentándolos con rabia y remordimientos hasta conseguir que cristalizaran en forma de una coraza aparentemente impenetrable a su alrededor. Ahora, mientras el Ford de Manny lo traía de vuelta a la luz, no chilló ni dio patadas, aunque no le faltaron ganas, y notó que su revestimiento cuidadosamente trabajado empezaba a resquebrajarse. Se sintió desnudo y vulnerable.

Los delegados contemplaron las casas que iban dejando atrás y soltaron innumerables «¡oooh!» y «¡aaah!», como si fueran turistas en plena visita guiada a la sociedad acomodada. Solamente tenían una idea muy vaga del pasado de Doc, pero suponían que estaba mucho más familiarizado que ellos con el paisaje desconocido que se desplegaba delante de su vista, así que lo bombardearon con un aluvión interminable de preguntas. De joven, Manny había hecho sus pinitos con el robo de casas, y aunque había oído muchas historias de grandes golpes en casas adineradas de los barrios altos, él siempre se había quedado en el South Side, sabiendo que robar a los suyos atraería poca o ninguna atención de la policía. Ahora se maravillaba de cómo el viejo Ford avanzaba deslizándose por las calles impecablemente pavimentadas del North Side. Santo reveló que había visitado el parque para alguna fiesta de cumpleaños, de niño. Su padre colgaba la piñata de la rama baja de una pacana y su madre hacía el pastel; la familia entera cantaba «Las mañanitas» y se atracaba de tamales caseros alrededor de una mesa de picnic de cemento. Aunque desde allí se veía la entrada del zoo, famoso en el mundo entero, Santo nunca había entrado para ver qué clase de bestias exóticas emitían todos aquellos ruidos extraños que surgían de detrás de las puertas de piedra. El precio de la entrada para una familia de nueve personas estaba simplemente más allá del alcance económico de su padre. Marge y Dallas no siempre habían sido putas pero sí pobres y analfabetas, y el North Side les resultaba igual de extranjero a ellas que a los mexicanos. De joven, Dallas había sido de las que dan citas por teléfono y había trabajado con clientes forrados: médicos, abogados y hasta un par de concejales. Lo más seguro es que algunos de ellos vivieran en casas blancas y enormes como las que estaban viendo ahora, pero ella siempre se veía con ellos en habitaciones de alquiler por horas de hoteles del centro. Marge soltó un silbido largo y grave cuando pasaron frente a un edificio de antes de la guerra tan opulento que Graciela lo confundió con una catedral. Doc la

corrigió amablemente.

—No es una iglesia, criatura. Es una casa. Está la casa. Aquí vive alguien. Alguien muy rico. El rico.

A Teresa lo único que le interesaba era cómo podían tenerlo todo tan cuidado y limpio y verde.

Doc hizo lo que pudo para contestar todas las preguntas con la mínima condescendencia. Él era el único que había estado dentro de aquella clase de casas, y conocía muy bien el grado de desprecio con que la gente que vivía en ellas los veía a él y a sus compadres.

En cuanto giraron al nordeste para cruzar Wetmore Road las mansiones empezaron a escasear, y luego, de pronto, el gran tour se acabó al terminarse abruptamente Broadway; el contingente de South Presa quedó en la entrada principal del aeropuerto internacional de San Antonio. Tal como había vaticinado Doc, había polis por todas partes: polis de la ciudad, de carreteras y hasta rangers de Texas con sus llamativos sombreros Stetson Silverbelly y sus relucientes botas negras de vaquero. Aquello bastó para que Doc deseara haber cargado un poco más la cuchara aquella mañana, por si le tocaba pasar la noche en la cárcel. Ni siquiera a Manny, el cerebro de la expedición, le hacía demasiada gracia la situación ahora que por fin habían llegado. Pese a todo, puso su mejor cara mientras avanzaban lentamente hasta el punto de control que la poli había instalado en la entrada del aeropuerto.

—¿Estás bien, Doc?

—¡Joder, no, no estoy bien! De hecho, estoy a punto de soltar todas las tripas y cagarme encima, pero ahora que estoy aquí no puedo hacer nada, joder. Manny, quiero que me jures por tu madre y por la sagrada virgen de Guadalupe que este coche está limpio, hostia.

María se santiguó para protegerse de todos los efectos nocivos de las blasfemias de Doc. Hasta Graciela entendió lo bastante como para darle un fuerte puñetazo en el brazo, que le provocó un moretón de tamaño considerable.

—Limpio como una patena, Doc. Tú no te preocupes por nada.

Al final resultó que toda la ansiedad de Doc fue por nada, porque el poli del punto de control se limitó a pedirle el carnet de conducir a Manny y a hacerle un gesto para que siguiera hacia el aparcamiento de visitantes.

—Tengo que decir que estoy impresionado, Manny. Debes de ser la única persona que he conocido en los últimos tiempos que tiene un permiso de conducir en regla.

Manny se encogió de hombros.

—Soy un hombre de negocios, Doc. Conducir con la guantera llena de jaco y sin carnet es un mal asunto.

El aparcamiento se estaba llenando deprisa. Se veía a toda clase de personas saliendo de sus coches y desfilando risueñas aunque un poco caóticamente por los

pasillos que llevaban al edificio de las terminales. La mayoría eran anglosajones, pero había también muchos mexicanos y hasta algún que otro negro. Algunos iban vestidos con ropa de trabajo, pantalones militares, monos o uniformes de hospital, mientras que otros llevaban trajes de ejecutivos de calidades y estilos diversos. Había soldados de Fort Sam y otros de las bases aéreas de Lackland, Kelly y Randolph, oficiales y soldados rasos con uniformes de gala azules y verdes, o bien de fajina. Las mujeres doblaban en número a los hombres. Las matronas de Alamo Heights con tacones altos, sombreritos de vestir y bolsos fuertemente agarrados con las dos manos se codeaban con las amas de casa de clase media que llevaban a rastras a sus niños. Era un día laborable, pero les habían dado fiesta en el colegio por ser una ocasión especial, e iban todos repeinados y con las caras rosadas de tanto habérselas restregado.

—¡Vais a ver al presidente —les habían dicho— y no podéis ir hechos unos adanes!

La multitud fue canalizada hasta la pasarela contigua al edificio de la terminal, desde donde se podía presenciar desde un centenar de metros de distancia como el Air Force One rodaba hasta detenerse en mitad del asfalto. La Orquesta Oeste de la Fuerza Aérea estaba en posición de descanso detrás del alcalde y de un contingente de dignatarios locales y mandamases militares de las bases.

La multitud charlaba en tono excitado, con la excepción de un grupito de estudiantes que no paraban de empujar y dar codazos en dirección a las primeras filas, gritando consignas y llevando carteles donde había estampados crípticos mensajes políticos que ni siquiera Doc entendía del todo.

—¿Dónde está Vietnam, Doc? —preguntó Manny.

—Cerca de China. Puñeteramente lejos de aquí. —Doc no hizo intento alguno de esconder su desprecio hacia los manifestantes.

Cuando la escalerilla llegó rodando a su sitio y la portezuela del enorme avión a reacción azul y blanco se abrió, la orquesta tocó una serie de fanfarrias y florituras y por fin emprendió «Hail to the chief», y la multitud, como un solo hombre, se pegó a la verja para ver mejor. El joven presidente emergió y permaneció un instante solo en la portezuela del avión, parpadeando bajo la deslumbrante luz del sol de Texas; luego saludó con una mano mientras con la otra se apartaba de la cara un mechón de pelo castaño rojizo alborotado por el viento.

Una de las amas de casa de las primeras filas del público fue la primera en verla.

—¡Ahí está! ¡Ahí está Jackie!

Y se desató la locura. Un chillido agudo amenazó con eclipsar el ruido de los enormes motores de reacción sobre la pista, elevándose en un crescendo estridente y manteniendo la misma frecuencia ensordecedora como si una mano invisible estuviera pisando a fondo el acelerador.

—¡Jackieeeeeeee!

Tal vez, reflexionó Doc, resultara que no era algo únicamente mexicano.

Resultaba impresionante. Hasta Marge tuvo que admitirlo.

—¡Madre de Dios! —gritó por encima del estruendo—. ¡Ni que fuera Frank Sinatra o alguien así!

—Bueno, es muy guapo —soltó Dallas, y todo el entusiasmo que Marge acababa de encontrar se desinfló como un neumático pinchado con un clavo de los grandes.

Pero Graciela solo tenía ojos para Jackie. Doc, paralizado por la presión de la multitud, únicamente pudo mirar impotente cómo la chica se agachaba para pasar por debajo de su brazo, se escurría entre la multitud y, a fuerza de tenacidad y gracias a su diminuta estatura, llegaba hasta la verja. La Primera Dama, que llevaba un vestido de color celeste de corte immaculado, sonrió y le dedicó a la multitud el perfecto saludo de desfile: codo, codo, muñeca, muñeca... Graciela le devolvió el saludo como pudo, estrujando una de sus manitas diminutas para meterla por uno de los agujeros en forma de rombo de la alambrada.

—¡Yaquiii! ¡Hola, Yaquiii! —chilló, sin darse cuenta siquiera de que acababa de arañarse de mala manera la muñeca al meter la mano a la fuerza por la verja.

Le cayeron gotitas de sangre encima del vestido, pero ella no les prestó atención. Valía la pena: Jackie era hermosa, la mujer más bella que Graciela había visto en su vida. Hasta de lejos irradiaba calidez, elegancia y encanto. Mientras el presidente saludaba a un dignatario tras otro, la Primera Dama siguió mirando hacia la multitud, sonriendo y saludando con la mano hasta que ambos llegaron a la caravana de vehículos que hacían fila en el carril de taxis. Incluso hubo un momento en el que Graciela habría jurado que sus miradas se encontraron y que Jackie le sonreía.

Y tenía razón. Todas las demás mujeres del público presenciaron esto y hasta la última de ellas quedó convencida de ser la destinataria de la sonrisa, y todos sus corazones se fundieron en uno solo. Hasta Marge y María sintieron un vínculo común con la glamurosa Jackie mientras ella acompañaba con aires regios a su marido frente al comité de recepción, medio paso por detrás de él, tal como dictaba el protocolo del mundo de la política de los hombres. Pero, de hecho, Jackie estaba sonriendo a Graciela y únicamente a ella, y esta fue la única que vio la tristeza en su mirada y la hizo suya. Su abuelo tenía un nombre para aquellos momentos, aquellos instantes en los que la gente como él y como Graciela podían ver lo que nadie más veía. Lo llamaba «la luz». Algo sagrado había pasado entre ellas, de Jackie a Graciela y viceversa.

Y luego la Primera Dama se marchó. Se agachó hasta desaparecer y la enorme limusina presidencial se alejó, precedida por una pareja de motocicletas de la policía y seguida de otra limusina negra, y luego de dos más, y por fin de una última pareja de motocicletas para que no faltara nada. El estruendo de la multitud se apagó hasta

quedar reducido a un clamor y después a un murmullo, y por fin la gente empezó a dispersarse, regresando a sus coches y a sus vidas cotidianas. Doc consiguió por fin llegar a la primera fila y se encontró a Graciela todavía sentada en el duro cemento, mirando en la dirección en que acababa de marcharse la caravana de vehículos. Se arrodilló a su lado, y mientras la ayudaba gentilmente a levantarse, Graciela hizo una pequeña mueca de dolor y él se fijó en su muñeca.

—Pero ¿qué te has hecho, criatura?

Ella señaló la verja con la cabeza con gesto ausente, pero no mostró preocupación alguna por la herida.

—No es nada.

—Nada y un cuerno. Eso que tienes ahí es una abrasión feísima. Si tuviera el suero te pondría la antitetánica, solamente para curarnos en salud. Por lo menos te tendrías que lavar bien esa muñeca y vendártela. Vamos a llevarte a casa y allí ya veremos qué podemos hacer.

El trayecto de vuelta fue mucho más silencioso que el de ida. Santo y María volvieron comentando la jugada en voz baja y en castellano, y Marge soltando fuertes ronquidos y con la cabeza apoyada en el hombro de Dallas. Teresa no pronunció ni una palabra en todo el camino a casa, aunque estaba completamente despierta gracias al asombro que le había producido su encuentro con la realeza. A Manny le habían quedado un par de dudas.

—¿Cuánto crees que cuesta una limusina, Doc?

—No lo sé, Manny, cuatro o cinco mil, me imagino. Y mucho más todavía ese Lincoln enorme en el que iba el presidente. Es un modelo personalizado, blindado a prueba de balas, ya sabes.

Manny puso unos ojos como platos, sin apartar la vista de la carretera.

—¿En serio? ¿A prueba de balas?

—Eso dicen.

—La madre que me parió.

Hank se pasa el día entero rondando la avenida de South Presa entre la taberna y las vías del tren, cubriendo la distancia de un lado a otro en lo que dura un único pensamiento maligno. Los transeúntes con los que se topa solamente son conscientes de un frío incongruente, en medio de la típica mañana soleada de noviembre en el Sur de Texas, pero se limitan a olvidarse de ello y seguir con sus asuntos. Están las almas perdidas con un pie ya en la tumba que perciben una sombra proyectada frente a sus pies, pero también estas la olvidan al instante, atribuyéndola a algún exceso, y se alejan dando tumbos hacia su fatídico destino. Hank puede verlas sin problema, y lo que es peor, puede oírlas, quejándose y lloriqueando como niños sin motivo, pero por mucho que lo intenta no consigue que ellas lo oigan a él. El único que puede oír a Hank es Doc, que ahora está en paradero desconocido.

Hank las está pasando canutas para comunicarse con Doc desde que este ha empezado a fingir que no lo oye cuando él llama. También está aflojando un poco con el jaco, aunque no ha hecho la cura. Doc es un yonqui hasta la médula, pero últimamente ya no le da al caballo tanto como antes. Solamente una pizca de vez en cuando para evitar el mono. Hank sabe que cuanto más se coloca Doc, más escucha, y si hay algo que los muertos quieren en este mundo, es que los oigan.

De manera que Hank sigue buscando, calle arriba y calle abajo, mientras la rabia lo devora por dentro, no esa ira incandescente y de corta vida que sirve para exorcizar demonios poco importantes y que le concede una especie de alivio al cuerpo, sino esa otra rabia purulenta que arde a fuego lento y que no pueden curar ni el tiempo ni la distancia. Se dedica a comprobar una y otra vez todas sus trampas. Doc no está ni en su habitación ni en su mesa de costumbre ni tampoco en ningún lugar entre ambas. Cuando Hank llega a las vías del tren y trata de cruzarlas, descubre, horrorizado, que ahora que no tiene a Doc para aferrarse a él, el otro lado de las vías le está vedado.

Es la gota que colma el vaso. Doc le ha dado esquinazo y se ha largado a un sitio al que él no puede seguirle. Hank echa la cabeza hacia atrás y abre la boca. Y no le sale nada. Nada de nada.

Aquella noche Marge, Dallas, Doc y Graciela se juntaron delante de la tele de la sala de estar de la pensión y vieron la cobertura informativa del acontecimiento del día en las noticias de las diez.

—¡Me parece que te he visto un momento, Marge! —insistía Dallas—. Estabas al fondo del todo y tenías algo que te hacía sombra en la cara, pero juraría que eras tú. ¡Reconozco esa cabezota tuya en cualquier lado!

Marge soltó un resoplido de burla y Doc dejó escapar una risita y se excusó.

—Me parece que me voy a acostar pronto. Hemos tenido un día intenso y no me iría mal dormir esta noche como Dios manda.

Pero esto no iba a poder ser.

Poco después de medianoche alguien se puso a aporrear su puerta.

—¿Quién es? —preguntó Doc levantando la voz.

Desde el otro lado de la puerta le contestó una voz femenina, suave y ronca, obviamente agitada.

—¡Soy yo, Doc! ¡Helen-Anne!

—¡Ya voy! —dijo Doc, pero Graciela llegó antes, pues tenía el plegatín un paso más cerca de la puerta.

Cuando ella abrió la puerta, se encontró con una pelirroja escultural. Estaba diciendo algo, intercalando las palabras con sollozos y pucheros, pero Graciela no entendió más que el llanto. De manera que rodeó la cintura con el brazo a aquella mujer más alta que ella, la guió hasta una silla y le ofreció un puñado de pañuelos de papel, que la otra aceptó agradecida.

Helen-Anne les contó que volvía a estar en apuros y que de ninguna manera podía tener otra criatura. Ya tenía a sus padres ancianos criándole a su bebé y a duras penas salían adelante con la pensión de invalidez de su padre y lo poco que ella conseguía mandar a casa. Igual que la mayoría de las chicas de South Presa, Helen-Anne tenía dos adicciones que mantener, la de ella y la de su novio, y aun así se las había apañado para casi reunir los veinte dólares de la tarifa de Doc, el resto de la cual le ofreció que se cobrara en especie. Doc declinó la oferta y le dijo que no se preocupara por ello.

—¿Tienes algo de jaco, cariño?

—Sí, Doc, he tenido un fin de semana bastante bueno, así que anoche compré una cuarta. ¿Cuánto te hace falta?

—¡No es para mí! —Doc soltó una risita—. Yo estoy bien, pero a ti te va a hacer falta un buen pellizco, aunque tampoco mucho. No quiero que pierdas el conocimiento. Ejem, primero quítate ese vestido tan bonito. ¿Tienes un camisón o algo que te puedas poner?

—Seguro que yo le puedo encontrar algo, Doc —sugirió Dallas, que acababa de materializarse de repente en la puerta, parpadeando y bostezando, con Marge detrás de ella poniendo una cara de fastidio considerable.

—Te lo agradecería, querida, y ya que estás levantada, ¿te importa llevarte contigo a Graciela y acostarla en tu cuarto durante el resto de la noche?

Graciela no entendió todas las palabras pero fue obvio que sí captó lo esencial, y Doc, reconociendo un brillo ya familiar en su mirada, atajó de raíz la discusión:

—¡No! No te conviene ver esto, criatura. ¡Ahora vaya, muchacha! —Graciela obedeció a regañadientes y salió del cuarto siguiendo a Dallas.

Doc hizo que Helen-Anne siguiera hablando mientras él llevaba a cabo los preparativos de la intervención, asegurándose de mantener su instrumental fuera de la vista de ella y de que la charla versara sobre cosas ligeras e impersonales. Helen-Anne calentó una papela y luego se acostó en la cama de Doc. Mientras permanecía allí flotando en el borde de la inconsciencia, los rasgos se le suavizaron un poco y de pronto pareció varios años más joven. Doc sospechaba que ahora Helen-Anne aparentaba su edad real, en lugar del desgaste que había ido sufriendo en las calles. Doc no sabía más de Helen-Anne que de ninguna otra chica de South Presa, pero se imaginaba que no debía de tener más que veintitrés o veinticuatro años. Lo más seguro es que su familia fuera buena gente. Pobres, honrados y trabajadores que jamás habían progresado pero que iban tirando siempre y cuando mantuviesen la cabeza gacha y no se pusieran a pensar demasiado en lo que no tenían.

Eso era seguramente lo que le habría pasado a Helen-Anne: que un día había levantado la vista y había vislumbrado el destello de algo reluciente que no se podía permitir. Puede que fuera cualquier cosa: un deportivo, un vestido elegante o unos zapatos de tacón alto. No debió de hacer falta mucho, simplemente un pequeño vislumbre de otra clase de vida, para despertar dentro de ella el ansia de algo que no había probado nunca. Pero ahora, indefensa en aquella cama, con su vida en las manos de Doc, se habían esfumado las arrugas de la cara como si los malos tiempos y la mala suerte fueran solubles en morfina.

En opinión de Doc, todo dependía de la suerte. Dónde nacías, quién era tu familia... eso era lo único que importaba. La ley y la moralidad no desempeñaban papel alguno, de la justicia ya ni hablemos.

Tampoco es que las buenas chicas de buena familia no abortaran. Doc solía verlas todo el tiempo en Nueva Orleans. El médico de familia registraba a la paciente bajo un nombre falso y la inscribía para un D + R, dilatación y raspado, un procedimiento

de higiene obstétrica consistente en raspar la pared del útero con un instrumento quirúrgico largo y fino, que provocaba la expulsión de cualquier material que hubiera allí dentro. Y si se daba el caso de que allí había un feto, pues entonces era un aborto con otro nombre.

Aquello era lo que más cabreaba a Doc. La doble moral. El hecho de que con las hijas de los médicos, los abogados o los banqueros, las normas se forzaban o incluso se rompían, porque eran chicas que tenían mucho por delante: la universidad, el matrimonio, los veranos en Europa. Era una verdadera lástima, decían en voz baja los patricios, perder todo aquello por culpa del ímpetu de la juventud. De manera que miraban para otro lado.

Pero cuando la hija de un carpintero o de un camionero buscaba el mismo servicio, no podía acudir a nadie más que a los criminales. A los criminales como Doc que tenían algo parecido a una carrera médica, y eso con suerte. Médicos, exmédicos y enfermeras de lo más turbio, y hasta dentistas y veterinarios, aunque una chica como Helen-Anne podía encontrarse con algo mucho peor en las calles.

Para cuando Helen-Anne se hubo recuperado lo bastante como para recorrer el pasillo hasta su propia cama, ya casi eran las tres de la mañana. Doc quitó las sábanas ensangrentadas de su cama y se desplomó vestido sobre el colchón.

Lo despertó el sol de media mañana, pero él fingió que todavía estaba dormido y observó con los ojos entornados cómo Graciela regresaba del cuarto de Dallas y se quedaba delante del espejo, cepillando y entretejiendo el pelo azabache para hacerse una trenza perfecta que le llegaba hasta la cintura. La luz del sol le traspasaba el camisón de algodón, formando alrededor de sus pies remansos de luz del color de la mantequilla, que se elevaban resiguiendo su figura diminuta pero elegante: los pechos más bien pequeños, la curva suave de la cintura y las caderas redondeadas. El olor a café haciéndose y los primeros calambres de la abstinencia apremiaron a Doc para levantarse de una vez, pero no se atrevía a moverse por miedo a que se evaporara la visión que tenía delante, de manera que se pasó más de una hora fingiendo que estaba inconsciente.

Finalmente satisfecha con su pelo, Graciela se cruzó de brazos, se sacó el camisón por la cabeza con un solo movimiento y por fin caminó desnuda hasta el lavabo que había en la pared del fondo. Se bañó entre escalofríos ocasionales; el agua helada que caía al escurrir la esponja le bajaba en forma de un reguero reluciente tras otro por la espalda y el espinazo. A Doc le daba mucha vergüenza seguir mirando, pero no conseguía obligarse a cerrar los ojos. Se dijo a sí mismo que los años de ejercer la medicina le concedían por lo menos una fachada de distanciamiento profesional. Sus sentimientos hacia Graciela se habían intensificado pero habían continuado siendo, por lo menos en la práctica, patentemente paternas. Al fin y al cabo, él sabía que

ella lo veneraba por ser alguien mayor y con dotes curativas, y para él aquella confianza era sagrada. Mientras ella fuera su paciente, se decía a sí mismo, los dos se encontraban más o menos a salvo de cualquier intrusión de los instintos más bajos de él.

Pero Graciela ya no era paciente de Doc. Era una chica fuerte, vibrante y más hermosa que nunca, que apretaba los dientes y daba patadas en el suelo y ponía al vecindario entero en movimiento por medio del puro ejercicio de su voluntad y de la audacia de su inocencia. A ojos de Doc, Graciela se había vuelto demasiado formidable para volver a considerarla una criatura. Tal vez, pensó Doc, había llegado el momento de que tuviera un cuarto para ella sola.

Esperó a que ella estuviera vestida del todo para ponerse a bostezar y a desperezarse teatralmente y por fin sentarse en el borde de la cama. Graciela lo oyó moverse, le sirvió una taza de café, que le dejó sobre la mesa, y se puso a hacer el desayuno.

Tenía puesto el mismo vestido sencillo de campesina que había llevado el primer día que Doc la había visto. Cuando el desayuno estuvo listo, ella dejó la sartén sobre un salvamanteles en el centro de la mesa y sirvió a Doc antes de sentarse ella y servirse también. Hasta que Graciela empezó a retirar los platos del desayuno, Doc no se acordó de la venda que le había puesto la noche antes en la muñeca herida.

—Déjame ver eso, hija.

Graciela le entregó el brazo lesionado e hizo alguna que otra mueca apenas perceptible de dolor cuando Doc cortó las vendas con unas tijeras de acero inoxidable que había sacado de su bolsa.

—¿Te duele? Lo siento, cariño. Vamos a ver qué tenemos por aquí. Ajá, bien, tiene bastante buen aspecto, no veo ningún signo de infección.

Le palpó la frente con la palma de la mano y el costado del cuello con el dorso.

—No tienes fiebre. Eso es bueno. A ver, siéntate ahí muy quieta un momento.

Doc se levantó y puso agua a hervir en el fogón. Mientras se calentaba, hurgó en su bolsa en busca de mercromina, gasa de algodón y cinta adhesiva. Cuando el agua estuvo lista, la usó para escaldar el lavamanos y lo llenó de agua limpia con jabón. Limpió suavemente la zona de la herida con jabón y a continuación le aplicó una capa abundante de mercromina. El desinfectante de color rojo sangre empapó las vendas limpias e hizo que las abrasiones de la muñeca de Graciela tuvieran bastante peor aspecto que antes, lo cual a Doc ya le iba bien. Aunque era perfectamente consciente de que la herida no era grave, darle más importancia de la que tenía aliviaba sus remordimientos por estar postergando cualquier cambio de dormitorio entre él y Graciela.

Doc cerró su bolsa, se excusó y se alejó por el pasillo con la intención de visitar a Helen-Anne antes de salir, pero la puta se cruzó con él a toda prisa en el pasillo, ya

vestida y maquillada y corriendo para pillar a los clientes de la hora de comer. Ella intentó atajar las protestas de Doc limitándose a hablar más fuerte y rápido que él.

—A ver, Doc, antes de que te pongas a bramar a los cuatro vientos, ya he oído lo que me has dicho y prometo que, durante una semana por lo menos, solamente mamadas.

—Eso no es lo que te he dicho, jovencita. Mis órdenes han sido que te quedases en la cama hoy y que no trabajases para nada durante una semana o diez días, dependiendo de cómo te encontraras.

—Si ya estoy bien, y además, ¡caray, Doc! ¿Una semana? ¿Me vas a tener sin meterme nada durante una semana? ¿A mí y a Wayman? Ah, ya me parecía a mí. Mira, te lo prometo, hasta que me cure un poco no me quito las bragas, pero no me puedo pasar una semana de vacaciones, Doc. Tú lo deberías saber mejor que nadie.

Y diciendo esto salió por la puerta antes de que él tuviera ocasión de recobrar el aplomo. Doc se alejó por el pasillo mascullando improperios por lo bajo, aunque la verdad era que no estaba seguro de si estaba maldiciendo a Helen-Anne por su testarudez o por su sinceridad.

Ella tenía razón. ¿A quién estaba intentando engañar? Era obvio que Helen-Anne no le iba a hacer caso. No era tan tonta. Sabía que los yonquis tienen que hacer lo que deben, y que si llegaba el caso, el mismo Doc acabaría detrás de la taberna con una polla en la boca.

Reducir el consumo era una cosa, pero los únicos casos de cura permanente para la adicción a la morfina de los que había oído hablar Doc eran de gente que se había ido a alguna parte a llevar una vida de monje o de misionero, y él no era una persona especialmente espiritual. Doc sabía que, a fin de cuentas, estaba donde debía, y fuera del alcance de la gracia de cualquier Dios. Tarde o temprano aquel pequeño respiro que le había concedido Graciela se terminaría y él continuaría su descenso, y si los católicos y los baptistas tenían razón, ningún acto de contrición o buena obra que pudiera llevar a cabo lavaría nunca la sangre del millar de fetos abortados que manchaba sus manos. Pero entretanto, tal vez pudiera ahorrarle a una chica asustada que la rajara un carnicero en un sucio callejón, y aquello compensaba el ir al infierno.

—¡Me voy a la oficina! —gritó Doc mientras salía.

—Hasta la vista —respondió Graciela, saliendo del cuarto de baño, donde estaba lavando los platos del desayuno. Luego frunció el ceño, negó con la cabeza y dijo—: ¡No!

Cuando Doc se dio la vuelta ella se estaba secando las manos en los bajos del vestido; a continuación irguió la espalda, sonrió con cara de orgullo y repitió en inglés:

—¡Hasta la vista!

Y Doc no pudo evitar sonreír.

—¡Hasta luego! Muy bien, cariño, lo has dicho muy bien. —Y se despidió agitando los dedos, como un niño—: ¡Adiós!

—¡Adiós! —repitió Graciela, devolviendo el saludo.

Cuando ya estaba a media manzana, a Doc se le ocurrió que tal vez su informalidad con el lenguaje pudiera estar confundiendo a Graciela. Se preguntó si ella creería que «oficina» era el equivalente inglés de «cantina». De ser esto cierto, ¿con qué otras ideas equivocadas estaría trabajando la pobre chica mientras luchaba por aclimatarse a una nueva vida en un país extraño? Y tal vez más pertinente: ¿exactamente para qué clase de vida se estaba preparando?

Doc recorrió con la vista los tristes edificios pequeños y destantalados de la manzana, las calles llenas de baches y por fin a las chicas que entraban y salían del puesto de Manny detrás de la licorería. A él se le habían concedido todas las oportunidades para llegar a ser alguien; de hecho, le habían servido en bandeja de plata una vida que la mayoría de la gente daría lo que fuera por ganarse, y él lo había echado todo por tierra sin ayuda de nadie. Y lo mismo se podía decir de la gente de por allí. Vale, tal vez no hubieran nacido en familias privilegiadas, pero no todo el mundo que crece siendo pobre termina siendo puta, chulo o camello. Todos habían realizado elecciones en su vida que probablemente ahora deseaban no haber hecho, pero ya era demasiado tarde para cambiarlas.

Pero ¿qué había hecho Graciela para acabar aquí?

Se había enamorado. Se había enamorado y se había creído al mierdecilla de su noviete pachuco cuando él le había dicho que también la quería. Luego, cuando ella se había visto en apuros, él la había traído a rastras a aquel tugurio para deshacerse del bebé y al final la había dejado tirada. La verdad era que era muy posible que la madre de ella hubiera entendido lo del embarazo no deseado. Lo más seguro era que hubiera llorado un montón y gritado un poco, y tal vez hasta la habría atizado con un cepillo, pero al final a Graciela le habrían permitido criar a su hijo con sus hermanos y formar parte de la familia.

Pero ahora ya no. Graciela había cometido, a ojos del Dios de su madre, el pecado más imperdonable de todos, y nunca jamás podría volver a su casa.

Doc se miró las manos y descubrió que le estaban empezando a temblar un poco. Y se sentía mareado. No era esa sensación con la que se solía despertar, esa que te rompía los nervios, te taladraba la cabeza y te daba vomitera y cagalera, pero aun así necesitaba chutarse.

Manny ya tenía su puesto abierto como de costumbre, estaba apoyado en el guardabarros delantero de su coche pontificando para quien quisiera escucharlo sobre los acontecimientos del día anterior. Estaba repasando cada milla del trayecto al aeropuerto, y algunos de los buscavidas más jóvenes y ambiciosos tomaron nota mentalmente de que tenían que acercarse a Alamo Heights para echar un vistazo. Doc

llegó justo a tiempo de dar fe de la veracidad de Manny cuando este llegó a la parte de la limusina del presidente.

—Eh, Doc, cuéntales que es a prueba de balas, ¿a que sí?

—Pues sí, Manny. Salió en el *Express*. Es un Lincoln modelo 1963 construido a propósito para él. Lleva radioteléfono, está blindado con chapa de acero de una pulgada de grosor y tiene un techo plegable en forma de burbuja hecho de cristal antibalas. Y pesa tres toneladas y tres cuartos.

—¿Toneladas? —se maravilló uno de los oyentes.

—Sí, casi tres mil quinientos kilos.

—¡Joder!

Doc le pasó a Manny un billete de veinte y se metió el globo que le daba el otro en la cinta del sombrero, dejando que el enorme mexicano contara la historia de cómo se había colado primero y luego se había escabullido de un aeropuerto infestado de federales con el coche lleno de gente fuera de la ley, y los polis no les habían echado ni un triste vistazo.

—Nosotros estábamos como si nada —afirmó Manny.

En la taberna le tocaba el turno a Teresa, que tenía a su público absorto en sus palabras.

—Era una preciosidaaad. ¡Una cara de ángel, os lo aseguro! En mi vida no había visto una sonrisa tan preciosa, y estuvo saludando a toda la gente como si fuera una reina. Y luego Graciela se apretujó hasta llegar a la mismísima primera fila y metió el brazo por la verja. ¡Pobre Graciela! ¡Y pobre mano! ¡Pero ella ni siquiera se dio cuenta de que estaba sangrando y metió el brazo hasta el fondo de todo y estuvo saludando con la mano y gritando, y Jackie le devolvió el saludo! ¡Saludó con la mano a nuestra pequeña Graciela y le devolvió la sonrisa! Os juro por la Sagrada Virgen de Guadalupe que es la verdad.

Los habituales estaban tan cautivados que nadie se fijó en que Doc iba hacia el lavabo de hombres para colocarse.

Ya a solas en el cubículo, Doc consideró la posibilidad de echar la papela entera en la cuchara, pero luego se lo pensó mejor y se conformó con echar media, tal como era su costumbre últimamente.

—Ración infantil —murmuró por lo bajo mientras se la chutaba.

—*Ahí no parece que haya mucho jaco, Doc.*

Doc abre la puerta del cubículo para echar un vistazo y se encuentra a Hank sentado entre los dos lavamanos, con el cuerpo inclinado hacia delante y los pies colgando. Doc se pone de pie, tira de la cadena por pura costumbre y sale al lavabo, mirando literalmente a través de Hank en dirección a su propia imagen en el espejo. Saca un peine de bolsillo que Hank no ha visto nunca, lo moja y se lo pasa por el

pelo.

—Supongo que es suficiente —le asegura Doc.

Hank contraataca bajando de un salto y atravesando a Doc.

—¡Mierda, Hank! —Doc se estremece—. ¡Odio que hagas eso!

Ahora Hank está detrás de Doc, con la cabeza casi tocándole el hombro, de tal manera que desde el espejo les devuelven las miradas un par de caras torturadas, reflejadas una al lado de la otra. Doc no acaba de ver claro que una de las dos tenga más sustancia que la otra.

Hank habla entre dientes.

—Sí, bueno, yo también preferiría que dejaras de fingir que no estoy aquí. ¿Dónde has estado, Doc? ¡Te he buscado por todas partes!

Doc se limita a gruñir y sigue intentando en vano peinarse una raya en su rebelde pelo.

—Emperifollándote. —Hank escupe la palabra—. Emperifollándote como una chica para el baile de fin de curso. Es esa pequeña zorra mexicana, ¿verdad, Doc? Después de lo que tú y yo hemos pasado juntos... No te puedes largar sin más y dejarme. Estamos en esto juntos los dos.

Doc se gira para plantarle cara y Hank, desprevenido, cede terreno y retrocede hasta el interior del cubículo del retrete.

—Tú y yo estamos juntos en nada, Hank. Yo sigo vivo y atrapado en este sitio de mierda, y tú... bueno, tú has seguido tu camino y si tuvieras algo de sentido común, continuarías por él. Joder, cualquier sitio tiene que ser mejor que esto.

Doc da un paso hacia la puerta, pero antes de poder llegar, la imagen ya de por sí borrosa de Hank se empieza a deshacer en forma de ondas que reverberan como un espejismo sobre una carretera del desierto, se elevan y pasan por encima de la parte superior del cubículo para volver a ensamblarse en plena trayectoria de Doc.

Pero la presencia de Hank ya no consigue generar ninguna amenaza. Se está disipando, volviéndose menos sólida a cada minuto que pasa, y él lo nota, y llevado por la desesperación juega su última carta.

—Eres lo único que me queda, Doc —admite el espectro, con el asomo de un sollozo en el fondo de la garganta.

La empatía siempre ha sido la perdición de Doc.

Hank nunca fue un mal tipo en vida, dejando de lado las habituales debilidades que traen la fama y la fortuna. Solamente le faltó un poco de moderación, nada más.

Bueno, tal vez más que un poco, pero es obvio que Doc no está en posición de ponerse a juzgarlo por eso y, la verdad sea dicha, él se sabe de memoria hasta la última canción interpretada alguna vez por Hank, y cuando este vivía le pareció un honor formar parte de su círculo cada vez menor de amigos.

Por supuesto, eso fue antes de que el hijo de puta se muriera y después cogiera la

costumbre de regresar y perseguirlo de una punta a otra de los estados de Arkansas, Louisiana y Texas.

Y ahora aquí está Hank, con el equivalente en el más allá a las lágrimas cayéndole por la cara, y cada vez se va volviendo más tenue y transparente hasta que finalmente no queda lo bastante de él para impedir que Doc salga por la puerta.

—Te veo por aquí, Hank. O sea, ¿adónde voy a ir si no?

La mesa de Doc estaba a pocos pasos de la puerta de la taberna, de manera que él acercó una silla a rastras y se sentó de espaldas a la pared para contemplar todas las idas y venidas que se producían en el centro de aquel universo suyo en plena contracción, que en aquellos momentos no parecía tan mal sitio.

Manny apareció en plena pausa para reponer existencias, alrededor de las once y media, y se dejó caer pesadamente en la silla de delante de Doc. Teresa abortó la enésima crónica de la saga de Jackie y Graciela al darse cuenta de que ya era la hora de su culebrón favorito y se puso a servir distraídamente a los habituales con un ojo puesto en la tele de encima de la barra.

—Por fin las cosas están volviendo a la normalidad por aquí —señaló Doc.

Manny abrió la partida de dominó con el seis doble, haciendo una floritura con la ficha de baquelita blanca y negra y provocando un estrepitoso «¡plaf!» al golpear la mesa con ella, dejando a Doc atrapado en una jugada mediocre y llamándolo hijo de puta. Detrás de la barra, Teresa estaba chistando a un cliente que había tenido la osadía de pedirle una cerveza en el momento justo en que el órgano del culebrón estaba tañendo un dramático crescendo a modo de preparativo de una revelación crucial que al final no se presentó.

«Interrumpimos esta emisión para traerles un boletín especial...»

Al principio Teresa manipuló desesperadamente la antena en forma de «V» de encima del televisor en un intento de recuperar su culebrón.

«... disparos contra la caravana presidencial en el centro de Dallas, Texas...»

En la pantalla no había ninguna cara, solamente el ojo de la CBS y la inscripción BOLETÍN INFORMATIVO ESPECIAL, pero la que se oía era la voz inconfundible de Walter Cronkite. Doc se puso de pie y se esforzó por oír los detalles a pesar del estruendo, pero al final se vio obligado a blandir la botella de cerveza de Manny como si fuera un mazo y aporrear la mesa para pedir orden.

—¡Callaos, hostia! ¡Está pasando algo!

«... varias informaciones sin confirmar según las cuales el presidente y otras personas pueden estar heridos...»

A medida que los presentes fueron asimilando la gravedad de la situación, la taberna adoptó la atmósfera de una sala de espera hospitalaria. La mayoría de los

clientes velaban en silencio junto a la barra, pero algunos estaban sentados aparte en grupos de dos y de tres, segregados por el idioma, y se dedicaban a conversar nerviosamente en voz baja.

Aquellos que hablaban castellano se santiguaban y recitaban diligentemente el rosario, puesto que aquel presidente era uno de los suyos. Algunos de los anglosajones presentes no eran precisamente partidarios de Kennedy. Sabían a ciencia cierta que era yanqui y católico, y sospechaban que también debía de ser comunista; sin embargo, era el presidente de Estados Unidos y aquello estaba sucediendo en Texas, joder, en Dallas, a menos de cuatrocientos kilómetros por la interestatal. El mismísimo día antes todos habían estado contemplando con orgullo las noticias vespertinas mientras él le hablaba al país entero desde su bella ciudad. Esto hacía que aquella crisis nacional resultara de alguna manera personal. A los recién llegados no hacía falta decirles que algo iba mal; lo notaban nada más entrar por la puerta. Uno tras otro, encontraban en silencio sitios donde sentarse y poder ver o por lo menos oír la cobertura televisiva. El logo estático de la CBS había sido reemplazado por la imagen seria y monocroma de un Cronkite desacostumbradamente agobiado, que con una mano se sujetaba el auricular en la oreja y con la otra iba recogiendo impresiones de teletipos que le daba alguien. Todo el mundo en la taberna y en todo el país miraba, esperaba y contenía la respiración colectiva, a medida que los terribles rumores se iban confirmando uno tras otro.

«... los testigos presenciales informan de que se han oído varios disparos mientras la caravana presidencial se acercaba a Dealey Plaza».

«... el presidente y el gobernador de Texas, John Connally, que también ha resultado herido, han sido trasladados a toda prisa al hospital Parkland Memorial, donde ahora mismo los dos están siendo intervenidos quirúrgicamente de emergencia...»

«... la primera dama, que no ha resultado, repito, no ha resultado herida, se encuentra junto a su marido...»

Cuando por fin llegó la mala noticia, fue transmitida en forma de frases entrecortadas por un obviamente aturdido Walter Cronkite, que se quitó las gafas de leer para fijarse en la hora del reloj.

«Ya es oficial, pues. John Fitzgerald Kennedy, el trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, ha muerto, poco después de la una en punto, hora de la costa este...»

No había más que un puñado de mujeres en la sala, pero hasta la última de ellas rompió a llorar de manera espontánea. Algunas se lamentaron en voz alta, y hasta sollozaron, histéricamente. Otras solamente consiguieron gimotear. Teresa se cubrió la boca con ambas manos en un intento de detener el aluvión de lágrimas, pero no le sirvió de nada. El dolor le salió en forma de lamento lastimero y sostenido, alternado con palabrotas y oraciones apenas inteligibles. Algunos de los hombres también

lloraban. Manny como el que más. Le caían unos lagrimones enormes por las mejillas anchas y el labio inferior le temblaba como si fuera un niño aterrado. La mayoría de ellos, sin embargo, se limitaban a mirar en silencio la pantalla del televisor y negar con la cabeza, incrédulos.

—Qué maldita vergüenza —dijo Doc, desplomándose en su silla. La media papela de jaco ya no le estaba funcionando igual de bien que hacía unos minutos. Ya estaba a un tris de acorralar a Manny cuando se acordó de que en su habitación de la pensión no había televisión.

—¡Graciela!

Doc se levantó de un salto, y poco le faltó para volcar la mesa y provocar una cascada traqueteante de fichas de dominó por el suelo mientras salía disparado en dirección a la puerta. Allí se detuvo de golpe y giró en redondo, provocando que Manny, que le venía pisando los talones, se cayera de culo y se quedara despatarrado en el suelo.

—Lo siento, amigo —se disculpó Doc—, pero es que se me acaba de ocurrir que, bueno, no te ofendas, pero es posible que no seas el intérprete ideal para una situación tan delicada como esta.

Manny abrió mucho los ojos.

—No me ofendo, Doc. Que vaya Teresa.

Pero esta continuaba berreando desconsolada detrás de la barra, sacudiéndose de encima las caricias y abrazos bienintencionados de su clientela habitual y dando patadas en el suelo como si fuera una niña malcriada en plena pataleta.

—Bueno, lo primero es lo primero —dijo Doc con un suspiro.

Cruzó el local en un par de zancadas y se metió detrás de la barra, esquivando un gancho mientras envolvía a aquella mujercita sorprendentemente fuerte en un poderoso abrazo de oso, sepultando la cara de ella en su pecho y amortiguando sus gritos. La tuvo así hasta que Teresa dejó de forcejear, y por fin despegó un brazo de ella para acariciarle el pelo y secarle la cara con su pañuelo.

—Tranquila, tranquila, mujer. Ya sé, ya sé. A veces el mundo es un sitio espantoso. Pero tienes que reponerte, necesito que me ayudes en la pensión.

Cuando Teresa ahogó un sollozo, agarró el pañuelo y se limpió los pocos restos de rímel que le quedaban, Doc supo que ella estaba entendiendo lo que él quería.

—¡Graciela? —le preguntó.

—No lo sabe —confirmó Doc.

Teresa abrió la caja registradora, sacó los billetes grandes y se los metió dentro del sujetador.

—¡Vamos! —vociferó con su mejor tono de contralto, el que usaba para anunciar la última ronda—. ¡Vamos! ¡No hace falta que se vayan a sus casas, se pueden quedar aquí! ¡Este tugurio está cerrado en honor del presidente y de Yaqui!

Encontraron a Graciela en el pasillo, con una cesta de ropa mojada apoyada en el hombro y abriendo la puerta de atrás con la mano que tenía libre, que era la derecha. Doc se fijó de inmediato en el vendaje de su muñeca y estiró el brazo para cogerle la cesta.

—Dame, hija, déjame que te eche una mano.

Graciela se resistió juguetonamente un momento antes de soltar de repente la cesta, pillando desprevenido a Doc y mandándolo dando tumbos hacia atrás por la carga que ella había llevado con tan poco esfuerzo. Ella soltó una risa estridente, de niña, espontánea y musical, que no tenía malicia alguna, pero nadie más se rió y las últimas notas se amargarón y murieron. Graciela miró las caras sombrías una detrás de otra y encontró aprensión pero ninguna respuesta. Manny ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos. De manera que Graciela se volvió hacia Teresa.

—¿Qué pasa?

Teresa le cogió la mano a la joven con las suyas, le besó la muñeca vendada y se puso a hablar con ella en castellano, con la misma voz baja y tranquilizadora con que su madre siempre le había hablado cuando había malas noticias. Pasándole un brazo por la cintura y atrayéndola hacia sí, como un pájaro que acoge a un polluelo bajo su ala, guió con suavidad pero firmemente a Graciela primero por el pasillo y luego escaleras arriba. Manny agarró la cesta de la ropa, y él y Doc las siguieron. No oían lo que las mujeres estaban diciendo, pero cuando a Graciela le fallaron un momento las piernas en mitad de la escalera ellos supieron que acababa de recibir la noticia, y los dos dieron gracias porque la paja más corta le hubiera tocado a Teresa. Esta se limitó a pasarle el otro brazo a Graciela por la espalda, juntó las muñecas para sostener su peso y continuó llevándola hasta lo alto de las escaleras y luego a la habitación de Doc.

Marge y Dallas habían estado viendo las noticias en la tele de la sala de estar.

—Ah, os habéis enterado —supuso Marge, y Dallas subió las escaleras a toda prisa detrás de Manny y Doc.

Graciela se sentó en el borde de la cama de Doc, con la cabeza apoyada en el hombro de Teresa, y se pasó una hora y media llorando desconsoladamente. Nadie pudo hacer ni decir nada para consolarla, de manera que se limitaron a esperar a que se agotara y entonces Teresa la ayudó a reclinar la cabeza sobre la almohada, la cubrió con una esquina de la colcha y casi inmediatamente ella se durmió.

Teresa ya no podía hacer nada más, de manera que Doc la mandó a casa.

—Será mejor que te vayas tú también, Manny —dijo—. Te conviene reponer existencias antes de que esos yonquis quemén este sitio hasta los cimientos. Nosotros nos apañaremos.

Marge tenía casi todo el tiempo una cafetera al fuego, y de vez en cuando Doc bajaba a tomarse una taza y a echar un vistazo a las últimas noticias.

—Lo han cogido —informó Marge en algún momento de media tarde—. Un cabroncete feo y pequeñajo llamado Oswald, lo han encontrado escondido en un cine. Dicen que también ha matado a un poli.

—¿Ha confesado? —preguntó Doc.

—No, pero dicen que es comunista y que ha vivido en Rusia. Hasta tenía una mujer rusa.

—¿Rusa, eh? ¿Y cómo está el cabrón de Connally?

—Dicen que descansa tranquilo.

Doc negó con la cabeza.

—Me lo creo. Y ahora Lyndon Johnson es presidente de Estados Unidos.

Cuando regresó, Graciela se había despertado.

—¡Caramba, hola!

Graciela no le contestó, de manera que probó en castellano.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Ella se quedó tumbada de costado, mirando la nada con sus ojos negros. Doc echó mano a su bolsa y le practicó un somero examen físico de forma mecánica. Le comprobó el pulso, le auscultó el corazón y los pulmones con el estetoscopio y se aseguró de que las pupilas respondieran a la luz de forma correcta. Todo parecía normal y a Doc no le sorprendió. Se imaginaba que aquello era algo puramente pasajero, de manera que acercó su silla a la cama, igual que había hecho la primera vez que ella había acudido a él. ¿Cuánto hacía ya de aquello? Él se acordaba de que había hecho un calor de miles de demonios, de manera que debía de haber sido en septiembre. No podía haber sido en agosto, ¿verdad que no? Ay, joder, pensó. Más de tres meses. Una estación, lo llamaban. El tiempo suficiente como para provocar un cambio. Negó con la cabeza.

Siempre había ayudado a gente que no tenía adonde acudir, pero lo hacía a cambio de dinero y de droga, y también para asegurarse un sitio en el esquema de las cosas. Ejercer la medicina en el mundo de la gente limpia había sido un poco lo mismo. Aquella piel de cordero no solo le garantizaba unos ingresos más que decentes, sino que también te granjeaba el acceso al club de campo, donde podías codearte con abogados, jueces, petroleros y magnates inmobiliarios, la clase de amigos que conviene tener cuando estás medrando. Ya en plena caída, se había codeado con la gente de Bossier, las camareras y las chicas de la calle y los patanes del *Hayride* como Hank. La verdad era que Doc no tenía costumbre de hacer nada por nadie que no pudiera hacer algo por él.

Era duro ver así a Graciela.

Ella permaneció cuatro horas más allí inmóvil y en silencio y por fin, poco después de medianoche, cerró los ojos y se quedó adormilada. Doc no tardó en acompañarla. Se resistió sin demasiado aplomo, negando con la cabeza y cambiando de postura en la silla, pero al final la barbilla se le cayó sobre el pecho.

Doc anda por aquí, pero Hank no puede sintonizar con él como de costumbre. Lo que le invoca a esta es la tristeza, esa frecuencia singular de la falta de esperanza que emiten los moradores de la penumbra como Doc. Pero esta noche hay una especie de estática en el aire, hay millones de voces flotando, y todas carecen de esperanza, todas están llenas de dolor, y Hank no puede distinguirlas. De alguna manera se han encontrado entre sí y ahora todas lloran juntas, almas torturadas en concierto, unidas por su miedo y su angustia.

Y Doc no es más que otra aguja en el pajar de la tristeza.

Graciela abrió por fin los ojos y habló en el preciso momento en que un rayo de sol atravesaba la mugre de las ventanas de la pensión.

—Quisiera ir a la iglesia a rezar —dijo en español.

Y dicho y hecho.

La pequeña iglesia había sido antaño una misión española, un lugar donde los indios del lugar podían ofrecerles sus almas a los frailes franciscanos a cambio del maíz suficiente para alimentar a sus familias y de un mínimo de protección frente a sus vecinos más agresivos y todavía no conquistados. Doc siguió obedientemente a Graciela por el pasillo de la iglesia. El ruido de sus pasos era atronador y rebotaba del suelo a la bóveda, y en los intervalos de silencio habría jurado que oía un susurro de mocasines y sandalias.

Estaba rodeado de objetos de devoción: las Estaciones de la Cruz, las capillas, el vetusto crucifijo de madera de roble que sin duda había sido labrado con cariño por un artesano indio recién bautizado. Las hileras interminables de diminutas velas pugnaban por conseguir algo de oxígeno dentro de sus vasos votivos de cristal ennegrecido, proyectando sombras de colores de Halloween que danzaban en el borde de la oscuridad. Cada una de ellas era una almenara personal encendida por la mano de un creyente con la esperanza de obtener un canal privado de comunicación con su Dios. Los feligreses venían y encendían sus velas y luego se arrodillaban y esperaban en silencio. No esperaban la señal de ningún milagro, porque aquellos no eran cristianos domingueros que ofrecieran oraciones para atrincherarse. La mayoría de ellos habían rezado cada día de sus vidas y sabían que no iba a venir ningún despliegue tan vulgar. No esperaban remedio alguno. No esperaban respuestas. Rezaban únicamente en busca de afirmación, de la paz que nace de una fe incondicional e inquebrantable. Les bastaba con creer que Dios los oía llorar en sus horas oscuras.

Graciela ocupó su lugar en el reclinatorio. Doc se quedó un momento de pie, incómodo, y por fin la imitó. Como no estaba seguro de qué hacer con las manos, la miró de reojo.

Fue como si la estuviera viendo por primera vez. Una mantilla blanca le cubría la cabeza y le colgaba sobre los hombros y los brazos, dejándole al descubierto únicamente las manos entrelazadas; engarzado entre los dedos, tenía un rosario sencillo de madera. Cuando rezaba, las manos le tapaban la boca y la nariz de tal

manera que solamente se le veía la mirada clavada en las alturas. Él se acordó de un cuadro que había visto en algún sitio de no recordaba qué santa; tal vez fuera la Virgen de Guadalupe, aquella visión de la Santa Virgen que se había aparecido hacía cuatrocientos años a un indio y que ahora era la patrona de todos los católicos mexicanos. Graciela rezó sus padrenuestros y sus avemarías en castellano, y Doc intentó seguirla, pero llegado cierto punto perdió el hilo y se distrajo, con la mente igual de perdida que cuando era niño y estaba en la escuela o en la iglesia. Simplemente se evadía. A medida que se fue haciendo mayor y aprendiendo cómo era realmente el mundo, cada vez le costó más encontrar aquel lugar.

El whisky le ayudaba. Le daba el valor que necesitaba para hablar con las chicas, hasta con las que eran guapas de verdad, aunque a él nunca le gustó su sabor. Cuando se hizo un poco mayor, tanto sus amigos como su familia le reñían por adúlterar la estupenda malta amarga con Coca-Cola.

Luego, en su primer año de residente, se hizo amigo de un patólogo viejo y loco que trabajaba en el turno de noche de la morgue local, y que fue quien le introdujo en el milagro de la morfina. Desde la mismísima primera inyección fue como si Doc hubiera encontrado el ingrediente vital que Dios se había olvidado al obligarlo a nacer gritando y pateando en este mundo frío y cruel.

De manera que aquí estaba, en la iglesia y prácticamente sobrio, joder. ¿Cuánto tiempo hacía que no se veía algo así?

Una vida entera, y no precisamente de las fáciles. De pronto no le cupo duda alguna de que en ese momento era el único agnóstico entre aquellas paredes, en la casa de Dios. Pero un momento. ¿Creía en Dios o no?

Pues claro, ¿por qué no?

Creía en los fantasmas. Y estaba más que claro que creía en el diablo, joder. Había visto pruebas más que suficientes de que ciertamente existía algo maligno campando a sus anchas por el mundo, hombres asesinándose entre ellos por dinero, por droga o simplemente porque les apetecía matar. Sin embargo, jamás se había encontrado con nada que se pareciera ni que fuera remotamente a Dios en ninguna de las iglesias a las que había asistido.

En Louisiana había asistido a bodas católicas y a funerales celebrados en enormes y elegantes catedrales, y por lo que había visto, aquellos eventos no eran más espirituales que sus equivalentes protestantes. Eran simples concursos de belleza. Pases de moda celebrados en clubes de campo santificados. Un sitio más donde ver y ser visto por la gente que contaba; los presentes recitaban las salmodias y cantaban las canciones, sí, pero estaban demasiado ocupados intentando cultivar una apariencia de piedad como para rezar realmente.

Sin embargo, en aquella iglesia diminuta todo el mundo estaba rezando. Eran las ocho de la mañana de un sábado y no se estaba celebrando ningún servicio, no había

ningún sacerdote oficiando, pero ellos habían ido por voluntad propia, se habían puesto de rodillas y estaban rezando. Cerraban los ojos, abrían los corazones y veneraban a su Dios de forma incondicional, pidiéndole nada más que lo que él dispusiera hacer con ellos. Pese a que eran gente sencilla, sabían que intentar comprender los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas era completamente fútil.

Graciela se pasó más de una hora rezando y Doc se dedicó a mirarla, sobrecogido por su fe y envidioso de su tenacidad.

Pero ¿a quién le estaba rezando? ¿A aquel Dios católico cuyos funcionarios en la tierra la excomulgarían y la mandarían a arder en el infierno si supieran lo que ella había hecho?

¿Y por quién estaba rezando? ¿Por Jackie? ¿Por Caroline? ¿Por John-John? Eso sería típico de Graciela. Los Kennedy se tenían los unos a los otros y tenían la compasión de un país entero, mientras que ella no tenía nada. Ni familia ni tampoco más amigos que una panda desarrapada de pobres diablos fuera de la ley desprovistos de esperanza y de futuro.

Doc también quería rezar, pero no sabía cómo. La única oración que conocía era la Oración del Niño que su madre le hacía recitar cada noche antes de irse a dormir.

*Ahora que me voy a dormir
le pido a Dios que recoja mi alma
si me muero antes de despertar...*

¿Y a qué coño venía aquello, además? Se acordaba claramente de haberse pasado horas enteras sin poder dormir, de niño, por terror a que si cerraba los ojos, ni que fuera un instante, ya nunca más los pudiera abrir.

¿Y por qué podía rezar Doc?

¿Porque Dios perdonara a Graciela? ¿Porque lavara aquel terrible pecado suyo y la devolviera al rebaño? Entonces podría volverse a casa con su madre... o tal vez alguna buena persona de esta congregación la acogería y la rescataría de la culpa y de la vergüenza, y se la llevaría bien lejos de la avenida de South Presa.

Doc era incapaz de rezar por aquello. No era tan generoso ni de lejos.

Pero bueno, ya estaba aquí, de manera que por qué no intentarlo, pensó. Cerró los ojos y agachó la cabeza... y al principio se limitó a escuchar.

El aire iba cargado de oraciones, de suaves susurros sibilantes y de ecos quedos de murmullos procedentes de todos lados. De vez en cuando entendía alguna palabra en castellano y trataba de descifrar su sentido secreto, pero se encontraba, frustrado, con que en última instancia no podía dejar de prestar atención a los latidos regulares de su propio corazón. Tal vez debería empezar presentándose.

—Señor, no me conoces...

La voz profunda retumbó en la cámara de piedra caliza, y la congregación entera se dio la vuelta y se lo quedó mirando como si una bestia escapada del campo acabara de execrar su santuario berreando a pleno pulmón. Hasta la última mirada de ojos negros, reflejando la luz de un millar de velas, viajó hacia él, despertando a Doc de su meditación entrecortada, y solamente entonces se dio cuenta de que la voz impertinente era la suya. Graciela se lo quedó mirando igual que los demás, pero en sus ojos no había juicio alguno, y a Doc le pareció ver un atisbo casi imperceptible de sonrisa en la comisura de la boca, e incluso cierto temblor que revelaba una risa reprimida. Por fin ella extendió el brazo para darle una palmadita tranquilizadora en el dorso de la mano y a continuación tanto ella como el resto de los fieles regresaron a sus oraciones como si no hubiera pasado nada.

Doc agachó dócilmente la cabeza y lo intentó otra vez, con cuidado de guardarse sus tibios esfuerzos para sí mismo.

«Como estaba diciendo, Señor, no me conoces...»

Echó un breve vistazo a su alrededor para asegurarse de que esta vez sí que estaba rezando en silencio.

«... O sea, no voy mucho a la iglesia y, bueno, soy... vaya, no hace falta que Te diga que soy un pecador. Estoy seguro de que eso ya lo puedes ver por Ti mismo. Es probable que en un momento u otro haya cometido todos los pecados que se han inventado, y si existe el infierno, estoy completamente convencido de que acabaré en él, y cuando me llegue la hora no pienso quejarme. Creo. Lo que pasa es que hoy estoy aquí por esta chica, ¿sabes? Y no le iría mal un poco de ayuda. Todo este asunto le está afectando mucho, y ya le iban las cosas de aquella manera desde que llegó aquí, o sea, estaba en apuros, Señor, y no sabía a quién acudir. En fin, ¡mírala! Apenas es más que una niña. A ver, Señor, yo sé que no apruebas mis actos ni lo que hago para salir adelante en este mundo, y tampoco puedo decir que Te culpe, porque a mí también me plantean problemas de vez en cuando las consecuencias morales de mis acciones, pero por favor, por favor, no castigues a la chica, Señor. No tiene maldad alguna, y su único pecado, que yo pueda ver, es ser joven y tonta y tener miedo y depositar su confianza en un viejo charlatán como yo. De manera que si va a haber un juicio final, Señor, aquí estoy. Tómame a mí, porque han sido mis manos las que te han ofendido, Señor, no las de ella... Pero por supuesto, eso Tú ya lo sabes, porque lo sabes todo, imagino, pero yo me limito a decirlo. En fin, ejem, no quiero extenderme demasiado, Señor, sospecho que estoy empezando a hablar como un predicador o algo parecido; en fin, ya sabes que no lo soy, pero... bueno... gracias por escucharme... amén».

No hubo luz alguna. No hubo ángeles cantando desde las alturas. Tampoco hubo ningún relámpago castigador. A Doc no le sorprendió y solo se quedó un poco

decepcionado. Los años de rebajar expectativas lo habían vacunado contra cualquier esperanza de intervención divina. Esperaba poco de sí mismo y por tanto nada en absoluto de Dios.

Por fin Graciela se santiguó y se puso de pie, colocándole la mano en el hombro a Doc para apoyarse en él. Doc le cogió la muñeca de forma instintiva, con suavidad, pero ella hizo una obvia mueca de dolor.

—Déjame ver eso, criatura.

El vendaje, que Doc le había cambiado justo antes de salir de la pensión, ya volvía a estar empapado de sangre. Graciela se sacudió su mano de encima.

—Vamos a casa —le dijo en inglés.

Cuando salen de la iglesia luce un sol matinal cegador de color blanco amarillento, y cuando ya casi se les ha acostumbrado la vista, Doc distingue la figura de un esqueleto errante apoyado en el tronco de un álamo, a la sombra de la tapia de la misión. Se resguarda los ojos del sol con la mano y contempla con los ojos fruncidos el resplandor, pero Hank ya no está.

De vuelta en la pensión, Doc le quitó con cuidado las vendas a Graciela y le sorprendió descubrir que la herida no se había vuelto a abrir, que no había nuevos cortes ni laceraciones que explicaran la sangre del vendaje. Solamente estaba la abrasión original, un simple arañazo, como los que los niños se hacen todos los días en las rodillas y los codos. La zona estaba limpia y no había señales de infección. Tampoco había señal alguna de que la herida se estuviera curando tal como debería. Las abrasiones parecían recién hechas y la carne seguía despellejada. Graciela había estado a punto de desangrarse durante su aborto, pero Doc sabía que la verdadera hemofilia era una enfermedad que solamente sufrían los varones. Y lo que era más extraño, la nueva hemorragia se había detenido inexplicablemente por sí sola; no había coágulos ni costras ni tampoco ninguno de los signos habituales que Doc solía usar para diagnosticar. Estaba completamente perplejo, pero se limitó a limpiar la muñeca y a volverla a vendar, haciendo lo que pudo para esconder su preocupación.

Marge y Dallas seguían pegadas a la tele. Esta última levantó la vista el tiempo justo para echarle un breve vistazo a Graciela.

—¿Te encuentras mejor, cariño?

La joven se limitó a acercar una silla metálica y sentarse con ellas. Doc se quedó en el umbral y se dedicó a mirarla durante un par de minutos, a continuación salió por la puerta de atrás y bajó a la calle hasta el puesto de Manny.

Pero este no estaba. Doc se fue haciendo eses hacia la taberna, combatiendo un leve ataque de pánico que únicamente se le empezó a pasar cuando estuvo lo bastante

cerca para reconocer el Ford de Manny aparcado delante del local.

Manny jamás variaba su rutina. Siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año, festivos incluidos: llegar a las nueve, abrir el tenderete, vender el cargamento y luego pasar por la taberna sobre la hora del almuerzo para beberse una cerveza y jugar una partida de dominó. Pero hoy no eran ni las once y el hombretón ya estaba sentado en la barra, charlando con Teresa y bebiendo ya su segunda cerveza.

—¡Joder, Manny! Me has dado un sustazo de muerte. Pensaba que la antivicio te había trincado desprevenido, o algo peor. ¿Estás de vacaciones o qué?

Doc le ofreció la mano a Manny, con un billete de cinco pulcramente doblado y metido discretamente entre el pulgar y la palma. El camello echó un vistazo por encima del hombro, pero no soltó la botella de cerveza de cuello largo que tenía apoyada sobre la barra delante de él.

—Lo siento, Doc. Se me ha acabado la mercancía hace una hora.

—¿Se te ha acabado? —vociferó Doc—. ¿Qué cojones me dices? ¿Al primero que llega se la vendes toda? ¿Así va la cosa? ¿Se te ha acabado? Pero ¿de qué coño vas, Manny? Creo que me merezco un poco de consideración por aquí, ¡hostia! ¡Y date la vuelta y mírame cuando te hablo, me cago en la puta!

Todas las miradas del bar estaban posadas en Doc. Aunque la mayoría de los clientes consideraban que el viejo matasanos era un tío complicado, nadie en la taberna le había visto jamás perder los nervios. Al contrario, había muchas noches de sábado en South Presa en que incluso se lo consideraba la única voz de la razón. Pero ahora estaba acojonando a todos los presentes en la taberna. Manny negó con la cabeza, hizo girar su taburete y se puso de pie.

—Para el carro, Doc —dijo sin perder la calma—. Ya estaba a punto de ir a reponer existencias. Puedes venir conmigo en el coche si quieres.

Doc se mecía un par de veces hacia delante y hacia atrás sobre los talones, a la sombra de aquel hombre mucho más corpulento que él, y por fin, calándose el sombrero sobre los ojos, murmuró:

—Bueno, pues vale. Vamos tirando.

La opresiva combinación del enfado de Manny y la vergüenza de Doc hizo que el trayecto en coche a través de la ciudad transcurriera en un silencio casi absoluto. Doc no sabía qué decir, y además, seguía bastante preocupado por aquella muñeca de Graciela que no paraba de sangrar.

Quince atroces minutos más tarde aparcaron delante de una casa de madera de aspecto ordinario en las profundidades del West Side. Doc esperó en el coche mientras Manny entraba, se ocupaba de sus negocios y regresaba al cabo de menos de media hora llevando una bolsa de la compra que tiró sin ceremonia alguna en el asiento entre él y Doc. Ya estaban a mitad del camino de vuelta a la taberna cuando

Doc rompió el hielo.

—Manny, no sé qué decirte. No estabas en tu sitio y... o sea, nunca se te había acabado la mercancía a las once menos cuarto.

—¡Ya lo sé! Es una locura. Casi no me han dado tiempo a meterla en las papelas. Supongo que ha sido la mala noticia. Esas cosas le dan a la gente ganas de colocarse. Las malas noticias y las buenas. De haberlo sabido te habría guardado una, Doc. Pero joder, hace un par de meses que no te veo colocarte a mediodía.

Tenía toda la razón. Una papela al día. Media por la mañana y otra media a la hora de la cena. Joder, Doc solía meterse el doble antes del desayuno. Pero el chute de esta mañana no le estaba durando tanto como de costumbre. Tal vez Manny se estaba pasando al cortarla, o tal vez todo lo sucedido en el último par de días era un poco demasiado para los nervios de Doc y media papela de jaco.

El coche seguía su camino.

—Manny, ¿tú crees en Dios?

—Claro. —El hombretón se encogió de hombros.

—¿Y vas a la iglesia?

—No desde que era niño. Si volviera a ir después de tanto tiempo, solamente la confesión ya me ocuparía un día y medio. Me sabría mal por el sacerdote. Además, alguien tiene que ir al infierno, supongo.

—Supongo que sí —admitió Doc—. Pero dime una cosa. ¿Crees en los milagros? Tal vez no esos milagros de la zarza ardiente y tal, pero ya sabes, en las señales...

—Pues no lo sé, Doc. Cuando yo era niño mis tíos se recorrieron todo el valle en coche para ver una tortilla donde se veía la cara de Jesucristo. Se trajeron fotos. A mí me pareció una simple tortilla quemada. Supongo que a fin de cuentas Dios es Dios y no le hace falta demostrar nada a nadie. Y menos a mí.

Manny metió la mano en la bolsa de papel y le dio una papela a Doc.

—Si quieres puedo parar en esa gasolinera Texaco de ahí para que te coloques, Doc. En este vecindario la gente se enrolla bastante.

—No, creo que puedo esperarme a la hora de la cena.

A la mañana siguiente Marge, Dallas, Graciela y Doc vieron cómo Jack Ruby mataba a tiros a Lee Harvey Oswald en el mismo televisor en blanco y negro, y ninguno de ellos captó lo mismo.

—Pero ¿no han visto la puta pistola? —preguntó Doc—. ¡Yo la he visto! ¡La llevaba en la mano, está más claro que el agua!

A Marge no le importó. Estaba convencida de que lo que acababan de presenciar no solamente era justicia, sino un tipo particular de venganza que ella aprobaba de buena gana.

—¡Le está bien empleado a ese comunista hijo de puta! —resopló mientras se

servía una segunda taza de café.

Dallas no lo tenía tan claro.

En realidad se llamaba Dorothy. La llamaban Dallas porque era de allí, obviamente, y cuando el nombre y el retrato de Jack Ruby aparecieron en la pantalla, negó con la cabeza, se retorció las manos y se preguntó en voz alta adónde estaba yendo el mundo.

—¿Lo habéis visto? ¡De qué manera se ha metido ahí ese cabrón! ¡El tío ha entrado como si nada en la comisaría y le ha pegado un tiro a ese pobre desgraciado por la tele y todo! ¡Delante de Dios y de todo el mundo! Por lo menos tenía derecho a que lo juzgaran como es debido. ¿No se supone que es así como tiene que ser?

—No —dijo Doc en tono neutro—. Lo ha visto venir. Se le ha notado. Se le veía en los ojos.

Antes de que nadie tuviera ocasión de preguntarle qué demonios quería decir con aquello, él se retiró al cuarto de baño del pasillo para meterse un chutecito. Encontró su propia mirada en la esquina del espejo y se estremeció cuando vio en ella la misma resignación que había visto en la cara de Oswald justo antes de que las balas le hicieran doblar el cuerpo hacia delante.

Graciela se limitó a llorar en silencio y a empapar la segunda venda que Doc le había puesto aquella mañana. Se pasó todo el día sangrando de manera intermitente y también el siguiente, y a Doc le pareció que la hemorragia se reanudaba cada vez que en la tele de Marge aparecía parpadeando otra imagen desgarradora en blanco y negro: la hija del presidente arrodillada junto a su madre para besar la bandera que envolvía el féretro de su padre; su hijo de tres años en posición de firmes como un soldado y haciendo el saludo militar mientras el cortejo fúnebre se alejaba por Washington, DC. Y cada vez que aquello pasaba, Doc le cambiaba las vendas, evitando cuidadosamente conversar con Graciela o con alguien que pudiera mencionar que estaba sucediendo algo extraordinario.

Aquel año el día de Acción de Gracias, por llegar pisándole los talones a una tragedia nacional, pasó casi desapercibido en gran parte del país, aunque en South Presa no se podía decir que ningún festivo supusiera nada más que un día malo para los negocios. Salvo por el desfile de Macy's y los partidos de fútbol americano que le impedían a Teresa ver sus culebrones por la tele de la taberna, podría haber sido un jueves cualquiera.

En algún momento de la tarde del viernes, Marge y Dallas abandonaron su vigilia delante de la tele y se volvieron a sumir en la logística diaria de llevar una combinación de hotel, burdel y sala de urgencias. A las nueve en punto de aquella noche, Teresa estaba ocupada cargando con puñados de jarras de cerveza de barril y Doc le acababa de extraer una bala del calibre 22 de la mano a un ladronzuelo de

poca monta que por lo visto no se había enterado de que en aquel barrio era costumbre pedir permiso para bailar con una mujer a su marido. Luego, justo antes de la medianoche, se lavó para llevar a cabo el primero de los tres abortos que llevaría a cabo antes del domingo.

La chica era joven y estaba asustada y se pasó todo el procedimiento sollozando en voz baja. Nada más terminarse la cosa, se derrumbó y se echó a berrear, y Doc no consiguió consolarla. Cuando ya no pudo aguantarlo más, se puso a llamar a gritos a Dallas, pero fue Graciela quien entró corriendo e intervino. El primer impulso de Doc fue echarla de la habitación, protegerla de la imagen de las sábanas manchadas de sangre, ya no digamos hacerla cómplice del procedimiento. Pero antes de que él pudiera plantear objeción alguna, ella se subió a la enorme cama de hierro, se puso la cabeza de la chica en el regazo y empezó a cantar suavemente en castellano y a mecerle la cabeza como si fuera un bebé. La chica dejó de llorar en cuestión de segundos y a Doc le resonó el silencio repentino en los oídos mientras contemplaba asombrado el retablo que tenía delante, algo así como una Pietà de carne y hueso. De alguna manera consiguió garabatear sus instrucciones en una hoja de cuaderno, luego la dobló para hacer una especie de sobre y metió en él una docena de cápsulas de penicilina mientras Graciela ayudaba cariñosamente a vestirse a la chica.

Aquella noche, sin que mediara palabra entre ellos, Graciela se convirtió en la ayudante que hervía el agua, ponía las vendas y cambiaba las sábanas, además de ser quien compensaba las deficiencias que presentaba Doc en su trato con las pacientes. En los procedimientos de aborto, él tenía cuidado de limitar la participación de ella a coger de las manos a las chicas, pero en todas las demás cirugías ella no tardó en meter mano, por muy sangrientas que fueran. Su inglés mejoraba día a día, pero en líneas generales ella y Doc hablaban muy poco cuando estaban trabajando, y cada uno de ellos complementaba de forma instintiva las acciones del otro según fueran los requisitos de la situación. Para ganarse la vida, Doc siempre había dependido de las consecuencias de las transgresiones de sus congéneres y, como él tampoco era un ángel, no tendía a juzgar a sus pacientes basándose en nada parecido a unos principios morales. Sin embargo, sí que tenía poco aguante para la estupidez ajena, y también mal genio, que últimamente se había visto exacerbado por una concentración inadecuada de opiáceos en la sangre. Graciela compensaba aquellas recaídas ocasionales con su trato más suave y sus palabras más amables, y para asombro de Doc parecía ser capaz de localizar de forma instintiva el origen de todas las quejas, aunque su metodología le provocaba a él una incomodidad considerable.

Ella se limitaba a cerrar a los ojos y a ponerle la mano sobre la frente al paciente como si estuviera tomándole la temperatura, con la salvedad de que sus pieles no llegaban a entrar en contacto. Es decir, hasta que ella abría los ojos y movía la mano

para apoyarla directamente en la zona afectada. A veces a Doc le daba la impresión de que una oleada de alivio invadía el rostro del paciente. Todos los pacientes a los que trataban juntos se recuperaban deprisa, tal vez demasiado, y la mayoría de ellos estaban levantados y listos para marcharse por sus propios medios en cuestión de horas, si no de minutos. Y en cuanto habían atendido al paciente y lo habían mandado de vuelta a su casa, a Doc no le hacía falta examinar a Graciela para saber que iba a encontrarse su vendaje otra vez empapado de sangre fresca.

Por el vecindario circulaban bastantes rumores sobre milagros.

Pero aquello, les contaba Doc a los curiosos, era ridículo. Él no era más que un médico rural sin licencia y con algún que otro talento poco importante, y Graciela no era más que una cría, la cual por alguna razón médica situada más allá de su capacidad diagnóstica, no terminaba de curarse bien.

—¡Es alguna clase de hechicera, eso es lo que pasa! —dice Hank entre dientes, flotando maliciosamente por encima del plegatín de Graciela mientras ella duerme de costado, con la cara vuelta hacia la pared—. ¡Una diablesa! Las cosas que puede hacer no son naturales.

—¡Naturales! —ladra Doc, volviendo a meter su parafernalia en la bolsa. Hank le está estropeando su chute de buenos días—. ¡Mira quién fue a hablar de cosas naturales!

Hank desciende con timidez al nivel del suelo, se alisa la pechera de la chaqueta y se endereza la corbata.

—No está bien, eso es todo. En algún momento todo esto será juzgado desde lo alto. ¡Fíjate en lo que te digo!

—Sí, bueno, eso es cierto —admite Doc—. Seremos juzgados desde lo alto, pero esa chica estará muy por detrás de ti y de mí en la cola. —Doc se mira las manos, volviendo las palmas hacia abajo y luego otra vez hacia arriba—. Antes yo creía que por eso estabas aquí, Hank. Para castigarme por todo el daño que he hecho en este mundo.

—¿Y qué te hace pensar que no es así? —dice Hank con voz ronca, intentando sonar lo más amenazador posible.

—Venga ya, Hank. Te lo he dicho. No me das miedo ni me lo has dado nunca. De hecho, con el paso de los años has llegado a caerme bastante bien, aunque podrías hacer venir a los fantasmas de George Armstrong Custer y de todo el Séptimo de Caballería y no conseguirías obligarme a admitirlo. En todo caso, me he acostumbrado bastante a tropezarme contigo, o a verte por ahí flotando... bueno, tú ya me entiendes. Hasta te echo un poco de menos cuando no estás. Y ahora que lo pienso, ¿dónde te metes, Hank? Cuando no estás tocando las narices por aquí, digo...

—Oh, siempre estoy aquí. Lo que pasa es que tú no prestas atención continuamente. Sobre todo desde que esa pequeña brujita ha aparecido y te ha encantado con un sortilegio.

Doc inclina la cabeza a un lado y cierra un ojo, como si el ver con más nitidez a la aparición fuera a hacer que sus divagaciones le resultaran más fáciles de entender:

—¿Es eso lo que crees? ¿Que me ha hechizado con una especie de sortilegio?

—Adelante, Doc, ríete. Pero vivirás para maldecir el día en que esa pequeña Jezabel del infierno entró por tu puerta. ¡Acuérdate de lo que te digo!

—¡Chist! Vas a despertarla.

—Oh, ni te atrevas, Doc. Sabes muy bien que ella no puede...

Graciela bostezó y se desperezó, extendiendo un brazo tan arriba como pudo y luego dejándolo caer hasta el borde de las sábanas. Luego, de golpe, se dio la vuelta y se incorporó hasta sentarse, apartando la colcha con un solo movimiento.

—Tranquila, tranquila. No pasa nada, hija. Has tenido una pesadilla, nada más.

Graciela no dijo nada, pero no se iba a dejar engañar tan fácilmente. Notaba algo a medio camino entre un estado de ánimo y un olor flotando en la atmósfera que el fantasma acababa de dejar atrás.

La Navidad aglutinaba todas las culturas. No hizo falta discutirlo ni ponerse de acuerdo. Nadie invitó a nadie a ninguna parte. Pero en Nochebuena, Marge juntó los ingredientes para hacer un ponche de huevo siguiendo la receta especial de su padre, que incluía cantidades copiosas de whisky de malta amarga en lugar de ron, y los mezcló en un barreño. Dallas se había pasado el día haciendo galletas de azúcar en forma de árboles y estrellas de Navidad, transformando la cocina de la pensión en un país de las maravillas de la repostería. No había superficie que no estuviera cubierta de una capa de azúcar en polvo y de copos relucientes de azúcar perlado verde y rojo. Graciela y Teresa prepararon varias clases distintas de tamales, tanto salados como dulces, bajo la mirada atenta de María, más experimentada pero afectada de artrosis. En el fogón bullía una olla de frijoles, llenando el aire de los aromas del comino y los chiles.

Doc y Manny fueron a comprar un árbol, que escogieron de entre la media docena que quedaban en la tienda. Estaba un poco aplastado por un lado pero rebajado para venderse como fuera cuando ya se estaba poniendo el sol del último día de compras antes de la Navidad.

La delegación se reunió en la taberna poco después de oscurecer y decoró el árbol con ristras de palomitas, lengüetas de latas y luces de colores extraídas de la parte de

atrás de la barra donde colgaban durante el resto del año. El local estaba abierto pero no había nadie más. Doc, Manny y Santo abrieron la caja del dominó y empezaron una partida en la mesa del fondo. Teresa llenó de monedas la máquina de discos y puso las dos caras de todos y cada uno de los discos de Navidad que había en oferta. Como no consiguió interesar a ninguno de los hombres para que bailaran con ella un *two-step* al son de «Rockin' around the Christmas tree», acabó cogiendo a Graciela y enseñándole los pasos del baile.

Graciela tenía un talento natural. Al cabo de unos minutos ya se deslizaba sin esfuerzo de un rincón a otro de la diminuta pista de baile, creando delicados trazos florales en el serrín recién espolvoreado bajo sus pies. Teresa solamente tenía que sugerir un giro o una vuelta y Graciela ya estaba allí, haciendo piruetas por debajo de su brazo extendido como si fuera una marioneta exquisitamente animada, deteniéndose y cambiando de dirección sin perder para nada el compás, hasta que de repente le entró la timidez. Alguien la estaba observando.

Y ese alguien era Doc. Ella se preguntó cuánto tiempo llevaba él mirándola así y por qué no la incomodaba más. Despegó la mano izquierda del hombro de Teresa y se la puso en la cintura, y la mujer mayor se rindió y se dejó llevar. Marge y Dallas fueron las siguientes en entrar en la pista, y a todos los presentes les resultó inmediatamente obvio que no era la primera vez que bailaban juntas. María sacó al viejo Santo de la mesa del dominó y lo arrastró hasta la refriega, y mientras bailaban, cada uno de ellos anticipando hasta el mínimo atisbo de maniobra del otro, la cuestión de por qué habían aguantado tantos años juntos, a pesar de las cuchilladas y las palizas, quedó respondida en dos turnos sobre la pista de baile. Doc seguía transfigurado, incapaz de apartar la mirada de Graciela, de manera que Manny por fin se rindió y dio un manotazo en la mesa.

—Joder, al carajo, Doc. ¡Si nadie quiere jugar, entonces me voy a bailar!

El hombretón cruzó la sala dando tumbos, cazando a Teresa en mitad de un giro y excusándose ante Graciela, que sonrió y asintió, dándole a su compañera de baile un empujón apenas perceptible en dirección a los brazos de Manny. Sus primeros pasos juntos fueron vacilantes, hasta que Teresa venció su comprensible miedo a ser aplastada y su genuina sorpresa ante la suavidad con que Manny se movía. Graciela los observó un momento antes de retirarse con una serie de movimientos fluidos y deslizantes, todavía al compás de la música; a continuación se dio la vuelta sobre las puntas de los pies como si fuera la bailarina de una caja de música para mirar a Doc y al final le hizo una pequeña reverencia expectante. Pero él se quedó en su silla, repentinamente incapaz de mirarla a los ojos, de manera que ella escondió su decepción detrás de una sonrisa comprensiva y se sentó a la mesa.

—Feliz Navidad, Doc —entonó Graciela a la perfección.

—Y feliz Navidad a ti, criatura.

Eso, se recordó a sí mismo Doc. Ella no era más que una criatura.

Doc y Graciela vieron bailar a los demás hasta que se agotaron las monedas de Teresa. Después de abrir los regalos —casi todos comprados en la tienda de todo a diez centavos: cerezas cubiertas de chocolate, colonia barata y cosas por el estilo—, hubo más bailes y copas, y más masticar ocioso de tamales y frijoles.

La fiesta perdió fuelle sobre las once. Dallas y Marge se terminaron el ponche de huevo y se apoyaron la una en la otra para el breve trayecto bamboleante hasta su casa. Las mexicanas se refrescaron en el baño de señoras, se cubrieron las cabezas con mantillas de encaje y, acompañadas por Santo, se dirigieron al centro en el coche de Teresa para asistir a la misa del Gallo en la catedral de San Fernando. Doc, que ya había tenido bastante iglesia últimamente para una buena temporada, rechazó la invitación cortésmente y se ofreció a cerrar la taberna antes de marcharse. Manny también se quedó para hacer compañía a Doc.

En cuanto las mujeres se marcharon, el espíritu de la velada se evaporó al instante. El local se quedó repentinamente a oscuras, sucio y silencioso. Demasiado silencioso.

—¿Jugamos un dominó? —ofreció Doc, más que nada para oír el sonido tranquilizador de su propia voz.

Manny soltó un gruñido de aprobación y echó las fichas en círculos, de manera que el silencio opresivo quedó ahogado por el traqueteo agradable de la baquelita sobre el tablero metálico de la mesa.

Resultaba asombroso, murmuró Doc para sí mismo, lo adictiva que resultaba la camaradería. Se había pasado la mayor parte de su vida funcionando como una entidad aislada, interactuando con los demás únicamente por necesidad y por interés propio. Ahora tenía que admitir, por lo menos para sí mismo, que se estaba acostumbrando a la compañía, y que la ausencia de Graciela en concreto le resultaba atroz. ¿Cuánto tiempo hacía que no la perdía de vista más que unos minutos? ¿Semanas? No. ¡Meses! Pero aquello era ridículo. Ella acababa de marcharse, e iba a volver directamente.

Manny ganó la primera partida y luego, con un resoplido de burla, se levantó con pesadez de la mesa.

—Me voy a mear, pero tienes que prestar atención al juego, Doc, o me marcho a casa.

En cuanto la puerta del lavabo de hombres se cerró detrás de Manny, Doc, que se conocía el local al dedillo, fue consciente de una cacofonía de traqueteos y zumbidos que no había oído nunca. El compresor del depósito de cerveza, que estaba gastado; el zumbido del neón de la ventana; un susurro apenas audible, seco y quebradizo como un último suspiro.

—¡Tienes que ayudarme, Doc! ¡Te lo juro, estoy fatal!

Doc no hizo caso de la voz. Jamás contestaba a Hank cuando estaba razonablemente sobrio y alguien más lo podía oír. Se dedicó a mezclar y remezclar las fichas del dominó hasta que Manny regresó a la mesa.

Los dos se pasaron prácticamente una hora jugando, sin hablar más que para sumar sus puntuaciones. Doc ya no estaba tan distraído y jugaba un poco mejor que antes, y hasta hizo dominó un par de veces, pero Manny sabía que algo le pasaba.

—¿Estás bien, Doc? Si necesitas algo, me quedan un par de papelas por ahí.

Solamente entonces Doc se dio cuenta de que no se había metido nada desde el chute de buenos días, y de eso ya hacía más de doce horas. Doc hizo inventario rápidamente. Le dolían la cabeza y las piernas, y le moqueaba la nariz. Sí, tenía mono.

—Bueno, ahora que lo dices, no me encuentro demasiado bien, pero supongo que ya he aguantado el día entero. Tal vez pueda esperar a la mañana.

Manny soltó un silbido.

—Te estás quitando a saco, ¿no, Doc?

Doc hizo caso omiso de la observación.

—Eh, Manny, dime una cosa. El otro día, cuando volvíamos del West Side... lo que dijiste, ¿era en serio? ¿De verdad crees que cuando te mueras vas a ir al infierno?

El enorme mexicano se encogió de hombros.

—¿Crees que va a ser como en Dante?

—¿Cómo en qué?

Doc se sacudió de encima la familiar punzada de culpa que sentía cada vez que se sorprendía a sí mismo diciendo cosas que Manny no podía entender. Aunque, a decir verdad, este, pese a su incultura, era una de las personas más listas que Doc había conocido nunca.

—Dante Alighieri —explicó Doc—. Un poeta italiano. Joder, el poeta italiano, a fin de cuentas. Fue el primero que describió el cielo y el infierno en un idioma que no fuera latín. Todo lo que sabe la gente corriente de la condenación eterna viene de él. Ya sabes: los lagos de fuego, las almas perdidas torturadas por demonios y retorciéndose en una agonía eterna.

—No lo sé, Doc. Tal vez sea distinto para cada persona. Por ejemplo... tal vez yo tendré que pasarme la eternidad entera detrás de la licorería mientras todos y cada uno de los yonquis que cayeron muertos de un chute de jaco que yo les vendí desfilan delante de mí, mientras tengo que mirarles a todos a la cara, y por mucho que lo intento no puedo apartar la vista de ellos. Pero cuando miro su rostro no veo nada, solamente frío y oscuridad y vacío.

Doc se quedó boquiabierto.

—¡Hostia puta, Manny!

Manny siguió hablando, rescatando al abortista de la procesión de fetos

destrozados que le bailaba en la cabeza.

—Pero no puede ser así, ¿verdad, Doc? O sea, que ellos estén ahí conmigo, ¿no? No sería justo.

Doc negó con la cabeza.

—No te sigo.

—Bueno, no te ofendas, Doc, pero los yonquis ya están en el infierno. Yo les veo pasar por él todos los días. Ser un yonqui es durísimo. Buscarse la vida día y noche... Atracar. Robar. Vender su cuerpo. Tú tienes suerte, Doc. Tú tienes un talento, o sea que no te va mal. Pero todos los demás pobres yonquis que hay ahí en las calles... Es imposible que Dios les haga pagar más cuando se mueran de lo que ya lo han hecho. —Manny respiró hondo—. ¿Yo? A mí me ha ido bien vendiendo chiva. Tengo una casa maja. Un buen coche. Jamás en la vida he pasado más de noventa días en una cárcel. Cuido bien de mi madre, pero eso no me va a llevar al cielo. No, Doc. Mucho me temo que estoy jodido.

Soltó un puñado de fichas blanquinegras sobre la mesa.

El estrepitoso clac metálico fue respondido por un chasquido hueco procedente de detrás de ellos.

—¿Qué demonios...?

Los dos hombres se dieron la vuelta al mismo tiempo. El ruido venía de la máquina de discos, que al parecer se había despertado sola y había empezado rebuscar entre su repertorio.

—¿Has sido tú?

—Yo no, Doc. Tal vez una de las monedas que metió Teresa se ha quedado encallada ahí dentro.

Se oyó otro chasquido y se quedaron mirando cómo el selector con forma de hoz elegía un disco y lo ponía sobre el tocadiscos, y cómo la aguja caía con un crepitar y un susurro que recordaron a la advertencia final de una serpiente venenosa.

If you lu-u-u-ved me half as much as I love you

Doc se dijo a sí mismo que no iba a pasar nada malo.

You wouldn't w-u-ury half as much as you do.

Pero se equivocaba.

En un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la otra punta de la sala, resbalando por el suelo cubierto de serrín. Metió una mano temblorosa por detrás de la máquina de discos y tanteó en busca del botón de apagar, que tenía que estar allí. ¿Dónde? Abajo y a la derecha, en algún lado. Había visto a Teresa hacer aquello un millar de veces, pero ahora no acertaba a encontrar el puto botón. Por fin recurrió a desenchufarla.

—Lo siento, Hank —murmuró Doc mientras el disco se detenía con un gruñido

en medio del solo de violín—. Creo que todavía no estoy tan recuperado.

Se buscó en el bolsillo las llaves de Teresa y se las ofreció al camello.

—Manny, creo que al final te aceptaré esa papela. No te importa cerrar por mí, ¿verdad?

Manny reprimió una pregunta y negó con la cabeza, cogiendo las llaves y cambiándoselas por un globo que se sacó de la parte superior del calcetín.

Ya en la pensión, Doc se sacó el globo de la cinta del sombrero mientras subía las escaleras. ¿En qué estaba pensando? Ciertamente, se había quitado bastante. Mucho, pero daba igual que fuera Nochebuena, seguía necesitándolo. Quitarse un poco era una cosa. Era agradable no caminar todo el tiempo envuelto en una neblina, por no mencionar el hecho de que te quedara dinero en el bolsillo.

A veces hasta tenía la sensación de que estaba recobrando su habilidad, de que estaba volviendo a ayudar a la gente de verdad en lugar de hacerlo de forma puramente mecánica para calmar al mono. Y estaba Graciela. La sola presencia de la chica en su vida tenía algo que al mismo tiempo le confería humildad y le daba poder. Graciela tenía el hábito de mirar fijamente cómo él trabajaba soldando la carne desgarrada o deteniendo el flujo de sangre de una arteria lacerada, por ejemplo; y anoche mismo, mientras él se las veía y se las deseaba para tratar al mismo tiempo a los dos contendientes de una pelea a cuchilladas en un bar, y estaba perdiendo rápidamente a uno de ellos, Graciela había intervenido y había aplicado lo aprendido mirando a Doc y había usado sus manos, sobre todo la derecha, y el resultado había sido, bueno, milagroso.

«Milagroso: algo que tiene el poder de obrar milagros».

Ahora sí que necesitaba un chute.

Y entonces, al meter la mano debajo del colchón para sacar su instrumental, se encontró con que Papá Noel le había dejado un pequeño regalito de Navidad.

Era una papela de jaco, uno de los globitos rojos característicos de Manny, que Doc había conseguido de alguna manera esconder de sí mismo, lo cual no era fácil para un yonqui. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba allí, y Doc no se imaginaba cómo era posible que no la hubiera encontrado antes. Tal vez se le había caído del sombrero algún día en que iba bien provisto y demasiado colocado como para hacer un inventario adecuado de sus provisiones. O tal vez otra persona se la había dejado allí antes de que él se cambiara de habitación la pasada primavera.

El anterior ocupante de la habitación había sido un viejo yonqui llamado Amos al que Marge había encontrado muerto una mañana en aquella misma cama. Doc no había podido descartar la muerte por sobredosis, puesto que las cosas de chutarse de Amos seguían sobre la mesilla de noche, pero si hubiera tenido que apostar, Doc lo habría hecho por un ataque al corazón. Marge había maldecido a Amos y lo había llamado hijo de puta por haberse ido del mundo debiéndole dos semanas de alquiler.

Doc ni siquiera había guardado el estetoscopio y ya le estaba preguntando a Marge si se podía mudar a aquella habitación más grande y mejor iluminada.

En todo caso, una vez herméticamente sellada con plástico, la heroína aguantaba muchísimo sin pasarse. Ahora Doc tenía dos papelas. Su adicción estaba cubierta para las próximas setenta y dos horas.

O tal vez no. Al fin y al cabo, era Navidad. Se había estado portando bien. De hecho, se había estado portando muy bien según sus propios parámetros, y un poco de alegría navideña extra en la cuchara no podía hacerle demasiado daño, ¿verdad?

Dos papelas. Solía meterse tres de un solo chute en la época en que se lo podía permitir. Ahora, en cambio, lo que tenía en la cuchara le pareció una montaña de polvo marrón. Luego se transformó en una pasta oscura y espesa y asquerosamente dulzona, y Doc quedó de inmediato absorbido por la enorme mentira que todos los yonquis quieren creer en lugar de la evidencia diaria que les demuestra lo contrario: que aquel chute iba a ser como el primero que se había metido hacía años. Se ató la goma, se encontró la vena correcta en la parte de atrás del brazo, y que ahora estaba en buen estado porque siempre se la reservaba para los chutes grandes, aquellos que te hacían rechinar los dientes, y se puso firme como un soldado el día de la paga. Pinchó la carne, echó el émbolo hacia atrás y lo soltó.

Doc supo que la había cagado antes incluso de sacarse la aguja del brazo. Al instante se le llenó la frente de gotitas de sudor, y el suelo pareció ceder debajo de sus pies como si fuera una trampilla abierta. Se incorporó y fue dando tumbos a por la bolsa que tenía en el tocador, aunque no estaba seguro de por qué, puesto que sabía perfectamente que allí no había remedio alguno que pudiera traerlo de vuelta. No de donde estaba en ese momento. De todas maneras, no llegó hasta allí. Las piernas le fallaron y se desplomó en el suelo, consciente únicamente durante el instante que tardó en darse la vuelta y quedarse boca arriba. Lo último que vio fue la bombilla desnuda de cuarenta vatios que colgaba del techo, parpadeando y fallando mientras se alejaba en espiral por el vórtice de una sima negra... y entonces ya no quedó más que el aire frío de la noche abofeteándolo y la voz de la condenación.

—No tienes muy buena pinta, Doc.

Hank se inclina sobre Doc, con su rostro espectral a un solo palmo de distancia. Lo bastante cerca para que Doc sea intensamente consciente de que de detrás de la línea de dientes amarillos e irregulares no brota aliento alguno. Desde su perspectiva, ve a Hank todavía más esquelético que de costumbre, acuclillado, con los brazos en jarras sobre las rodillas y los codos sobresaliendo en un ángulo antinatural. Resulta casi cómico, aunque Doc no se ríe para nada. Pero Hank sí que lo hace. En las mismas narices de Doc.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? Tal vez ese chute llevaba demasiada caña;

pero yo te he visto meterte mucho más jaco que eso. Supongo que tanto jugar a las casitas con esa enchiladita picante tuya te está ablandando. Ya no aguantas el jaco. ¿Qué era lo que decías antes? «Como más me coloco es tumbado boca arriba». Pues ahora sí que estás de verdad boca arriba.

El fantasma echa un vistazo por encima del hombro hacia algún punto del espacio detrás de él.

—Dime, Doc. ¿Ves una luz? O sea, cuando pasas al otro lado. Siempre he oído decir que hay una luz preciosa y que cuando te adentras en ella, Nuestro Señor Jesucristo está ahí esperándote con los brazos abiertos. ¿Ves algo parecido, Doc?

Hank no espera respuesta. Niega con la cabeza.

—Yo tampoco. Yo no vi nada. Bueno, je, je, sí que vi un par de faros de coche... pero me da la impresión de que el predicador no se refería a eso. ¿Verdad, Doc?

Doc intenta en vano incorporarse hasta sentarse, pero hasta el último músculo del cuerpo le duele y le tiembla como si estuviera en el tercer día de un mono pasado a pelo. Se desploma encogido sobre el asfalto, con los codos raspados y escociéndole. ¿Asfalto? Mira a su alrededor y ve que está tirado en medio de una carretera que se extiende una distancia indeterminada en ambas direcciones antes de desaparecer en el seno de unas colinas cada vez más oscuras.

—¿Dónde coño estoy? —dice Doc con voz ahogada, lamentando de inmediato el hecho de admitir la existencia de la aparición por primera vez en meses y rezando para que no le llegue respuesta alguna. Pero no hay suerte.

—Ni puñetera idea, Doc. Dímelo tú. Podría ser la 11 Oeste o la autopista 19, tal vez. En algún lugar de West Virginia, imagino. O tal vez no. Quizás esto no sea ninguna parte. Es un sitio solitario, ¿verdad? Aquí en medio de la nada. Hace que uno se sienta solo y desamparado. «Like there ain't nothin'...»

Doc se sabe la letra de la canción, de manera que se suma al instante.

—«Ain't nothin' gonna be all right no how».

Hank se levanta de golpe, como si lo acabaran de disparar con una goma elástica tensada, y escupe sus palabras a golpes furiosos y sibilantes, como un demonio bautizado con agua bendita.

—¿Te burlas de mí? ¿Te estás riendo de mí? ¿Dónde coño te crees que estás? Aquí el que manda soy yo, Doc. Esta es mi carretera y de ahora en adelante irás adonde yo vaya. Estoy hasta las narices de seguirte a todas partes.

Con un esfuerzo supremo, Doc se pone de pie.

—Pues deja de hacerlo. Vamos, Hank. Regresa al sitio del que sea que vienes y déjame en paz.

—¡Ja! ¿Que regrese? —Hank suelta una risilla—. Sigues sin entenderlo, ¿verdad? ¡No hay vuelta atrás! ¡No hay más que esto! ¿Qué te crees que he estado esperando? Al sufrimiento le gusta la compañía. ¿No es eso lo que dicen, Doc? Pues

bueno, nadie sufre más que yo, joder, y a partir de ahora tú me vas a acompañar, te guste o no.

—¿Por qué? —dice Doc con voz jadeante.

—Para que yo no tenga que estar solo. Para que no tenga que deambular por esta carretera más solo que la una hasta que el arcángel Gabriel haga sonar su puta trompeta.

—Lo que quiero decir es: ¿por qué yo, Hank?

Este mira a Doc como si le acabara de hacer la pregunta más idiota del mundo.

—¿Por qué tú no, Doc?

Doc está empezando a asimilarlo. Ahora está en manos de Hank. Las tornas han cambiado y nadie puede ayudarlo, ni Graciela ni el mismo Dios. Las primeras punzadas de desesperación afloran en su interior, y a Doc le entran ganas de gritar, pero antes de que tenga oportunidad de hacerlo se ve cegado por una luz, que no es hermosa, pero sí brillante y sobrecogedora y se les está viniendo encima, acercándose por la carretera, ¿o tal vez está descendiendo del cielo? No está nada claro, pero en cualquier caso se está acercando, cerniéndose sobre ellos a una velocidad tremenda. Las sombras colosales de los troncos desnudos que flanquean la carretera revientan la luminosidad desbocada y la hacen trizas estroboscópicas. Ahora Hank solo es visible de forma intermitente, como un agujero de contorno vagamente humano y más negro que el tizón sobre el fondo de luminosidad blanca y cegadora. Doc intenta dar media vuelta y escapar, pero a pesar de su terror se encuentra con que ni los pies ni el espíritu le obedecen, de modo que vuelve a desplomarse sobre sus rodillas.

—¡Mierda, Hank! ¡Algo viene hacia aquí! ¡Tenemos que salir de esta carretera!

Pero la sombra que era Hank no lo está escuchando, y la luz se echa encima de ambos.

A Doc todavía le resonaba un chillido en los oídos mientras boqueaba en busca del primer aliento de una nueva vida.

Graciela estaba a su lado, con la mano derecha sobre el pecho de él y con lágrimas de alegría y alivio en los ojos. Manny y Teresa lo ayudaron a meterse en la cama, y Dallas y Marge pulularon un rato por la habitación, cotorreando como loros, desesperadas por convencer a los demás de que habían estado profundamente dormidas y no habían oído cómo Doc se caía. Graciela echó a todo el mundo de la habitación y a continuación cerró la puerta y pasó el cerrojo para evitar más intrusiones. Ayudó a Doc a desvestirse y por fin lo metió en la cama, tapándolo con la colcha hasta la barbilla. Cuando él intentó disculparse, Graciela lo atajó antes de que él pudiera decir ni una palabra.

—No pasa nada —pronunció ella despacio, y luego sonrió, contenta consigo

mismo por haber contestado en inglés—. No hables.

Graciela había reunido una colección de velas dentro de frascos pintados de colores vivos y con imágenes estampadas de santos diversos e inscripciones de variadas bendiciones en castellano. Ahora las encendió todas y las repartió en posiciones estratégicas por la sala, canturreando por lo bajo, ora en castellano, ora en latín y finalmente en un idioma que Doc no reconoció. Fue hasta la bandeja del tocador donde él guardaba sus suministros y se trajo media botella de litro de un líquido transparente y un encendedor, y antes de que él pudiera protestar, ella se había llevado la botella a los labios y había rociado una bocanada de aguardiente puro sobre la llama, proyectando una llamarada de color azul hacia cada una de las cuatro esquinas de la habitación. A continuación salpicó un poco a Doc y a sí misma con el licor que quedaba y echó un poco en un semicírculo alrededor de la cama de él, usando los dedos como hisopo. Por fin se arrodilló junto a la cama y murmuró oraciones a todos los santos y espíritus que conocía.

Doc estuvo durmiendo de forma intermitente hasta la mañana. En un instante de claridad, en plena noche cerrada, reconoció la parte de la historia de Graciela en la que él había entrado, con la salvedad de que ahora los papeles principales estaba invertidos.

Doc se pasó durmiendo las horas de luz del día de Navidad de 1963. Eran poco más de las ocho de la tarde cuando por fin se despertó y se encontró a Graciela arrodillada en el suelo a su lado, con la cabeza gacha y apoyada en la cama. Al principio Doc, un poco avergonzado, supuso que ella debía de estar absorta en alguna clase de contemplación o de rezo. Luego, con un único movimiento sensual de gata, ella bostezó, se desperezó y se frotó los ojos.

—¿Cómo estás? —empezó a susurrar en castellano, y luego—. No, no, tengo que inglés... ¡Digo, que tengo que decir en inglés! —murmuró para sí misma mientras le aplicaba un trapo mojado y frío a Doc en la frente y se sentaba a su lado, en el borde de la cama. Frunció el ceño con expresión concentrada y volvió a articular en silencio las palabras antes de decirlas en voz alta.

—¿Cómo te encuentras? —dijo por fin, con los ojos muy abiertos, registrando los rasgos de Doc en busca de cualquier señal de que él la estuviera entendiendo.

—Estoy bien, hija —mintió Doc—. Muy bien, muchas gracias.

De hecho, ya habían pasado veinte horas desde aquel chute de jaco que había estado a punto de matarlo, y estaba empezando a tener escalofríos. Pese a todo, se sentía más cansado que enfermo, de manera que siguiendo la recomendación de Graciela, se tapó otra vez con las mantas, se dio la vuelta hacia la pared y volvió a dormirse enseguida.

Al despertarse a la mañana siguiente, se vio en las garras de la abstinencia. Le dolía prácticamente todo: la cabeza, la espalda... le daba la impresión de que su piel era un exoesqueleto recubierto de ácido, sin mudar y por lo menos un par de tallas demasiado pequeño. Estornudó y tosió, el estómago se le revolvió y las tripas le ronronearon. La experiencia le decía que por muy mal que se encontrara ahora, aquello no era nada comparado con lo que estaba por venir.

Así pues, ¿a qué estaba esperando? No había prisa alguna, no se oía el redoble incansable del tambor a cuyo son había desfilado durante la mayor parte de su vida. Sabía perfectamente que si no salía de la cama ya mismo y conseguía una papela de jaco la cosa solo iba a empeorar, y sin embargo seguía allí tumbado. Estaban presentes todos los síntomas habituales que le servían como constantes recordatorios de que su vida no le pertenecía, con una excepción notable.

No sentía tristeza. No sentía amargura. No había ninguna negrura en el horizonte que le impidiera ver el futuro ni tampoco notaba ningún terror entremezclado con la bilis en el fondo de su garganta. No sentía ningún pavor que le hiciera temblar los brazos y le volviera las piernas de plomo y pusiera en marcha la tediosa rutina de

siempre. Doc hizo una mueca cuando un fuerte calambre lo cogió desprevenido, y Graciela lo entendió en el acto.

—Voy a buscar a Manny —le dijo en tono tranquilizador, pero cuando le retiró la mano de la frente a él le pareció que el mundo se vaciaba de colores. Graciela hizo una mueca de dolor cuando Doc le agarró desesperadamente la muñeca herida y se la devolvió a la fuerza adonde había estado.

—No, hija. No te vayas a ningún lado.

Manny vino igualmente un poco después de las diez y se plantó a los pies de la cama de Doc con el sombrero en la mano y aspecto acobardado.

—¿Estás bien, Doc?

—Bueno, igual sería una exageración decirlo, pero supongo que saldré de esta.

El hombretón echó un vistazo por encima del hombro, se desplazó a un lado de la cama y se inclinó sobre Doc, bajando la voz como si estuviera a punto de transmitir una información de naturaleza delicada.

—He estado preguntando, Doc —empezó a decir con expresión perpleja—, a todos mis clientes habituales. Nadie más ha caído. La corté yo mismo. Era la de siempre...

—Ya lo sé, Manny —lo interrumpió Doc, esforzándose por incorporarse hasta sentarse.

Graciela corrió en su ayuda y le puso un par de almohadas extra para que se apoyara en ellas.

—¿Tienes frío? —le preguntó, fijándose en que Doc se aferraba a la ropa de cama cada vez que se destapaba un poco. Él asintió con la cabeza y ella le subió la fina manta hasta la barbilla—. Voy a buscarte otra manta. —De camino a la puerta recogió un par de trapos mojados que había en el lavamanos—. Ahora vuelvo —le dijo a Doc en tono tranquilizador.

A solas con Manny, Doc hizo lo que pudo para mitigar la culpa del hombretón.

—No es culpa tuya. Yo tenía una papela extra por aquí, y... Bueno, fui un tonto. O sea, es de primero de farmacología. Las dosis cada vez mayores de morfina, o de lo que sea, ya puestos, provocan un incremento exponencial de la tolerancia a lo largo del tiempo. La misma teoría se aplica al descenso de las dosis, aunque debo admitir que en ese sentido no tengo experiencia práctica. Pero joder, Manny, tendría que haberlo sabido. No es culpa tuya. Puedes estar tranquilo. —A Doc se le puso una expresión rara en la cara; pronunció las palabras de forma entrecortada, como si salieran de una boca ajena—: Y en todo caso, no sé, pero... Bueno, creo que ya he terminado con esto.

Manny asintió con la cabeza.

—¿Estás pensando en quitarte?

Doc palideció y retiró las mantas.

—Bueno, técnicamente creo que ya lo he hecho.

Apoyándose en Manny, Doc consiguió a duras penas recorrer el pasillo antes de que el siguiente espasmo lo estrujara como si fuera un tubo de pasta de dientes apretado por el medio, haciendo que su contenido saliera de forma simultánea por ambos extremos. Se estuvo meciendo de adelante hacia atrás sobre el retrete y vomitando violentamente dentro de un cubo de fregar metalizado que Marge tenía siempre debajo del lavabo aquejado de goteras crónicas. La cena de Navidad ya había sido expulsada hacía mucho, pero aquello no atajaba las contracciones rítmicas e incansables y Doc casi esperaba mirar el interior del cubo e identificar allí los fragmentos de varios órganos vitales. De hecho, ya no le salía nada, y las oleadas sucesivas de arcadas secas lo sacudían hasta el tuétano. En algún momento del penoso proceso Doc levantó la vista con los ojos llorosos y distinguió a duras penas a Graciela de pie en la puerta. Se sintió mortificado.

—Por el amor de Dios, Manny. ¡Estoy indispuerto, joder!

Manny, que tenía las manos completamente ocupadas entre aguantar a Doc en el retrete y mantener el cubo en su sitio, se las apañó para darle un empujón a la puerta con una mano enorme como una zarpa y cerrarla de un fuerte portazo en las narices de Graciela.

El lavabo quedó a oscuras, no con esa oscuridad que se puede explicar porque alguien ha pulsado un interruptor o porque se ha fundido un fusible, sino bañado de un gris más sutil, una nube que descendía sobre todo. A Doc no le hizo falta abrir los ojos para nombrar a la bestia.

—*No te encuentras muy bien, ¿verdad, Doc?*

—*Ah, ahí estás, Hank, mamón de las narices. Muy propio de ti venir a patearme cuando estoy en el suelo.*

Manny pensó que Doc le estaba hablando a él.

—No hace falta que me hables en ese tono, Doc. Solamente estoy intentando ayudarte.

Doc no oye bien lo que Manny está diciendo, pero tiene una voz dentro de la cabeza, tal vez la de Hank o la suya propia, que le dice:

—*¡Súbete la manga, Doc! ¡Si es lo único que necesitas!*

—*Sí, ¿y luego qué?* —*contesta Doc*—. *Luego tengo que volver a empezar.*

—¿Empezar qué? ¿A quién intentas engañar, Doc?

Está claro que es Hank. Y tiene razón. La cagalera y los vómitos son la parte fácil.

Doc cogió a Manny de las solapas y se incorporó con esfuerzo del retrete; el hombretón dio un traspiés hacia atrás pero Doc se agarró con más fuerza, como un animal desesperado.

—¡Tienes que ayudarme, Manny! —dijo con voz ahogada.

Hank sigue ahí, flotando detrás del gigantón mexicano y azuzando a Doc:

—¡Sí, así me gusta, colega! ¡Ya sabes qué hacer! Lo que a ti te pasa solo se cura de una manera.

Doc terminó por tirar la toalla, pero no por culpa de ningún fantasma. Fue la oscuridad que acechaba en su interior lo que puso de rodillas a Doc nada más salir Graciela de la habitación.

—¡Venga, Manny, sé que llevas algo encima! Una pizca, no me hace falta más. ¡Solamente una pizca, para recuperarme!

Manny estaba asqueado y tal vez un poco decepcionado, pese a que no le sorprendía el cambio radical de actitud de Doc; sin embargo, ni siquiera le dio tiempo a contestar.

La primera impresión que se llevó Doc fue que debía de estar produciéndose una redada y que la policía estaba echando abajo la puerta del baño. A continuación el pestillo se desprendió de la hoja de la puerta y le pasó zumbando junto al oído como si fuera una bala perdida. La puerta se abrió de par en par y una ferozmente decidida Graciela apareció en el umbral.

Tanto Hank como la oscuridad retroceden un poco,

Aturdido y avergonzado, Doc soltó a Manny de su abrazo de oso y el hombretón se hizo a un lado.

Hank escupe como un gato aterrado y se evapora mientras la habitación empieza a dar vueltas y Doc cae de narices contra el frío suelo de azulejos.

Más tarde, Doc solamente recordaría de forma vaga cómo Manny lo recogía, lo llevaba a la cama y al final se retiraba ante Graciela, para salir después de la habitación como un elefante de circo aturdido por la cautividad.

Ella atrancó la puerta con una silla, encendió más velas y fue a buscar la palangana de la mesa. A continuación, del agua se elevó aquel aroma a infusión de hierbas que Doc había llegado a identificar con la curación. Todos los sentidos de él empezaron a agudizarse, hasta el punto de que pudo oler la sangre fresca del vendaje de la chica cuando ella le puso el trapo mojado en la frente, y en aquel momento exacto se esfumó milagrosamente el horror que se había adueñado de él de repente.

Milagrosa. Milagrosamente. Milagro.

Pero es que era un milagro. No había otra palabra para llamarlo.

Aquella noche, pasó por todo el suplicio —el dolor, las náuseas, la diarrea y las dificultades respiratorias—, plenamente consciente de que aquellos eran síntomas físicos pasajeros a los que estaba claro que iba a sobrevivir si conseguía vencer su miedo. En tanto que médico, sabía que la abstinencia de la morfina no mataba a nadie. ¿La del alcohol? A veces. ¿La de los barbitúricos? A menudo. Pero no la de la morfina en ninguna de sus formas, incluyendo la heroína. La verdad era que lo único que se interponía ahora entre él y la libertad era el miedo.

Y cuando Graciela lo tocaba, Doc jamás tenía miedo.

El día siguiente transcurrió en forma de viñetas, esquirlas irregulares de consciencia que pasaban repentinamente de la pesadilla a la vigilia entrecortada y viceversa. Durante los ratos en que Doc abría los ojos, nunca estaba seguro de a qué reino acababa de arrastrarlo la marea, pero Graciela siempre estaba allí y le sonreía y le susurraba palabras reconfortantes, de manera que él respiraba hondo y volvía a sumergirse en la corriente.

Luego, en algún momento de lo más profundo de la tercera noche, Doc se incorporó hasta sentarse y abrió mucho los ojos para descubrir que había conseguido escapar de algún morador sin nombre de sus sueños solo para despertar a una agonía palpable en el mundo de la luz. Lo asaltó un dolor cuya magnitud no se había imaginado más que en la más retorcida de sus fantasías de horror de la facultad de medicina, como si le hubieran extraído de forma limpia pero no necesariamente indolora la médula espinal, y lo hubieran dejado en carne viva y vacío durante un instante antes de que el hueco fuera rellenado con capas alternativas de fuego y hielo que lo helaban y lo quemaban, y estuvo sacudiéndose y pataleando hasta que las sábanas quedaron colgando mojadas y retorcidas de los postes de la cama. Sin embargo, en un momento incongruente de claridad, Doc se dio cuenta de que estaba claro que aquella era la penúltima penitencia, y que solamente le hacía falta echarle cojones y mantener el rumbo y pronto se acabaría. El dolor se le echaba encima en

oleadas, una tras otra, y no había tiempo para recuperarse antes de que llegara la siguiente. Otra epifanía: estaba claro que Graciela poseía el poder para librarlo de todo aquello, pero se limitaba a vigilar y esperar, apostada a los pies de la cama a cuatro patas, como si fuera una esfinge. La agonía física resultaba de alguna manera amplificadas por el hecho de que Doc no tuviera miedo alguno. Ya no había temblores de ninguna clase, ya no existía el alivio del *shock* aturdidor. Luego, cuando él ya estaba seguro de que no podía aguantar ni un momento más sin ponerse a gritar, Graciela se desenroscó y gateó con lentitud hacia él. Estaba desnuda, y tenía el pelo rodeado de una luz que a veces parecía un halo y otras un círculo de fuego, y bajo el resplandor continuamente movedizo de las velas, su piel iba cambiando de tono, pasando de algo a medio camino entre el color de la miel y el caramelo sobre los hombros al tono terroso intenso en las sombras del interior de sus muslos tendidos junto a las caderas de Doc. Él se sentía al mismo tiempo muy excitado y profundamente avergonzado, con una erección dura y dolorosa, y cuando Graciela le agarró las muñecas para guiar sus manos hasta sus lugares perfectos, a los lados de la diminuta cintura, y descendió sobre él, ahogó un grito. Ella arqueó la espalda y luego volvió a bajar sobre Doc, cerrando la boca sobre la de él, cogiendo aire precisamente cuando él lo sacaba. «¡Súcubo!» Doc había oído la palabra de niño. Se refería a un tipo de diablesa que visitaba a los hombres cuando dormían y les sorbía el espíritu del cuerpo. «Espíritus. Demonios. Santos.» En Nueva Orleans, igual que en Dolores Hidalgo, todas aquellas palabras eran sinónimos, y los mismos conceptos de bien y mal eran mucho más ambiguos que en los sitios civilizados del mundo. Tal vez fuera el alma inmortal de Doc lo que Graciela estaba devorando, pero el médico conocía muy bien el sabor de la enfermedad, y no podía evitar sentir que estaba mejor sin ella. Llegó al clímax casi de inmediato, y su dolor no se vio mitigado, pero sí que sintió alivio y gritó, y cuando él se detuvo, el silencio fue profundo.

Doc se pasó durmiendo el resto de la noche y la mitad del día siguiente, con la cabeza apoyada en el regazo de Graciela, mientras ella velaba por él tanto en la vigilia como en los sueños.

Hank está plantado en medio de la avenida South Presa y todo está oscuro y sucio y desierto.

A diferencia de la carretera. En ella tampoco hay nadie, pero lo menos está limpia, y en cuanto uno se pone en marcha puede continuar indefinidamente, por mucho que le lleve a ninguna parte.

¿Qué cojones ha pasado, además? Por fin Hank tenía a Doc justo donde quería, a la intemperie y sin unas faldas detrás de las que esconderse, pero entonces ha sucedido algo espantoso. Doc estaba allí y ha desaparecido sin más, y para más inri, se las ha apañado para arrastrar a Hank de vuelta a este lugar dejado de la mano de Dios. Uno puede llegar a preguntarse quién es el fantasma y quién está rondando a quién.

Hank examina las ventanas de los últimos pisos de la pensión y encuentra un atisbo de luz detrás de una de ellas. Un resplandor ambarino tenue y parpadeante que proyecta unas sombras que bailan como hadas, o por lo menos como mariposas, y revolotean detrás de las cortinas incoloras. Se acerca un paso, confiando en ver mejor, pero las sombras convergen y conforman una única forma, humana y femenina, que se oscurece y aumenta de tamaño hasta llenar la ventana por completo. Cuando las cortinas se abren, la chica aparece allí, enmarcada por el resplandor de un centenar de velas invisibles. Hank se echa atrás pero no puede apartar la vista porque ella es dolorosamente hermosa y no lleva más ropa que un vendaje manchado de sangre en la muñeca. La figura entrelaza las manos como si estuviera rezando y mira con unos ojos negros que atraviesan la noche igual que faros, que encuentran a Hank y lo ven. Ella lo ve, y en ese instante él se da cuenta de que siempre lo ha visto, y en su mirada no hay ni miedo ni temor que le conceda a él ningún poder sobre la chica, y cuando por fin corre las cortinas, Hank se queda solo en la oscuridad.

La voz era femenina, ni joven ni vieja, apropiadamente anónima.

—Bendígame, padre, porque he pecado. Hace catorce años que no me confieso.

El sacerdote se habría quedado escandalizado, o por lo menos sorprendido, si no fuera la tercera confesión de un apóstata de mucho tiempo que oía en los tres últimos días.

—Adelante, hija —la animó él. El acento del sacerdote se había atenuado poco en los diez años que llevaba en América, adonde había llegado recién salido de un seminario en Irlanda, y la mujer continuó tan animada por la música de aquella voz incorpórea como por sus amables palabras.

—Vaya, pues no sé muy bien por dónde empezar, padre. Por el principio, imagino. Cuando tenía once años...

—Tal vez —la interrumpió el sacerdote— únicamente debamos preocuparnos por los pecados que has cometido desde tu última confesión.

—Ah, muy bien. Veamos, pues... Para empezar, he usado el nombre del Señor en vano como un millón de veces. Bueno, un millón tal vez no, padre, pero ya me entiende usted. Supongo que este se lo debe de decir todo el mundo, ¿no? Pero aun así es pecado, ¿verdad?

—Sí, hija —ratificó el sacerdote—. Está claro que es pecado y es un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

—Pues bueno, he usado el nombre del Señor en vano muchas veces, padre —repitió la mujer, y a medida que continuaba, el matiz de ansiedad de su voz fue dando paso al alivio, y el sacerdote se acomodó en el estrecho asiento de madera para escuchar lo que, por la experiencia de las últimas semanas, iba a extenderse prácticamente durante una hora.

—Bueno, he mentido mucho, claro está, a veces hasta cuando no había ninguna razón para hacerlo. Solamente para no perder la práctica, imagino...

Él llevaba desde febrero siendo consciente de que algo pasaba; voces desconocidas al otro lado de la rejilla, caras nuevas en la misa... Al principio no le había dado importancia, lo había considerado una simple anomalía accidental, un cumplimiento inusualmente entusiasta de la cuaresma por parte de unos reincidentes crónicos pero bienintencionados, tal vez. Pero ya había llegado el sábado de antes de Semana Santa y seguían viniendo.

—... Y supongo que no hace falta que le diga, padre, que he robado todo lo que he podido y no estaba atado, o sea, bueno, tengo que contárselo y por eso se lo cuento: yo antes robaba. A los completos desconocidos de la calle. A mis supuestos

amigos. No importaba. En cuanto me daban la espalda yo se lo robaba todo. Hasta robé a mi propia madre y ahora ya no me abre la puerta de su casa...

Aquellas recién llegadas eran fácilmente reconocibles. Al principio se sentaban al fondo de la iglesia en grupitos de dos o de tres. A mediados de marzo ya ocupaban las cuatro hileras del fondo y no resultaba fácil pasar por alto la brecha de bancos vacíos que las separaban de la congregación habitual. Un día, después de la misa, el sacerdote le preguntó a una anciana feligresa por qué sucedía aquello, y se quedó sorprendido cuando la mujer escupió al suelo y masculló en castellano: «¡Putas!», señalando a un grupito de desconocidas que estaban cruzando la placita por delante de la iglesia. «No tendrían que estar aquí».

—... Por supuesto que he bebido un poco, bueno, supongo que más de un poco, pero fue antes de que empezara con el jaco, y luego, bueno, ya no pude parar, hostia. ¡Oh, perdóneme, padre! Pero en cualquier caso yo tenía diecisiete añitos y estaba sin trabajo ni nada, y siendo chica tampoco puedes robar mucho, y solamente era cuestión de tiempo que me diera cuenta de que una chica pobre como yo solamente tiene una manera de ganar tanto dinero, ya me entiende usted...

Por supuesto, el sacerdote sabía que había un barrio chino bastante conocido apenas a un kilómetro y medio de su iglesia, aunque hasta hacía poco apenas había pensado en él para nada. Solamente hacía un año que lo habían ordenado pastor, a la edad considerablemente temprana de treinta y seis años y como resultado de la muerte repentina de su predecesor, el padre Cantu. Desde entonces había estado atareadísimo ganándose los corazones y las mentes de la congregación de la misión, completamente hispana y mayoritariamente compuesta por mujeres de mediana edad o ancianas. Algunas de ellas, él lo notaba, lo seguían viendo como el cura imberbe que se había pasado casi una década sirviendo al lado de su pastor de toda la vida. La verdad era que él no quería echar a perder la buena voluntad de sus fieles —tan duramente ganada— por un puñado de paganas que intentaban mitigar una vida entera de pecado compareciendo una Navidad o una Semana Santa de cada dos; sin embargo, al final su vocación se impuso sobre la política de la parroquia. Había jurado admitir a todo el que entrara: jóvenes y viejos, ricos y pobres; a los desgraciados igual que a los justos. Por supuesto que oíría la confesión de aquella pecadora, igual que hacía con todas las recién llegadas. Era su trabajo.

Como de costumbre, no hizo intento alguno de llevar la cuenta de las transgresiones, que no paraban de llover, y se limitó a ofrecer alguna que otra muestra de aliento semiverbal o algún comentario, un «ya veo» o un «ajá» de vez en cuando. Ciertamente, las historias de aquellas desconocidas eran básicamente todas iguales, incluyendo la de aquella pobre chica de ahora, y le avergonzó darse cuenta de que solamente había estado escuchando a medias hasta que ella rompió a llorar de repente.

—¡Oh, padre! ¡Por favor, dígame que no es demasiado tarde! ¡Le juro que puedo cambiar, cambiar de verdad! Y le prometo que intentaré ser buena a partir de ya. Tal vez no igual de buena que ella. O sea, algo así tiene que ser un don de Dios, ¿no le parece a usted, padre? ¿Un don enorme que no todo el mundo...?

Al sacerdote aquello lo pilló completamente desprevenido. La letanía llevaba tanto tiempo en curso que le pareció necesario carraspear antes de interrumpirla.

—¡Ejem! ¡Disculpa, hija! Solamente para asegurarme de que lo entiendo... ¿quién es ella?

—¡Oh, lo siento, padre! Supongo que pensaba... Bueno, ya sabe usted. La chica, padre. ¡Todo el mundo habla sin parar de ella, de punta a punta de la avenida!

—¿Otra de las, ejem, chicas de la calle, quieres decir?

—Oh, no, padre. ¡Graciela no es así! ¡No creo que haya hecho la calle ni una sola vez en la vida, y si una cosa está clara, padre, es que no es de por aquí! Lo que me han contado es que viene alguna parte del México profundo y que tiene poderes, padre...

—¡A ver, a ver, hija! —la interpeló el sacerdote—. Hay que tener mucho cuidado con las historias que uno oye, sobre todo las que vienen de, bueno, de sitios oscuros...

—Pero es que a eso iba, padre —insistió la voz, susurrando por primera vez, obligando al sacerdote a inclinarse hacia ella y poner la oreja a pocos centímetros de la rejilla—. Esto no es ninguna historia. Está en sus manos. Lo único que ella hace es ponerte la manita encima, allí donde te duele. A mí solamente me tuvo que tocar y, en fin...

—Un truco. Un número de feria.

—¡Pero que no! Créame lo que le digo, padre. Yo estuve una temporada de gira con un circo. ¡No hubo ni humo ni centelleo ni nada parecido! Ella se limitó a tocarme, luego me sonrió y me fui de allí convencida, ¡padre!, convencida de que podía dejarlo. ¡O sea, todavía me pasé tres días largos hecha una mierda, pero esta vez le eché narices y cada vez que me parecía que ya no podía más, solamente tuve que cerrar los ojos para ver la cara de ella y saber que todo iba a salir bien! ¡Fue un milagro, padre!

—A ver, un momento, hija...

—Lo sé, padre, sé que parece un disparate, pero si no, ¿cómo se explica una cosa así? Lo he intentado todo para dejar el jaco. Me he hecho encerrar en hospitales. En manicomios. Joder, una vez hasta me esposé a una cama abatible. A punto estuve de arrancarme el brazo intentando soltarme. Lo más seguro es que me lo hubiera arrancado a mordiscos si no se hubiera presentado la poli con una llave. Vale, un par de veces superé la parte de sentirte enferma, pero nunca aguanté más de una semana sin volver a la calle. Esta vez llevo más de un mes y ya no pienso en el jaco, ni

siquiera cuando veo a las demás chicas haciendo cola en el solar para pillar el chute de buenos días. Lo dejo, padre. Lo dejo de una vez por todas. Y ahora que dejo el jaco tampoco me hace falta, pues ya sabe, hacer la calle. La verdad, padre, es que llevo desde aquella noche sin pillar a un cliente. Es como si todo hubiera cambiado en cuanto ella me tocó y lo más raro, padre, es que ni siquiera fui allí por mí. Yo estaba llevando a mi amiga Esther para que Doc se ocupara de ella...

—¿Al hospital?

—No, padre, a la pensión, la pensión Yellow Rose, la que hay al final de la avenida.

—Pero me acabas de decir que tu amiga estaba enferma.

—Le pido perdón, padre, y que me perdone Dios también, pero yo no he dicho que nadie estuviera enfermo. Ella estaba... bueno, lo que pasa que Doc no es la clase de médico que usted cree, y si no le importa prefiero no decir nada más, ¡porque soy yo quien se está confesando y no Esther!

Ella tenía razón. Él se había olvidado por completo de sí mismo y había hecho falta que un miembro de su grey le recordara que su curiosidad estaba amenazando la santidad del confesionario.

—Ejem, bueno pues, ¿hay algo más de lo que quieras librarte, hija?

—No, supongo que no tengo nada más, padre. O sea, así a bote pronto no se me ocurre.

—Dime, entonces, ¿te arrepientes de todos los pecados que has cometido?

—Sí, padre, con todo mi corazón.

—Pues haz un acto de contrición. ¿Te acuerdas de cómo iba? Venga, que yo te ayudo. Oh, pésame, Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido. Pésame por el infierno que merecí y por el cielo que perdí —empezó a decir y, al cabo de un momento, se le unió la voz del otro lado de la rejilla—. Pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno como vos, que merece todo mi amor. Y propongo firmemente ayudado por Tu divina gracia, no pecar más, hacer penitencia y enmendar mi vida. Amén. Bien —concluyó el sacerdote—. Ahora quiero que te pases una semana diciendo una década del rosario todos los días, y no solamente un padrenuestro, diez avemarías y una gloria a nuestro padre, sino una década de verdad; y que medites sobre los cinco misterios apropiados de cada día. ¿Te acuerdas de los misterios, hija? Empezando el lunes, van así: gozoso, doloroso y glorioso, gozoso, doloroso, glorioso y glorioso. Ya te irás acordando. Ahora márchate en paz.

Aunque sabía que era pecado y que iba a tener que sacarlo en su propia confesión, no pudo evitar asomarse a través de la cortina para mirar cómo la mujer cruzaba la nave, repitiendo solemnemente para sus adentros el orden de los misterios.

«Gozoso, doloroso y glorioso, gozoso, doloroso, glorioso y glorioso».

Doc no veía nada, pero el olor a sangre llenaba el aire, él lo notaba cálido y salado sobre la lengua, y a punto estuvo de tener una arcada.

—¡Graciela! —gritó Doc, lo bastante fuerte, confió, como para que la chica lo oyera por encima de los chillidos de su paciente. En cualquier caso, ella respondía todas las veces, limpiándole las gafas con un trozo de gasa que llevaba enrollado en la mano como si fuera un mitón de color rojo intenso.

Alguien se había esmerado con aquel chaval. La bala le había entrado a todas luces por la parte de atrás de la cadera, casi rozándole el riñón, y le había salido por la entrepierna. Doc sospechaba que le había reventado uno de los ramales de la arteria femoral, demasiado arriba y adentro para que un torniquete le sirviera de algo, de manera que la única esperanza que les quedaba era localizar el vaso sanguíneo lacerado y cerrarlo con un par de puntos. Por desgracia, había tanta sangre que no iba a resultar fácil localizar la fuente de la hemorragia. Palpó la herida con los dedos, sin saber muy bien qué era lo que buscaba. No era cirujano, al fin y al cabo, y durante su etapa como residente había visto la suficiente acción en la sala de urgencias para saber que él no estaba hecho para aquello. La situación lo superaba completamente, y él lo sabía, pero tenía que hacer algo o aquel chaval se le iba a desangrar allí mismo en sus brazos. Cerró los ojos, respiró hondo y sin hacer caso de los gritos cada vez más fuertes, metió la mano entre la carne rasgada hasta que... ¡allí estaba! Lo podía sentir, algo que latía muy débilmente.

—¡Hemostato, cojones! —ladró.

Graciela había asistido a Doc en bastantes procedimientos para saber qué instrumento le hacía falta y no ofenderse por su tono. Era a la sangre a quien él estaba diciendo palabrotas, no a ella. Ella le puso con contundencia aquellas pinzas de acero inoxidable y mango alargado en la palma de la mano a Doc, tal como él le había enseñado a hacerlo: esperando a que él cogiese el instrumento antes de que ella lo soltase. Entre los muchos dones de la chica se encontraba una tranquilidad inalterable en situaciones de presión; sin embargo, no se trataba de esa frialdad con que una buena enfermera hospitalaria se distancia de la intervención y que tanto se valora en los quirófanos modernos; era más bien la paciencia cálida y cariñosa de las cuidadoras de otra cultura, o incluso de otra época. Desempeñaba hasta la última tarea que se le encargaba de forma impecable y elegante; y no importaba lo caótico que fuera su entorno, ella jamás dejaba de rezar.

—Santa María de Guadalupe, Rosa Mística, intercede por nuestra Santa Iglesia, protege al Soberano Pontífice...

Aquella se la sabía Doc. Era una oración a la Virgen de Guadalupe. Graciela siempre empezaba con ella, elevando la voz y bajándola en consonancia con la urgencia de la situación que tuviera entre manos. Esparcidos entre los padrenuestros y los avemarías había pasajes menos familiares, algunos en castellano y otros en un idioma distinto en que ella recitaba a veces. Él le había preguntado una vez qué significaban aquellas palabras, pero ella le había contestado que no lo sabía. Que su abuelo le había enseñado a recitarlas de memoria. Pese a todo, Doc se sentía reconfortado por el sonido mismo de la voz de Graciela, y daba gracias porque ella nunca dejaba de rezar hasta que la intervención se terminaba.

—¡Ya te tengo, hija de puta escurridiza!

La pinza se cerró en su sitio.

—... Danos un amor ardiente y la gracia de la perseverancia final. ¡Amén!

Así era como trabajaban juntos: Doc soltaba palabrotas y Graciela rezaba. Había noches en que acababan completamente bañados en sangre y los gritos les seguían resonando en los oídos bastante rato después de que el procedimiento se terminara, pero Doc nunca dejaba de decir tacos ni Graciela de rezar, y de momento ni una sola vida se les había escapado.

Hacía seis meses Doc le habría dicho a aquel chaval que él no podía hacer nada, a continuación se habría retirado a la pensión para meterse un chute de jaco lo bastante grande para mitigar su culpa hipocrática, y el fantasma se habría dedicado a flotar sobre la escena y a mostrarse de acuerdo.

—*No hay nada que puedas hacer, Doc. ¡Joder, si no puedes ni salvarte a ti mismo! ¿Cómo vas a salvar a los demás?*

Oh, Hank estaba presente, por supuesto que sí. De vez en cuando Doc lo vislumbraba un momento, acechando en alguna sombra, pero ya no lo oía nunca, o para ser más precisos, ya no lo escuchaba.

Doc estaba bastante seguro de que Graciela también lo veía, pero como nunca hablaban del tema, él no sabía que lo que ella percibía no era la sombra de un gran cantante country, ni siquiera una figura humana.

Ella siempre había visto al fantasma y a los que eran como él; le había pasado desde que era niña, y su abuelo había reconocido su don. El primer día que ella había visto a Doc, en la taberna, había vislumbrado también algo que flotaba por encima de él. Como una sombra en el techo pero un poco demasiado oscura y, fuera lo que fuese, a veces no replicaba con exactitud las acciones de su huésped. En ocasiones incluso adoptaba fugazmente la vaga forma de un animal encogido de miedo en el borde de la conciencia, de un coyote o un perro salvaje.

Tal vez fuera la onza, aquel gato-lobo del que le había hablado su abuelo. Los antiguos mexicanos lo llamaban *cuitlamiztli*, y era uno de los muchos espíritus animales del mundo, pero aunque merecían respeto, la presencia de cualquiera de

ellos resultaba natural y casi nunca provocaba temor. Pese a todo, Graciela se interponía de forma instintiva entre Doc y cualquier sombra que se le aproximara. Fuera lo que fuera lo que había allí, iba a por Doc, pero tendría que pasar primero por encima de Graciela.

Hank está furioso, caminando impotente de una esquina a otra. ¿Quién demonios se cree que es esa chavala? ¿Es que no lo sabe? ¿Es que no lo ve?

Pero está el detalle incordiante. Ella puede verlo. Nadie más que Doc ha visto nunca a Hank.

La chica lo ve, sin embargo, y se dedica a seguir todos sus movimientos y a vigilar a Doc sin apartarse de él ni uno solo de los momentos que pasa despierto.

En fin, Hank piensa que cada maestrillo tiene su librillo.

Manny estaba esperando en la sala de estar, y ahora se levantó cuan largo era y siguió a Doc hasta el porche. Sabía que no hacía falta que preguntara cómo estaba el chaval; se imaginaba que ya le llegaría un informe en cuanto Doc se hubiera recuperado un poco. Se apresuró a encenderle a Doc el Camel torcido que le colgaba del labio inferior.

—Bueno, ha perdido un montón de sangre, Manny —lo aleccionó Doc—. ¡Y necesitaría estar en un puto hospital! —Dio una calada larga al cigarrillo, retuvo el humo blanco y espeso y por fin lo soltó, muy despacio, dejando que le saliera por la nariz además de por la boca, junto con las palabras—. Pero la hemorragia se ha detenido, al menos de momento, y él está descansando, de manera que tendremos que esperar a ver qué pasa. —Le ofreció uno de sus cigarrillos y Manny lo aceptó, agradecido.

—¡Gracias, Doc! ¡Te debo una! Y mi hermana...

—A mí no me debes nada, hostia. En quien tienes que pensar es en Marge. Y en Graciela, teniendo en cuenta que es ilegal. Joder, en esta casa a nadie le conviene que venga a husmear la policía. Y a todo esto, ¿qué ha pasado?

El chaval era el sobrino de diecinueve años de Manny, David, el hijo mayor de su hermana. Él y una panda de amigos suyos se habían desafiado entre sí a atracar una licorería, y por un momento parecía que lo iban a conseguir. El propietario les había entregado cortésmente doscientos cincuenta y seis dólares y una caja de cervezas; luego había esperado a que aquellos bandidos en fuga se metieran en el coche para abrir fuego con una Magnum 357 y había acertado solamente al joven David, que por una pura cuestión de mala suerte iba el último. Sus cómplices tenían la intención de dejarlo tirado delante de la entrada para automóviles de urgencias, pero él estaba con la condicional por unos cargos previos, de manera que les había suplicado que no,

que lo llevaran a South Presa. Que allí abajo su tío Manny era un pez gordo. Que él sabría qué hacer.

—No sabía adónde más acudir, Doc.

—Sí, bueno. Yo te diré adónde vas a ir ahora mismo. Vas a salir a la calle, vas a poner la oreja y te vas a asegurar de que nadie aparezca aquí buscando a este chaval. ¡Ni los agentes de la condicional, ni la migra ni la pasma local! Te lo juro por Dios, Manny, si sospecho ni que sea por un momento que alguien tiene la intención de acercarse por aquí, me lo llevo a comisaría yo en persona, ¿me oyes?

—Te oigo, Doc, te oigo, no te preocupes por nada. Llevaba la cara tapada con una media y yo conozco al viejo boleó que tiene esa licorería. Es como todos los demás, no distingue a un mexicano de otro. Sin ánimo de ofender, Doc. Además, voy a hablar con mi contacto en comisaría, solamente para ir sobre seguro. —Tiró la colilla de su cigarrillo en el porche y la aplastó con el zapato—. Así pues... ¿crees que va a recuperarse, Doc?

—Yo he hecho todo lo que sé, Manny. Ahora ya no está en mis manos. —Inclinó la cabeza en dirección al dormitorio del piso de arriba, donde Graciela seguía rezando junto al chaval—. Pero a ella nunca se le ha muerto nadie.

El hombretón sonrió, pero Doc blandió un dedo manchado de sangre y nicotina frente a su cara.

—En cuanto esté lo bastante recuperado para moverlo lo sacamos de aquí, Manny, ¿me has oído? Mira, ahora parece que Marge ya se ha levantado. Puedes arreglar con ella lo de la habitación.

Marge ya estaba en la cocina, con su clásica sartén llena de salchichas, mientras el horno se calentaba para recibir una bandeja de galletas de mantequilla. El café acababa de terminar de filtrarse. Doc sirvió una taza para Manny y otra para sí mismo y por fin se sentó pesadamente, reclinándose tanto hacia atrás que las patas delanteras de la silla se levantaron un palmo y medio del suelo.

—¡No te sientes así en mi silla, Doc! ¡Me la vas a romper!

Este enderezó la silla, derramándose un poco de café caliente en el regazo.

—Perdona, Marge.

Doc hizo una mueca y él y Manny intercambiaron encogimientos de hombros. Marge ni siquiera se había dado la vuelta.

—La he oído crujir. Es malo para las sillas echarlas para atrás de esa manera. Y peligroso, claro. ¿Has tenido una noche dura?

Doc negó con la cabeza.

—Confía en mí. No te conviene saber nada. Pero sí que voy a necesitar la habitación cinco durante aproximadamente una semana. Te la va a pagar Manny. Por adelantado.

Marge no levantó la vista de los fogones. Confiaba en Doc y había aprendido

hacía años que no valía la pena estar al corriente de todo lo que sucedía bajo su techo. En el Yellow Rose limitarse a mirar hacia otro lado siempre había sido un estilo de vida. En la época de su padre era un simple servicio más que se ofrecía a la clientela habitual del establecimiento. Pero a medida que la avenida de South Presa continuaba degradándose, la negación plausible se fue volviendo cada vez más un asunto de conveniencia legal. Y desde la llegada de Graciela, en el viejo tugurio habían salido a la luz ciertas cosas sobre las cuales Marge sentía de forma intuitiva que estaba más cómoda sabiendo poco o nada.

—Serán veinticinco pavos hasta el sábado, cinco más si necesitas sábanas.

—Esa es otra —Doc le hizo una señal a Manny, frotándose el pulgar y el índice entre sí, y el hombretón sacó un fajo de billetes y se puso a contarlos—. Me temo que esas sábanas viejas están para tirar. También las fundas de almohada y hasta la última toalla que había en la habitación y un par que hemos tenido que coger prestadas de la siete.

—Ya veo... bueno, son diez por las sábanas nuevas. Dos y medio por las toallas extra, además de las dos de la otra habitación, eso suma...

—Cuarenta y cinco dólares. Manny, págaselos.

Este dejó el dinero sobre la mesa sin queja alguna y luego, subiéndose el cuello de la cazadora para protegerse del frío previo al amanecer, se marchó a darle la buena noticia a su hermana.

Marge por fin se giró un momento lo bastante largo para echarle un buen vistazo de arriba abajo a Doc.

—¿Tienes hambre, Doc? Te puedo freír un par de huevos con alguna salchicha de estas.

—No, gracias, Marge. Estoy reventado. Creo que me voy a echar un rato.

Doc dejó media taza de café abandonada en la mesa y subió otra vez la escalera. Le echó un vistazo a su paciente y comprobó mecánicamente sus constantes, pese a que ya sabía lo que iba a encontrar: pulso estable, firme y fuerte, y ni fiebre ni nada parecido. Y a Graciela de rodillas a su lado, con las manos entrelazadas, las cuentas del rosario enredadas en los dedos y manchas de sangre fresca en el vendaje. Habían pasado seis meses y la herida de Graciela seguía sin curarse.

Pero la del chaval sí que se curaría; lo haría de prisa y limpiamente y no dejaría ninguna cicatriz.

El chaval iba a salirse de esta. Doc no tenía ni la menor duda, lo cual carecía de sentido. La lógica dictaba que el chaval tendría que estar muerto, o por lo menos en coma. En coma irreversible. Joder, pero ni siquiera se encontraba en estado de *shock*.

De hecho, Doc sospechaba que David no solamente iba a sobrevivir sino que iba a prosperar, tal vez hasta iba a pasar página aquel mismo día y jamás volvería a robar ni hacer trampas ni mentir. Contra todo pronóstico, y a pesar de su origen y de lo mal

que había empezado en la vida, algún día llegaría a hacer algo importante y llenaría de orgullo a su madre. Puede que no llegara a ser ni rico ni famoso, pero estaba claro que se mantendría apartado de los problemas durante el resto de su vida, se casaría y tendría hijos, y cuando le llegara su hora se iría en paz y se presentaría ante su Creador con la mirada bien alta.

Doc no podía atribuir la recuperación inevitable del joven David a ninguna ciencia ni oficio, ya no digamos a sus propios talentos. Tampoco a ninguna cuestión de fe, puesto que Doc consideraba que esta era el acto de creer en algo cuando no había pruebas físicas de su existencia, ese clásico salto entre el raciocinio y la razón. Doc seguía sin creer en gran cosa, como no fuera en la misma Graciela. Sin embargo, había presenciado personalmente cómo ella llevaba a cabo un milagro tras otro, de manera que no necesitaba suspender su escepticismo. Sabía por experiencia que el chaval iba a salir adelante, igual que la chica pelirroja de la semana anterior.

A la pelirroja su chulo le había roto la cabeza como si fuera un huevo sin dejarle ni una sola marca en la cara. Los macarras nunca pegaban a las chicas en lugares visibles, porque eso dañaba el artículo en venta. La chica no acabó de ver claro lo de llamar a la poli para que trincaran a aquel hijo de puta, de manera que se negó a ir al hospital y a punto estuvo de morir antes de acabar quién sabe cómo en el porche de entrada de Marge, tras lo cual esta y Dallas la ayudaron a subir las escaleras y se pusieron a aporrear la puerta de Doc y Graciela. La joven mexicana le cogió la mano a la chica y se puso a rezar y Doc le iluminó primero un ojo y después el otro con su linternita, y aunque la misma idea desafiaba lo que le habían enseñado dieciséis años de educación formal y una vida entera de miseria, supo que ella viviría. Y lo supo porque todos sus pacientes sobrevivían. Lo único que tenían que hacer era entrar por aquella puerta. A veces Doc llevaba a cabo los procedimientos aprendidos en la facultad, pero nunca estaba seguro de si estos aportaban algo a la curación. Las primeras veces tuvo escalofríos en el espinazo, pero al final se acostumbró a aquella certidumbre. Ahora simplemente lo sabía, y ya no había nada más que hablar. La chica sobrevivió. Y cuando estuvo en condiciones de levantarse dejó a su chulo, se fue de la ciudad y empezó una nueva vida en otra parte.

Y David también saldría adelante.

—Si me necesitas, estoy en la habitación —susurró Doc, y Graciela asintió con la cabeza, pero él sabía que ella no iría a buscarlo, y estaba demasiado cansado para desvestirse, de manera que se tumbó en diagonal sobre la cama de cuatro postes y se quedó dormido.

Doc vuelve a estar en su vieja consulta en el piso de arriba de la licorería de Bossier y está llenando su enorme jeringuilla de cristal con un chute de un líquido de color pajizo procedente de un frasco que tiene impresos una calavera sonriente y unos

huesos cruzados. Con la uña del índice le da unos golpecitos a la jeringa, justo por debajo de la aguja, y expulsa las últimas burbujitas de aire. Se pone la jeringa cargada entre los dientes como si fuera el cuchillo de un pirata y ya está a punto de atarse el tubo de goma en el brazo y de encontrarse una vena adecuada para recibir las dosis cuando alguien carraspea. Él ya conoce la voz antes de que diga una sola palabra.

—¿A qué cojones estás esperando, Doc? ¿A que sea Navidad?

Hank está apoyado en la mesa de exámenes, con los pantalones por las rodillas y los calzoncillos bajados lo justo para dejar al descubierto un trozo de carne traslúcida del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. Tiene un aspecto espantoso, más chupado que la pipa de un indio, tal como solía decir Doc, con la piel del color de la leche rancia, aunque sí que parece lo bastante sólido para clavarle una aguja, y cuando Hank se da la vuelta para mirar por encima del hombro, lo único que puede hacer Doc es devolverle una mirada boquiabierta.

—Te lo juro por Dios todopoderoso, Doc. ¿Te vas a quedar ahí plantado mirándome el culo toda la noche o me vas a poner el chute?

Doc se queda mirando la jeringa cargada y luego a Hank. Por fin suspira y cruza la sala.

—Claro, Hank. Respira hondo. —Clava con pericia la aguja en la carne desnuda, apretando el émbolo con el pulgar y mirando cómo el líquido desaparece en el interior de la cadera de Hank. Menudo desperdicio. Ni siquiera le va a aliviar el dolor. Nada lo hace.

Hank está metiéndose la camisa por dentro de los pantalones y echándole un vistazo receloso.

—No te me estarás poniendo marica, ¿verdad, Doc?

Este sigue desorientado pero ha conseguido recobrar la facultad de hablar.

—Yo no me preocuparía demasiado si fuera tú, Hank. No serías mi tipo ni aunque me diera por pasarme a la acera de enfrente. Siempre me han gustado los culos que tengan donde agarrar.

Hank mira a Doc de arriba abajo.

—¿Estás bien? No pareces tú.

—Sí, estoy bien. Es solamente que, bueno, estoy un poco...

A la mierda, decide Doc. Pregúntaselo y ya está.

—¿Esto es un sueño?

Hank esboza una media sonrisa y se encoge de hombros.

—Para ti, quizá. Para mí es simplemente un sitio al que te puedo seguir sin que ella se entrometa.

—Pero estás vivo. O sea, pareces todo lo vivo que estabas.

—Solo porque es tu sueño y en él todavía estás en Louisiana, y entonces yo

estaba vivo. Es decir —Hank examina la consulta con cara de asco—, si a esto lo llamas vida.

—Así pues, cuando me despierte, ¿tú volverás a estar muerto y yo estaré de nuevo en Texas?

Hank vuelve a moverse. Nervioso, camina por el suelo gastado de linóleo.

—Supongo. A mí la verdad es que me trae sin cuidado, Doc, pero te juro que no entiendo por qué querrías volver a un sitio así. Con toda esa sangre y gritos, y un caso perdido detrás de otro. ¿Y qué sacas a cambio? Nada. Calderilla, en el mejor de los casos, y nada que te relaje al final de una noche larga y dura. —Hank se detiene, quedándose un instante congelado antes de darse la vuelta y dirigirse hacia Doc con un solo paso largo y deslizante, acercándosele mucho y sonriendo de una oreja de soplillo a otra.

—Un buen chute de jaco de los de toda la vida es lo que te iría bien ahora, ¿verdad? Tal como te recetó el médico. ¡Anda, si el médico eres tú!

Hank se aparta a un lado y con una floritura revela el armario de las medicinas, que tiene las puertas abiertas de par en par dejando al descubierto un ejército entero de soldaditos de color ámbar centelleante vestidos con armaduras refulgentes de cristal. Doc cruza la sala con un par de zancadas y estira el brazo para coger un frasco, medio esperando y medio confiando en que se le derrita en la mano, pero no es así. Es duro y frío al tacto, exactamente igual de sólido que Hank en este sueño del mundo al revés que está teniendo Doc. Sin molestarse en esterilizar la jeringa, le da la vuelta al frasco y atraviesa el tapón de goma con la aguja.

—¡Ahí lo tienes, Doc! Vive un poco. Yo no le veo la gracia; para mí no es más que medicina. Me alivia un montón el dolor de espalda, pero me pone a dormir como un lirón. Yo prefiero un buen trago de whisky, ni comparación, vamos.

Doc ya vuelve a tener el torniquete atado en el brazo y ha encontrado una vena, pero la cháchara de Hank lo está poniendo de los nervios...

—¿A qué cojones estás esperando, Doc? ¿A que llegue Navidad?

Este vuelve a estar apoyado en la mesa de exámenes, con los pantalones por las rodillas y los calzoncillos bajados lo justo para dejar al descubierto un trozo de carne traslúcida del tamaño de una moneda de cincuenta centavos...

—¡Hostia puta, Hank! ¡No tiene ninguna gracia!

—¡Je, je, je! Perdona, Doc. Tendrías que haber visto la cara que se te acaba de poner. Venga. Métete un buen chutazo...

—¡Sí, claro! Y me quedaré aquí, mirándote de nuevo tu culo esmirriado y peludo. ¡Y otra vez, y otra y otra, hasta que las ranas críen pelo, imagino, y tú seguirás riéndote y yo no estaré más colocado que ahora! ¡No, gracias, amigo!

Hank se sube los pantalones, se abrocha el cinturón y da un paso resuelto hacia Doc.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

—A veces. —Se encoge de hombros—. Pero no añoro levantarme enfermo ni que me trinque la pasma ni pasarme día y noche trapicheando para pillar.

—Sigues trapicheando, Doc, más que nunca. Aún más, ahora que has decidido cargar con el peso del puñetero mundo sobre tus espaldas. Dime, ¿qué ha hecho por ti alguno de esos perdidos?

—No tiene nada que ver con ellos, Hank, sino con ella.

—Vaya, es la primera verdad que sale por tu boca desde los tiempos de Matusalén, Doc. Todo es por ella. Ella te tiene pillado, está claro. A ti y a todo el mundo a quien le pone encima esos ojos malignos. No hay ni uno de vosotros que se atreva a mear sin que ella os dé permiso primero.

—¡Eso es mentira!

—¿Ah, sí? Demuéstralo. Métete un chute, Doc. Sabes muy bien que lo quieres.

—¡No es verdad! ¡Ya no quiero vivir así!

—Claro que sí, Doc. Si no, ¿cómo es que estás aquí?

—Y aunque quisiera, no puedo. Ella me tocó y ya no puedo. ¡Ni aunque lo deseara!

—Bueno, pero ahora ella no está, Doc. ¡Aquí te puedes meter uno! ¡Estás en tu sueño!

—¡No! ¡No puedo! ¡Lo he intentado!

—No ha sido ella, Doc. He sido yo quien te lo ha impedido antes. Prueba ahora, Doc. Te prometo que no volveré a tomarte el pelo. Solamente quería que supieras lo que se siente cuando no puedes conseguir lo que necesitas.

—¿Y no me lo impedirás?

—No te lo puedo impedir eternamente. Ya te lo he dicho, solo estaba tomándote el pelo. Es tu sueño, Doc.

Doc echó un vistazo a su alrededor. Continuaba en su consulta y la jeringa seguía llena.

—Bueno, pues muy bien. Y tú sírvete un whisky también, Hank, por favor.

—¡Ja! Caray, eso debe de ser lo más cabrón que me han dicho nunca. Sabes perfectamente que me lo tomaría si pudiera, pero es imposible.

—¿Y por qué no, joder?

—Pues porque en este puto sueño tuyo de yonqui no hay whisky. He mirado por todas partes y en este sitio no hay nada que no sea jaco.

Hank tiene razón. En este botiquín no hay nada que no sea morfina. Ni una aspirina.

—Bueno, si es mi sueño es mi sueño, Hank, y jamás pensé que yo acabaría diciendo esto, pero si te callas de una puta vez y me dejas meterme este señor chute en paz, podrás beberte todo el whisky que te dé la gana.

Hank rebusca algo dentro de su chaqueta y el rostro se le ilumina.

—Caramba, ¿qué tenemos por aquí? —Se saca una botella de medio litro de Four Roses y desenrosca el tapón—. ¡Vaya, gracias, Doc! Pues no diré que no.

Este se limita a negar con la cabeza y se concentra en lo que tiene entre manos: su primer chute de jaco en casi cuatro meses. Siempre le fastidia que otros yonquis comparen el inyectarse narcóticos con el acto sexual. Él cree que un buen chute de jaco es una sensación muy superior. Pero luego la aguja se le mete en la vena para el primer intento y Doc se da cuenta de que tiene la polla dura como la roca. Deja ir el jaco y...

... Doc se despertó para descubrir que se había corrido mientras dormía, el primer sueño húmedo de su vida a los cincuenta y seis años. Para su sorpresa, estaba profundamente avergonzado. Se cambió los calzoncillos y tiró los sucios a la basura. No estaba muy seguro de por qué. Al fin y al cabo, había sido Graciela quien se había pasado setenta y dos horas largas sentada al lado de Doc mientras él pataleaba, vaciando cubos llenos de vómito y limpiando cuando se hacía sus necesidades encima y en la cama; sin embargo, él se guardó aquel sueño para sí mismo, como si fuera un rastro de migas de pan que llevaba hasta su antigua vida. Por si acaso.

La esquina de la avenida de South Presa con Chicago Boulevard era el sótano de las rebajas de la prostitución de San Antonio, Texas, y las chicas que recibían un recordatorio de su propio estatus cada vez que se miraban al espejo. Las chicas de la esquina no se conservaban bien, expuestas como estaban a los elementos, a aquel sol estival que abrasaba el asfalto hasta que los charcos de gasolina hervían en los baches; el viento que helaba los huesos y la lluvia que se clavaba como agujas también se cobraban su precio. El desgaste era visible incluso para los conductores de los vehículos que reducían la velocidad para verlas mejor al acercarse y luego pisaban el acelerador y se largaban con viento fresco, rociando a las chicas de grava al pasar, por si no fuera bastante. Cuando un coche llegaba a pararse, las chicas se abalanzaban sobre él, sabiendo que la primera de ellas que consiguiera tocar la manecilla de la puerta sería la que se llevara al cliente.

Conseguir cobrar ya era harina de otro costal. La mayoría de ellas trabajaban por cuenta propia, no tenían chulos que garantizaran el pago por adelantado ni las protegieran cuando los clientes se ponían violentos con ellas. El derecho a quedarse el cien por cien de las ganancias no era demasiado consuelo, puesto que eran escasas y la mayoría de los clientes eran primerizos que ya no volvían por allí en cuanto descubrían que las chicas que trabajaban en las pensiones y los moteles eran más jóvenes, más guapas y solo un poco más caras. Los únicos clientes que regresaban a la esquina eran los vagos y los chiflados a los que ya habían dado la patada en todos los lupanares respetables de la avenida.

Algunas de las chicas de la esquina no lo eran del todo, y de hecho fue un travesti negro alto y anguloso, ataviado con un vestido ajustado de lamé dorado y con sombra de barba en el mentón, el primero en acercarse luciendo músculo al Ford familiar último modelo. Por una vez, sin embargo, no fue el cliente el que se llevó una sorpresa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la criatura, irguiéndose por encima de su metro ochenta y retrocediendo cuando centelleó el alzacuellos, blanco sobre negro, al estirar el brazo el sacerdote para bajar la ventanilla—. De este os vais a tener que encargar una de vosotras, chicas. La señorita Tiffany va a ir al infierno, pero hoy no, cielo, ni hablar. —Se alisó la falda mientras se alejaba con pasos tambaleantes, desplazándose con celeridad, aunque no precisamente en silencio, sobre unos tacones que habrían dejado lisiadas a la mitad de las chicas de verdad de la avenida. Las demás llenaron el vacío, luchando a empujones y codazos por ganar la posición.

Al fin y al cabo, pensó Tiff, los chaperos también necesitaban un código de

conducta. Hasta lo más bajo de lo bajo se ponía un límite. ¿Qué diría su abuela si viera desde el cielo a su niño querido revolcándose en el asiento de atrás de un coche familiar con un clérigo?

El sacerdote mostró un billete que tenía cogido en el puño. Lo sacó por la ventana, lo agitó como si emitiera un aroma sugerente y por fin volvió a guardárselo, mientras los tiburones se acercaban.

—Veinte dólares solamente por dar una vuelta y hablar. Lo único que quiero es información. Estoy intentando encontrar a alguien.

—¡Un momento! —vociferó el andrógino como si fuera un toro, saliéndose del personaje para asegurarse de que lo oían y volviendo hacia el coche con un ruido de tacones. La única que no se apartó fue una chica mexicana con el pelo teñido de naranja a la que todo el mundo llamaba Betty la Sudores.

—¡Eso no está bien, Tiff! ¡Ya lo sabes! ¡Te habías ido!

Pocas veces se había dicho una verdad tan grande en South Presa, pero veinte dólares eran el equivalente a cuatro mamadas, el trabajo de casi una hora, de manera que el espigado chapero se subió a la acera, sacándole una cabeza a sus competidoras, y rebuscó teatralmente en su bolso de cuentas.

—Ya, bueno, ¿y se puede saber quién te ha nombrado a ti Pepito Grillo? ¡Moveos, anda, antes de que me hagáis sacar la navaja y abriros una raja nueva, pedazo de zorras! ¡Sabéis que soy capaz! —Hubo algunos gruñidos pero todo el mundo se apartó mientras él se metía en el asiento del copiloto, cerraba de un portazo y subía la ventanilla—. Si yo fuera tú, arrancarías, padre, antes de que estas putas te jodan este coche tan bonito.

En South Presa todo el mundo sabía que Tiffany no era una chica de verdad. Algunos hasta conocían que una vez había sido Daryl Dennis, estrella del equipo de fútbol americano de la Eastside High, en Longview, Texas, convocado muchas veces por la Southwest Conference. Ahora había quien bromeaba con que solía jugar en la retaguardia, pero nadie se lo hacía a la cara. La mayoría lo llamaba la Tiff Grande para distinguirlo en las conversaciones de otra Tiffany, aunque no se puede decir que nadie que las conociera a ambas se confundiera nunca.

La Tiff Pequeña era blanca y una chica de verdad, una lesbiana de esas que cultivan un *look* femenino y que se tapaba literalmente la nariz mientras se comía un rabo tras otro a fin de mantener una adicción a la heroína de las de cincuenta dólares al día. La Tiff Grande, por otro lado, no tocaba jamás el jaco pero llevaba todo el día una botella de cuarto de litro de ginebra en una bolsa de papel marrón y disfrutaba como un enano de su trabajo.

Pese a todo, las dos Tiffanys estaban más o menos en el mismo barco en la avenida de South Presa.

La Tiffany Grande era un poco demasiado musculoso para hacerse pasar por una

chica. La mayoría de sus clientes eran homosexuales latentes, clientes especiales que todavía requerían por lo menos cierto pretexto de feminidad antes de darle a un hombre por el culo. La Tiff Pequeña odiaba a los hombres, pero que ella supiera, las mujeres no pagaban a otras mujeres a cambio de sexo. Su incapacidad fundamental para esconder el desprecio que sentía por sus clientes la relegaba al extremo oscuro de la calle junto con los demás bichos raros. En una ciudad más abierta de miras, como Nueva York o Nueva Orleans, las dos podrían haber sido opciones exóticas dentro del establo de un burdel de los caros. Pero no en el hogar del Álamo y de las legendarias líneas trazadas en la arena. A los texanos les gustaba mantener a sus atracciones de feria dentro de estas.

Fueran cuales fueran sus intenciones, el sacerdote no era distinto de todos los demás primerizos de South Presa. Como no conocía aquel mundo, gravitaba hacia lo más obvio, la actividad que resultaba visible a ojos de los profanos. Su plan era encontrar a una chica a la que pagaría para que le dijera lo que él quería saber, de manera que llevaba varias semanas pasando una y otra vez con el coche por la avenida. Y ahora que por fin había reunido las agallas para detenerse, el resultado estaba siendo completamente inesperado.

—No... no eres una mujer de verdad, ¿no?

Tiffany estiró el brazo y le dio un empujoncito al volante para devolverlo al centro cuando el coche se acercaba peligrosamente a un coche aparcado.

—Pues no, pero sí que soy una puta de verdad, de manera que ¡vengan esos veinte pavos, cariño! Y no te distraigas del tráfico o te vas a cargar a alguien.

El sacerdote se dio cuenta de que le temblaban las manos y de que el volante estaba resbaladizo por culpa del sudor. Empezaba a decidir que a fin de cuentas aquella pequeña expedición pesquera no había sido tan buena idea y que tal vez ya había visto lo suficiente de la parte más sórdida de su parroquia por un día. Dejó el billete de veinte en el asiento que había entre ambos.

—Bueno, pues, coge esto y te dejo aquí mism...

Tiff estiró el brazo, agarró el billete y se lo colocó en el relleno del sujetador.

—¡Y una mierda me dejas aquí! ¡Lo menos que puedes hacer es dar media vuelta a este trasto y llevarme al sitio donde me has recogido! ¡No pienso patear todo el camino de vuelta por esta calle cochambrosa y con estos tacones, cariño!

El sacerdote se dirigió hacia la taberna y dio la vuelta en el aparcamiento, ansioso por soltar a aquel monstruo que había caído en sus redes por error. Mientras estaba pisando el embrague le dio un calambre en la pierna, y el corazón le retumbaba tanto en los oídos que no le dejaba concentrarse lo bastante ni siquiera para rezar. Por fin hubo una pausa en el tráfico que le permitió salir a la avenida y poner rumbo nuevamente hacia la esquina.

—¡Más despacio, cariño! —lo reprendió Tiff—. La vas a cagar y conseguirás que

nos paren, y entonces a ver cómo le explicas esto a tu congregación.

El sacerdote levantó el pie del acelerador. Rezó para sus adentros un padrenuestro y dos avemarías a fin de calmarse, y lo consiguió a medias. No era principalmente el miedo lo que hacía que le pitaran los oídos y le latiera el corazón desbocado, sino la rabia reprimida a conciencia. La cólera dirigida contra sí mismo por ser tan inepto y contra Tiff por ser lo que era y tratar al sacerdote como si fuera un taxista. ¡Menuda jeta tenía aquella abominación! Siguió recitando las oraciones con una serie de respiraciones largas y lentas, cogiendo aire por la nariz y soltándolo por la boca, tal como le había enseñado su entrenador de boxeo en el seminario. Empezó a sentirse mejor de inmediato y de alguna manera, en algún punto a medio camino entre la taberna y la esquina, recuperó la decisión y se acordó de que era su vocación lo que le había llevado a aquel lugar terrible; y de que estaba en su parroquia y aquellas personas eran su grey y eran hijas de Dios, daba igual lo que pensarán las ancianas de la congregación. Incluso aquella aberración que ahora iba en el coche a su lado merecía ser salvada... y tal vez ella, o él, podría decirle al menos lo que él quería saber. Tenía que encontrar a aquella chica de la que todo el mundo hablaba y comprobar por sí mismo si las historias eran ciertas. Rezó otro avemaría, esta vez en voz alta, y de pronto pisó el acelerador y giró a la izquierda para meterse por una calle lateral y luego a la derecha hasta un callejón sin pavimentar.

—¡Uy, uy, cariño! —le advirtió Tiffany, llevando una mano a la portezuela y metiendo la otra en su bolso para sacar una navaja con mango de marfil—. ¡Será mejor que pares ahora mismo!

El sacerdote obedeció: apoyó su peso en el volante, pisó el freno a fondo y mandó a Tiff a estamparse contra la guantera como si fuera una muñeca de trapo. La navaja cayó ruidosamente en el espacio diminuto que quedaba entre el asiento y la puerta. Luego, antes de que su pasajero tuviera tiempo de recuperar el equilibrio, el sacerdote pisó el acelerador y se adentró en el callejón hasta divisar un garaje abandonado. Dio la vuelta con el coche familiar hasta la parte de atrás de aquel lugar y aparcó en paralelo a una pared de bloques de hormigón, tan pegado a ella que Tiff no podía abrir su portezuela más de medio palmo. Comprendiendo que no tenía escapatoria, la Tiff Grande buscó desesperadamente la navaja a tientas y... ¡la encontró! Blandió la hoja de quince centímetros, obviamente decidido a salir atravesando al sacerdote si era necesario.

—¡Como no te apartes de mi camino te rajo, tarado!

El sacerdote levantó las manos, con las palmas hacia fuera, para que Tiff pudiera ver que no tenía nada en ellas.

—¡Te aseguro que soy un sacerdote y que no te quiero hacer daño! ¡Solamente quiero hablar!

—¡Sí, claro! —Tiff soltó un resoplido de burla, dando una cuchillada al aire, que

no le acertó al sacerdote solo porque se apartó, esquivando la hoja por poco. Tiff no pudo evitar quedarse impresionado de que el sacerdote, pese a estar desarmado, no intentara escapar.

—Si de verdad eres sacerdote, enséñame algún documento que lo pruebe.

Por un momento el religioso se sintió insultado, pero enseguida fue consciente de dónde estaba y de con quién estaba hablando.

—Pues es que no, o sea, nunca he...

—¡Venga ya! Debes de llevar algo encima que demuestre que eres lo que dices. Un cartón del bingo, lo que sea...

Aquello le arrancó una pequeña risa al sacerdote, pero Tiff no estaba ni siquiera sonriendo y además seguía blandiendo la navaja. El religioso meneó los dedos de la mano izquierda.

—Voy a sacar mi cartera.

Tiff asintió con la cabeza pero estiró todavía más el brazo con el que empuñaba la navaja.

El sacerdote sacó una sencilla cartera negra, buscó dentro y al cabo de un momento sacó un documento ajado de color verde claro que llevaba el sello del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos y el nombre de un tal padre Padraig Killen, nacido en Letterfrack, condado de Galway, Irlanda, el 3 de marzo de 1927, y se lo dio a Tiffany.

—Mira ahí, donde pone «ocupación», lo dice claramente: «clérigo».

Tiff ojeó el documento, comparando los datos personales que enumeraba —pelo castaño, ojos castaños, metro setenta y siete, ochenta kilos— con el hombre que seguía bloqueando su vía de escape.

—Irlanda, ¿eh? Ya sabía yo que no eras de por aquí. —Se la lanzó de vuelta—. Vale, a lo mejor sí que eres sacerdote. —Tiffany plegó la navaja—. Pero eso no quiere decir que no seas un tarado, o sea que no te muevas ni un pelo. ¿Dices que estás buscando a alguien? Pues mira, cariño, yo por aquí conozco a todo del mundo y viceversa. A esas putas de ahí no les vas a sacar ni una palabra, ya lo creo que no. ¡La mayoría de ellas son ilegales y la mitad ni siquiera hablan inglés! Da igual a quién estés buscando, si está por aquí yo lo puedo encontrar. Te diré lo que haremos. Si me das veinte más... ¡No, no me mires así! ¡Es un pequeño extra por haberme medio matado del susto!

El sacerdote se volvió a guardar el documento en la cartera, la abrió del todo y sacó otro billete.

—Bueno, ahora mismo mis recursos son bastante limitados. ¿Te conformarías con uno de diez?

Tiff miró el billete durante una fracción de segundo, a continuación se encogió de hombros y estiró la mano, ya sin la navaja, con la palma hacia arriba.

—¿A quién estás buscando, cariño?

El sacerdote sonrió débilmente, le dio el billete y bajó su ventanilla para dejar entrar algo de aire fresco.

—Estoy buscando a una chica. A una mexicana.

—Pues mira, por aquí hay montones de chavalas y la mayoría son chicanas.

—Esta es joven. Debe de tener dieciocho o diecinueve. Se llama Graciela.

—¡Ja! Conque eso es lo que te gusta, ¿eh? Las chavalitas de culo pequeño. Joder, si es eso lo que quieres, conozco a una chica que hace el número completo, cariño: falda plisada, coletas y todo...

—¡No! —lo interrumpió el sacerdote, lo bastante fuerte como para que reverberara un débil zumbido procedente de la cápsula de cristal y acero que los rodeaba—. Ya te lo he dicho, lo único que quiero es hablar. Con esa chica en concreto. Necesito hablar con ella sobre un asunto importante.

—Vaya, yo no soy ningún soplón, y como te...

—¡No, no es nada de eso! Ella no está metida en líos. Solamente quiero conocerla porque, bueno, tengo entendido que es católica y quiero ofrecerle mi asistencia en cualquier cuestión, ejem, espiritual que ella pueda...

—Ya, bueno, yo de eso no sé nada, a mí me criaron en la iglesia metodista episcopaliana africana, ¿y sabes otra cosa? Es posible que haya oído hablar en alguna parte de esa chica, pero por treinta dólares, no me acuerdo de nada más.

El sacerdote luchó para controlar su irritación. Le había pasado siempre, ya desde su época en el seminario. Repitió el ejercicio de respiración que le habían enseñado —«coger aire con la nariz, soltarlo con la boca»— hasta tranquilizarse, por lo menos externamente.

—Ya no llevo más dinero encima.

Tiff estaba seguro de que el padre Killen le estaba diciendo la verdad, pero se le había disparado el instinto de supervivencia y ahora era plenamente consciente de que seguir conversando con un cliente que le estaba pagando para que hablara equivalía a delatar a alguien, y eso iba en contra de sus principios más profundos.

—Entonces eso pone fin la tertulia de hoy, cariño. No dudes en venir el día de cobro, y entretanto te agradecería que me llevaras de vuelta a mi esquina.

El sacerdote sentía que tenía derecho a que el otro le respondiera por lo menos a una pregunta más a cambio de lo que había pagado, pero captó la expresión decidida en la mirada de Tiff, se acordó de la navaja y se lo pensó mejor. Arrancó el coche a regañadientes y se alejó por el callejón en dirección a la calle. Se pararon delante de la esquina donde le había recogido y el chaperero puso la mano en la manecilla de la puerta; en el último momento, sin embargo, se detuvo. Se dio la vuelta y echó el cuerpo hacia atrás, acomodándose con la cabeza apoyada en la ventanilla del copiloto. Frunció los ojos hasta convertirlos en rendijas, como si estuviera calibrando

al sacerdote.

—¿Estás seguro de que no puedo hacer nada más por ti, padre? Soy capaz de sorberle toda la pintura a un camión con remolque.

—Fuera —ordenó el sacerdote.

—¡Tú te lo pierdes! —Tiff soltó un resoplido de burla con la nariz en alto y luego echó un vistazo al otro lado de la calle para asegurarse de que todas las chicas estaban mirando hacia allí antes de salir del coche. Antes de que el sacerdote arrancara, Tiff volvió a meter la cabeza por la ventanilla, guiñó el ojo y dijo en voz lo bastante alta para que lo oyera el vecindario entero—. Gracias, cielo, vuelve a visitarme, ¿me oyes?

Tiff escapó por poco de la decapitación cuando el coche familiar salió disparado.

El sacerdote volvió a la avenida al día siguiente, y al siguiente y al siguiente. Acudía en distintos momentos del día, cuando se lo permitía su horario, y presenciaba mucha actividad que le intrigaba pero casi ninguna que entendiera. En aras de la discreción aparcaba en un sitio distinto cada día, alternando entre un lado de la calle y el otro, pero al cabo de una semana ya no quedaba nadie en South Presa que no se hubiera fijado en aquel vehículo más bien llamativo.

Por su parte, la Tiff Grande se dedicaba a contarle a todo el mundo que la quisiera escuchar que el desconocido del Ford familiar blanco no era más que un perverso rico a quien le gustaba jugar a los disfraces y que era más marica que un timbre rosado. Tiff les aseguró que el mero hecho de mirarlo ya sería una pérdida de tiempo para ellas, si no una invitación a recibir daños corporales graves.

Pero siendo fieles a la verdad, en la avenida a nadie le preocupaba el sacerdote. Se estaban desarrollando misterios más profundos.

Estaba desapareciendo gente. No es que nadie en la avenida sospechara que ocurría algo sucio. Eso ya lo habían visto en otras ocasiones, monstruos que se cobraban sus presas entre aquellos a quienes nadie se molestaría en vengar, pero esto era distinto. Había quien simplemente se esfumaba sin dejar ni rastro, pero la mayor parte se despedía de alguien, y ese se lo contaba a otros, y como la esperanza es contagiosa, el rumor se propagó.

La gente se estaba marchando. Largándose sin más. Cualquiera con quien hablaras tenía alguna teoría sobre por qué se marchaban y adónde iban, pero todas las teorías acababan apuntando a la chica mexicana que se alojaba en el Yellow Rose, en la misma avenida.

Tiff no lo entendía. ¿A qué venía tanto jaleo? Una chavalita esmirriada venida de alguna madriguera de ratas de México y que no trapicheaba. ¡Ni follaba ni la chupaba, y tampoco le hacía falta, porque en la avenida todo el mundo hacía cola para lamerle su culo mexicano! ¡A la mierda con aquella zorra! ¡No era nada!

Pero ¿quién sabía lo que pasaba entre las paredes de arriba de aquel caserón viejo y espantoso?

Tiff no lo sabía, eso estaba claro, y sospechaba que nunca llegaría a conocerlo, porque aquella marimacho de Marge no dejaba entrar a negros en su casa.

El padre Killen había oído las mismas historias que Tiff y las había recibido con igual escepticismo. Era 1964, al fin y al cabo, y su educación en un seminario moderno le había enseñado que ya se habían terminado hacía mucho los tiempos en que Dios sentía la necesidad de demostrar su existencia por medio de espectáculos sobrenaturales. Su propia fe se basaba en la aceptación dócil de una vocación que corría por las venas de su familia; su hermano mayor, sin ir más lejos, había sido ordenado una década antes que él. Lo cierto era que donde Killen había crecido apenas había trabajo. Su vocación era tan práctica como espiritual.

Cuando las chicas de South Presa empezaron a presentarse en su iglesia, él se sintió intrigado pero no pensó demasiado en ello. A algunas ya no las volvió a ver; él oía sus confesiones y a continuación ellas salían por la puerta como si el peso de sus pecados fuera lo único que las había retenido en Texas. A menudo se preguntaba por ellas, y hasta incluía a algunas en sus oraciones. Temía que muchas recaerían y regresarían a sus antiguas vidas en la avenida de South Presa, pero le gustaba creer que otras volverían con sus familias o bien se mudarían bien lejos de allí y empezarían desde cero.

Unas cuantas, sin embargo, se quedaron, empezaron a comulgar y se unieron a las recién llegadas en los bancos del fondo. Iban a misa todos los domingos, y con cada semana que pasaba el sacerdote contemplaba asombrado cómo se transformaban. Saludaban con palabras amables y rostros sonrientes a todo el mundo con el que se encontraban, y hasta las viejas feligresas acabaron ablandándose. Se presentaban voluntarias para cualquier buena obra que surgiera y lo hacían con oraciones y alabanzas a Dios en los labios.

Fue a ellas a quienes el sacerdote oyó hablar por primera vez de la sangre en el vendaje y mencionar el nombre de Graciela, la chica que hacía milagros en la avenida South Presa. Finalmente, había decidido encontrarla y verla por sí mismo.

El padre Killen se desesperaba más y más con cada día que pasaba. La avenida medía menos de dos kilómetros y medio de punta a punta, y pese a ser un entorno tóxico, no había echado raíces muy profundas en el vecindario circundante. Solo hacía falta desplazarse una manzana al este o al oeste para que aquella plaga maligna diera paso a la simple miseria honrada de la clase obrera. Era ridículo, pensó el sacerdote, que después de conducir de punta a punta de la estrecha vía, día tras día y noche tras

noche, todavía no hubiera conseguido ver a la chica. Tal vez estaba perdiendo el tiempo, a fin de cuentas. Quizá la chica no existía.

De vez en cuando reunía las agallas para volver a pasarse por Chicago Boulevard. Si la Tiff Grande rondaba por allí, el sacerdote ni siquiera aminoraba la marcha. Y hasta cuando no estaba, ninguna de las chicas quería acercarse al coche del sacerdote, daba igual cuánto dinero les enseñara por la ventanilla, por miedo a meterse en líos con el intimidador travestido. Era inevitable que llegaría una mañana en que el padre Killen se rendiría, se santiguaría, invocaría a la Madre de Dios y volvería a detener el coche en la esquina. Todas las chicas se apartaron y la Tiff Grande se subió al asiento del copiloto, sin que nadie la desafiara, con el mercado exitosamente acaparado.

El regocijo de Tiff pronto dio paso al asco. El padre Killen era igual que el resto de la gente. Lo único que quería era hablar de la chica mexicana.

Tiff no lo entendía. Si todas las almas eran preciosas y además constituían la especialidad del sacerdote, entonces lo lógico sería que hubiera más de una pecadora en el South Side a la que valiera la pena salvar. La calle South Presa tenía un millar de historias que contar, un millar de reflexiones sobre vidas echadas a perder que, al igual que todos los residuos, valían algo para alguien, y Tiff las conocía todas. Había por lo menos un centenar de chicas en la avenida que corrían el mismo peligro mortal. Al fin y al cabo, ni la Tiff Grande ni nadie de South Presa tenía ninguna constancia de primera mano (ni siquiera de segunda) de que la chica de Doc hubiera aceptado ni un solo peso a cambio de sexo. Nada que decir, nada que vender, supuso Tiff, pero el sacerdote no aceptaba aquello. Solamente pagaría por oír lo que le dijera sobre la chica mexicana.

Tiff suspiró.

—Conozco a esa zorra. ¿Y qué?

—Y pues, ¿sabes dónde puedo encontrarla?

—Está en el Yellow Rose.

El sacerdote le ofreció un billete de veinte.

—El Yellow...

—Rose, cariño. —Tiff se lo metió por debajo de la blusa—. Una pensión que hay al final de la avenida. Está viviendo allí con un yonqui al que llaman Doc.

Por alguna razón, la información fue un golpe casi físico para el padre Killen, una punzada en todo el estómago. ¿Qué se pensaba él? ¿Que sería una virgen?

—¿Doc, has dicho? —En cierta medida para encubrir su incomodidad, metió la mano en la guantera y sacó un cuadernito de esos que usan los periodistas y un lápiz—. ¿Te importa?

—¿Estás seguro de que no eres poli?

—Si lo fuera, ¿no te parece que ya estarías entre rejas? ¿Doc qué más?

Tiff se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Doc es el único nombre que conozco. Dicen que antes era médico, antes de que el jaco acabara con él. Ahora se dedica a coser a gente que no puede ir al hospital y se ocupa de las chicas cuando... —Tiff se dio cuenta de que había estado a punto de equivocarse. De que solo aquella información ya valía veinte pavos más—. Ejem, bueno, ya sabes, cuando cogen la gonorrea o cualquier otra infección de coño. Es un yonqui acabado. Se chuta medio kilo al día, o por lo menos así era antes de que llegase ella.

—¿Ella?

—¡La mexicana! ¡La que estás buscando! Esa tal Gracy Ella o como se llame. A mí me pone los pelos de punta. Yo no me acerco para nada al Yellow Rose. Si quieres encontrar a esa santera del demonio, es allí donde la encontrarás. Pero si yo fuera tú me pasaría primero por la iglesia y recogería una garrafa de agua bendita y unas cuantas balas de plata y rollos de esos, y me puedes dejar aquí mismo, cielo.

Cerró de un portazo y ya se había ido antes de que el padre Killen pudiera preguntarle a qué se refería con «santera».

El sacerdote encontró un sitio para aparcar en School Street desde donde tenía una vista clara tanto de la puerta principal del Yellow Rose como de la trasera. Había aprendido enseguida que llegar antes de mediodía era una pérdida de tiempo. Si estaba en su puesto de vigilancia entre la una y las dos de la tarde ya presenciaba los movimientos de los más madrugadores de la pensión, normalmente de la escurridiza Graciela en persona.

La primera vez que la vio, ella estaba en el patio de tierra, tendiendo la ropa. Llevaba un vestido suelto de color amarillo con flores estampadas e iba descalza. Tenía los brazos estirados para sujetar en su sitio la esquina de una sábana, y en la comisura de la boca llevaba agarradas un par de pinzas de madera. El sacerdote no consiguió ver nada en la chica que resultara amenazante ni aunque fuese vagamente. Al contrario, Graciela tenía una belleza etérea, hasta de lejos, era la viva imagen de la inocencia: descalza sobre la tierra y los cristales rotos como si fuera una flor en el páramo. No parecía que la afectara lo decrepito de su entorno. Su mismo nombre tenía un sonido hermoso, fresco y limpio, y el sacerdote se sorprendió a sí mismo repitiéndolo una y otra vez para sus adentros.

Graciela salía bastante poco de la casa, como mucho un par o tres de veces por semana, pero cuando lo hacía, el sacerdote la seguía a pie, y a él le parecía que su itinerario casi siempre era el mismo.

Primera parada: la casa de empeños que había en la primera calle a la derecha. Allí se quedaba una hora entera, a veces más, pero estaba claro que los asuntos que la ocupaban eran de naturaleza personal, porque siempre llegaba con las manos vacías y se marchaba igual. Después visitaba la taberna. A veces solamente entraba y salía; otras se quedaba un rato, pero siempre hacía por lo menos una aparición de camino a

su destino final, la tienda de comestibles. Algunos días volvía a parar en la taberna o la casa de empeños de camino a casa y dejaba allí una parte de lo que había adquirido. Actos de caridad, conjeturó el sacerdote. Interesante.

El otro tráfico humano que el padre Killen seguía presenciando en sus operaciones de vigilancia no despejaba muchos interrogantes, por el contrario: planteaba más preguntas que debería responder en sesiones futuras Tiff Grande, a veinte dólares la pregunta.

—¿Quién es el viejo? —preguntó el sacerdote mientras él y su informador permanecían sentados y aparcados en el mismo callejón sin salida donde se habían presentado formalmente—. Un gordo con una cicatriz en la cara, que siempre camina medio paso por detrás de una anciana bastante encorvada. A él no lo había visto nunca, pero la mujer es de mi parroquia.

—Te refieres a Santo. Lleva la casa de empeños, él y la arpía de su mujer.

—¿Arpía, dices? No debemos de estar hablando de la misma persona. Yo la veo en misa todos los domingos y parece la ancianita más dulce sobre la faz de la Tierra.

A Tiff se le abría la boca con un pronunciado cloqueo siempre que comunicaba algo que él considerara una información particularmente jugosa.

—Sí, bueno, ¿de dónde cojones crees que sacó esa cicatriz el viejo Santo?

El padre Killen silbó, muy impresionado.

—¿Y qué me dices del grandullón mexicano, el que conduce ese Ford negro de cuatro puertas?

El sacerdote ya sabía de antemano que la pregunta se quedaría sin respuesta. Por lo menos ese día. Tiff hacía lo que podía para racionar las respuestas y siempre tenía cuidado de guardarse algo para la siguiente visita. Sabía que se acercaba rápidamente el momento en que se agotaría su reserva más bien exigua de información comercializable.

—No conozco a nadie con ese aspecto —mintió—. Pero no me importa preguntar por ahí. Pásate mañana por la tarde y veremos.

Al padre Killian también se le estaba agotando a marchas forzadas la reserva de paciencia, pero era consciente de que presionar no le iba a servir de nada. Seguía faltando mucho por descubrir, pero a veces el sacerdote apenas se podía contener las ganas de estrangular al travesti con las manos desnudas. Cada vez que resultaba obvio que Tiff le estaba escatimando información él volvía a recurrir a la técnica respiratoria y a las oraciones para controlar su repugnancia y tranquilizarse. A veces le resultaba necesario hurgar todavía más en las profundidades de la caja de herramientas de su instructor de boxeo.

Antes de llegar al seminario de Maynooth para enseñar teología y entrenar al equipo de boxeo, el padre Stephen Walsh había viajado mucho tiempo por Asia en calidad de misionero. En el joven seminarista Pdraig Killen había reconocido un

talento atlético genuino, pero también una veta oscura y peligrosa de cólera que temió, si no se controlaba, que pudiera provocar algún desafortunado accidente, o incluso una tragedia, en el ring. De manera que le enseñó al joven una serie de técnicas que había aprendido de un yogui de un asram de Ceilán, disfrazándolas de recursos para mejorar su rendimiento pugilístico.

—Si te dejas llevar por la ira en el ring, estarás a merced de tu adversario, hijo. ¡Tienes que concentrarte! Encuentra tu centro y espera a que se revelen por sí solas las debilidades de tu oponente. Y luego dedícate a destrozalas una a una.

—De acuerdo, pues —le dijo ahora el sacerdote a Tiff—. ¿Mañana? ¿Un poco más temprano? ¿A las tres, por ejemplo? A las seis tengo catecismo.

En su siguiente encuentro reanudaron la conversación allí donde la habían dejado, mientras bebían un termo de café que el sacerdote había traído junto con el habitual billete de veinte dólares.

—El grandullón se llama Manny. Es un diminutivo de Man-u-el. Manuel Castro, igual que el tío ese de Cuba. Vende jaco, dicen, pero yo en esas cosas no me meto.

—¿Y qué negocios tiene en la pensión? ¿A quién le vende allí?

Tiff negó con la cabeza.

—Antes a Doc, seguro, pero se comenta por ahí que este ya no se coloca. Pero joder, yo no me lo creo ni de coña. Sigue en South Presa y la gente continúa visitándolo en el Rose. A él y a la santera.

—¿La santera? —preguntó esta vez el sacerdote.

—¡La santera! ¡La sacerdotisa vudú! ¡El yuyu! Como lo quieras llamar. —Tiff le hizo un gesto al sacerdote para que se acercara más y cloqueó—. Hay quien dice que esa gente tiene poderes. De curación; ya sabes, imposición de manos y rollos de esos. ¡Bah! ¡A mí no me va a tocar, ya te lo digo!

Al sacerdote se le volvió a acelerar el pulso. ¡Allí estaba! ¡Acaba de encontrar lo que buscaba! Aquel desviado apestaba a ginebra y a cosas peores y le ponía los pelos de punta, pero ahora ya estaba muy cerca.

«¡Coger aire por la boca! ¡Y soltarlo por la nariz!»

—¡Ya lo verá esa tía! —continuó despotricando Tiff—. ¡Algo malo acabará pasando por culpa de tanto mangonear! Y Marge y Dallas...

—¿Marge y...?

—Dallas. Son las que llevan la pensión. Pero yo creo que esa mexicana los tiene a todos embrujados, y que ahora es ella quien corta el bacalao en el Yellow Rose.

—Y esas curaciones de las que me hablas, ¿las has presenciado personalmente? ¿Las has visto con tus propios ojos?

—¿Presenciado? —Tiff calibró la palabra y la enmarcó tal como estaba en una pregunta directa—. Yo no he «presenciado» nada de nada. Ya te lo he dicho, yo no voy nunca a ese sitio.

—¿Nunca has entrado? ¿Ni una sola vez?

—¡Joder, no!

—Y entonces, ¿qué es lo que has oído? Seguro que conoces a alguien...

—Conozco a mucha gente que es blanca y que ha estado en el Yellow Rose por una razón u otra...

Claro. Era una pensión: no se admitía a gente de color.

—... Y esa gente va contando toda clase de historias de curaciones y apariciones y quién sabe qué más; yo personalmente no me lo creo, ¡pero eso no quiere decir que allí no esté pasando nada! —Cuando se le acabó el aliento o la bilis, o ambas cosas, Tiff hizo una pausa lo bastante larga para sacarse del bolso un paquete de Marlboro y ofrecerle uno al sacerdote, que negó con la cabeza pero pulsó el encendedor del salpicadero—. ¡Yo no he visto nada, pero sí te voy a contar lo que sé! —continuó Tiff—. ¡La gente entra ahí hecha polvo y sale curada y caminando tranquilamente demasiado pronto para que sea natural! Por aquí nunca había pasado nada parecido hasta que llegó la chica mexicana esa. —Echó un vistazo rápido por encima de un hombro y luego del otro—. Y te contaré otra cosa. ¡Desde que llegó, hay chicas que entran en esa pensión y después nunca más nadie sabe de ellas!

El sacerdote puso los ojos en blanco y se movió impacientemente en su asiento. No era la primera vez que le oía a la Tiff Grande aquella clase de insinuaciones descabelladas, y la verdad era que no le interesaban.

—Venga ya, Tiff. Te lo he dicho. Llevo semanas vigilando ese sitio.

Tiff se encabritó y aulló.

—¡Pregunta por ahí! ¡Pregunta si alguien ha visto últimamente a Marylou! O a Alice la Gorda. ¿Y dónde cojones se ha metido la Lupe? ¡Porque la muy zorra me debe veinte dólares!

El encendedor saltó haciendo un «ping» sordo y el sacerdote se lo dio a Tiff con una mano temblorosa, quien capturó la muñeca del sacerdote, y se la mantuvo quieta un momento para encenderse el cigarrillo. Dio una calada larga y profunda, y su cabeza desapareció momentáneamente en medio de una nube de humo espeso y gris. Cuando reapareció, a Tiff le caían ni más ni menos que dos lágrimas por las mejillas, y por un momento el padre Killen pensó que la criatura iba a venirse abajo y ponerse a berrear. Sin embargo, se limitó a sorberse la nariz, y el sacerdote estiró el brazo y le ofreció su pañuelo.

—Ten.

Tiff levantó la vista y lo aceptó, se limpió la cara manchada de maquillaje y al final se tapó la nariz con aquella tela cuadrada de algodón recién lavada y se sonó ruidosamente los mocos.

—Gracias —dijo Tiff con una voz que era casi un ronroneo, y le intentó devolver el pañuelo al sacerdote, que negó con la cabeza. Tiff siguió con lo suyo—. Fíjate en

lo jodido que es eso, padre, y perdón por decir palabrotas. ¿Tragarse a las chicas ahí dentro como se las traga ella? ¡Usar a Doc de cebo, eso es lo que hace, porque es el único sitio al que pueden acudir esas chicas cuando tienen problemas!

Al padre Killen se le atragantó el café frío que estaba bebiendo. Igual que siempre que Tiff se ponía a exponer sus teorías personales sobre el Yellow Rose, el sacerdote había desconectado de su explicación... pero ¿qué había querido decir exactamente aquella abominación con lo de los «problemas»?

—¿No estarás diciendo...? —Pero entonces el sacerdote ató cabos, y pronunció el nombre de la bestia—. ¡Doc!

Tiff reaccionó tardíamente.

—¿Cómo? ¡No! ¡No me digas que no te habías... joder, padre! ¡Me imaginaba que ya te habrías enterado, teniendo en cuenta que siempre estás espiando el Yellow Rose!

El sacerdote sintió un mareo. Se había pasado días sentado delante de la pensión, observando las idas y venidas de los condenados. Sabía muy bien que Graciela estaba rodeada de serpientes: ramera, ladrones y desviados. Pero... ¡un abortista!

La Tiff Grande miró cómo la revelación se extendía por todo el rostro del sacerdote.

—¡Mierda! —se quejó—. ¡Ahora me siento un tonto, padre, porque si me hubieras preguntado directamente por ello, la información te hubiera costado otro billete de veinte!

Pero el padre Killen ya no lo escuchaba. Estaba demasiado ocupado en reprenderse a sí mismo. ¡Cómo podía haber sido tan tonto! Se había pasado las noches allí sentado sin hacer nada mientras el peor de todos los pecados, la atrocidad de las atrocidades, imperdonable a los ojos de Dios, se cometía una y otra vez bajo el mismo techo que cobijaba a un milagro viviente. A su milagro...

—¡Joder, padre! ¿Qué pensabas que hacían todas esas chicas, entrando y saliendo todo el tiempo de casa de Doc?

¡Y aquel monstruo lo sabía! ¡Lo había sabido todo el tiempo! «¡Coger aire por la boca, sacarlo por la nariz! ¡Sacarlo por la...! Perdón Señor».

Una tormenta de puños y codos descendió sobre Tiff, un chaparrón de golpes en forma de ráfagas rápidas de cuatro, un-dos-tres, gancho-gancho-gancho, y luego otro gancho salvaje al mentón. Tal como le había enseñado al padre Walsh. Por grande y fuerte que fuera Tiff, no tenía posibilidad alguna de defenderse. Al aterrado chapero le iba la cabeza hacia atrás y hacia delante como si fuera una muñeca de trapo, rebotándole una y otra vez en la ventanilla hasta que el vidrio de seguridad se resquebrajó, cristalizando en forma de un halo de telarañas. Pero la bestia que se había pasado un par de décadas durmiendo dentro del sacerdote todavía no estaba saciada. El padre Killen abrió la portezuela del lado del conductor con un

movimiento de torsión de su ensangrentada mano izquierda y dio la vuelta al coche con un par de zancadas. Tiff se desplomó de espaldas al abrirse de golpe la puerta del pasajero, pero el sacerdote lo cogió antes de que llegara al suelo y lo arrastró doblando la esquina del garaje de bloques de hormigón hasta apoyarlo de pie contra la pared. Un-dos-tres-cuatro, la carnicería se prolongó un cuarto de hora más, y la frecuencia de los golpes era lo único que mantenía a Tiff de pie. Tenía ambos ojos y la nariz inundados de sangre, tragó el aire por la boca mezclado con sangre y lo expulsó con un lamento desgarrador: «¡Ma-a-a-m-á-a-a!», pero otro golpe despiadado lo hizo callar, y entonces se dio cuenta de que el sacerdote tenía intención de matarlo, allí mismo.

Pero no lo hizo.

El castigo se detuvo de repente, y hubo un momento infinitesimal de demora antes de que Tiff se desplomara lentamente y se quedara hecho un amasijo encogido a los pies del padre Killen. El sacerdote se quedó allí un momento jadeando y chupándose la mano derecha ensangrentada, intentando reconciliarse con la escena que tenía delante, pero no lo consiguió. Le gustaría poder decirse a sí mismo que había sufrido un apagón de su conciencia, pero simplemente no era el caso. De hecho, había sido hiperconsciente de sus acciones todo el tiempo; se había deleitado con cada golpe asestado a aquel desviado al que detestaba y se había regodeado al dejar salir la rabia acumulada durante toda una vida. Examinó a su víctima postrada en busca de constantes vitales, pero no hizo gesto alguno de ofrecerle ayuda. Cuando la Tiff Grande gimió por lo bajo y trató en vano de levantar la cabeza, el padre Killen se santiguó, dio media vuelta y corrió hacia su coche.

Hank está sorprendido.

—¿O sea que vuelves a hablarme?

Doc se encoge de hombros.

—Bueno, técnicamente no estoy hablando con nadie. Si te fijas, mis labios no se están moviendo.

—¡Oh! O sea que este es otro de tus sueños chiflados.

—Tal vez, pero no creo. Se me ha ocurrido simplemente que, como yo soy el único que te oye cuando hablas, es posible que tampoco nadie me escuche cuando te diga algo... o algo parecido. En todo caso, que yo sepa, Hank, estoy completamente despierto y sentado en el porche de Marge dándole que te pego a la mecedora y tú estás ahí, apostado en la baranda como un cuervo, igual que siempre.

—Pues claro que sí, Doc. A eso me dedico. A seguirte a todos lados como un puñetero perro. ¡Y ahora además soy un cuervo!

—O un gato.

Hank se baja de un salto de la baranda y sus dos pies aterrizan simultáneamente en el porche sin hacer ruido alguno.

—¿Un qué?

—Un gato. Graciela dice que eres una especie de gato. Ella te ve, ya lo sabes.

Hank camina hasta el final del porche, un paso largo, dos, tres y cuatro, se da la vuelta sobre sus talones e instantáneamente regresa de golpe a su punto de partida.

—Ella siempre me está mirando —dice en tono lastimero—. Muy fijamente. Lo noto. —El fantasma estira el brazo y hunde bien hondo un dedo largo y fino en la madera sólida de roble—. Casi. —Retira la mano de golpe y se pone a sacudirla como si se hubiera hecho daño. Por fin echa a andar otra vez: un, dos, tres, cuatro y ¡zas!—. Y, en fin, si puede verme, ¿cómo es que no me habla?

El médico saca un Camel del paquete dándole golpecitos con el dedo, lo enciende y da una calada profunda.

—Tal vez no te oiga, Hank. Ya sabes, una vez me dijo que tú solamente estabas aquí por mí.

—¡Ja! ¿En serio? Entonces, ¿cómo es que ella me ve?

—No lo sé, Hank. Porque tiene visiones... ve seres... entidades como tú...

—¡Yo no soy ninguna enti-no-sé-cuántos, ni tampoco un gato o un cuervo! ¡Soy el puto Hank Williams, cojones! ¡Un gran cantante, compositor y artista! —Vuelve a dar un paso, dos, tres, cuatro, ¡zas! Uno, dos, tres, cuatro, ¡zas!

Doc asiente con la cabeza para mostrar su acuerdo.

—Sí, ya lo sé. No tiene sentido, ¿verdad? Pero tampoco lo tiene el que yo esté sentado en el porche hablando contigo. Pero es verdad que ella te ve, puedes fiarte de lo que te digo. Ella lo ve todo.

Hank vuelve a apostarse con gesto afligido en la baranda.

—Bueno, por lo menos vuelves a hablarme.

Doc se pone de pie. Se despereza con los brazos extendidos y tuerce la cintura primero a un lado y después al otro.

—Sí, bueno, eso se lo tienes que agradecer a Graciela. Ella dice que tú estás aquí por mí y que yo estoy aquí por ti. Cree que tenemos algo que aprender el uno del otro, o algo así. ¿Qué te parece si damos un paseíllo y «aprendemos» qué se cuece en la taberna?

—¡Marge! —vociferó Doc, y la respuesta le llegó desde las profundidades de la cocina, aunque alta y clara.

—¿Sí, Doc?

—¡Dile a Graciela que me voy un rato a la taberna! ¡Volveré directamente de allí!

Jugaban al dominó de toda la vida, un juego tan simple que hasta resultaba infantil: hacer coincidir las mitades de tus fichas, o marfiles, con las de tu oponente, hasta que a uno de los dos ya no le quedaran fichas o bien no se pudieran poner en la mesa. Pero en la taberna eran adultos quienes lo jugaban y quienes miraban las partidas, y se lo tomaban con total seriedad.

Doc negó con la cabeza mientras sumaba la puntuación y empujaba las fichas que le quedaban de vuelta al centro de la mesa.

—¡Manny, amigo mío, otra jugada como la anterior y tendré que pedirte que te vacíes los bolsillos!

Manny se limitó a sonreír y a gruñir y le mostró un par de puños del tamaño de jamones. Doc eligió el derecho, y Manny abrió la mano para dejar al descubierto una ficha de marfil blanca dividida por la mitad mediante una línea que dejaba tres puntos negros a un lado y cuatro al otro.

—Siete —anunció el hombretón antes de dar un porrazo en toda la mesa con la otra mano y luego apartarla para revelar un seis doble—. Doce, Doc. Me parece que no es tu día.

Después de ganarse el derecho a sacar ficha primero, devolvió las fichas al centro. A continuación Doc las mezcló con un par de movimientos circulares desganados y Manny sacó sus siete fichas y las puso de pie, contemplándolas con la frente arrugada en una sucesión de surcos profundos.

Doc estaba perdiendo interés rápidamente en la contienda. Había visto a Manny tener rachas como aquella demasiadas veces para creer que existía algo, las trampas incluidas, que lo librara de padecer la paliza que estaba recibiendo a manos de aquel

opponente con aspecto de oso. Tal vez Doc habría tenido alguna oportunidad con alguna de las formas más sofisticadas del dominó, las variantes subastadas como la luna o el cuarenta y dos. Pero Manny solo lo hacía al dominó a secas, y únicamente jugaba apostando dinero.

—¿No te olvidas de algo, Doc?

Este fue poniendo muecas de dolor mientras descubría sus fichas una tras otra, levantándolas en una búsqueda inútil del número doble y alto que le hacía falta para empezar la partida.

—No me olvido de nada, hostia, Manny. Supongo que simplemente había dado por sentado que aquí tengo crédito y que podíamos arreglar las cuentas al final, pero ahora que veo cómo va la cosa... —Se reclinó hacia atrás, rezongando y murmurando por lo bajo para exagerar el esfuerzo y finalmente sacó un billete de dólar arrugado, hizo con él una pelota y lo tiró al otro lado de la mesa—. ¡Ahí tienes, Amarillo Slim! No te lo gastes todo de golpe.

—Gracias, Doc. —Manny soltó una risita y alisó el billete contra el borde de la mesa—. Ya sabes, por muy mal que juegues al dominó, sigue sin salirme a cuenta por todo el jaco que solías comprar. Pero todo ayuda, aunque sea poco. —Y abrió la partida con un seis doble.

—¿Cómo va el negocio, Manny?

Al hombretón se le esfumó la sonrisa.

—Pues tirando, Doc. Un trabajo como cualquier otro. Hay pobres desgraciados que vienen todos los días hasta que un día dejan de hacerlo. Si preguntas por ahí, alguien te contará por qué, pero ese alguien no soy yo porque no quiero saberlo. Si los trincan, cumplen su condena y vuelven a la cola el mismo día en que los sueltan. Si... bueno, si les pasa otra cosa, entonces viene otro a ocupar su sitio en la cola. —El hombretón se animó un poco—. Algunos se quitan. Se limpian. Como tú, Doc. Por aquí están pasando cosas raras, eso está claro. —Manny suspiró—. Pero la gente sigue colocándose, todos los días y a todas horas.

Doc se quedó mirando con los ojos entrecerrados el reloj de Pearl Beer que había detrás de la barra.

—Ahora que lo mencionas, Manny, es un poco temprano para que estés sentado aquí sin pegar ni golpe y jugando al dominó. ¿Quién te está vigilando el puesto?

—Ramón.

A Doc se le quedó la boca abierta y el cigarrillo colgando del labio inferior.

—¿Ramón? ¿Ramón el yonqui? ¿Tu sobrino Ramón, el que se larga con el paquete y cuando lo trae de vuelta pesa la mitad?

—Sí —admitió Manny—. Ha estado haciendo de las suyas, pero no coge mucho, por lo menos de momento. Y es de la familia. Para serte sincero, Doc, estoy harto de pasarme el día entero aquí sentado. Me estoy planteando dejarlo.

Doc se recostó hacia atrás como para obtener una mejor perspectiva del grandullón mexicano y se dio cuenta de que lo estaba diciendo en serio.

—Pero ¿qué vas a hacer, Manny? ¿De qué vas a vivir?

Este se encogió de hombros.

—Tengo un poco ahorrado. Lo bastante como para sufragarle a mi madre los frijoles y los cartones del bingo durante el resto de su vida, y la casa también está pagada. A lo mejor me busco un trabajo.

Doc y el resto de espectadores estallaron en risotadas convulsas, largas, estruendosas e incontrolables.

—¿Qué tiene de gracioso? —dijo Manny en tono sulfurado—. ¡Sé hacer cosas! Eh, sé conducir. Podría llevar un camión de dieciocho ruedas. Los camioneros se ganan bien la vida; puedo conseguir una licencia comercial sin problema. No tengo antecedentes por delitos graves ni nada parecido.

Como respondiendo a una señal, la puerta principal se abrió de golpe y Teresa soltó un silbido largo y agudo, con dos dedos de la mano derecha en la boca, y vociferó:

—¡Hugo!

Un puñado de clientes salieron disparados hacia la puerta de atrás y un par más hacia el baño. El detective Hugo Ackerman no hizo caso alguno de ellos y se fue derecho hacia la mesa en la que Doc y Manny estaban sentados con las manos ya levantadas.

—Relajaos, relajaos. Bajad las manos. No he venido por trabajo, Doc. —Volvió a mirar al mexicano—. Bueno, por lo menos no por el mío. Manny, ¿no deberías estar en la calle vendiendo tu veneno? ¿Por qué no sales a dar una vuelta y me dejas charlar un momento con Doc?

El camello esperó a que Doc le diera su aprobación, con un asentimiento apenas perceptible de la cabeza, antes de apartarse de la mesa y echar a andar pesadamente hacia la puerta. Los espectadores restantes despejaron la zona.

El detective Ackerman arrastró la silla de Manny alrededor de la mesa y la plantó en el suelo, perpendicular a la de Doc. La puso del revés, y el asiento de madera crujió cuando se sentó a horcajadas y apoyó los brazos en el respaldo. Después de asegurarse de que no quedaba nadie que pudiera oírlos, se inclinó hacia delante hasta ponerse a pocos centímetros de la oreja de su interlocutor y prácticamente susurró:

—Necesito que me ayudes, Doc.

Este se revolvió en su silla y jugueteó con las fichas de dominó.

—Bueno, no sé exactamente cómo decirte esto, detective, y estoy seguro de que no vas a creerme, pero ya no me chuto nada de jaco, y dudo muchísimo que haya algo que pueda contarte...

Hugo lo interrumpió.

—Ya lo he oído. No me lo creía, pero ahora que me lo dices... Mírame. —Doc se giró hacia él en su silla y el policía frunció los ojos y lo miró fijamente; primero le observó un ojo y después el otro—. Pero no me refería a eso. No me hace falta que me digas nada. Lo que necesito son... tus servicios.

Un rápido examen de tálamo del rostro de Hugo no detectó ninguna señal de farol, a menos que esta fuera aquella honestidad que Doc estaba viendo ahora por primera vez en aquella cara.

—Bueno, pues muy bien... —Doc echó un vistazo por encima de un hombro y después del otro—. Así pues, tienes a alguien en apuros. —Aquello era interesante, pensó Doc. ¡El policía acababa de ruborizarse!

—Bueno, ejem, hay alguien en apuros, es verdad, pero tú puedes ayudarme, ¿verdad, Doc? La gente de por aquí dice que se te da de maravilla... lo que sea que haces. He estado preguntando, y todo el mundo piensa que cualquiera, o sea, cualquier chica en apuros está en buenas manos si acude a ti en busca de ayuda, o sea, si es eso lo que necesita. —Ahora Hugo estaba escrutando la cara de Doc en busca de respuestas.

—Tal vez pueda ayudarte —dijo Doc—. Y a tu amiga, aunque obviamente tendría que examinarla. ¿Tienes alguna idea de cuánto...?

—De seis semanas. Exactamente.

A Doc le resultó un poco desconcertante lo seguro que estaba el policía.

—¿De seis? Vaya, pues eso es bueno. Cuanto más pronto, mejor. Por supuesto, está la cuestión de mis honorarios.

—Sí. —Hugo asintió con la cabeza—. Tengo entendido que la tarifa son cien pavos. Tu acuerdo conmigo ha sido siempre de cincuenta semanales, pero estoy dispuesto a suspender tus pagos hasta que...

Pero Doc ya estaba negando con la cabeza.

—No.

Hugo levantó las manos, con las palmas hacia arriba, sinceramente sorprendido.

—¡N-no lo entiendo!

—En metálico. Cincuenta ahora. Y cincuenta al terminar la intervención. Igual que todo el mundo.

—Pero...

—Pero nada. Como te he dicho, ya no me chuto, con lo cual tampoco necesito ya ninguna, ejem, protección de tus intrusiones en mi vida personal. Sí, podrías ponerme algo en mi habitación para inculparme, pero no lo harás porque si estoy en la trena no podría ayudarte con tu pequeño problema. En lo que respecta a mis actividades profesionales, ya no estás en situación de señalarme con el dedo. Afrontémoslo, Hugo, no tienes demasiadas alternativas. Si fueras uno de esos millonetas de Alamo Heights las cosas serían distintas, pero la verdad es que cuando un currante normal y

corriente como tú deja preñada a su novieta, yo soy la única opción viable. Después de mí, lo único que encontrarás ahí fuera es a algún carnicero con una percha de alambre o con una bolsa de lavativa llena de lejía. Una vez dicho esto, estoy encantado de ayudaros a ti y a tu amiga, pero dormiré mejor si efectuamos esta transacción en metálico, de mi mano a la tuya. De esa manera se evitan confusiones.

Hugo permaneció un momento con la cabeza inclinada. A continuación se metió la mano en el bolsillo, sacó un pequeño fajo de billetes y contó dos de veinte y uno de diez.

Doc los recogió de la mesa y se los metió en la cinta del sombrero.

—A las siete en punto en el Yellow Rose. Trae el resto del dinero.

El detective Ackerman se puso de pie y salió del bar sin decir palabra. Manny y los demás jugadores de dominó emigraron de vuelta a la mesa. Doc le echó un vistazo al reloj del bar y decidió que había tiempo suficiente por lo menos para un par de manos antes de que tuviera que volver al tajo, pero sabía que a Graciela le gustaba que la avisaran con un poco de antelación antes de que llegara una paciente. Examinó el local en busca de un candidato apto para llevarle el mensaje. El hecho de no meterse hasta el último centavo que ganabas por la vena le permitía a uno ciertos lujos.

—¡Preciosa!

La flaca prostituta hizo girar su taburete de la barra para mirar la mesa del dominó.

—¿Sí, Doc?

—¿Te parece que podrías asomar la cabeza un momento por la pensión y decirles a Marge y a Graciela que esperamos compañía hacia las siete? —Sostuvo en alto un billete de diez dólares pulcramente doblado.

—Lo hago encantada, Doc; puedes quedarte el dinero, cielo. De todas maneras tengo que pasar por allí de camino a casa.

—¡No entiendo nada! —masculló Doc, negando con la cabeza y guardándose el billete en el bolsillo.

Manny soltó un gruñido.

—¡Ya te lo dije, Doc! Por aquí están pasando cosas raras.

Graciela repasó su lista mental, tachando algunos artículos cuyo nombre recordaba en castellano y otros en inglés, puesto que no conocía las palabras castellanas para decir «hemostato», o sin ir más lejos...

—Estetoscopio, estetoscopio, estetoscopio —repitió en voz baja, en un intento de mantener la concentración mientras Marge le gritaba desde abajo.

—¡Graciela! ¿Dónde estás, chica?

Formaba parte de la naturaleza de Marge el hacerse la enfadada. Normalmente

hacía todo lo que le pedías, dentro de lo razonable, pero se reservaba el derecho a despotricar, por lo menos para sí misma.

Las escaleras del piso de arriba retumbaron suavemente y por fin unos pies descalzos pisaron el suelo de linóleo mientras una sonriente Graciela se plantaba en el umbral de la cocina mientras recuperaba el aliento.

—¿Sí?

Marge cloqueó y carraspeó ruidosamente y miró por encima de su hombro. Seguía sin estar segura de qué pensar de la chica mexicana y de los extraños acontecimientos que parecían seguirla a todas partes.

—¡La vas a cagar y te vas a romper el cuello como una estúpida si no paras de bajar saltando por las escaleras de esa manera! —Se quitó el delantal sacándose lo por la cabeza y lo colgó del clavo que había en la pared junto a la cocina—. Me voy a recoger a Dallas; supongo que cenaremos comida mexicana en el Mi Tierra aprovechando que estamos en el centro.

—Muy bien, Marge.

Normalmente ella le habría ayudado a prepararlo todo para la llegada de una clienta, pero aquella noche Doc y Graciela iban a estar solos. La chica de Marge, Dallas, salía aquella tarde de la cárcel. La habían cogido en una redada de antivicio mientras volvía a casa de comprar en la tienda una noche del mes pasado, cuando no hacía más que bambolearse inocentemente por Presa Street con la bolsa de la compra en el costado. No podía evitar llamar la atención, pensaba Marge, simplemente caminaba de aquella manera. Pero resultó que Dallas tenía una orden de busca y captura pendiente desde hacía un año y medio. Y cuando le habían dado a elegir entre una multa más seis meses de condicional o treinta días en la cárcel del condado de Bexas, Dallas había optado jovialmente por cumplir la pena y salir con el expediente limpio. Marge había negado con la cabeza, había escupido en el suelo y había proclamado:

—¡Juro por Dios que por aquí todo el mundo está perdiendo la chaveta!

Pero ahora que soltaban a Dallas, Marge había fregado los suelos y limpiado las ventanas y se estaba preparando para coger el autobús que iba de South Presa al centro y esperar a que su cielito saliera por la puerta de la cárcel.

Graciela ya hablaba inglés casi sin acento, excepto cierto deje sureño de antes de la guerra de Doc.

—¡Dale un beso de mi parte a Dallas, Marge!

El comentario provocó una mirada de reojo de esta que Graciela no llegó a ver. La puerta mosquitera se cerró de golpe y la joven mexicana se quedó a solas.

Ella disfrutaba mucho de los escasos momentos de soledad que le concedía su vida en el Yellow Rose. Tanto Doc como Marge y Dallas, y hasta Helen-Anne, pululaban constantemente en torno a Graciela como halcones defendiendo a un

polluelo. Cuando venía de visita, Manny se mostraba exactamente igual de sobreprotector. Hoy, sin embargo, se había quedado sola. No había huéspedes ni pacientes.

No había peregrinos.

El rumor se había propagado y ya llevaban semanas viniendo, no en hordas, sino mayoritariamente solos y como mucho en grupitos de dos o tres. La mayoría eran chicas de la calle adictas a la heroína. Primero preguntaban por la chica mexicana y luego ya lo hacían directamente por Graciela. Habían oído que si realmente querían podían recuperar la esperanza de volver a empezar en la vida, y que ella ni rechazaba ni decepcionaba a nadie.

Pero aquel día todo estaba tranquilo y Graciela calculaba que tenía un par de horas antes de que Doc llegara para lavarse de cara a la intervención. Cerró los ojos e inhaló el silencio. Cuando soltó el aire, el polvo que había revuelto bailó bajo una columna de luz del sol, y a ella le recordó a estar tumbada sobre una manta mirando las estrellas fugaces con su abuelo cuando todavía vivía en Dolores. Muy lejos de allí y hacía mucho tiempo. Ella suspiró. Todavía más lejos desde la muerte de su abuelo.

Llevaba desde su llegada a South Presa sin recibir noticia alguna de su familia, y eso que ya hacía más de un año que estaba allí. Ni siquiera tenía la seguridad de que su madre estuviera viva. Para sus adentros, sin embargo, no le cabía duda de que su abuelo había fallecido en abril.

Graciela se había despertado en plena noche llamándolo. Cuando Doc también lo hizo y le preguntó qué pasaba, ella le dijo que estaba segura de que su abuelo acababa de morir. Lo que no le contó fue que este había acudido a ella, o por lo menos sus palabras lo habían hecho, en boca de un espíritu-jaguar. Ella no se lo preguntó, pero supo que ya no volvería a verlo con su forma humana, ni en este mundo ni en ningún otro. Ahora, a todos los efectos, Doc era la única familia que le quedaba en el mundo y el Yellow Rose era su hogar.

Y ahora tenía su casa para ella sola, o sea que no había tiempo que perder.

Lo que ejecutó era como una danza sin ritmo, deliberada y lenta. Se desplazaba de una habitación a otra, trazando tenues arabescos en el polvo del suelo. Examinaba las sombras, olisqueaba el aire y escuchaba dentro y fuera, en busca de cualquier debilidad en su propia obra, en las defensas que mantenía alrededor de la casa y de cualquiera que entrara. Quemaba salvia para repeler la malicia y escondía virutas de madera de cedro bajo las camas como amuleto contra las pesadillas. Encendía velas en honor de los santos y de los espíritus animales por igual. Su abuelo le había dicho: «En este mundo no hay espíritus malignos, hija, solo gente que no escucha lo que Dios le está intentando decir». Graciela rezaba por aquella clase de gente. Invocaba a los espíritus para que los protegieran de sí mismos. Y no rezaba únicamente por Doc, Dallas y Manny. Claro que seguía mencionándolos, pero cada día necesitaban menos

de sus oraciones. Ella concentraba sus intercesiones en Marge, en Helen-Anne y en aquel novio/chulo que tenía, Wayman. Incluso rezaba por las almas de Jack Ruby y Lee Harvey Oswald, y cada vez que lo hacía la sangre le manaba a raudales de la herida de la muñeca y el vendaje se le empapaba.

«¡Pum! ¡Plaf! ¡Pum! ¡Plaf! ¡Pum! ¡Plaf!».

No fallaba. Alguien estaba llamando a la puerta mosquitera de abajo. Ella suspiró, pero sabía que estaba sola en casa y que si no contestaba ella, no lo iba a hacer nadie.

Bajó las escaleras con cuidado de no hacer ruido, pero antes de llegar al rellano, desde donde podía divisar quién estaba en la puerta, algo sin nombre le habló en voz baja al oído. Era una voz más suave pero más creíble que la que había usado Marge al regañarla por bajar corriendo las escaleras, y ella se detuvo y se asomó por el recodo de estas para mirar por debajo de la baranda. Al otro lado de la tela mosquitera se veía la silueta de un hombre con traje oscuro. Cuando el hombre se inclinó hacia delante para volver a llamar, Graciela vio sus rasgos con nitidez y ahogó una exclamación al reconocer al pastor de la iglesia de la misión. En el año aproximado que Graciela llevaba viviendo en el Yellow Rose, ningún miembro del clero los había visitado nunca.

El joven sacerdote se protegió los ojos del sol y se asomó a la penumbra de donde procedía el ruidito.

—¿Hay alguien en casa?

Graciela bajó un par de peldaños en dirección a la luz.

—¡Vaya, hola! —empezó a decir, y luego cambió al castellano—. Ejem, buenos días, señorita.

Principalmente por orgullo, ella respondió en inglés, pero se arrepintió casi de inmediato.

—¿Puedo ayudarle en algo? Estaba trabajando. Limpiando arriba, y no lo he oído llamar, padre...

Pasaron varios segundos antes de que el sacerdote comprendiera que Graciela no estaba cantando sino hablando.

—Killen. ¡Sí! Tu inglés, ejem, es muy bueno... Sí, soy el padre Killen. De la iglesia de la misión. —Señaló vagamente hacia atrás y luego escondió la mano derecha vendada con gesto cohibido. Su instinto fue correcto, pero llegó demasiado tarde. Graciela le había visto el vendaje de inmediato—. Pasaba por el vecindario y, en fin... —Se acercó más a la puerta mosquitera y luego se apartó. La chica todavía no había ni parpadeado—. Me pregunto si me dejarías pasar un momento... Es un poco raro estar aquí plantado como si estuviera vendiendo algo, ya me entiendes. Y no soy...

La voz que le hablaba a Graciela en el oído no le había dado permiso para dejar que el sacerdote cruzara el umbral.

—Puedo salir yo —le ofreció ella, y cuando abrió la puerta mosquitera, el sacerdote se fijó en el vendaje de ella, que estaba manchado de sangre fresca de color rojo intenso.

—Bueno, pues vale. Te lo agradezco... ¿Te encuentras bien?

—No es nada. Sangro demasiado —le explicó ella—. No me duele.

El padre Killen retrocedió un par de pasos largos, el doble de la distancia necesaria para permitir que la puerta se abriera. Después retrocedió otro paso tambaleante cuando la puerta mosquitera se hizo a un lado como si fuera un velo galvanizado para revelar que Graciela tenía una cara digna de un ángel, llena al mismo tiempo de una inocencia y de una experiencia que lo contemplaban a través de unos ojos negros que no parpadeaban y que parecían estar calibrando sus intenciones. Pese a todo, él mintió sin vacilar cuando ella le preguntó por su herida.

—Un accidente —dijo—, de jardinería. Yo... bueno, no tuve demasiado cuidado. Es molesto, pero no duele. —Como si quisiera corroborar su historia, le ofreció a Graciela la mano herida a modo de saludo—. Bueno, me alegro mucho de conocerte —dijo. Graciela se la estrechó un momento antes de soltarla, como si quemara, pero el sacerdote estaba tan hipnotizado que no se dio cuenta y continuó parloteando nerviosamente. De cerca era todavía más hermosa de lo que se había imaginado. Descubrió que solamente podía mirarla a los ojos unos pocos segundos cada vez. De tanto en tanto apartaba la mirada para evitar ahogarse en su propio encaprichamiento, a continuación volvía a fijarse en ello y se quedaba extasiado de nuevo. Le llegaban las palabras, pero casi al azar, y se sorprendió a sí mismo anticipando nerviosamente los finales de sus propias frases—. Como he dicho, pasaba por el vecindario, y siempre me ha producido mucha curiosidad este antiguo caserón. Paso por delante casi todos los días y... bueno, ¿eres la propietaria?

Graciela sonrió al oír la absurda sugerencia, y el corazón del padre Killen estuvo a punto de pararse.

—No, padre. Es una pensión. Yo tengo alquilada una habitación.

—¡Ah, bueno, claro! Hay un letrero en el jardín. Qué tonto soy. Oh, lo siento, ¿me he presentado ya? —Antes de que Graciela pudiera recordarle que sí lo había hecho, él continuó—. Empecemos de cero, ¿vale? Soy el padre Padraig Killen de la iglesia de la misión, ¿y tú eres...? —Volvió a ofrecerle la mano vendada pero esta vez la joven ignoró el gesto.

—Graciela.

—¡Graciela! —dijo él, pronunciando el nombre correctamente—. Qué nombre tan bonito ¿Te llaman también Grace?

—No.

—Bueno, es justo. Es un nombre precioso. Supongo que es tu nombre de pila, ¿no? ¿Estás bautizada por la Iglesia católica?

—Sí, padre.

—¿Y confirmada?

—Sí, padre. A los siete años.

—¿Y cuánto tiempo llevas viviendo aquí? En la parroquia, quiero decir.

Graciela no contestó, y el pánico asaltó en silencio al sacerdote. Llevaba semanas buscando a aquella chica y sabía perfectamente lo fácil que le resultaría a ella esfumarse sin más por las calles si él la dejaba escapar. Si no conseguía que ella siguiera hablando, era una simple cuestión de tiempo que le cerrara la puerta en las narices.

—Y entonces, ¿cómo es que nunca has venido a misa?

Graciela volvió a sonreír, aunque ya había decidido que había algo en aquel sacerdote que no le gustaba.

—Perdone, padre, pero sí que he ido.

Era cierto que Graciela asistía a la misa de la iglesia de la misión de vez en cuando, pero no le sorprendió que su sacerdote nunca la hubiera visto. Ir y venir sin llamar la atención formaba parte integral de su don.

Como es natural, había sido su abuelo el primero en reconocer que los espíritus de todas clases se sentían atraídos por Graciela como las polillas por el fuego, y que ella poseía la rara habilidad de verlos y oírlos a todos. Ese mismo faro interior atraía también la atención de los humanos, y su abuelo le había dicho que si quería un poco de paz en el mundo, tendría que aprender a evitar que se fijaran en ella cuando no quería ser vista. Era una simple cuestión de atenuar aquella luz interior, le explicó.

Graciela dio un paso adelante y el sacerdote se volvió a apartar, alegremente inconsciente del hecho de que solo lo separaban unos centímetros de una tremenda caída de espaldas por la escalera.

—Lo siento, padre —empezó a decir la chica, retorciéndose las manos con gesto nervioso y con la mirada gacha mientras apoyaba su peso primero en un pie y después en el otro—. Sé que tendría que ir más a misa, pero trabajo algunos domingos y la mayoría de los sábados; por eso llevo tanto tiempo sin ir a confesarme.

El sacerdote bajó la vista para mirar la figura menuda que tenía delante, con el pelo colgándole lacio, el vestido arrugado y sucio, y los pies descalzos cubiertos de tierra amarilla apelmazada. El rostro que le había parecido tan hermoso un momento atrás ahora daba la impresión de ser bastante vulgar, y en cuanto la chica empezó a excusarse para justificar su falta de devoción, dejó de haber música alguna en su voz. Hasta el vendaje de su muñeca perdió el color, pasando del rojo flamígero al marrón apagado y luego al blanco sucio bajo la luz del día agonizante, y también se esfumó el convencimiento que había tenido el sacerdote de que se encontraba en presencia de algo remotamente milagroso. La chica siguió parlotando durante un tiempo indeterminado, respondiendo a las preguntas que él le planteaba sin llegar realmente a

contestarlas, hasta que el sacerdote, incapaz de recordar ya por qué le había parecido tan urgente su misión de aquel día, sacó su tarjeta de visita y se la ofreció a Graciela.

—Bueno, pues tendremos que mejorar nuestros intentos de ir a misa, ¿no?

La chica no dio más respuesta que cambiar nerviosamente la posición de sus pies.

—Muy bien. Te estaré esperando por allí y, por supuesto, no hace falta que esperes a que sea sábado o domingo. Ya sabes dónde estoy, de manera que pásate a visitarme cuando te apetezca. Mi puerta siempre está abierta.

Graciela ni siquiera miró la tarjeta. Volvió adentro y la puerta mosquitera traqueteó cuando la pesada puerta de roble se cerró en las narices del padre Killen.

De alguna manera el sacerdote se las apañó para bajar la escalera y regresar a su coche, aunque más adelante lo único que recordaría sería que se había encontrado a sí mismo sentado al volante y conduciendo por aquella catástrofe moral que era la avenida, a través de la densa neblina que había descendido sobre South Presa. Pasó por delante de la taberna y de la casa de empeños, sin prestar atención alguna a las putas de la esquina ni a los yonquis que hacían cola detrás de la licorería. Algunas de las chicas reconocieron el coche familiar; se comentaba que hacía tiempo que nadie veía a la Tiff Grande, de manera que tal vez su cliente especial ya era del dominio público. Pero el sacerdote ni siquiera aminoró la marcha. En cuanto cruzara la avenida Roosevelt ya podría fingir fácilmente que no había oído hablar jamás de ninguna chica llamada Graciela, y hasta estaba empezando a desear que fuera cierto. Estaba avergonzado. Llevaba semanas persiguiendo humo, de una punta del infierno en la tierra a la otra, fiándose de un puñado de degenerados desconocidos. ¿Y para qué? No era más que una chica. Una joven mexicana normal y corriente. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Golpeó lo más fuerte que pudo al salpicadero con su puño vendado.

Y no le dolió. Ni un poco. Giró de golpe el volante a la derecha y pisó bruscamente el freno, soltando un fuerte gruñido mientras el Ford se detenía con una sacudida. Levantó la mano para que el mugriento vendaje quedara bajo la luz y reparó en una mancha de color rojo intenso, pero supo de inmediato que aquella sangre no era suya y el corazón empezó a latirle con fuerza. Desenrolló frenéticamente el vendaje y movió la mano de adelante hacia atrás y otra vez en dirección contraria. Abrió la portezuela con el hombro, activando la luz del techo, y repitió el examen de la mano que Graciela le había tocado, pero no había nada que ver. Ni una costra. Ni una cicatriz. Ni rastro.

Graciela subió apresuradamente las escaleras. Sabía que el camuflaje que había invocado era temporal y permeable, y que era una simple cuestión de tiempo que aquel sacerdote regresara.

En una cesta debajo de la cama encontró un frasco de conservas lleno de

milagros, diminutos y relucientes amuletos de plomo. Los desparramó sobre su cama y eligió cuatro.

Los Ojos de Santa Lucía. La santa condenada a ser deshonrada en un burdel y a continuación cegada y martirizada cuando sus acusadores descubrieron que no podían llevarla hasta allí.

El Hombre que Rezaba. Se lo había dado su abuelo para que la sabiduría y el conocimiento del viejo curandero fluyera a través de ella.

El Sagrado Corazón de la Santa Virgen. En honor a su devota madre, que rezaba el rosario todos los días de su vida sin esperar nada a cambio.

La Casa. Para proteger el Yellow Rose y a todo el que trabajaba bajo su techo.

Los sujetó con alfileres a una gruesa vela de color blanco; a continuación la encendió y la inclinó en varios ángulos para alimentar la llama y asegurarse de que fuera lo bastante alargada y luminosa; por fin la clavó en un charco de cera derretida en un platillo que instaló en la repisa de la ventana, para que se viera desde la calle.

Eligió las hierbas necesarias para ayudar a repeler el ataque que estaba a punto de iniciarse: manzanilla, verbena y más salvia. Mientras el agua hervía sobre el fogón, las aplastó con las yemas de los dedos, echando algún que otro vistazo por la ventana para examinar la calle.

No se veía al sacerdote por ningún lado. Pero regresaría; si no hoy, mañana o pasado mañana. Pero estaba claro que volvería. A Graciela no le cabía duda alguna. Había conocido a otro religioso que producía la misma sensación.

En Dolores, el padre Gutiérrez, el viejo cura de la parroquia que la había bautizado a ella y a todos sus hermanos se había muerto de repente, sin haber pasado ni un día enfermo hasta los ochenta y largos años. Simplemente se había ido a dormir al final de un día duro, como tantos, de servicio a su grey y ya no se había despertado en este mundo. Hasta el abuelo de Graciela asistió a la misa funeraria del viejo cura; al acabarse, ella se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que veía al viejo dentro de una iglesia, de manera que le preguntó por qué.

—Hay algunas de esas... —respiró hondo mientras elegía la palabra apropiada— mujeres... que no están cómodas compartiendo a su Dios con un viejo curandero como yo. Por lo menos hasta que tienen un forúnculo en la espalda o un marido que las engaña. Entonces sí que vienen a verme, después de que anochezca, cuando creen que no las ve nadie. —Le guiñó un ojo a Graciela, le dio un codazo juguetón y puso los ojos en blanco—. ¡Pero yo creo que Él lo sabe! —El anciano dobló un dedo y lo usó para hacer un gesto a Graciela y que esta se acercara lo bastante para oír sus susurros—. Hasta el mismo padre Gutiérrez me visitaba alguna vez, cuando la espalda le daba guerra.

El sustituto del viejo cura, el padre Contreras, aunque tenía cincuenta años menos y era supuestamente más progresista, no era ni mucho menos tan abierto de miras en

lo tocante a cuestiones espirituales. Su abuelo lo llamaba despectivamente «sacerdote mundano», un hombre más preocupado por el canon que por el credo, aunque inofensivo. Por su parte, el nuevo pastor, después de hacer un sondeo de la rumorología local, no tardó ni un minuto en concentrar su atención en la ocupación del viejo. Pronunciaba un sermón tras otro sobre las maldades de la superstición y sobre la práctica de toda clase de ritos y rituales impíos, sin importar cuán mundanos fueran.

—Satanás —declamaba el nuevo cura— es sutil y astuto, y se presenta ante nosotros camuflado con un velo de familiaridad.

Por supuesto, el nuevo cura no veía engaño alguno en la práctica establecida mucho tiempo atrás de adaptar la tradición y la mitología indígenas siempre que había almas en juego. Hasta tenía su propia versión del relato de la Llorona donde ponía, estaba claro, el punto de mira en las jovencitas de su congregación, y cada vez que el sacerdote predicaba sobre la castidad o la santidad de la vida, las hermanas mayores de Graciela se quedaban mirando el suelo y manoseaban sus rosarios.

Pero ella, ya desde muy temprana edad, reconocía la hipocresía en cuanto la veía, y siempre que le resultaba posible evitaba al padre Contreras. Pese a todo, él la arrinconaba a la menor oportunidad y la sometía a largas baterías de preguntas sobre su abuelo y sobre quién entraba y salía de la casa familiar; en especial sobre quién lo hacía después del anochecer. ¿Por qué no iba nunca su abuelo a misa? Graciela contestaba a sus preguntas con vaguedad o directamente no respondía. Un día el sacerdote, frustrado, perdió los nervios. Graciela iba a acabar con su abuelo en el infierno si no se andaba con cuidado, la avisó aquel fanático, y sus largas uñas dejaron una marca en el brazo de ella cuando por fin se lo consiguió sacar de encima y escapar corriendo. Después de aquel día nunca más pisó la pequeña iglesia. Cogía el autobús hasta San Miguel Allende para tomar la comunión y confesarse.

«¡Pum! ¡Plaf! ¡Pum! ¡Plaf! ¡Pum! ¡Plaf!».

—¡Marge! ¡Abre la maldita puerta!

Era Doc. Graciela echó las hierbas dentro del agua e inhaló la nube de vapor que se elevó con una sola respiración larga y profunda antes de bajar corriendo las escaleras.

«¡Pum! ¡Plaf! ¡Pum! ¡Plaf! ¡Pum! ¡Plaf!».

—¡Maldita sea, Marge! ¡Viene una clienta!

Estaba a punto de rasgar la tela mosquitera cuando Graciela le abrió la puerta.

—¡Marge no está! —dijo ella, jadeando—. Se ha ido a recoger a Dallas a la «carcel». Pero, Doc...

—Marge no está —la corrigió él—. Y se dice cárcel. Con acento en la «a», hija, no en la «e». —Así era como Graciela había aprendido a hablar inglés: gracias a que Doc corregía pacientemente sus errores, de modo que Graciela no se tomaba mal sus

correcciones. Pero ahora no era el momento de impartir una lección de inglés.

—¡Doc, ha venido un cura!

—¿Un cura?

—¡Un cura malo!

—¿De qué carajo estás hablando?

—¡Se ha puesto a hacer un montón de preguntas!

—¿Aquí? ¿Esta tarde?

—¡Ahora mismo! —La chica asintió con la cabeza y lo siguió a la cocina y de vuelta, retorciéndose las manos y mordiéndose el labio.

Doc salió al porche y miró la luz crepuscular con los ojos entrecerrados.

—Bueno, ya se ha ido. Trae sábanas y toallas, cariño, y hiérveme agua, ¿quieres? Tenemos una chica en apuros que viene hacia aquí.

Graciela se rindió. Sabía que no tenía tiempo para lograr que Doc lo entendiera, sobre todo cuando ni siquiera ella misma estaba segura de por qué la inquietaba tanto aquel sacerdote. Meció la cabeza para manifestar su asentimiento y su resignación y desapareció apresuradamente. Se volvió a materializar un instante más tarde, cargada de ropa de cama, y bajó la escalera con una serie de brincos casi silenciosos. Tiró las hierbas ya hervidas al cubo de la basura y rellenó la olla de agua antes de volver a ponerla en el fogón. En una caja que había encima de una estantería de fabricación casera, encontró un encendedor Zippo y una vela larga y fina de color rojo sin usar. La encendió y completó su ronda por los altares de las cuatro esquinas de la habitación. Luego se cambió el vendaje ensangrentado de la muñeca por una doble capa de vendas limpias y esparadrapo médico de color blanco; bajó deslizándose por la escalera y, por segunda vez en lo que iba de día, se detuvo en seco ante la aparición de un hombre que oscurecía la puerta mosquitera.

—¡Doc! —chilló—. ¡Es la policía!

Él apareció detrás de la joven.

—No pasa nada, cariño —aseguró él—. El detective Ackerman viene acompañando a nuestra paciente. Entra, Hugo. Está abierto.

El poli era tan enorme que tuvo que ponerse de lado para pasar por la puerta. Se adentró un solo paso y se detuvo, eclipsando la luz del porche. Doc jamás había visto al policía actuar de aquella manera, moviéndose en el porche con esa inquietud, manoseando su sombrero hasta que Doc llegó al pie de las escaleras y le ofreció la mano.

—¿Estás solo? ¿Dónde está tu amiga, Hugo?

Al principio a Doc le pareció que el detective se ruborizaba. Tenía las orejas y las mejillas bordeadas de un color rojo brillante, y le salían gotas de sudor de todos y cada uno de los poros de la cara. Tenía una expresión angustiada, como si estuviera intentando a la desesperada componer alguna frase adecuada y fracasara

estrepitosamente en el intento. Doc se tomó un momento para evaluar la situación. Ahora que se fijaba mejor, era muy posible que Hugo estuviera avergonzado, pero también estaba irritado; a continuación se apartó con movimientos rígidos y alguien que estaba detrás de él se puso a su lado, sin abandonar el resguardo de su enorme corpachón. Hugo llevó el brazo hacia atrás para dar un tirón suave de un brazo flaco y una chica joven, muy, muy joven, con los ojos inundados de lágrimas, se asomó para mirar a Doc y a Graciela.

—Ven aquí, cielo. Este hombre es médico. Te va a ayudar.

Dio otro tirón y la chica salió al descubierto, retorciéndose en su presa suave pero firme y tapándose la cara lo mejor que podía con una sola mano.

Antes de que Doc hubiera abierto del todo la puerta, Graciela ya había pasado volando a su lado y estaba de rodillas abrazando a la diminuta figura.

—¡Dios mío, Hugo! ¿Qué edad tiene esta niña?

Se oyó una inhalación brusca, deliberada y amenazante, seguida de una exhalación larga y lenta mientras el enorme poli contestaba con palabras cuidadosamente medidas.

—El bebé no es mío, si es eso lo que estás pensando.

La chica se soltó de Graciela, haciendo una mueca de horror al comprender lo que se estaba sugiriendo, y se retiró a su refugio detrás de Hugo. Ahora el policía tenía las mejillas y las orejas rojas como tomates.

—No sé quién es el padre y ella no quiere decírmelo. —Bajó una rodilla hasta el suelo y volvió a traer a la chica delante de él. Después de abrazarla y de susurrarle algo al oído, la hizo darse la vuelta despacio.

—Pero la respuesta a tu primera pregunta es que tiene catorce años. Se llama Elaine y es mi hija.

Desde la baranda donde está apostado, Hank contempla el porche de la pensión mientras Doc se deja caer con expresión fatigada en la mecedora y se enciende un cigarrillo. Una voluta de color blanco opaco fluye desde los orificios nasales del médico hasta las comisuras de su boca, y a continuación vuelve a entrar y a salir, sin disminuir prácticamente en absoluto mientras él sostiene un cigarrillo que va desapareciendo rápidamente entre los dedos ensangrentados.

—Tendrías que lavarte eso —señala Hank.

Doc deja caer la mano durante el tiempo suficiente para echarle un vistazo, por delante y por detrás.

—Estás de broma, ¿verdad?

—¡Joder, no, no he hablado más en serio en mi vida! —El fantasma echa un vistazo por encima de uno de sus hombros y luego del otro antes de posarse en el porche—. ¡Puede haber alguien mirando!

—¡Oh, claro! —Doc suelta una risita—. Siempre hay alguien mirando, es cierto.

—¡Me refiero a alguien como la ley!

Doc da otra calada profunda y suelta el humo.

—La ley se acaba de marchar de aquí, Hank, después de ser cómplice e instigadora de un crimen contra el pueblo de Texas y Dios Todopoderoso. Creo que esta noche ya no tenemos que preocuparnos por la poli. —Doc inclina la cabeza mientras se pregunta por la motivación del fantasma—. ¿Y a ti qué más te da, de todas maneras?

La puerta mosquitera se abre y da la impresión de que Graciela y el fantasma han estado pensando lo mismo: ella viene con una palangana llena de agua templada con jabón. Saluda con la cabeza al espíritu felino de la onza.

—¡Cuéntaselo! —dice entre dientes el espíritu, con todos los pelos del lomo erizados. Pero Doc no oye a la versión felina del espíritu, y Graciela no le hace caso; se arrodilla delante de Doc y se queda a la espera. Ni ella ni el fantasma se inmutan cuando el médico tira su cigarrillo por encima de las cabezas de ambos y ofrece su mano ensangrentada.

Graciela escurrió el trapo y lo pasó amablemente hasta por el último pliegue y grieta de los dedos parduzcos de Doc, buscando a tientas todos los restos ocultos de culpa y extrayéndolos por medio de una presión suave pero firme y de oraciones susurradas en nahuatl. Estaba convencida de que era su vocación, purgar los residuos de muerte de la piel de Doc, aunque no se hacía ilusiones de poder ofrecerle nada parecido a la absolución. Ella creía que iban a pagar un precio por todo aquello. Tal vez Doc ya llevara mucho tiempo haciéndolo y ella en cambio acabara de empezar. Una parte de ella, tal vez la más mundana, la parte que aspiraba a tener la constancia de su abuelo, creía que al limpiar bien las manos de Doc estaba contribuyendo a impedir cualquier atrofia retributiva que los poderes le infligieran. Una cosa estaba clara: Graciela compartía cualquier deuda que hubiera contraído por la muerte de su propia criatura no nata a partes iguales con Doc, y tanto ella como el médico cargarían con aquella mancha compartida durante el resto de sus días y nada conseguiría lavársela.

Ahora luchó consigo misma por reconciliar sus sentimientos en castellano con un arsenal insuficiente de palabras en inglés. Ambos habían adoptado la costumbre no hablar en aquellos momentos, pero ella seguía notando el olor a malevolencia que el encuentro de aquella tarde con el sacerdote había dejado flotando en el aire.

La onza/Hank insiste:

—¡Cuéntaselo, maldita sea! ¡Cuéntale lo del cura!

—Doc, tenemos que hablar... —empieza a decir ella.

Los neumáticos rechinan en la grava. Un V-8 ronronea y traquetea hasta detenerse. Los faros largos cortan por la mitad al gato/Hank y ciegan a Doc, al mismo tiempo que rodean de luz la cabeza de Graciela.

El viejo caserón tembló mientras Manny subía dando zancadas los escalones y plantaba en el porche un zapato reluciente del número 49 de color mandarina. El enorme mexicano se dirigió a la puerta principal, pero vio a Doc y Graciela y se detuvo en seco. Solamente le hizo falta echar un vistazo al agua de color óxido de la palangana que Graciela tenía en su regazo.

—¿Habéis acabado aquí, pues? —preguntó.

Doc se puso de pie.

—Vamos a dar una vuelta, Manny. Necesito un poco de aire.

Graciela suspira, se pone en pie y se retira al interior, dejando al gato que haga su próxima guardia él solo.

Durante media hora Manny condujo con Doc en el asiento del copiloto; primero hacia el centro hasta llegar a la calle Commerce, después al oeste hasta Zarzamora, a continuación al norte y por fin otra vez al oeste por Culebra. Ahora iban por las mismas calles, apenas pavimentadas, por las que Manny había aprendido a conducir, seguidos por una nube de polvo calizo de color hueso. Los chavales reconocían el coche, dejaban de jugar y saludaban con la mano desde los jardines prácticamente desprovistos de hierba que había delante de sus pulcras casas de madera de tejado plano y pintadas en tonos brillantes de azul, amarillo y morado. Aquello era el West Side, el San Antonio de Manny. Allí se sentía a salvo, y el enorme Ford prácticamente se conducía solo. El hombretón fue el primero en romper el silencio.

—¿Ves esa casa, Doc? ¿La amarilla con el buzón azul?

Doc frunció los ojos y se encogió de hombros.

—Sí.

—Pues ahí crecí yo. Ahora viven en ella mi hermana y su marido. Mi padre murió cuando yo tenía catorce años, y mi madre terminó de criar ella sola a las ocho criaturas que tenía en casa. Todos terminaron la secundaria menos yo. Hasta las chicas. Yo soy el único que ha tenido algún problema con la ley, aunque no me quejo,

porque he tenido suerte.

Manny se golpeó la cabeza con sus enormes nudillos y a Doc se le escapó una sonrisa.

—En fin, que cuando crías a ocho hijos aquí sin tener nada y solamente te sale uno malo, es que lo has hecho de coña. Mira, yo sé que esa mierda que vendo hace daño a mucha gente. Que gran parte son buenas personas, gente que no mataría a una mosca si no fuera porque tienen una adicción de cien dólares al día. La mayoría de los tipos que se pasan tanto tiempo como yo vendiendo esta mierda terminan o bien encerrados o bien cosidos a balazos. Y aunque no les pase nada malo directamente a ellos, es cuestión de tiempo que terminen colocándose con su propia mercancía y se acaben llevando su merecido a plazos. —Manny vio por el retrovisor que a Doc se le abrían mucho los ojos—. ¿Qué? ¿Piensas que nunca me he sentido tentado de probar una pizca de vez en cuando, con todo el jaco que me pasa por las manos cada día? ¡Joder! No soy ningún santo, Doc. Además...

Estaban parados en un cruce, allí donde se encontraban la calle 26 con Delgado, cuando el hombretón empezó a acercarse al tema del que quería hablar. Volvió a mirar por el retrovisor y se encontró nuevamente con los ojos de Doc.

—Doc, ¿cuánto tiempo llevas limpio ya?

Este cambió de postura en su asiento, intentando escapar del reflejo de la mirada del hombretón, pero no lo consiguió.

—No lo sé. Seis meses, ¿tal vez siete? —Estaba mintiendo. Sabía muy bien que llevaba exactamente ocho meses y diecisiete días.

—¿Sin ninguna recaída? —insistió el camello—. ¿Ni una?

—Manny, tú me conoces. No me molestaría en...

—¿Y alguna vez habías pensado que serías capaz de hacerlo? De quitarte y pasarte siete meses sin chutarte nada...

Doc se volvió a encoger de hombros y esbozó una sonrisa que maduró en forma de risa nerviosa.

—Pues la verdad es que no.

Manny lo secundó con una sonrisa:

—Yo tampoco. ¡Sin ánimo de ofender!

—No me ofendo.

—Pues mira... yo estoy un poco igual. Desde que llegó Graciela, o tal vez desde que todos fuimos al aeropuerto... joder, Doc, no te puedo decir con exactitud desde cuándo. Lo único que sé es que ya no estoy por la labor de trapichear. ¡La verdad es que últimamente no me animo ni a vender una miserable papela de medio, y tampoco me siento cómodo poniendo a otra gente a hacerme el trabajo sucio! O sea, ese chaval, Ramón, es un retrasado, Doc, pero es el hijo de mi hermana. Mira que he intentando enseñarle, pero ya va por el mal camino, y sabes igual de bien que yo que

es cuestión de tiempo que lo trinquen y me delate. Esa es la razón principal de que yo siempre haya hecho mi trabajo en persona. Así no dejas cabos sueltos, ¿me entiendes? Siempre he pensado que mientras mantuviera los ojos abiertos y la boca cerrada, y untara a Hugo cada vez que aparecía no iba a pasarme nada. Pero joder, yo sé que la suerte no puede durarme siempre. Y la cosa es que, después de todo lo que sufrió mi madre para poder criar a ocho hijos, está claro que sería una vergüenza que ella tuviera que ver que yo, el idiota, la única manzana podrida de la cesta, acabo en la penitenciaría porque he dejado de trapichear. Y es ahí exactamente donde voy a acabar si continúo con esto.

Doc no contestó de inmediato. Se miró las manos y recorrió con la vista las cicatrices de las venas del dorso de sus manos y de alrededor de las muñecas a medida que las movía hasta quedar con las palmas hacia arriba. Estiró el brazo y se subió la manga por encima del codo, dejando al descubierto el interior del brazo izquierdo. Más cicatrices. Aunque viviera eternamente, no desaparecerían nunca. Pero no había marcas nuevas, ni hinchazones. No tenía manchitas de sangre fresca en las mangas.

—¿De verdad crees que Graciela tiene algo que ver con todo esto?

Manny soltó un resoplido de burla.

—¿Tú no?

—Eso no es lo que te he preguntado. No te conviene saber lo que yo creo. Ni siquiera estoy seguro de saberlo yo mismo. Lo que te he preguntado es: ¿qué crees tú?

Manny hizo una pausa, como si estuviera realizando alguna clase de inventario interior.

—Creo que Graciela me ha tocado en algún sitio interior y ahora ya no soporto vender veneno para ganar unos pavos. Y creo que también te ha tocado a ti, Doc, y ahora ya no te puedes envenenar.

—Sí, puede que todo eso sea verdad, pero entonces, ¿cómo te explicas que yo siga cobrando por matar a bebés?

Manny suspiró, aliviado porque hubiera sido Doc el primero en sacar el tema.

—Antes me preocupaba por eso, Doc. Me preocupaba por ti y por las chicas. O sea, ¡que nunca vaya a misa no quiere decir que no sea católico! Pero ¿sabes una cosa, Doc? Todas las chicas que han pasado por tus manos desde que Graciela está aquí han cambiado, han cambiado de verdad. ¡Y eso lo creo, Doc, con toda mi alma! De manera que tal vez venga algo bueno de lo que haces. Quizá no pase nada siempre y cuando tengas a Graciela al lado, no lo sé. En cambio, yo... Que yo sepa no puede haber venido nada bueno de ninguna papela que yo haya vendido. —Terminó la frase con un suspiro enfático, obviamente concebido como un punto y aparte. Luego le apareció una sonrisa de oreja a oreja en su cara ancha y morena—. A menos que

hablemos de las dos papelas que mataron a aquel capullo de Jaime. ¿Te acuerdas de aquel pendejo, Doc? ¿El que pegaba a las chicas y las robaba continuamente?

—Sí. —Doc soltó una risita—. Era un gilipollas monumental.

Cuando pararon delante de la pensión, ambos se giraron para mirarse entre sí sin el espejo como intermediario.

—¿De verdad lo vas a dejar, Manny?

—Ya lo he hecho, Doc. Ya no puedo seguir vendiendo jaco.

—Bueno, pues entonces ya está. Pero eso nos lleva a la pregunta del millón. ¿Qué vas a hacer ahora? Dices que lo de tu madre ya está cubierto, pero ¿qué pasa contigo? Eres joven, Manny. No puedes quedarte sin hacer nada durante el resto de tu vida.

—Oh, no lo sé, Doc. Creo que tal vez te sorprendería. Pero también he estado pensando sobre eso. Creo que a lo mejor me echaré a... la carretera.

—Ah, tu plan de llevar uno de esos camiones enormes. No lo sé, Manny. No se ve a muchos mexicanos...

—¡No, Doc! No hablo de trabajar... O sea, tal vez más adelante. Para eso hay tiempo de sobras, pero, de momento, tengo algo de dinero suelto y este viejo Ford tira que es una maravilla. Así pues, ¿por qué no simplemente echarse a la carretera? Viajar un poco.

—Bueno, ¿por qué no, supongo? —dijo Doc en tono burlón—. Pero ¿adónde irías?

—A ninguna parte. Y a todos lados. Simplemente iría a recorrer el país antes de establecerme en algún lugar. Joder, Doc, nunca he estado en ninguna parte. He oído que California es bonito y que hay mucho que ver entre aquí y allí. ¡Las cuevas de Carlsbad! No estoy muy seguro de querer bajar realmente a una cueva. Me pone los pelos de punta verme encerrado de esa manera, ¡pero dicen que si llegas cuando se está poniendo el sol, puedes ver a un millón de murciélagos levantarse y tapar el cielo entero! Y el Gran Cañón, Doc. También está de camino, ¿verdad? Eh, ¿sabes qué? ¿Por qué no os venís conmigo Graciela y tú?

La reacción de Doc fue sorprendentemente visceral.

—¿Yo? ¡Quita, Manny, qué dices! A mí nunca me ha gustado viajar.

—Oh, venga, Doc. ¿No te ha apetecido nunca coger esa autopista y seguir hasta donde te lleve?

—Pues no. En mi experiencia, las ansias de conocer mundo están tremendamente sobrevaloradas. Cada vez que me he echado a la carretera, me ha llevado a algún sitio peor que donde ya estaba. Cuando al final acabé en South Presa decidí que lo mejor sería dejarlo mientras todavía pudiera... más o menos.

—¿Y nunca has pensado que puedes estar forzando la suerte, Doc? ¿Haciendo negocios, negocios ilegales, en el mismo sitio, día tras día y año tras año? Sé que ese es mi caso. Me la estoy jugando de verdad; lo noto, Doc. Y tú tienes a una verdadera

multitud entrando y saliendo todos los días de esa pensión. Alguien acabará por fijarse. Y no estás solo. Graciela es ilegal. ¿Y qué me dices de Marge y Dallas?

—¿Qué pasa con ellas?

—Pues que ¿qué va a pasarles si la policía les cierra el Rose?

—¡Por el amor de Dios, Manny! Aquí nadie va a cerrar nada ni encerrar a nadie. Hugo nos cubre las espaldas...

—Hugo no es más que un viejo poli corrupto de antivicio. Cuando los peces gordos de la central se pongan a seguirte la pista, él no podrá hacer nada.

—¿Los peces gordos? Venga ya, Manny, a ningún pez gordo, ni de la central ni de ningún otro lado, le importa, ni que sea remotamente, nada de lo que pasa aquí, en este estercolero de la avenida de South Presa. Además, como has dicho tú mismo, tal vez, solamente tal vez, esté empezando a hacer algo bueno en esta mierda de mundo. Quizás alguna de esas chicas llegue a hacer algo útil con su vida o algún servicio a los demás, y quién sabe, algún día puede que todo esto sirva para algo. Joder, yo qué sé. Lo único que digo es que algo... no sé como llamarlo, Manny, instinto, tal vez... lo único que sé es que ese algo me está diciendo que me quede aquí donde estoy y siga haciendo esto hasta el día en que me muera. Y por mucho que en toda mi puta vida nunca haya tenido ni una sola idea propia que me haya llevado a nada que no sea una cagada gigantesca, eso es exactamente lo que tengo intención de hacer ahora.

—¿Y qué pasa con Graciela? —dijo Manny con un suspiro, en un último esfuerzo desganado.

—Graciela ya es mayorcita. Puede quedarse o irse, lo que ella prefiera.

—No se irá sin ti.

—Mira, Manny. Graciela hará lo que le dé la gana y tú también harás lo que te parezca, da igual cuántas veces te diga yo que en esa carretera no hay nada de nada, salvo tal vez fantasmas.

—¿Fantasmas? —dijo Manny en tono de burla.

—Sí, bueno, olvídalo. ¡Vete! Ve a ver los murciélagos y el Gran Cañón. Conduce por la carretera hasta que se te caigan las ruedas, ya que se te ha metido en la cabeza. Pero primero déjame en el Yellow Rose.

Doc se quitó los zapatos y los llevó en la mano mientras subía las escaleras de puntillas. Hasta se desvistió en el pasillo y se acercó con sigilo al borde de la cama con la esperanza de no molestar a Graciela, pero no le sirvió de nada. Ya estaba despierta.

—¿Podemos hablar? —empezó a decir ella antes incluso de que la cabeza de él tocara la almohada.

—Te escucho.

Doc suspiró y se dio la vuelta para encontrar a Graciela tumbada boca arriba,

cubierta casi hasta la barbilla con la sábana y con los ojos muy abiertos, como si estuviera contemplando el ventilador del techo que tenía encima de ella. Hablaba en tono quedo, con naturalidad pero también muy seria.

—Tenemos que irnos, Doc. Tenemos que marcharnos de aquí.

—Oh, demonios, Graciela. ¡Tú también no!

—¡Por favor, Doc! —le suplicó la joven—. Me has dicho que me escucharías.

Doc gruñó por lo bajo, respiró hondo y por fin se mordió literalmente la lengua. Graciela continuó.

—¿Te acuerdas de cuando llegué aquí? ¿De lo asustada que estaba? No tenía dinero y no hablaba inglés. Al principio ni siquiera entendía qué era este sitio, esta avenida de South Presa. En Dolores, de donde yo vengo, no hay ninguna calle como esta. Tal vez en Guanajuato o Querétaro sí, no lo sé. Tanto dolor. Tanta vergüenza. Y yo me traje la mía propia y luego lo empeoré todo al quitarle la vida a un inocente...

—¡No! —la interrumpió Doc—. ¡Eso no es justo! Fui yo quien...

—Fue decisión mía, y los dos pagaremos el precio, ¡no solamente por mi criatura sino también por todas las demás vidas que hemos robado juntos!

Doc le dio la espalda a Graciela y contempló la oscuridad vacía.

—Tú solamente has hecho de asistente. Nunca has tocado un solo instrumento durante un procedimiento de interrupción del embarazo.

—¿De verdad crees que eso importa, Doc? Te he estado observando y aprendo deprisa. ¡Podría hacerlo yo misma! Sé que sería capaz. No hace falta que digas que toda la sangre está en tus manos.

—¡Ni hablar, me cago en la puta!

—¿Por qué no, Doc? Esto lo compartimos. Es lo que nos unió y los dos nos pasaremos el resto de nuestras vidas pagando por ello. Es un pecado enorme, lo que hacemos en esta casa, tal vez el mayor que hay, pero a mi criatura, por lo menos, le ahorramos una vida entera de pagar por los errores de su madre. ¿Y qué habría pasado si yo no te hubiera encontrado? ¿Qué habría pasado si Armando me hubiera llevado con otra persona o simplemente me hubiera abandonado en medio de la avenida? Alguien me habría encontrado. Alguien como Wayman, algún animal, y mi historia sería como la de Helen-Anne o peor. Fue decisión mía, Doc, y la tomé antes de que tú me vieras por primera vez. Mi madre odiaba a Armando e intentó prevenirme contra él, pero yo no le hice caso. Cuando sucedió lo peor que ella se podía imaginar, yo solamente supe que no podía traer al mundo a la criatura de Armando en casa de mi madre, donde nadie la querría ni la amaría pese a que no tendría ninguna culpa. Y tú salvaste a mi criatura de eso. Y has salvado de cosas peores por lo menos a cien más. Estoy convencida de que había una razón para que llegaras a este sitio cargando con tu bolsita negra y tu fantasma de hombre-gato y de que también la había para que yo te encontrara aquí y los dos nos juntáramos a

ayudar a toda esa gente que se las ha ido apañando para encontrarnos en este lugar durante todo este tiempo. Pero ahora me temo que ese tiempo se ha acabado y que ha llegado el momento de marcharnos.

—Pero no puede ser —dijo Doc, rumiando—. Con todos los años que me he tirado dando tumbos y hundiéndome más y más. Cavando mi propia tumba con una cucharilla... Y ahora que finalmente tal vez estoy llegando a alguna parte, ¿se supone que tengo que levantar el campamento y largarme? ¿Adónde? A ver si lo adivino. ¿A Disneylandia? Manny y tú os habéis confabulado y habéis montado todo este rollo de California, ¿verdad? Bueno, pues os lo podéis ahorrar. Se lo he dicho a Manny y te lo digo a ti: ¡No pienso irme a ninguna parte!

Graciela esperó a que Doc se quedara callado antes de darse la vuelta, pasarle un brazo diminuto por el pecho fornido y pegarse más a su espalda.

—Como cucharas —susurró ella, y una sonrisa invisible en la oscuridad le arrugó el rabillo de los ojos a Doc. Ella había aprendido la expresión de él, y había sido un momento crucial de sus lecciones de inglés, cuando Doc había usado dos cucharas para demostrar con paciencia la expresión mientras permanecía tumbado junto a ella una tarde de unos meses atrás. Ahora, con las posiciones cambiadas, la ansiedad de Graciela parecía incongruente—. Tengo miedo, Doc.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De un cura? Pues perdóname si soy un poco escéptico, pero llevo casi un año sin alejarme lo bastante de ti como para no alcanzarte de un salivazo y estoy dispuesto a apostar pasta gansa a que tú no tienes miedo de nada en absoluto.

Graciela se incorporó hasta sentarse y apartó la sábana para que Doc no pudiera esconderse.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no tengo miedo de nada? ¿Por qué? ¿Porque no le tengo miedo a la oscuridad? Las sombras nunca han hecho daño a ninguna persona, Doc.

—A nadie.

Graciela saltó de la cama.

—¡A ninguna persona! ¡A nadie! ¡No importa cómo se diga! En la oscuridad no hay nada que nadie deba temer. Pero ese sacerdote me da miedo.

—¿Por qué? ¿Qué ha dicho?

—No es lo que ha dicho. Es la sensación que da.

—¡Maldita sea, Graciela! ¿Cómo se supone que voy a entender eso?

Ella cruzó la habitación hasta la ventana y examinó la calle de abajo durante un momento antes de negar con la cabeza.

—Hay algo que no encaja —dijo ella—. Es como que sonrío con los labios, pero sus ojos dicen otra cosa. Hacen preguntas o algo parecido, y da igual cuánto lo intente yo, no puedo esconder las respuestas porque las llevo escritas en la cara.

—¡Pero si es un cura, por el amor de Dios! Además, ¿tu gente no se lo cuenta todo a ellos?

—Hay curas y curas, y yo nunca se lo cuento todo a nadie. Tú tampoco deberías hacerlo.

El padre Padraig Killen cambió de postura en una butaca de cuero negro imposiblemente incómoda, situada en el vestíbulo de la archidiócesis de San Antonio, Texas. Llevaba casi una hora esperando, puesto que había llegado media hora antes a su cita de las dos en punto, y ahora el reloj que colgaba de la pared detrás de la mesa de la recepcionista marcaba las 2.25.

Aquello le recordó las horas incontables que se había pasado de niño esperando delante de la oficina del director. La espera siempre era la peor parte del castigo. Para cuando el cura o la monja a cargo de la institución le administraban su sanción con la regla o la correa, cualquier cantidad de dolor físico ya resultaba un anticlímax.

Ojalá lo pudieran ver ahora la hermana Mary-Margaret o el padre Cudahy; ella le había asegurado en muchas ocasiones que estaba claro que él iba a acabar en la cárcel, de camino al infierno; y él jamás había dejado pasar una sola oportunidad para humillarlo en público.

—Si yo fuera tú, Paddy Killen, me pondría metas un poco más humildes —le había dicho el padre Cudahy al preguntar él en clase por los requisitos que se pedían para ser admitido en el seminario—. Simplemente no das la talla.

Pues, bueno, él les había dado una lección. No solamente había entrado en el seminario, sino que se había ordenado sacerdote. Ahora era párroco y estaba esperando a que lo recibiera un obispo.

No el arzobispo en persona, claro, sino uno de los dos auxiliares que él suponía que gobernaban al otro lado de las gigantescas puertas de roble que flanqueaban la de su superior. La carta que había convocado al padre Killen a la archidiócesis llevaba la firma del muy reverendo Thomas Meriwether, obispo auxiliar de San Antonio, cuyo nombre también aparecía en una placa metálica colocada en la puerta de la derecha. El sacerdote se había llevado una grata sorpresa al recibir respuesta por mensajero menos de una semana después de haber mandado su petición oficial de audiencia. Tras su portentoso encuentro con la chica mexicana, se había pasado horas enteras trabajando en su carta, estudiando polvorientos volúmenes de sabiduría canónica en busca de cualquier corroboración, por tenue que fuera, de su ahora incontrovertible fe en los poderes de ella. Él le había visto la marca de la muñeca con sus propios ojos. Ella lo había tocado y toda prueba de su vergonzosa furia se había esfumado del dorso de su mano. ¡Era una señal! ¡Estaba claro! Ahora tenía la mirada clavada en las tres puertas, de manera que se sobresaltó cuando lo saludó una voz desde detrás.

—¿Padre Killen? —El acento era familiar. Irlandés, pero no del oeste, ni tampoco de Dublín. De Cork, decidió él, filtrado por una educación en latín—. Soy el padre

Monaghan.

El hombre era unos diez años mayor que él, y más alto, aunque de constitución más delgada. Llevaba traje negro y chaqueta, con un alzacuellos semejante al suyo, pero en la mano que ahora le ofreció no había anillo que besar, de manera que el padre Killen se limitó a estrechársela. Su anfitrión solamente era sacerdote, pues, y no obispo. Es más: ahora invitó al visitante con un «sígame, por favor», no con un «Su Excelencia lo verá ahora». Confundido pero obediente, el padre Killen lo siguió a un paso de distancia, primero hasta el final del pasillo central, después por una puerta y finalmente bajando una docena de peldaños que los llevaron al sótano. Pasaron delante de seis o siete puertas situadas a ambos lados de un angosto pasillo, tras las cuales una serie de sacerdotes de aspecto atareado ocupaban escritorios encajonados en diminutas oficinas y cubiertos de montañas de detritos administrativos. El otro sacerdote se detuvo frente a la última puerta de la derecha y le hizo un gesto con la mano abierta:

—Por favor —insistió.

El padre Killen tomó asiento y luego el padre Monaghan se acomodó como pudo en una vetusta silla de oficina de madera que crujió ruidosamente bajo su peso.

—Así pues —dijo, sonriente, entrelazando las manos e inclinándose por encima del destartalado escritorio que los separaba—. ¿Cuánto tiempo lleva sin pisar el viejo terruño?

—Vine directo después del seminario, padre. Hace casi diez años.

—Igual que yo. Cuatro años en Roma, dos en Nueva Orleans y luego Dallas. Y en todos estos años no he visto ni un ápice de Irlanda. Pero es el signo de los tiempos, supongo. Los jóvenes se marchan, se van a ganarse la vida al extranjero porque no hay nada que los retenga allí. No hay trabajo. No hay futuro. —Se acercó más a su visitante y bajó la voz, aunque no lo bastante, sospechó el padre Killen, como para que no lo oyera alguien que realmente los estuviera escuchando—. ¡Y ahora hasta la Iglesia está reuniendo a lo mejor de sus filas —le señaló a él y luego se dio un golpecito a sí mismo en el pecho— y mandándonos al extranjero! Así pues, ¿lleva usted todo este tiempo en San Antonio?

El padre Killen sospechaba que aquel burócrata ya conocía las respuestas a la mayoría de sus preguntas.

—Sí, padre. Hice de vicario de la parroquia de la misión a las órdenes del padre Cantu hasta que murió, pero...

—¡El bueno del padre Cantu! Sí, lo conocí. Fue un orgullo para su gente... y para su vocación. Qué honor que le toque a uno la oportunidad de seguir sus pasos.

—Sí, padre. Un gran honor. Era un buen hombre y un buen sacerdote. Lo echaremos de menos... quiero decir que lo echamos de menos. Sobre todo los que formábamos su grey. Ejem, padre Monaghan, ¿verdad?

—Sí, Monaghan. Ciaran Monaghan. ¡Mi madre era de Aran, hablaba un irlandés precioso y le encantaban los hombres antiguos! Yo crecí en Cork.

—Una ciudad preciosa. Pero si no le importa que vayamos al grano, padre...

El sacerdote mayor se reclinó en su silla como si estuviera sinceramente sorprendido.

—¿Al grano?

—Mi carta. Mi carta a Su Excelencia.

—¡Pues claro! Es por eso que ha venido usted. Simplemente lo que sucede es que leí su carta, me fijé en el nombre y eché un vistazo a su expediente y, bueno, seguramente le debe de entrar a usted la morriña de vez en cuando, ¿no? Bueno, a mí también me pasa y, claro, pensé...

—U-un momento. O-o sea, con su indulgencia, padre, pero... ¿ha leído mi carta?

—Pues bueno, claro. Al fin y al cabo, soy el secretario personal de Su Excelencia. Con la excepción de cierta correspondencia de alto nivel procedente de Roma, yo soy el primero en abrir todo su correo. Luego lo contesto...

—O sea que me está diciendo que la carta que yo recibí la escribió usted, y que Su Excelencia ni siquiera llegó a ver la mía.

—Por supuesto que no. O sea, yo la leí primero y luego se la pasé a él, y a continuación redacté la carta que recibió usted, pero le aseguro que Su Excelencia conoce bien su misiva y su contenido.

—¡Oh! —Al sacerdote se le iluminó la cara y se le ensombreció en el mismo instante—. Oh, ya veo. Entonces, a Su Excelencia no le interesa lo que he... observado.

El sacerdote mayor examinó la cara del más joven de una forma que hizo que el momento pareciera más largo de lo que realmente era. No fue una mirada penetrante, sino un inventario breve pero exhaustivo de hasta el último matiz que yacía medio oculto detrás de su rostro. La máscara de cordialidad parroquial se esfumó y fue reemplazada por una ensayada cara de póquer burocrática, y la botella de whisky ya estaba fuera y los vasos llenos antes de que el padre Killen pudiera negarse, aunque el padre Monaghan tampoco le había preguntado.

El secretario del arzobispo vació su vaso y a continuación se quedó sosteniendo la botella con expectación hasta que su colega más joven vació también el suyo. Solamente después de volver a llenar ambos vasos dejó la botella sobre la mesa para contestar.

—Su Excelencia está... preocupado.

—¡Y hace bien en estarlo! Ha ocurrido algo especial, milagroso...

El padre Monaghan detuvo al sacerdote con la palma de la mano, antes de que se dejara llevar.

—¿Milagroso? Mi querido padre Killen, esa es exactamente la clase de lenguaje

que preocupa a Su Excelencia. —Sacó la carta del sacerdote del cajón superior de su escritorio y hojeó las manoseadas diecisiete páginas escritas a máquina—. En la doctrina de la Iglesia las palabras como «milagroso» y «divino» tienen un significado y una gravedad muy especiales...

El padre Killen apartó el segundo trago corto de whisky, sin probarlo.

—Soy muy consciente de su significado, padre, he sido educado desde niño en y por la Iglesia.

—Por favor, no me malinterprete, padre. Nadie, y Su Excelencia el que menos, está cuestionando su dominio del lenguaje o su formación teológica. En cuanto a mí mismo, en calidad de humilde administrador, no siento nada más que admiración hacia la dedicación que muestra usted por su vocación de predicador y ministro de su grey. Está usted realmente haciendo el trabajo del Señor todos los días en la parroquia, que es donde cuenta. Pero bueno, al fin y al cabo es eso, ¿no? De eso se trata. Usted conoce a esa gente. Vive con ellos, compartiendo todos sus triunfos y sus tragedias. Usted siente su dolor y también sus alegrías. De manera que cuando uno de ellos acude a usted y le cuenta que ha presenciado algo fuera de lo normal, que alguien, uno de los suyos, al fin y al cabo, posee ciertos... dones, entonces, por supuesto, usted...

—¡No! —El Padre Killen negó enfáticamente con la cabeza—. Graciela no es del barrio. Viene de México. Del interior profundo, me parece. ¡Si apenas habla inglés! —El padre Monaghan asintió sabiamente con la cabeza, pero antes de que pudiera reemprender su discurso, Killen lo interrumpió—. Sé lo que está pensando, padre, pero con todo el respeto a usted y a Su Excelencia. —Señaló con el dedo su propia carta, que estaba sobre la mesa—. ¡Esto no es ningún cuento de hadas de segunda mano que yo les esté contando para su solaz ni para el mío, y tampoco les estoy hablando de ninguna chica mexicana normal y corriente! He presenciado un milagro tras otro, padre... ¡No, no estoy hablando de trucos de salón! ¡Estoy hablando de vidas, padre, de vidas de gente real, por no mencionar sus almas! En las últimas seis semanas he bautizado a nada menos que cuatro adultos. Cuatro nuevos cristianos, padre. He confirmado a una decena más que se habían perdido en las calles de adolescentes, y mis clases de catecismo están llenas a reventar, por no mencionar a las decenas de no católicos que aparecen a todas horas del día y de la noche. Sí, son prostitutas, proxenetas y adictos a la heroína. ¿Tiene usted alguna idea del azote que es esa droga en mi parroquia, padre? Hay quien jura que cualquier persona que empiece a tomar ese veneno ya está condenada, y yo también lo creía, pero he dejado de pensarlo cuando he visto sobrecogido cómo un alma tras otra se libraba para siempre de esas cadenas. Vienen a mi parroquia, me piden encender cirios y todos me cuentan lo mismo: que han venido porque se lo ha pedido Graciela. Y después desaparecen.

—¿Desaparecen? —preguntó el padre Monaghan, en un tono a medio camino entre la pregunta sincera y la exasperación.

—¡Se marchan! ¡A sus lugares de origen! A algún sitio donde puedan empezar de nuevo. Oh, soy consciente de que eso no puedo demostrarlo, padre, pero en mi corazón sé que es verdad. De momento, ninguno ha regresado a las calles, eso se lo puedo asegurar. Tal como usted dice, estoy allí todos los días...

—Lo cual nos lleva a otra cuestión, padre Killen. Últimamente hemos tenido varias... quejas de sus feligreses...

El padre Killen controló a la bestia que se le estaba despertando dentro. «Coger aire con la nariz, soltarlo con la boca».

—¿Qué feligreses?

El padre Monaghan se fijó en que su semblante se estaba ensombreciendo y procedió con cautela.

—No tengo conocimiento de ningún nombre, y aunque lo tuviera...

—No estaría usted dispuesto a divulgarlos. Qué conveniente.

El padre Monaghan se puso tenso.

—Padre, está usted perdiendo de vista las cosas. Al fin y al cabo, yo represento a Su Excelencia en este asunto, quien habla en nombre de la Iglesia y de la Santa Sede, y al que le preocupa que pueda usted estar descuidando su hasta ahora ejemplar ministerio sobre los fieles de su parroquia y en cambio se haya sumergido en una misión autoimpuesta en beneficio de los bellacos del barrio chino que tiene al lado.

—La avenida de South Presa queda dentro de los límites de mi parroquia...

—Su parroquia, padre, son sus feligreses.

—¡Y Graciela es uno de esos feligreses, igual que lo son todos los caídos en desgracia que encuentran el camino de vuelta al redil! Y le diré más: no he descuidado ningún deber que yo sepa, a menos que la diócesis considere que es responsabilidad mía asimilar hasta el último prejuicio mezquino de mi distrito. A mí me parece que una forma mejor de servir a mi vocación sería dar ejemplo de tolerancia cristiana y perdón. Le aseguro que yo no me desperté un buen día y salí corriendo a las calles en busca de un milagro, padre, y aunque así hubiera sido, la avenida de South Presa habría sido el último lugar en el mundo donde lo habría buscado. Esas pobres almas, esas pobres almas perdidas, han encontrado el camino hasta mi iglesia por la gracia de Dios. ¡Y han sido ellos quienes me han llevado hasta Graciela! Y justo a tiempo, debería añadir. Caramba, ya es un milagro en sí que esa criatura haya sobrevivido. Abandonada en un país extraño, sin familia ni amigos... Obligada a refugiarse en la peor clase de lupanar imaginable.

—¡Un burdel! ¿O sea que es prostituta?

—¡No! Me consta por fuentes... ejem, bastante fiables, que no lo es en absoluto. ¡Y le hablo de una pensión, padre! Una pensión de mala muerte en una parte sórdida

de la ciudad, nada más.

—¿Ha estado usted allí?

—¡Sí! Bueno, dentro no. Solamente he llegado al porche. Ella no me dejó...

—Entonces, ¿cómo sabe usted lo que pasa o deja de pasar dentro?

—Corren historias.

—¿Historias?

—O sea, testimonios...

—Historias, testimonios... ¡padre! ¿De verdad espera usted que Su Excelencia responda con seriedad a la sugerencia frívola de que se beatifique a una...?

—Que se beatifique no, padre. Que se canonic.

—¡Más intolerable aún! ¿Una causa de canonización propuesta por un sacerdote recién nombrado rector y basada únicamente en los cotilleos de unas cuantas rameritas y proxenetas?

—Cotilleos no, padre. Cierto, sin violar la santidad del confesionario solamente puedo...

El padre Monaghan ahogó audiblemente una exclamación y se santiguó.

—Solamente puedo apelar a su indulgencia y pedirle perdón porque no puedo divulgar las identidades de mis fuentes, pero no se equivoque, padre, en el Yellow Rose residen cosas peores que prostitutas.

—¡Padre Killen!

—¡Hay ladrones!

—Padre Killen, tengo que...

—¡Lesbianas!

—¡Padre Killen!

—¡Hasta un abortista! ¡Un abortista, padre! Un asesino de inocentes operando bajo el mismo techo que cobija a esa chica bendita... sí, padre, bendita, por lo menos. ¡Y sé de lo que hablo, porque he sido testigo de cómo cambia las vidas de la gente a la que toca! —El padre Monaghan hizo un gesto sobresaltado cuando Killen levantó la mano derecha a modo de prueba y luego la retiró al darse cuenta de que en ella no había prueba alguna de nada—. Oh, lo siento mucho, padre. Pero tiene usted que creerme: hasta la última palabra de esa carta que tiene usted en la mano es cierta, ¡y a Dios pongo por testigo de que esa chica, Graciela, lleva la Marca de nuestro Señor!

El padre Monaghan se levantó de su silla, rodeó la mesa y se plantó en la puerta en una fracción de segundo. Al padre Killen le retumbaron los oídos cuando se cerró con estrépito.

—¡Estigmas! —dijo entre dientes—. Otra palabra que no hay que usar a la ligera.

—¡Yo se los he visto!

Ahora el secretario del arzobispo estaba detrás de él, interrogándolo como un maestro que ha pillado a un estudiante distraído en clase.

—¿Dónde? ¿En qué parte del cuerpo?

—En la muñeca.

—¡Ajá! Bueno, que yo sepa, hasta el último estigmatizado que la Iglesia ha reconocido hasta la fecha exhibía las Marcas en las palmas de las manos y en la parte superior de los pies. Algunos hasta mostraban la herida de la lanza en el costado y las de la Corona de Espinas en la cabeza, pero a menos que yo lo haya entendido mal, la chica solamente tiene uno, ¿no?

—Yo no le he visto más, padre. Solamente la he visto en persona una vez...

El padre Monaghan se inclinó sobre el hombro de Killen como un maestro disgustado.

—¿Una sola vez?

—Sí. Pero... es que tardé semanas en encontrarla. —Se planteó explicar la confusión que había sentido al separarse aquel día de Graciela pero se lo pensó mejor. Había decidido que había sido una tentación puesta por el diablo. Su última prueba—. Ella no me invitó a entrar, padre, pero sí que salió al porche, donde yo le vi la herida con claridad y...

—¿Y la tenía en la muñeca?

—Está demostrado, padre —recitó Killen—, según todos los historiadores, que las crucifixiones romanas se llevaban a cabo atravesando con clavos las muñecas de los condenados, puesto que el tejido y los huesos de las palmas de las manos son demasiado débiles para soportar el peso...

—¡Según todos los historiadores! —lo imitó Monaghan—. Pero como este es un asunto de teología y no de historia ni de ciencia, lo que digan los historiadores es irrelevante, da igual lo creíble que sea en el mundo académico. De hecho, a efectos de la presente discusión, las únicas versiones relevantes de los acontecimientos relacionados con la Pasión de nuestro Señor son las que dan los Evangelios, padre, que cuando mencionan las heridas de nuestro Salvador afirman con claridad que estaban situadas en las palmas de las manos. De las manos, padre. En plural. Y en los pies. ¿Le vio usted los pies?

—¿Los pies? No me acuerdo —mintió Killen. Graciela estaba descalza—. Pero sí que le vi con claridad la muñeca, y era tal como lo cuenta todo el mundo. ¡Era la muñeca derecha, y la sangre del vendaje era de un rojo intenso y todavía seguía manando la semana pasada! ¡Graciela se hizo aquella herida el otoño pasado, padre!

El padre Monaghan regresó a su lado del escritorio, pero se quedó de pie y se inclinó hacia delante para volver a dirigirse a Killen.

—¿Quién lo dice?

—¡Mis feligreses! Buena gente. La sal de la tierra —replicó Killen.

—Eso mismo. Gente simple, padre. Casi todos mexicanos. Gente que habla inglés como segunda lengua, si es que lo habla.

Killen cambió de postura en su asiento.

—Yo vengo del oeste de la isla, padre. En mi rincón de Irlanda, todavía hablamos irlandés todos los días.

—Y yo lo envidio, padre. Ciertamente es una lástima que el viejo idioma ya estuviera casi muerto cuando echamos a los ingleses. Pero esto es América y el idioma que se habla aquí es el inglés. Hay muchos feligreses suyos que han llegado hace muy poco a este país. Y al fin y al cabo, son descendientes de gente primitiva, de salvajes que hace solo unas cuantas generaciones corrían desnudos por la selva y ofrecían sacrificios humanos a dioses paganos. Que no únicamente traen con ellos su idioma, sino también muchas costumbres y supersticiones a las que insisten en aferrarse, a pesar de que solo entorpecen la transición a sus nuevas vidas. Imagínese, padre, una ciudad como Nueva York o como Boston donde los irlandeses se hubieran aislado en comunidades estancas. Vale, otros inmigrantes han elegido ese camino. Los italianos. Los judíos. Pero los irlandeses, padre, siempre nos hemos integrado, hasta en los sitios donde al principio no éramos bienvenidos. Hemos salido adelante haciendo los trabajos que nadie más quería hacer. En las minas. En las calles. Haciendo de policías y de bomberos. Hasta el sacerdocio, padre. Hemos aportado nuestro grano de arena. Hemos tardado pero nos hemos ganado el respeto de aquellos que se decían superiores a nosotros, hasta que, bueno... es posible que América la descubriera un italiano navegando bajo bandera española, pero el primer presidente católico de Estados Unidos era un irlandés... Que Dios se apiade de su alma.

El padre Killen parpadeó como si estuviera deslumbrado antes de admitirse a sí mismo que había admirado mucho al presidente.

—Es que no estoy seguro —se aventuró a decir— de qué tiene que ver todo esto con mi carta.

—Todo, padre. Todo está relacionado con su carta, con su parroquia y con sus feligreses. Sus verdaderos feligreses. Por no mencionar su futuro. Su vocación. Su carrera.

Killen abrió la boca para responder a esta última insinuación, pero solo le salió un cloqueo seco y lastimoso cuando la lengua se le despegó del paladar, tan impotente como el percutor de una pistola al caer en una cámara vacía. Se escurrió hacia abajo en su silla.

El padre Monaghan permaneció de pie ante él durante un momento deliberadamente largo antes de sentarse. Empujó el vaso de Killen hacia este y volvió a llenarse el suyo.

—¿No se ha preguntado usted nunca por qué hemos nombrado rector a un vicario de parroquia sin experiencia y que todavía no ha cumplido los cuarenta?

—S-supongo —tartamudeó Killen—, supongo que no había más candidatos para el puesto.

—Al contrario, había varios sacerdotes con más experiencia en la diócesis que eran adecuados para el puesto. Y cualquiera de ellos se habría emocionado de quedárselo. Es una iglesia pequeña pero preciosa. Una de las misiones originales de San Antonio. El padre Álvarez, por ejemplo, quería el puesto. De la Universidad del Verbo Encarnado. Él nació aquí en San Antonio. Creció en ese mismo barrio. Una vez me comentó que siempre había soñado con llegar algún día a ser párroco allí. Y no era el único. El padre Echevarría, que es el párroco adjunto de Nuestra Señora de los Dolores. El padre Franco. Todos ellos eruditos. Todos buenos sacerdotes. —Se inclinó hacia delante, le hizo un gesto a Killen para que hiciera lo mismo y por fin susurró—: Todos mexicanos.

—No estoy seguro de entender...

—Mire a su predecesor.

—El padre Cantu.

—Sí, el bueno del padre Cantu. Un buen sacerdote. Y un buen hombre. Un líder de su comunidad. Pero ahí está el asunto. Su comunidad. Su gente, padre. Dígame, ¿ha tenido oportunidad de conocer a muchos de sus compañeros? Me refiero al resto de los pastores de la diócesis.

—A unos cuantos. Al padre Murray de Saint Ann. Y de vez en cuando veo a monseñor White de la misión de San José...

—Y de todos los párrocos que ha conocido, ¿había alguno con apellido español?

—Pues nunca me había fijado...

—Claro que no. Usted tiene una vocación más elevada, padre. Por desgracia, a los burócratas más mundanos nos toca de vez en cuando hurgar en las cosas terrenales, cuando no en las directamente inapropiadas, en el curso de nuestros deberes para con Dios y la Iglesia. A menudo nuestra función es más política, a falta de un término mejor, que espiritual. Dejamos que sean nuestros superiores quienes atiendan a las cuestiones más importantes que plantean la doctrina y la teología, y nosotros nos dedicamos a poner los puntos sobre las íes y los palitos de las tes. Hasta a fregar los platos y sacar la basura de vez en cuando... hablando en sentido figurado, claro está. Lo que importa en la conversación que estamos teniendo es que la titularidad del padre Cantu como rector de la iglesia de la misión fue un experimento. Él fue el primer mexicano a quien se le dio una parroquia de cualquier tamaño en la historia moderna de la diócesis. Ciertamente se encuentran bastantes excepciones en iglesias pequeñas de toda la frontera. Se trata de congregaciones de habla hispana, claro. Pero hasta en esos casos se trata principalmente de asistentes y no de verdaderos párrocos.

La palabra «experimento» había llamado la atención de Killen. Su mente empezaba a divagar y su conciencia se estaba dividiendo en dos frentes: el primero escuchaba a medias al padre Monaghan; el segundo, que notaba la inminencia de un contratiempo, planeaba un curso de acción alternativo.

—¿Un experimento? —preguntó.

—Sí —admitió Monaghan, e hizo una pausa antes de explicarse—. Un experimento fallido. —Aquello no pareció mitigar la confusión de Killen—. Tal vez sea conveniente una explicación más detallada de las ramificaciones políticas de la situación.

—Tal vez —concedió Killen, preguntándose si su respuesta sonaba a sarcasmo. ¿De qué estaba hablando aquel presumido, aquel funcionario a fin de cuentas? ¡Él traía la noticia de un acontecimiento sagrado, de un milagro, y el otro le respondía con política y protocolo!

—¿Se da usted cuenta, padre Killen, de los grandes acontecimientos que están teniendo lugar en Roma?

—El Segundo Concilio Ecuménico.

—Sí. El Vaticano Segundo, lo llaman. Suena muy moderno cuando lo denominan así. Y tal vez sea apropiado si uno piensa en el supuesto propósito del concilio.

—¡Vaya! —Killen soltó un resoplido de burla—. Perdóneme, padre, pero no estoy demasiado seguro de entender realmente cuál es ese propósito.

—Oh, ya veo. Es usted un tradicionalista. Bueno, está usted en su derecho. No estoy del todo en desacuerdo. La tradición es una parte esencial de la fe. Aunque sospecho que si usted y yo tuviéramos que debatir la cuestión en profundidad, nos encontraríamos con ciertas... diferencias. Pero bueno, tenemos suerte, todavía somos jóvenes y estamos llenos de vigor, y por tanto somos propensos a los arranques de fantasía y de pasión; es prerrogativa de los sacerdotes más viejos y sabios el deliberar sobre estos asuntos de mayor importancia. Pero nosotros también tenemos un papel que desempeñar, y no se confunda, el concilio trata sobre la modernidad. Sobre la modernización, allí donde sea necesaria y teológicamente factible, de la Santa Iglesia de Roma a fin de garantizar su supervivencia en los tiempos modernos. ¡La Iglesia está siendo atacada desde todos los frentes, padre! ¡Las congregaciones están menguando en todo el mundo!

—Por el contrario yo veo caras nuevas todos los días.

—Una anomalía, padre. Usted mismo ha dicho que la mayoría de esos nuevos conversos desaparecen después de asistir a unas cuantas misas. Solo reaccionan a todas esas historias que oyen.

—No se trata de historias... —Killen estaba cada vez más preocupado y había empezado a balbucear un poco, con una mirada sombría clavada en el suelo.

—¡Sí, padre, historias! Rumores. Cotilleos. Se trata de gente pobre e inculta, cuyas jornadas son largas y difíciles. Es natural que den la bienvenida a cualquier cosa que los distraiga del tedio de sus vidas cotidianas. El mundo está cambiando tan deprisa que simplemente carecen del conocimiento o de la sutileza para entenderlo en su plenitud. Por eso precisamente la Iglesia, el clero, nosotros, padre, tenemos el

deber de ofrecerles una imagen de estabilidad en medio del caos. Un refugio de la tormenta. ¿Qué pasará si nosotros, que somos sus líderes espirituales, toleramos todos los cultos y supersticiones locales que les llamen la atención en una época en que la Iglesia está luchando, sí, padre, luchando, por mantener su relevancia? ¡Piense que mientras hablamos dan vueltas alrededor del globo terráqueo satélites, padre, lunas en miniatura, fabricadas por el hombre y no por Dios! Si a la hora de la verdad no estamos preparados para guiar a nuestro grey por el mundo moderno, ¿entonces qué clase de pastores somos?

El padre Monaghan abrió un cajón y sacó un paquete de cigarrillos; encendió uno y luego, casi de inmediato, le ofreció uno al padre Killian, que ni siquiera levantó la vista.

Monaghan se encogió de hombros y continuó:

—El padre Cantu era un buen sacerdote. Sirvió bien a su congregación durante una generación, pero durante su ejercicio el mundo cambió profundamente. La diócesis jamás se habría planteado reemplazarlo, pero cuando se marchó a recibir su recompensa, tuvimos mucho cuidado en elegir a su sucesor. Usted había sido su asistente, de manera que conocía la parroquia. Tenía energía e inteligencia. Y aunque no quiero insistir demasiado en ello, su apellido no terminaba en vocal.

Killen estaba seguro de haber pasado algo por alto.

—Entonces me dieron la parroquia porque... ¿soy irlandés?

Monaghan se rió.

—Sobrestima usted tremendamente mi influencia, padre. Pero baste decir que la idea era que no es usted mexicano y por tanto no estaría culturalmente predispuesto a tolerar el folclore local. De vez en cuando, a la Iglesia en América Latina le ha resultado necesario establecer paralelismos bastante liberales entre la tradición católica y ciertos ritos indígenas, pero esto son los Estados Unidos, padre, no México. A la Iglesia norteamericana le interesa que se mantenga por lo menos una capa de modernidad. Imagine, pues, nuestra decepción cuando recibimos su carta, llena de cuentos de transformaciones milagrosas y curaciones mediante imposición de manos, por no mencionar la insinuación de una causa de canonización, nada menos que de una chica del México central. ¡Y pensar que el bueno del padre Cantu solamente llamó la atención de la diócesis por dedicarse con una devoción ligeramente excesiva al culto de la Virgen de Guadalupe!

El padre Monaghan continuó parloteando pero Killen ya no lo escuchaba. Ya veía claro que no iba a recibir ninguna clase de ayuda de la Iglesia; por lo menos, no de aquella diócesis. Le tocaba a él, y solamente a él, rescatar a Graciela de los agentes de Satanás que la tenían secuestrada. Asintió con la cabeza, sonrió a medias y se felicitó a sí mismo por cómo estaba consiguiendo controlar su cólera. Ya ni siquiera le resultaba necesario emplear la técnica respiratoria del padre Walsh, pese a que

visualizaba con claridad su propio puño descendiendo de golpe y atajando la incesante hemorragia verbal que salía de la boca de aquel cura. En cuanto hubo fingido con éxito su propia derrota, ya solamente tuvo que soportar el balance del sermón y mantener la apariencia de docilidad durante un cuarto de hora más antes de encontrarse a sí mismo estrechando la mano del padre Monaghan al salir.

—Ya sabía yo —afirmó el sacerdote mayor—, que entre usted y yo podríamos arreglar este asunto, de un irlandés a otro.

—Qué duda cabe —afirmó el más joven de los dos, antes de darse la vuelta y marcharse. Ya había llegado a su coche y estaba abriendo la puerta cuando el padre Monaghan lo llamó desde la entrada—. ¿Y ahora qué? —murmuró para sí, pero dio media vuelta y se reunió con él en las escaleras.

—Siento entretenerlo —se disculpó Monaghan—. ¡Pero casi se me olvidaba! Durante nuestra pequeña charla he apuntado una cosa. Tal vez he oído mal, pero creo que ha mencionado usted algo de... —bajó la voz hasta un susurro apenas audible y se acercó al oído del padre Killen—. ¿Un abortista?

Felicitándose a sí mismo por su capacidad para mantener la calma ante semejante ignorancia, el padre Killen asintió con solemnidad y respondió:

—Sí, padre. En la pensión Yellow Rose, en la calle South Presa. Lo llaman Doc.

El sacerdote no se fue directamente a casa. Necesitaba pensar. Rezar. Condujo hasta la catedral de San Fernando, en el centro, aparcó en la acera de enfrente y entró. Ya había estado dentro una vez, cuando acababa de llegar de Irlanda y estaba visitando los monumentos históricos locales, incluyendo, por supuesto, El Álamo. Su guía había sido el bueno del padre Cantu, quien le había indicado la bóveda de mármol que había nada más entrar por la puerta principal de la catedral y en la cual estaba enterrado lo poco que quedaba de los defensores de la guarnición, las cenizas de Crockett, Bowie y Travis, mezcladas con las de los otros, ahora olvidados. Hoy, sin embargo, pasó por delante de aquella capilla sin echarle ni un vistazo y se fue directo a una hornacina que había en una esquina oscura de la nave.

La figura de Nuestra Señora de Guadalupe que dominaba la diminuta capilla resplandecía por contraste con el muro de piedra caliza cubierto de hollín del humo de las velas y de las oraciones pidiendo su intercesión escritas a mano en pequeñas tiras de papel amarillento. De rodillas, el sacerdote cogió una vela, la encendió con otra de las decenas que había allí y se puso a recitar las primeras palabras de una oración poco familiar, sin saber muy bien si la había oído antes o si se la estaba inventando sobre la marcha.

—Nuestra Virgen de Guadalupe, Rosa Mística, intercede por nuestra Santa Iglesia, protege al Santo Padre, ayuda a todos los que te invocan en su necesidad. Eres tú la mujer que se viste con el sol y da a luz con dolor a Cristo, mientras Satán, el Dragón Rojo, espera para devorar vorazmente a tu criatura. También Herodes

quiere destruir a Tu Hijo, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y ha masacrado a muchos inocentes en su intento. Oh clemente, oh amante, oh dulce Virgen María, oye nuestras súplicas y acepta este lamento de nuestros corazones. ¡Nuestra Virgen de Guadalupe, protectora de los nonatos, reza por nosotros! Amén.

El padre Paddy Killen salió de la catedral de San Fernando y cruzó West Commerce Street con el paso confiado de un hombre que sabía exactamente qué hacer.

—¡Tienes que decírselo! —escupe el espíritu felino.

Graciela hace una mueca afligida pero no cede ni un palmo de terreno.

—¡Se lo digo todos los días! ¡Desde hace semanas, pero no me hace caso! Ya lo sabes. Tú hace años que se lo suplicas.

—¡Ja! Conmigo ha tenido años para practicar el arte de ignorarme. Pero a ti te ha escuchado desde el día mismo en que entraste por la puerta.

Graciela baja las escaleras descalza y el gato orbita a su alrededor, trazando estrechos arcos semicirculares mientras ella se desplaza por la casa, barriendo y quitando el polvo y atendiendo a sus altares. La práctica y el saber que el espíritu carece de sustancia en el mundo material le permiten completar su ronda diaria sin tropezarse en ningún momento con su sombra en forma de gato.

—Pues mira, ahora no me escucha —murmura mientras barre los últimos montoncitos de polvo del porche y apoya la escoba bien visiblemente al lado de la puerta. Su abuelo le enseñó que una escoba junto a la puerta actúa como talismán, como aviso a todo el mundo de que la casa está limpia, purgada de todo medio insalubre que pueda ofrecer consuelo y ayuda a las amenazas del exterior, ya sean espirituales o materiales. Una vez completado el exorcismo diario, la hechicera y el enorme gato negro se pasean por el porche como centinelas. Empiezan cada uno en una punta y se cruzan en el centro, vigilando, escuchando, respirando y paladeando el aire. Tamizándolo en busca de cualquier regusto de mala voluntad. Mantienen la vigilancia durante la hora previa al anochecer y también en la que le sigue, y luego la repiten cerca del amanecer. Esto también se lo enseñó su abuelo: que todos los poderes entran y salen del mundo por el hueco que queda entre la oscuridad y la luz. Nada se puede hacer para impedir su movimiento, y hay que ser muy arrogante para intentarlo.

—Basta con marcar sus idas y venidas —le explicó el abuelo—, y con que ellos marquen las nuestras.

Además, lo que asusta a Graciela es de carne y hueso. Los fantasmas no le dan ningún miedo.

—Hay mucho silencio —comenta el gato al pasar.

—Siempre es así —susurra la joven— antes de la tormenta.

La puerta mosquitera chirría... Graciela mira atrás y ve a Doc allí plantado, paralizado en el umbral, como si estuviera decidiendo qué hacer.

—¡Vosotros dos me ponéis nervioso! —gruñe—. Esto parece la sala de espera de una maternidad. ¿Por qué no vais a dar una vuelta a alguna parte?

Graciela se encoge de hombros.

—Pronto oscurecerá.

Lo que Doc ve es una silueta con forma de hombre, que camina de un lado al otro del porche con Graciela, arriba y abajo, arriba y abajo.

—¿Y tú qué, Hank? ¿Eres hombre o gato?

—¡Vete a la mierda, Doc! —dice en tono cortante el fantasma de Hank Williams—. Estamos haciendo de centinelas para ver si te da tiempo a escaparte por la ventana de atrás cuando derriben la puerta.

Graciela se asoma por encima de la baranda del porche para escrutar el cielo del oeste en busca de cualquier residuo de rubor diurno, antes de agacharse para pasar por debajo del brazo de Doc y desaparecer en el interior. Doc sigue gruñéndole a Hank.

—¿Cuando quién tire la puerta abajo, Hank? Era un cura, por el amor de Dios, no un poli. Y ya hace casi un mes que vino, carajo; no ha pasado nada y tampoco va a pasar. —El fantasma sale disparado por el porche y se posa en la mecedora al mismo tiempo que Doc se sienta, y el médico a punto está de levitar, sacudido por los escalofrantes efectos de un enema de ectoplasma—. ¡Me cago en la puta, Hank!

Este cruza las piernas, se pone cómodo en la mecedora y muestra el empeine complejamente repujado de una bota de vaquero. A Doc no le queda otro remedio que apoyarse con la espalda encorvada en la baranda de delante.

—Yo no digo nada ni dejo de decirlo sobre ese cura, Doc. Lo único que afirmo es que es imposible que nadie se dedique a lo que tú haces en un mismo sitio durante todo el tiempo que llevas sin atraer la atención de la ley. Una cosa era cuando venían un par o tres de chicas al mes, Doc, pero ahora esas dos o tres acuden cada semana. Y ya no son solamente las putas que trabajan la avenida, Doc. Ahora vienen de todas partes. Y algunas deben de tener familias.

Doc se encoge de hombros.

—Familia tiene todo el mundo, Hank.

—Lo digo en el sentido de una buena familia. ¡Que se preocupa por ellas! ¿Y si algo saliera mal? Imagina que se te muere una, como aquella pobre chavala, Donna.

Doc se acerca al fantasma para blandirle un dedo delante de la cara.

—Era alérgica a la penicilina y tuvo una reacción. Además, aquello fue antes de que llegara Graciela.

—Ah, claro, Doc. Antes de Graciela, que lo cambió todo y cambió a todo el mundo de por aquí con un simple toquecito de la mano. Sin esa chica sería imposible saber dónde estarías tú ahora, Doc, y hasta ella dice que es hora de marcharse. ¡De marcharse ella y de marcharte tú!

—¡Perdóname, Hank, si sospecho un poco de tu repentina conversión al culto de Graciela! ¿Y adónde me sugieres con exactitud que nos vayamos, ya que eres tan

puñeteramente listo?

—A otra parte, no importa dónde. Tienes un montón de pasta escondida en esa bolsa tuya.

—¿Cómo te has...?

—Podrías ir a cualquier sitio, Doc. A México. O Sudamérica. A Río, tal vez.

—Para ir a Sudamérica hace falta pasaporte. ¿Y qué pasa con Marge? Nos ha dejado a mí y a Graciela a cargo de la pensión. Ella y Dallas no volverán de Isla Padre hasta la semana que viene.

Hank niega con la cabeza con gesto solemne.

—No tienes una semana, Doc. ¿Es que no lo notas?

—No noto nada más que un enorme incordio y...

La portezuela de un coche se cerró de golpe frente a la casa, y el porche entero se estremeció mientras alguien subía brincando los escalones. Graciela salió por la puerta, lista para la batalla, pero al llegar afuera vio que solamente era Manny.

—Acabo de preparar una jarra de té —le ofreció, y el hombretón asintió con la cabeza y ocupó su lugar de costumbre en el columpio.

—Vas a romper ese columpio como no pierdas algo de peso, Manny —gruñó Doc—. Y si has venido a tocarme los cojones con lo de irnos de la ciudad, ya te puedes poner a la cola.

—Joder, Doc. Acabo de llegar —se quejó Manny.

Sin que lo vea Manny, Hank suelta una risita mientras le deja la mecedora a Doc y ocupa su lugar en la baranda.

Doc se sentó y tiró al jardín la colilla de un Camel.

—Bueno, pues te lo digo antes de que empieces. Joder, en cuanto Graciela empieza, parece que sea una bandada de loros graznando sin parar sobre lo mismo, una y otra vez ¡Hora de irse, Doc! ¡Hora de irse! Pues, bueno, ya se lo he dicho a ella y te lo repito a ti. ¡Que no me voy, hostia!

Graciela apareció trayendo el té de Manny y un vaso para Doc que este no había pedido. El antiguo camello le dio las gracias con un guiño mientras ella se lo dejaba en la mesa.

—Pero yo sí me voy, Doc. Solamente he pasado a despedirme.

A Graciela le brotaron las lágrimas al instante. Ya conocía la respuesta pero lo preguntó de todas maneras.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Ya tengo el coche cargado y estoy listo para irme.

Manny se levantó para atrapar a Graciela, que ya corría por el porche. El llanto de la chica quedó ahogado al enterrar la cara en la cintura del hombretón. No consiguió rodearlo con los brazos, pero lo intentó lo mejor que pudo. Manny envolvió la diminuta figura con un gigantesco brazo marrón y le dio unas palmaditas suaves en la coronilla.

—No llores, m'hija. ¡Por favor, no llores! Todo va bien.

Hank sigue posado en la baranda, ahora rabiando.

—¿Qué cojones te pasa, Doc? ¿Es que no ves las señales? Algo se avecina. Algo malo. ¡Todo el mundo se ha dado cuenta menos tú!

Doc trató de no hacer caso de la voz y carraspeó para llamar la atención de la chica.

—Escucha, Graciela, puedes irte tú también. Yo me las puedo apañar solo.

Graciela reaccionó visceralmente a aquel insulto. Se soltó con un forcejeo de Manny y se dio la vuelta como una exhalación para enfrentarse a Doc, plantando los pies descalzos muy separados y fulminándolo con la mirada, desafiándolo a que la mirara a los ojos.

—Era un simple comentario —murmuró Doc, dirigiéndose a Manny para evitar aquellos ojos que echaban chispas—. ¿Y adónde te vas, pues, grandullón?

—Pues la meta final es California. Pero primero creo que me iré al sur, a México. Joder, soy mexicano, Doc, y no he estado nunca allí. Tengo primos en Saltillo. Creo que voy a hacerles una visita y pedirles que me enseñen el lugar; quiero ver de dónde viene mi gente. Luego iré subiendo hasta Carlsbad y después al Gran Cañón. Todos esos sitios. ¿Sabes qué he oído decir? ¡Que allí tienen un motel donde puedes pasar la noche en un tipi, Doc! ¡Un tipi de verdad, como si fueras un indio! En el maletero del Ford tengo una caja de zapatos llena de dinero, lo bastante para dedicarme a correr mundo durante un año o dos si quiero. Hay montones de sitios que ver en la Costa Oeste, Doc. Luego, cuando se me acabe la pasta, buscaré trabajo en algún lado. Ya sabes, Doc, tal como hablamos. Tengo entendido que California es agradable en esta época del año. Joder, California siempre es agradable. ¡Por lo menos eso dicen! ¿Seguro que no quieres venirte?

El fantasma se posa en silencio sobre los tabloncillos gastados del suelo que separa a Doc de Manny. Primero mira el rostro de uno y luego el del otro, como si quedara algo por decidir. Y por fin...

—No, Manny, ya te lo he dicho. Me quedo.

... se vuelve bruscamente a un lado para escupir con rabia, y cualquier asomo de humedad se evapora al instante junto con cualquier vestigio de paciencia o de apariencia de vigilancia. Tan enfurecido está el fantasma que ni siquiera oye llegar el segundo vehículo...

Graciela vio los faros cuando todavía estaban a ochocientos metros. Contuvo la respiración hasta que aquel Dodge blanco de aspecto ordinario pasó por debajo de la farola de la esquina.

—¡Hugo! —dijo por lo bajo. Pero sintió que el corpulento policía de antivicio no suponía amenaza alguna. Manny, por su parte, no tenía intención de correr ningún riesgo. Tiró su pistola del 38 detrás de una mata de adelfas mientras Hugo salía con dificultades de su coche de paisano.

—Tranquilo, Manny —dijo, jadeando—. Sigo fuera de servicio. —Saludó a Graciela con un matiz de temor en la voz—: Señorita... Pero es a Doc a quien vengo a ver. Tienes que marcharte de aquí; vienen a por ti.

—¿Qué te estaba diciendo yo maldita sea? —dice Hank en tono frenético, retorciéndose las manos y caminando de un lado a otro por detrás de Doc, trazando un arco claustrofóbico con sus pasos.

Doc negó con la cabeza, incrédulo.

—Oh, tú también no, Hugo... ¿Qué es esto, una especie de conspiración que habéis montado entre todos? ¿Quién viene a por mí?

El policía seguía inclinado hacia delante, masajeándose el flato que tenía en el costado.

—Los federales —dijo, resollando—. La oficina de narcóticos. ¡Big Mike Novak en persona!

Manny soltó un silbido.

—¡Hora de irse, Doc! ¡Graciela!

La chica ya le sacaba bastante ventaja: ya estaba escaleras arriba e iba descalza de habitación en habitación, reuniendo el escaso equipaje de su vida con Doc en la avenida de South Presa. Apenas nada. Un par de vestidos de algodón, media docena de pares de bragas y un sujetador. Incluso después de vaciar la cajonera de Doc en su

interior, la polvorienta maleta que había encontrado encima del armario de Helen-Anne solamente estaba algo más que medio llena. Por fin recogió el instrumental de Doc, lo metió todo dentro de su bolsa negra con un tintineo y un chasquido al cerrarlo, y menos de cinco minutos después de haber entrado ya estaba de vuelta abajo, entregándole el equipaje a Manny. Doc todavía no se había levantado de la mecedora.

—¿Big Mike quién?

—Michael B. Novak, Doc. El fiscal en jefe del distrito oeste de Texas.

—Pero si ya casi llevo un año limpio, y Manny...

Hugo negó con la cabeza.

—¡No es jaco lo que buscan!

—Pero si acabas de decir...

—He dicho que tienen una orden judicial para buscar jaco, y lo buscarán, y créeme también que lo encontrarán, por Dios, aunque lo tengan que colocar ellos.

—¿Qué cojones dices, Hugo?

—A ver, mira, Doc. Ayer por la tarde, justo antes de terminar mi turno, recibo una llamada. Es un niñato universitario del FBI del distrito oeste. Me pide que pase un momento por allí de camino a casa. Yo intento cambiar la cita a hoy, pero él deja caer el nombre de Big Mike. Me dice que el fiscal consideraría un favor personal que me pasara entonces. ¿Qué iba a hacer yo? De manera que cruzo la plaza y ellos me llevan a un despacho de la cuarta planta y, ya lo creo, allí está Big Mike Novak en persona, quien me hace sentar en una butaca de las cómodas, con una mesa de nogal del tamaño de un puto portaaviones entre nosotros. Igualmente podrían haberme esposado a una silla de respaldo recto en la comisaría, pero bueno. En fin, Big Mike me pregunta si sé algo de un yonqui al que llaman Doc. De mediana edad. Bien hablado. Una especie de matasanos que vino buscándose la vida desde Lousiana.

Ahora Doc sí que estaba preocupado.

—¿Y qué le dijiste tú?

—Mentí. ¡Como un bellaco! ¡A un fiscal federal! El problema es que yo no soy el único poli de narcóticos con el que ha hablado Big Mike y alguien ha cantado de lo lindo. Para cuando he llegado esta mañana al trabajo, ya estaba todo cerrado. Han invitado a toda la brigada menos a mí a un pedazo de fiestón de redada federal de las de patada en la puerta. Yo personalmente no entiendo una palabra de nada de esto, así que he llamado a mi amigo en la oficina del juez Fisher y él me ha explicado que Big Mike ya se ha pasado por las oficinas de todos los jueces habidos y por haber, tanto del estado como federales, y que todos lo han mandado a freír espárragos. No hay causa razonable para emitir una orden de registro. Es decir, hasta que ha ido a ver a un juez del condado, alucina, del condado, llamado Aguilar, que no está claro que tenga jurisdicción en un caso de delito grave, pero en cualquier caso Big Mike le ha

hecho firmar una redada en el 3400 de South Presa. ¡Atad los cabos! Big Mike Novak es papista. ¡Católico! ¡El juez del condado, Aguilar, es mexicano! ¡Católico! Lo más seguro es que sean caballeros de Colón, los dos. Alguien les ha contado a qué te dedicas por aquí, y esos fariseos hijos de puta se creen que tienen a Dios de su lado y vienen para aquí. Tal vez esta misma noche o quizá se esperen a que haya luz por la mañana, pero van a venir, Doc, te lo garantizo, y no te conviene estar aquí cuando lleguen... ¡ni a mí tampoco! —Se excusó y saludó a Graciela levantándose el sombrero antes de volverse con andares de pato a su coche y salir pitando.

Aquella fue la señal que Graciela había estado esperando. Dio un paso adelante y cogió a Doc de la mano, sacándolo de golpe de su estupor.

—¡Vamos! —le ordenó ella en castellano.

Doc parpadeó, perfectamente consciente de que había perdido la batalla, pero pese a todo disparó una última volea:

—Y la siguiente chica en apuros que llame a esa puerta —comentó con voz débil—, ¿adónde va a ir?

Graciela tiró con firmeza de su mano y Doc supo que, pese a la delgadez de aquel brazo, ella tenía la fuerza suficiente para arrastrarlo hasta el coche de Manny si quería.

—Chicas en apuros hay en todas partes —dijo—. No puedes ayudarlas a todas.

—Necesito mi sombrero —gruñó Doc mientras Manny aparecía por detrás de ella, de vuelta de cargar el Ford. Graciela no lo soltó.

—Manny, ve a buscarle el sombrero a Doc. Está colgado del perchero de la cocina.

Cuando el antiguo camello regresó, Doc echó un último vistazo a través de la puerta principal del Yellow Rose; aceptó con aire resuelto el maltrecho sombrero panamá que le daba su amigo y se lo caló hasta las cejas. Y en ese preciso instante oyeron cerrarse la portezuela de otro coche.

Hank es el primero en verlo: una figura solitaria saliendo de un anodino coche familiar, aparcado al otro lado de la calle School.

—¡El cura! —dice entre dientes el fantasma.

Graciela se dio la vuelta para plantar cara a aquella nueva amenaza, interponiéndose de forma instintiva entre Doc y el intruso.

—¡No le dejes acercarse! —le suplicó a Manny.

El hombretón recorrió con un par de largas zancadas la mitad de la distancia que

lo separaba del sacerdote. Entonces, ambos antagonistas se detuvieron de golpe, separados por un par de metros.

—¡P-pero es un cura! —tartamudeó Manny, echando una mirada incierta a Graciela por encima del hombro—. ¡Nunca he pegado a un cura!

El diablo que habitaba en el padre Killen vio su oportunidad.

—¡Pues claro que no! ¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Y qué pensaría tu madre si lo hicieras?

—¡No lo escuches! —lo avisó Graciela, pero el sacerdote ya había captado la atención de Manny.

—¡Ya me parecía a mí! —dijo Killen en tono condescendiente—. No te criaron para que fueras un granuja, ¿verdad...? Te llamas Manny, ¿no?

—¡Cuidado! —masculla el gato, pero el mexicano no puede oírle. El espíritu solamente puede trazar círculos impotentes alrededor de los contendientes, como un árbitro despojado de su autoridad.

Oír su nombre en boca de un sacerdote al que no había visto en la vida fue demasiado para Manny. Lanzó otra mirada por encima del hombro en busca de alguna señal de Graciela, y la distracción permitió a Killen adelantarse un paso crucial sin provocar reacción alguna. El duro y pesado tacón de un zapato negro aplastó el empeine de Manny, que se dobló de dolor y cayó como un montacargas hasta que su barbilla colisionó con la testa ascendente del sacerdote. Un segundo cabezazo mandó al gigante vencido al suelo, despatarrado y semiconsciente.

Doc no tenía ninguna oportunidad. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando y se colocó delante de Graciela con gesto protector, el intruso ya había llegado al porche.

—Tú debes de ser... ¡Doc! —gruñó el cura, cargando todo su peso en un gancho de izquierda a las costillas. Doc se desplomó al instante, pero Killen lo obligó a erguirse de nuevo con un rodillazo en la entrepierna—. ¡Asesino de inocentes! —Gancho al mentón—. ¡Corruptor de menores! —Mandó al impotente médico a un lado, hecho un ovillo—. Pues se ha acabado. ¡Esto se termina aquí! —Graciela llegó corriendo a ayudar a Doc, pero el cura la agarró del brazo; la chica lo mordió, hundiendo sus dientes con fuerza en el dorso de la mano. Él soltó una palabrota al arrancar el miembro herido de su presa, pero no tomó represalia alguna. Lo que hizo fue ofrecerle la otra mano a Graciela—. ¡Cógeme la mano, hija! Ven conmigo. Yo te llevaré lejos de este sitio. ¡Lejos de esta gente!

Graciela se abalanzó sobre el cuerpo de Doc con gesto protector y masculló una serie de sílabas, bajas y musicales pero completamente carentes de significado para

quien no hablara nahuatl:

—*Yolist-sintlayektli Ooselo, Nekauyo...*

Ni siquiera Graciela entendía lo que estaba diciendo. Solo que su abuelo había insistido en que se aprendiera las palabras de memoria con la vista puesta en el día en que se hubiera apagado hasta el último rayo de esperanza. Y aquel día acababa de llegar.

El fantasma de Hank farfulla impotente por encima del enredo de cuerpos.

—*¡Levanta, Doc! —chilla, sin obtener reacción alguna por parte del médico. Cambia involuntariamente de una forma a otra y no adopta su aspecto felino hasta que el jaguar llega a escena para hacerse cargo.*

Graciela reconoce al instante al recién llegado.

—*¡Abuelo! —exclama, y el enorme felino ronronea a modo de saludo. Hank sigue la indicación de la entidad más anciana y los dos espíritus felinos adoptan posiciones defensivas flanqueando a Graciela y a Doc.*

Killen no vio sombra alguna, ni de hombre ni de bestia. Tenía detrás a Manny tirado en el suelo y delante a Doc hecho un ovillo, y ahora ya nada se interponía entre él y el milagro que ansiaba. ¡Su milagro! El sacerdote solamente tenía ojos para la chica mexicana, y por eso no vio cómo se acercaba la Tiff Grande.

Pero Doc sí. A duras penas había conseguido apoyarse en una rodilla para incorporarse a medias, pero poco le faltó para soltar una carcajada cuando vio al travestido acercarse dando zancadas por la acera con pantalones piratas y camiseta de tirantes. A continuación distinguió el cañón reluciente y niquelado de una pistola barata de calibre pequeño, y todo asomo de sonrisa se esfumó.

—*¡Pistola! —vociferó mientras Tiff se echaba encima del sacerdote igual que un defensa de fútbol americano se lanza contra el *quarterback* del equipo contrario.*

La escena que se estaba desplegando ante él le resultó repulsivamente familiar. Ya la había visto antes, retransmitida desde Dallas: la imagen parpadeante de una pantalla en blanco y negro de doce pulgadas. Pero esta de ahora era en directo y a todo color y estaba teniendo lugar delante de sus ojos, y Doc sabía que si él no intervenía, nadie más lo haría.

—*¡Esta vez no, hijo de puta! —masculló. Se plantó delante del cura y se dio la vuelta para hacer frente a la Tiff Grande mientras la primera de ocho detonaciones secas y rápidas le retumbaba en los oídos.*

Doc pensó que ninguna de las balas había dado en el blanco hasta que le llegó una ráfaga acre de olor a pólvora y carne quemada, la más intensa que hubiera olido nunca. Un latido entrecortado de corazón más tarde invadió sus sentidos un segundo

hedor complejo, repulsivamente familiar y todavía más acre: el olor a sangre, bilis y heces mezclados y derramándose de una tripa rota. No notó dolor alguno, ni siquiera cuando las piernas le fallaron por segunda vez en un par de minutos, doblándosele en ángulos extraños y dejándolo caer sobre los ásperos tablones de pino. Solo cuando Graciela gritó su nombre por fin empezó Doc a entender lo sucedido.

Por un momento la Tiff Grande se limitó a quedarse allí plantado, boquiabierto, con la pistola vacía todavía humeante en la mano. Luego se puso a berrear:

—¡No-o-o-o! ¡Lo siento, Doc! ¡No iba a por ti! Iba a por ese hijoputa... —Pero lo interrumpió un gancho perfectamente ejecutado desde su lado ciego, y el padre Killen le dio las gracias a Jesucristo por librarlo de una muerte segura, en voz alta, mientras pasaba por encima del que estaba seguro que era el último soldado de Satanás que se interponía en el camino de la justicia.

Los disparos le habían devuelto la consciencia a Manny, pero pasaron unos segundos eternos antes de que pudiera volver a ponerse de pie y subir las escaleras del porche. Cuando por fin lo logró, se encontró a Doc abatido y a Graciela cubierta de sangre y en las manos del mismo sacerdote de mirada enloquecida que lo había noqueado a él.

—¡Ven, criatura! ¡Es hora de que nos vayamos! —le ordenó Killen a Graciela, agarrándole de la muñeca un diminuto bracito con las dos manos y obligándola a ponerse en pie. Pero cuando se dio la vuelta, decidido a arrastrar a su cautiva hasta su coche, se encontró un obstáculo descomunal en su camino.

—¡Ella no se va a ninguna parte contigo, pendejo!

Nada que Killen hubiera aprendido del padre Walsh lo podría haber preparado para aquella carnicería. El dorso de una mano del tamaño de un jamón se estrelló contra el costado de su cabeza, mandándola disparada hacia un lado con tanta fuerza que el cuerpo le fue detrás. Incapaz de seguir agarrando a Graciela, el sacerdote trató de concentrarse otra vez en su atacante. Ya lo había derrotado una vez. Podía hacerlo de nuevo. «Coger aire por la nariz, soltarlo por la boca...» Pero no, la mano gigante se cerró en forma de semicírculo alrededor de su garganta y le estrelló la cabeza contra la pared, de tal manera que los listones completaron la presa sobre su cuello y le rasparon la piel desnuda de la parte de atrás de los brazos mientras él se veía alzado dos palmos por encima del suelo. El cura quedó así suspendido, pataleando y agitando los brazos impotente, mientras Manny lo sostenía inmovilizado sin esfuerzo alguno. La vida misma se le empezó a escapar mientras intentaba gritar. Probó a rezar, pero no lo consiguió. Lo único que podía hacer era ver su propia agonía reflejada en los ojos de...

... ¡un oso! Un oso pardo enorme le devuelve la mirada al sacerdote, viéndolo morir sin pasión alguna. No es nada personal. Killen no es más que una presa, una

ingesta dentro de la cuota diaria de consumo de calorías. Tampoco es un final tan malo; es inesperado, pero malo no... pero ¿dónde está... Jesucristo? No está por aquí, ¿verdad? De hecho, por aquí no hay nada que tenga una forma ni remotamente humana, solamente el oso y un gato... no, dos felinos. Uno gato negro y otro enorme, casi tan grande como el oso y cubierto de manchas oscuras con forma de follaje selvático... Y ahora los dos se dedican a mirar y esperar a ver qué deja atrás el oso... ¡Pero escucha! ¿La oyes? ¿La oyes cantar? ¡Lo sabía! ¡Sabía que ella vendría! ¡Es un ángel...!

—¡Manny! ¡Para! —chilló Graciela, y como él no le hizo caso ella cambió al castellano y le aporreó la espalda con los dos puños—. ¡Basta, por favor! ¡Déjalo ir!

Esta vez Manny sí que la obedeció y dejó caer a Killen al suelo; el sacerdote echó a gatear por el porche, semiconsciente y presa de arcadas, hasta llegar a los pies de Hugo Ackerman.

Este acababa de regresar a la escena, todavía más jadeante que antes, con su revólver corto ridículamente diminuto en una de sus manos regordetas y el pañuelo empapado de sudor en la otra.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —se preguntó en voz alta, no del todo retóricamente, mientras intentaba entender algo de aquel campo de batalla. La Tiff Grande estaba inconsciente a sus pies, con la pistola todavía en la mano. Hugo se la quitó de una patada. Killen llevo a cabo un último débil intento de bajar los escalones deslizándose boca abajo, pero un zapato bajo de cuero respaldado por ciento cincuenta kilos de peso lo retuvo donde estaba, de forma amable pero firme.

—¡No tan de prisa, padre! —avisó el policía al sacerdote—. Quédese donde está. —La mirada de Hugo siguió la sangre hasta el sitio en que Manny y Graciela estaban inclinados sobre una figura familiar tendida boca arriba.

—¿Doc? —En cuanto se acercó un paso, se dio cuenta de que este no le iba a contestar. Blandió su pistola en dirección al cura—. ¡Venga aquí donde yo lo pueda ver! —ordenó, y Killen lo obedeció, todavía a cuatro patas—. ¿Quién le ha hecho eso? ¿Y cómo de grave está?

—¡Bastante mal! —respondió Manny—. Puto Tiff. —Estiró el cuello, en un intento vano de ver por detrás de Hugo—. ¿Has venido solo?

—¡No por mucho tiempo! —He oído la alarma de disparos por mi radio, y yo estaba solamente a dos manzanas, pero en menos de diez minutos van a llegar aquí todos los polis del South Side. Pero, bueno, supongo que eso ya no importa. Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! —dijo Doc con voz ahogada.

Graciela había creído que estaba muerto, y al oírlo ahora rompió a llorar.

—¡No intentes hablar! —le suplicó—. Ya llega ayuda...

—¡No! ¡No puedo! ¡No quiero! Me coserán solamente para poder encerrarme. Graciela levantó la vista hacia Hugo. El policía asintió con expresión triste.
—Sin duda. Big Mike va en serio.

Hay unos ojos de color ámbar suspendidos en el aire por encima del hombro izquierdo de Graciela. Poco a poco se va materializando la imagen difusa de un gato negro, pero la que suena en los oídos de Doc es la voz de Hank.

—Confía en mí, Doc. Aunque no me hayas hecho caso ni una vez en la vida, ahora sí que vas a tener que atenderme. Están a punto de llegar, y este es el último lugar en la Tierra donde te conviene que te pillen, vivo o muerto. Presta atención a lo que te digo. Si te mueres aquí, tu alma se pasará hasta el fin de los tiempos dando tumbos por la avenida. ¡Levántate, Doc! ¡Aunque sea lo último que hagas, ponte en pie y corre como alma que lleva el diablo!

—Te oigo, Hank —afirmó Doc.

Respiró hondo y despacio. Notó un chasquido y un borboteo. Mala cosa. Tenía por lo menos un agujero en el pulmón izquierdo. Y otro en la tripa. Dios sabía cuántas diminutas balas tenía traqueteándole por dentro. Lo más seguro es que en cualquier caso ya estuviera jodido del todo, pero si algo sabía a ciencia cierta era que en la sala de urgencias del hospital Robert B. Green Memorial no había nadie que pudiera hacer absolutamente nada por salvarlo.

—Hugo, si Manny me pudiera llevar al coche, y pudiéramos, ejem, apañárnoslas para...

Graciela negó con la cabeza y murmuró:

—¡No! ¡No! No puedes...

Pero Manny ya había vuelto a desaparecer en el interior de la pensión. Con no poco esfuerzo, Doc se llevó un dedo ensangrentado a los labios para sellar los de ella.

El policía se encogió de hombros.

—Doc, no creo que haya manera humana de que te puedas alejar ni un kilómetro de aquí, pero no voy a ser yo quien intente impedírtelo. En cuanto a estos dos... —Se sacó unas esposas del cinturón y le puso una sin miramientos a la muñeca a la Tiff Grande. El chaperero recobró el conocimiento mientras el policía lo arrastraba por el porche hasta el sitio donde el padre Killen estaba encogido.

—¡Joder, Hugo! ¡Me haces daño, hostia!

—Son esposas, gilipollas, tienen que hacer daño.

Hugo sacó un segundo par de esposas y completó el círculo, esposando juntos al travestido y al sacerdote, muñecas con muñecas y espalda con espalda. En cuanto se dio cuenta de que Hugo era policía, Killen se despejó de golpe y empezó a bullir de

indignación moral.

—¿Qué significa esto? —exigió saber.

—¡Cállate! —le advirtió la Tiff Grande al sacerdote con un susurro que sonó igual que el cascabel de una serpiente.

Doc estaba luchando para ver con nitidez a Graciela.

—Escúchame, necesito que me ayudes. Necesito que me saques de aquí antes de que llegue la policía.

El pánico le puso a la joven unos ojos como platos, pero Doc no hizo ningún caso.

—¡Puedes hacerlo!

—¡Estás loco! No puedo...

—¡Sí que puedes! Tú méteme en el coche y en cuanto estemos en marcha ya puedes recitar lo que sea que dices y hacer lo que sea que haces y dejarme como nuevo. ¡Lo sé! Me hace falta un milagro, cielo. Es mi única posibilidad de salir de esta. Nuestra única posibilidad. Y en todo caso, si nos quedamos aquí hasta que aparezcan los federales, a ti van a meter en un avión de vuelta a México y a mí en la penitenciaría. La única esperanza que nos queda es aprovechar ahora que todavía podemos y cuidar el uno del otro, como hemos hecho siempre.

—¡Por fin un poco de sentido común! —le dice la voz de Hank a Doc en el oído. El gato y Graciela solamente intercambian una mirada.

Killen continuó dirigiendo sus protestas a Hugo.

—Agente, ¿no le resulta obvio ya que ha arrestado usted al hombre que no debía? Soy el padre Pdraig Killen, el pastor de... ¡Dios mío! ¡Aaaagh!

Un dolor que el sacerdote no había imaginado ni en sus peores pesadillas interrumpió su discurso. La Tiff Grande había levantado de golpe los dos fuertes brazos por encima de la cabeza con toda su furia y energía y no paró de tirar hacia arriba hasta oír un chasquido, todavía más fuerte que los disparos, cuando al pastor se le desencajaron los dos hombros. A continuación le dio un último tirón a las esposas para acabarlo de rematar.

—¡Te he dicho... que te calles, cabrón!

Para cuando Manny regresó con una de las viejas mantas del ejército de Marge, Graciela ya había tomado su decisión, y justo a tiempo, porque Doc estaba apagándose deprisa. Todavía habló con ellos dos mientras lo abrigaban, pero las frases ya empezaban a salirle desconectadas y embrolladas, y hasta su propia voz le sonaba lejana.

... Unos brazos grandes y fuertes rodean a Doc y lo cogen en volandas, y la sensación le resulta familiar y tranquilizadora. La cabeza se le cae hacia atrás mientras lo bajan por los peldaños del porche, y consigue ver la Osa Mayor colgando por su asa enjoyada de un gancho invisible en el techo del mundo. Pone los ojos en blanco hasta quedarse casi mirando el interior de su cabeza y descubre que puede distinguir a duras penas la imagen invertida del gato negro que camina con pasos suaves a la izquierda de Manny mientras ellos cruzan el jardín. Haciendo un esfuerzo supremo, se lleva la barbilla al pecho y echa un vistazo en la dirección contraria, para encontrar al jaguar defendiendo su flanco derecho.

Graciela iba la primera. Abrió la portezuela de atrás del lado del copiloto y se deslizó por el asiento hasta colocarse en el otro extremo para recibir la cabeza de Doc en su regazo. Los oídos le retumbaron violentamente cuando la portezuela se cerró con brusquedad y Manny se puso al volante.

El V-8 cobró vida con un ronroneo, un rechinar de marchas y el crepitar de la grava de piedra caliza bajo el caucho vulcanizado, mientras el vehículo daba marcha atrás con una sacudida y daba la vuelta para poner rumbo al sur. Doc solamente se dio cuenta de quién había sentado en el asiento del copiloto cuando lo oyó hablar.

—Aguanta, Doc —le promete Hank—. Ya no falta mucho. —Y Doc le cree.

Graciela buscaba algo frenéticamente dentro de la bolsa de Doc. ¿Pero el qué?, se preguntó. A aquellas alturas ya se sabía de memoria el contenido del macuto. En su interior no había ninguna reliquia bendita, ningún remedio alquímico para la brutalidad que se inflingen los hombres entre ellos escondido en medio del embrollo de acero inoxidable y gasa de algodón. Se arrancó varias tiras de tela de los bajos del vestido y los usó para hacer vendas de presión, tal como había aprendido, pero la sangre parecía manar de todas partes, y a Doc se le escapaba la vida por tantos puntos distintos que ella no sabía por dónde empezar. Rezó en voz alta en tres idiomas distintos. Le ordenó a Doc que luchara por su vida, se lo suplicó y se lo imploró, pero el médico ya apenas podía oír su voz, ahogada por un chisporroteo, como si fuera la señal cada vez más débil de una emisora de radio que la carretera iba dejando atrás.

La voz de Hank le llega alto y claro.

—¡Ya casi llegamos, camarada! Aguanta hasta que salgamos de la ciudad.

—¿De la ciudad?

—Sí, entonces seremos libres.

—¿Libres? ¿Libres de qué?

—¡De todo el sufrimiento! ¡De este valle de lágrimas! Libres para ir a un lugar mejor. O no. Por lo menos ya no tendremos que seguir aquí.

Doc levanta la vista para mirar a Graciela. Ya no puede verle apenas la cara, pero sabe que ella está llorando porque nota el sabor de sus lágrimas.

—¡Graciela! —la llama él, o por lo menos cree que lo hace, pero Hank niega con la cabeza.

—Ella no puede oírte, Doc. Ya has dejado eso atrás.

—Pues tú me oyes bien.

—He intentado decírtelo, Doc, debo de haberlo intentado mil veces. Yo te puedo oír aunque no hables.

—Solo quiero decirle que no pasa nada... que ella no puede... que no puede ayudarme, ¿verdad que no?

Hank suelta un suspiro lúgubre.

—Ya te ha ayudado, Doc. Ella te quitó las cadenas del jaco. Supongo que no puede hacer más que un milagro por persona.

—Es lógico —admite Doc—. Bueno, pues supongo que todo se ha acabado.

—Eh, para el carro, Doc —lo previene el fantasma de Hank Williams, dándose la vuelta para mirar hacia delante, en dirección a la oscuridad creciente del otro lado del parabrisas—. Todavía no hemos llegado. Ya te avisaré cuando sea el momento.

—Hazlo, Hank. Yo... no me moveré de aquí.

Doc ya no puede distinguir los rasgos de Graciela, pero sí que la puede sentir, nota cómo lo rodean su calidez y su empatía incansables mientras ella abandona cualquier apariencia de sacramento o de intervención y se limita a acunarle la cabeza cariñosamente en su regazo.

Doc asiente en silencio.

—Eso es, cielo. Déjame ir. A partir de aquí ya no me puede ayudar nadie más que el viejo Hank. Es el único de nosotros que ya ha pasado por esto.

El ocupante del asiento del copiloto, un joven imposiblemente flaco y triste, se gira para saludar a Graciela llevándose el índice y el pulgar al ala del sombrero Stetson, y por primera vez la joven ve a Hank tal como lo ve Doc.

En el último tramo de la avenida de South Presa, antes de desembocar en la autopista Corpus Christi, el límite de velocidad era de sesenta y cinco kilómetros por hora, y Manny tuvo que hacer acopio de toda su disciplina para controlar al viejo Ford. El hombretón se enorgullecía de no haber perdido jamás ni un cargamento de contrabando por culpa de un control de tráfico rutinario, y sabía que ir despacio podía

llamar la atención de la policía tanto o más que pisar a fondo el acelerador. Hizo lo que pudo para que la aguja del velocímetro se mantuviera entre los sesenta y los sesenta y dos, pero de vez en cuando bajaba la vista y veía que estaba llegando a los ochenta por hora. Su mirada se encontró con la de Graciela en el retrovisor mientras pasaban junto a una farola.

—¿Cómo está? —preguntó, pero ya conocía la respuesta. Había visto bastantes puñaladas y disparos para reconocer una herida mortal cuando la veía, aunque en voz alta no dijo nada por consideración hacia Graciela.

La joven contempló impotente cómo el rostro de Doc iba palideciendo y su frente se cubría de minúsculas gotitas relucientes de sudor, antinaturalmente frías. Ahora tenía los ojos cerrados pero le temblaba el labio inferior y a ella le pareció que estaba intentando decir algo, de manera que se le acercó más para oírlo. Solamente le llegó un resuello lastimero, como de un acordeón roto, procedente de las profundidades del pecho de Doc.

—«Está usted saliendo de San Antonio» —leyó Manny cuando dejaron atrás el letrero reflectante verde y blanco que había junto a la carretera—. Ahora podemos ganar algo de tiempo.

Mientras el enorme Ford cambiaba con un rugido a la marcha rápida y salía disparado por la carretera, Doc se movió en los brazos de Graciela y murmuró algo; esta vez ella estaba segura.

—¡Manny, las luces! —le ordenó.

El hombretón obedeció, estirando el brazo hacia el interruptor del techo y levantando la voz para hablar por encima del hombro:

—¿Estás bien, Doc?

La luz amarillenta reveló que Doc tenía muy abiertos los ojos pero que no estaba mirando a Manny ni tampoco a Graciela.

—¿Hank?

—Sí, Doc... —contesta el fantasma.

—¿Me dolerá?

El fantasma se da la vuelta para apoyar sobre el respaldo del asiento un codo esquelético enfundado en tela de gabardina con apliques y sonrío.

—¿Cómo cojones lo voy a saber, Doc? Cuando la palmé iba más borracho que Cooter Brown.

Graciela solamente oyó la pregunta. Luego, mientras observaba a Doc, a este le tembló la comisura de la boca. ¿Una mueca? ¡No! Era una sonrisa, que le curvó una comisura y luego la otra antes de recorrerle como una oleada toda la cara, borrando

hasta la última señal de fatiga salvo las arrugas de alrededor de los ojos.

—¡Cooter Brown! —Doc soltó una risita, tosió y entonces se marchó.

Doc está plantado en medio de la carretera más desierta del universo, pero no está solo. Con él está Hank, unos diez metros más adelante, mirando en silencio cómo los faros de Manny se funden con la noche del Sur de Texas. ¿O acaso están en Virginia Occidental?

—¿Dónde coño estamos, Hank?

—En ningún lado, Doc. Todavía nos falta viajar un poco antes de llegar a alguna parte.

—Vaya, pues espero que no quede muy lejos porque estoy cansado.

—¿Lejos? No, no queda lejos. Y, además, ya no importa lo de cerca o lejos. Corto o largo. Llegaremos directamente y no lo haremos ni pronto ni tarde. Lo único importante es que nos vamos ya y nada puede interponerse en nuestro camino.

—¿Vamos? ¿Tú también vienes?

—Pues claro, Doc. ¿Qué te crees que llevo todos estos años esperando? Sin ti no puedo ir a ningún lado. Pero ahora ya se ha acabado todo y no me hace falta seguir esperando, ni a ti tampoco.

Doc cavila sobre sus palabras. Ahora que todo se ha acabado, ambos se dirigen a un lugar que no está ni lejos ni cerca, y tampoco importa cuándo lleguen o si lo hacen, solo importa el hecho de que son libres de ir. A Doc le parece que tiene todo el sentido del mundo.

—Y así pues, ¿hacia dónde vamos, Hank?

—Anda, ¿ahora eres tú el que me sigue?

Doc se encoge de hombros y sonrío.

Hank se gira y echa a andar por la carretera, señalando con el pulgar hacia atrás, en la dirección de la que vienen.

—Pues mira, hacia allí no.

Epílogo

La chica estaba sentada a una mesa de la estrecha terraza de un diminuto restaurante de Angangueo, Michoacán, México, removiendo la leche caliente de un tazón en el que había echado una cucharada de café instantáneo de un bote. Era una chica diminuta de piel oscura, con unos rasgos más indios que europeos, y habría pasado desapercibida entre la población local a no ser por su compañero de viaje.

Nada más llegar la pareja, había corrido rápidamente el rumor de que había un gigante en el pueblo, el hombre más grande que ninguno de los lugareños hubiera visto jamás. La mayoría de los gringos que venían todos los inviernos a ver las mariposas eran más altos que la población nativa, pero aquel hombre los hacía parecer pequeños, y lo más fuerte de todo es que era mexicano, aunque hablaba castellano con un acento raro. «¡El gigante norteño!», susurraban los lugareños al pasar junto al restaurante, siguiendo rutas forzadas para poder echar vistazos subrepticios a los dos viajeros.

Graciela y Manny también habían venido a ver las mariposas. Ella llevaba toda la vida oyendo hablar de la migración de las hermosas mariposas monarcas y estaba fascinada por aquellas criaturas. Todos los otoños una generación antiquísima de aquellos efímeros insectos normalmente emergía de sus crisálidas y llevaba a cabo el épico viaje desde Canadá por todo el centro de Estados Unidos hasta llegar a la frontera entre los estados de Michoacán y México. Allí era donde hibernaban, apelotonándose entre sí y llenando el aire con el batir de sus alas, como si fueran ángeles susurrantes. En primavera se despertaban, se apareaban y emprendían el viaje de regreso al norte. Las mariposas tardaban cuatro generaciones en llegar a casa, y luego el ciclo volvía a empezar.

Graciela había venido a presenciar aquel milagro en persona. Durante su primer día en el pueblo, ella y Manny habían contratado a un guía local para que los llevara a la selva. Ella había paseado descalza por el frío suelo selvático, había apaciguado su mente, había escuchado y ahora entendía que su afinidad con las mariposas era perfectamente natural. Graciela y las monarcas tenían en común el poder transformador de un viaje largo y arduo.

La noche en que Graciela y Manny se habían ido de San Antonio, nueve meses antes, habían puesto rumbo al sur tan deprisa como habían podido hasta asegurarse de que no los perseguía nadie. Luego, al sur de Beeville, se habían salido de la autopista y habían seguido un camino de grava elegido al azar que se cruzaba con otro e iba terminar en el lecho seco de un arroyo. Allí le habían dado reposo a Doc, enterrándolo bajo un montón de piedras blancas y lisas. Habían celebrado una especie

de servicio, en el que Graciela se encargó como pudo de los asuntos espirituales. A Manny le habían caído unos lagrimones por las mejillas, pero Graciela no había llorado, y cuando les llegó la hora de marcharse fue ella quien apremió a un reticente Manny. La joven sabía que no estaban dejando atrás al hombre al que ella había amado. Su protector. Su maestro. Ella había aprendido sus lecciones y lo había hecho bien, probablemente mejor de lo que hubiera querido nunca Doc. Pero para bien o para mal, Graciela había asimilado una dosis considerable de los mejores rasgos del médico: la destreza, el coraje y, lo más importante, aquella compasión que conformaba su misma esencia y que toda la vergüenza y degradación del mundo no podían matar.

También había heredado sus instrumentos. Manny le había sugerido que los dejaran en el lecho del arroyo con Doc, pero Graciela se había negado. Mientras continuaban el trayecto al sur, la bolsa negra no se había apartado de su lado. En las paradas del viaje, se dedicaba a hacer inventario de su contenido y a organizarlo, sopesando todos los instrumentos en las manos, calibrándolos y cerrando los ojos para escuchar cómo le hablaban con aquel tono resonante y tranquilizador de Doc. El escalpelo aconsejaba pulso firme; los hemostatos y retractores, autocontrol. Hasta la cureta le reveló sus secretos, aunque no sin resquemor, puesto que su antiguo amo había prohibido específicamente a Graciela que la tocara bajo ningún concepto.

A primera hora de la mañana del segundo día habían cruzado la frontera en Brownsville sin que nadie los molestara, y a la hora de la cena ya estaban subiendo la primera marca de las montañas de Sierra Madre, por detrás de Monterrey. No se habían detenido hasta llegar a Saltillo, donde pasaron la tarde con los primos de Manny antes de seguir su viaje hacia el sur.

En Dolores Hidalgo no quedaba nadie vivo a quien Graciela quisiera ver, pero sí que habían visitado en plena noche el cementerio de las afueras del pueblo, y allí Graciela había visto por última vez al espíritu-jaguar, de pie sobre la tumba de su abuelo.

El espíritu dice una sola frase con la voz del anciano: «¡Sigue a las mariposas!». Luego se da la vuelta y se aleja con pasos silenciosos, fundiéndose con el chaparral.

Y Graciela había sabido al instante qué hacer. Y adónde ir.

El primer recuerdo que conservaba Graciela del paso por Dolores de la migración de las mariposas monarcas era de cuando ella tenía seis o siete años. Su abuelo le había dicho que se dirigían a Michoacán, un sitio de árboles altos situado al otro lado de las montañas, y que iban a pasar el invierno allí. Ella había llorado al despertarse un día y encontrarse con que las monarcas ya no estaban, pero el viejo curandero le

había asegurado que en primavera volverían a pasar por allí de camino al norte.

Al cabo de una semana de llegar a Angangueo, Manny y Graciela ya tenían establecida una rutina que empezaba con un café y algo de comer en el pequeño restaurante y seguía con la peregrinación matinal al bosque. Durante el regreso discutían los planes para emigrar ellos también de vuelta a la frontera, y Manny expresaba en vano sus recelos.

—¡A San Antonio no! —suplicaba Manny—. ¡Y mucho menos a la avenida de South Presa!

Graciela le sonreía con amabilidad pero se mostraba firme:

—Iremos allí donde nos necesiten. Y nos quedaremos hasta que llegue el momento de marcharnos.

Manny cogió la costumbre de quedarse en el coche leyendo el periódico mientras Graciela entraba a solas en el bosque. Sospechaba que ella era la única que sabía qué era lo que estaba intentando oír, y que cuando por fin lo captara ya se lo comunicaría a él. Entonces él la seguiría, o, para ser más precisos, la llevaría en coche adonde ella quisiera ir, y los dos juntos viajarían de un pueblo a otro. Aquel era el plan: no quedarse nunca demasiado tiempo en el mismo sitio y reanudar la obra de Doc allí donde él la había dejado.

O por lo menos la reanudaría Graciela. Ella conocía el procedimiento. Ella miraría, escucharía y sabría qué hacer cuando una chica estuviera en apuros y nada bueno pudiera venir de traer una vida inocente a un rincón inmisericorde del mundo.

Graciela no se cansaba nunca de plantarse bajo las mariposas mientras se juntaban formando cortinas vivientes suspendidas de los descomunales abetos; se dedicaba a escucharlas y contemplarlas con cada fibra de su ser, pero la verdad era que allí no había nada oculto; no había ninguna señal secreta encriptada en el murmullo de las alas. Ella sabía qué era lo que estaba esperando. Se lo había dicho su abuelo.

—Sigue a las mariposas.

Un solo insecto se desploma desde una rama muy alta, seguido de otro, con unas alas medio abiertas que parecen sombrillas rotas mientras caen en picado hacia el suelo. Solo se salvan en el último momento, trazando espirales ascendentes en dirección a la luz del sol que se filtra a través de las copas de los árboles. Otras, temerarias, siguen su ejemplo, y pronto hay una verdadera lluvia de mariposas, un diluvio de color naranja y negro que jamás termina de llegar al suelo.

Manny se despertó con un sobresalto al cerrarse de golpe la portezuela del coche y se encontró a Graciela en el asiento del copiloto, con la vista clavada al frente, en la

carretera.

—Hora de irnos —dijo ella en voz baja, y el enorme mexicano encendió el motor.

Agradecimientos

A Anton Mueller, por indicarme el camino.

A Jenna Johnson, por traerme a casa.

A Jackson Browne y a Dianna Cohen, por darme un sitio donde empezar.

A Siobhan Kennedy, por darme información sobre catolicismo (perdónala, Señor, porque no sabía lo que estaba haciendo).

A Alice Randall, por inventarse la idea misma de que mi nombre estuviera en la portada de un libro.

A Allison y a John Henry, por pensar que soy un tío que mola haga lo que haga.



STEVE EARLE es cantautor, actor, activista político y el autor del libro del año de Los Angeles Times, la colección de cuentos *Doghouse Roses*. Ha publicado más de una docena de álbumes aclamados por la crítica, incluyendo a los ganadores de los Grammy *The Revolution Starts Now*, *Washington Square Serenade* y *Townes*. Ha aparecido en películas y en televisión, con papeles celebradísimos en las series de culto *The Wire* y *Treme*.